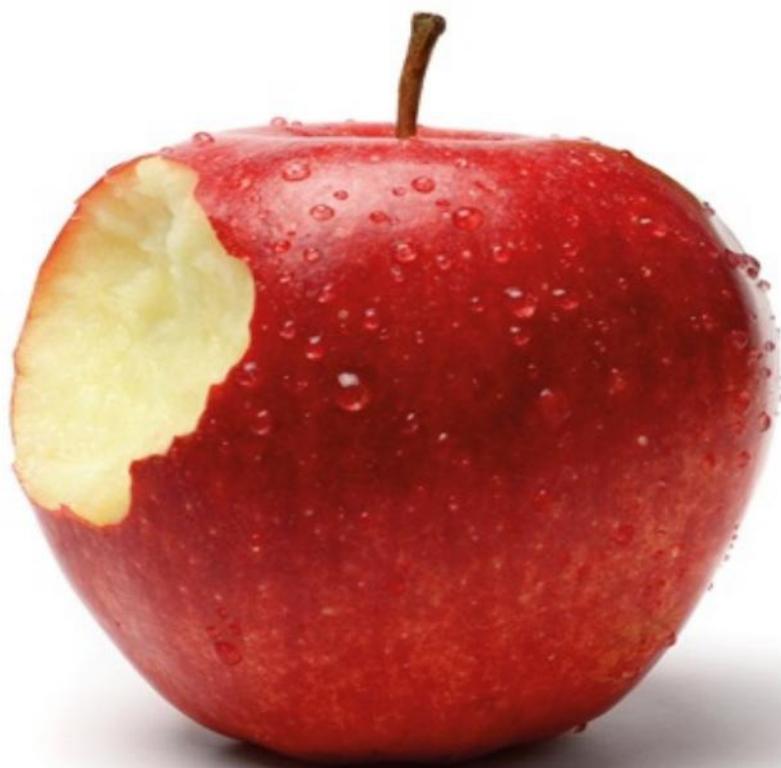


TRILOGÍA PECADO, I

J. KENNER

SECRETO
INCONFESABLE



Grijalbo

TRILOGÍA PECADO, I

J. KENNER

SECRETO
INCONFESABLE



Grijalbo

Grijalbo

J. KENNER

Secreto inconfesable

Traducción de

Nieves Calvino Gutiérrez

megustaleer



Penguin
Random House
Grupo Editorial

SÍGUENOS EN

[@megustaleerebooks](#)

[@megustaleer](#)

[@megustaleer](#)

Si pudiera cambiar las cosas, lo haría. El deseo que siento por él. El ansia que despierta en mí.

Cierro los ojos por la noche y me acaricio imaginando que es él. Que son sus manos

las que me tocan. Sus dedos los que me penetran.

Lo hago y me odio a mí misma. Porque mi deseo no es algo cálido y suave, sino retorcido,

salvaje y malvado.

Nos destruimos el uno al otro. Incluso ahora, después de tantos años, seguimos dañados y rotos.

Y así seguiremos, porque jamás podremos estar completos el uno sin el otro. Y sin embargo, es imposible que estemos juntos. Otra vez no. Así no.

A fin de cuentas, nuestro deseo tiene dientes. A duras penas conseguimos sobrevivir una vez.

Pero si tentamos a la suerte, puede que nos devore vivos...

1

El rey del sexo

La fiesta en la mansión de casi mil metros cuadrados en Meadow Lane apestaba a extravagancia incluso para los estándares habituales de Southampton.

Artistas galardonados con un Grammy actuaban en el escenario al aire libre montado en el exuberante jardín que se extendía desde la casa principal hasta las pistas de tenis.

Los famosos se codeaban con modelos, que coqueteaban con magnates de Wal Street, que hablaban sobre cotizaciones bursátiles con gurús de la tecnología e intelectuales de familias adineradas mientras degustaban un buen whisky escocés y la ginebra más *cool*

de esa temporada. Luces de colores iluminaban la piscina de estilo natural, en la que modelos desnudas flotaban con aire indolente sobre colchonetas y cuyos cuerpos

servían como bandejas para los exclusivos platos de sushi preparados por los mejores chefs.

Las mujeres invitadas recibían un bolso Birkin de Hermès, y los hombres, una edición

limitada de un reloj Hublot. Las exclamaciones de gozo, de el os y el as por igual, rivalizaban con el tronar de los fuegos artificiales que estalaron sobre la bahía de Shinnecock a las diez en punto de la noche, programados a la perfección para distraer a

los invitados del trajín del personal de servicio, que retiró el bufet de la cena antes de servir un surtido de postres, café y licores.

No se había reparado en gastos, no se había pasado por alto ningún deseo, ansia o

indulgencia. No se había dejado nada al azar y todos los asistentes coincidían en que esta fiesta

era el evento de obligada asistencia de la temporada, si no del año. Dios, incluso de la década.

Todo aquel que era alguien estaba allí, bajo las estrellas en la finca de dieciséis mil metros cuadrados de Billionaires' Row.

Todos excepto el anfitrión. Y las especulaciones sobre dónde estaba el

multimillonario, qué estaba haciendo y con quién corrían como la pólvora entre la multitud, bien provista de alcohol y ávida de cotilleos.

—No tengo ni idea de adónde puede haberse marchado, pero apostaría cualquier cosa a que no se está muriendo de pena en soledad —comentó un hombre delgado como un junco, con el cabello canoso y una expresión que quería parecer desaprobación pero que, en realidad, era envidia.

—Juro que me corrí cinco veces —declaró una animada rubia a su mejor amiga con un susurro fingido y el claro propósito de llamar la atención—. Ese hombre es un maestro en la cama.

—Tiene una mente astuta para los negocios, pero ni el más mínimo sentido del decoro en lo que respecta a su política —añadió un corredor de Wall Street.

—Oh, no, cielo. No le van las relaciones. —Una modelo morena, que en ese momento celebraba el contrato que acababa de firmar, se estremeció como si reviviera un momento de éxtasis—. Es como el buen chocolate. Está hecho para degustarlo en pequeñas porciones, pero es delicioso cuando lo saboreas.

—Si puede foliar a tantas tías, mejor para él. —Un hipster con barba y moño se limpió las gafas de montura metálica con el faldón de su camisa—. Pero ¿por qué narices tiene que ser tan descarado al respecto?

—Todas mis amigas se lo han tirado —aseguró una pelirroja menuda que consiguió una bonificación de seis cifras al casarse. Después esbozó una sonrisa pausada y el brillo de sus ojos verdes dio a entender que ella era una gata y él, un apetecible bol de deliciosa leche—. Pero soy la única que ha repetido.

—¿Todas tus amigas?

—¿De cuántas tías hablamos?

—Al menos la mitad de las mujeres que hay aquí esta noche. Puede que más.

—Tío, ni se te ocurra preguntar. Créeme. Dal as Sykes es el rey del sexo. ¿Tú y yo?

Los simples mortales como nosotros ni siquiera podemos compararnos con él.

Tres plantas por encima de los invitados a la fiesta, en una habitación con vistas al océano Atlántico, Dal as Sykes succionaba con avidez el clítoris de una ágil rubia sentada sobre su cara que se retorció presa del placer que precedía al orgasmo. Los gritos de la rubia se mezclaban con los guturales gemidos de placer de la pelirroja voluptuosa sentada a horcajadas sobre la cintura de Dal as mientras este la penetraba

con fuerza con los dedos.

Aquel as mujeres se habían entregado a él, y la certeza de que esa noche eran suyas,

bien para que las tratase con ternura, bien para que las atormentase, lo excitaba al máximo. Un afrodisíaco perverso, con un filo tan punzante como el acero e igual de salvaje.

Estaba borracho; ebrio de sexo, de whisky y de sumisión. Y en ese preciso instante lo

único que deseaba era perderse en el placer. Dejar que todo lo demás se disolviera.

—Por favor. —Los músculos de la pelirroja se tensaron alrededor de sus dedos y un

estremecimiento recorrió el cuerpo de Dal as; su necesidad de correrse era ya tan

potente que rayaba en el dolor—. Estoy muy cerca. Te quiero dentro de mí. Oh, Dios mío, por favor. Ahora.

Inmerso en los sonidos de su boca al succionar el coño dulce de la rubia, a duras penas consiguió entender aquel as palabras. Pero oyó lo suficiente, y de un único y brusco movimiento, bajó a la chica y la colocó a un lado, dejándola tendida y temblando

sobre la cama, con los pezones erectos y su coño, resbaladizo y expuesto, tentándole.

Dal as sintió que su cuerpo se tensaba de necesidad. De deseo. Pero solo para

correrse. No deseaba a ninguna de aquel as mujeres. En realidad no. Sí su compañía.

La evasión que le ofrecían, por supuesto. Pero ¿a el as?

Ninguna era la mujer que ansiaba, la chica que le había salvado y destruido a la vez.

La mujer a la que deseaba.

La que jamás podría tener.

Y por eso buscaba placer y pasión en el violento éxtasis del sexo duro y ardiente.

—Recuéstate —le ordenó a la rubia mientras apartaba sus oscuros pensamientos y lamentaciones. Alargó la mano hacia el vaso alto y apuró los restos de Glenmorangie. Disfrutó de la quemazón del whisky al bajar por su garganta y del efecto en su cabeza—. Contra el cabecero. Abre bien las piernas.

El a asintió y obedeció con entusiasmo mientras él se quitaba a la pelirroja de encima. —Fól ame —le rogó la joven del pelo rojo. Sus ojos verdes brillaban y le imploraban. Tenía los labios inflamados, la piel sonrosada. Olía a sexo, y ese aroma tan familiar, tan peligroso, tan increíblemente tentador, hizo que se excitara aún más duro—. Quiero que me fol es. —Sus palabras eran un mohín, una súplica, y Dal as estuvo a punto de sonreír en respuesta.

A punto, pero no lo hizo.

En vez de eso enarcó una ceja.

—¿Tú quieres? Nena, aquí no se trata de lo que quieres. Se trata de lo que necesitas.

—Entonces necesito que me fol es.

Los labios de Dal as contuvieron otra sonrisa. Le gustaban las mujeres que sabían lo que querían, de eso no había duda. Y se estaba divirtiendo mucho con la pelirroja. La había elegido de entre todas las que habían acudido a la fiesta porque le gustó cómo le quedaba el coqueto vestido negro que en esos momentos yacía en un montón sobre el suelo de su dormitorio. Eso, y porque sabía que tenía una prima que trabajaba para un funcionario del gobierno en Bogotá, y esa conexión podría venirle bien algún día.

En cuanto a la rubia, Dal as no tenía ningún plan oculto concreto para el a, pero valoraba su cuerpecito ágil y su calada obediencia. En ese preciso instante estaba sentada, tal y como le había indicado, con las piernas bien separadas y

maravillosamente vulnerable. No movía un solo músculo, pero el latido de su pulso en la garganta comunicaba su excitación tanto como sus pezones erectos y su coño ardiente y húmedo.

Clavó la mirada en los ojos verdes de la pelirroja e hizo un gesto en dirección a la rubia.

—Tú quieres que te fol en. Yo quiero mirar. Y te prometo que el a quiere hacer todo lo que yo diga. Parece la receta perfecta, ¿no crees?

La pelirroja recorrió su labio inferior con sus perfectos dientes blancos.

—Yo nunca...

—Pero lo harás. Esta noche. —La miró a los ojos—. Por mí. —La pelirroja se lamió los labios mientras él se bajaba de la cama y se ponía en pie. Continuó sentada sobre los talones, con las rodil as en el colchón. Dal as se inclinó hacia delante y le dio un largo y pausado beso. Sabía a fresas y a inocencia. Deseaba devorar lo primero y borrar lo segundo—. Rodea su cintura con tus piernas y bésala. Chúpale las tetas. Tócala como te plazca. El a te va a fol ar con los dedos mientras tú y yo imaginamos que es mi pol a. Nena, te vas a correr por mí más fuerte de lo que jamás te has corrido con nadie.

—¿Y tú?

Dal as percibió en su voz el temblor fruto de la excitación y supo que ya era suya.

—Yo estaré aquí mismo —dijo mientras le cogía la mano y la acercaba a la rubia, que estaba sumamente acalorada e impaciente.

Se colocó detrás de la pelirroja, colocó las manos sobre sus pechos al tiempo que el a le rodeaba la cintura a la rubia con las piernas y le apretó los pezones con fuerza mientras la rubia introducía los dedos dentro de su sexo.

Pegado a su espalda podía sentir cada estremecimiento de placer, cada vez que se le aceleraba el pulso. Y cuando una serie de pequeñas convulsiones sacudió a la pelirroja, deslizó la mano entre sus piernas desde atrás y hundió los dedos en su coño húmedo. Al hacerlo, su mano rozó el de la rubia, cuyo sensual gemido fue directo a su pol a.

A continuación, deslizó hacia arriba el dedo, ahora resbaladizo, para jugar con el culo de la pelirroja mientras el a se apretaba con fuerza contra él, con el cuerpo en l amas por el doble asalto.

—¡Ay, Dios, Dal as, esto es del todo indecente!

—Así es como me gusta, nena —respondió—. Yo solo juego así.

Era cierto. Le gustaba el sexo sucio. Quería recordar quién era. En lo que se había convertido.

«El rey del sexo.» Había oído cómo le llamaba todo el mundo y tenía que reconocer lo acertado e irónico que era el apodo. Porque lo cierto era que estaba bien jodido. Toda su puta vida era una actuación. Una fachada.

Era mercancía defectuosa. Un hombre destrozado por completo. Pero le había dado la vuelta a todo eso. Lo había reclamado. Lo había hecho suyo.

Tal vez no volviera a tener entre sus brazos a la mujer que deseaba, pero si esa era ahora su vida, se aseguraría de sacarle el mayor provecho posible.

Bajó la mano libre para acariciarse la polla. La sensación de su palma resbaladiza moviéndose de manera rítmica sobre su dura erección se mezclaba con los sonidos frenéticos, casi salvajes, de las dos mujeres. Cerró los ojos e imaginó otro lugar. A otra

mujer.

Pensó en ella. En Jane.

Pero no de ese modo. No foliándose así. No como un maldito entretenimiento nocturno, tan intercambiable como una noche en el cine y casi igual de intrascendente.

Salvo que todo estaba jodido. Sobre todo, él.

¡Maldita sea! Tenía que cerrarse a todo. A esos pensamientos. A esos deseos.

A todos esos remordimientos.

El estridente sonido de su teléfono móvil le sacó de sus reflexiones y se apartó de la pelirroja, que gritó a modo de protesta.

—Lo siento, nena —repuso con voz tirante por la presión que sentía en el pecho—. Es

el único tono al que siempre respondo. —Alcanzó el móvil que seguía sonando en la mesita y acarició de paso con ligereza la piel de las mujeres antes de darles la espalda

para atender a la amada—. Dime.

Esperaba lo peor de esa l amada. Su mejor amigo, Liam Foster, no tenía que informar hasta la mañana siguiente. Que le l amara en ese momento significaba que algo había ocurrido.

—Todo va bien, tío —se apresuró a decir Liam, con un tono tan próximo al entusiasmo como le permitía su formación militar.

—¿El niño?

Dal as había enviado a su equipo a Shangai para recuperar al hijo de ocho años de un diplomático chino que había sido secuestrado hacía diez días.

—Está bien —le aseguró Liam—. Deshidratado. Desnutrido. Asustado. Pero ha vuelto con su familia y se recuperará por completo, al menos físicamente.

«Físicamente», pensó Dal as. Las palabras resonaron en su cabeza de forma nauseabunda. Aquel o no era todo. Ni por asomo.

Apartó aquel os pensamientos y se obligó a concentrarse.

—Entonces ¿por qué me...?

—Porque el cabrón del alemán que le secuestró ha intentado canjear su libertad por información. Lo sabe, Dal as. Ese hijo de puta de Muel er sabe quién fue el sexto secuestrador.

Las palabras eran simples. El impacto que tuvieron en Dal as, no. Le hervía la sangre.

La habitación se volvió ardiente, roja. Quería darle una paliza de muerte al sexto hombre.

Quería hacerse un ovil o y l orar.

Deseaba saber por fin la verdad.

Había dos personas a mando de los seis desgraciados que los habían secuestrado, y sin duda el sexto hombre podía identificar a sus jefes. Por un lado estaba el tipo que se quedó sentado, sin ensuciarse las manos, pero que era el que más enfangadas las tenía de todos. Ese hombre vivía en la memoria de Dal as solo como fragmentos e

impresiones. Había sido listo. Había guardado las distancias. Pero fue el titiritero, el que contrató a los otros seis y tiró de los hilos.

Jane y él acabaron l amando a ese hombre el Carcelero. Había hablado directamente con él solo en dos ocasiones. Entonces le dijo que se lo merecía todo; cada momento de agonía, cada punzada de temor, cada humil ación.

Y luego estaba la Mujer. Se suponía que tenía que alimentar y cuidar a Dal as y a Jane, pero en vez de eso les trajo dolor y miedo, además de una retorcida oscuridad y una profunda vergüenza que no se había disipado ni siquiera después de que fuera liberado de su encierro entre aquel as mohosas paredes.

Pero ya no tenía quince años. No estaba encerrado en la oscuridad, torturado, hambriento e indefenso.

Tal vez fuera mercancía defectuosa, pero tenía dinero y poder, y sabía usarlos como un maldito mazo medieval.

—Estamos cerca de terminar con esto —le aseguró Liam—. Utilizaremos la información que saquemos de esta escoria para atrapar al sexto. Lo interrogaremos.

Conseguiremos que nos diga quién le contrató. Es la última pieza del rompecabezas. Si lo logramos, podrás decir por fin que se acabó.

Dal as cerró los ojos y tomó aire, empapándose de esas palabras. Liam se equivocaba, desde luego. En realidad, jamás terminaría. Pero no podía negar que empezaba a hacerse ilusiones, a fantasear con que de verdad podría poner fin a todo aquel o. Por él.

Por su cordura.

Pero sobre todo, por Jane.

2

Érase una vez

Hace diecisiete años

Eres un maldito bastardo, lo sabes, ¿verdad?

Quince Radcliffe se apoyó contra el marco de la puerta con despreocupación mientras

Dal as se apresuraba a meter los pies en sus zapatillas. Ya se había puesto un par de deshilachados vaqueros después de quitarse el chándal que llevaba mientras leía a Nietzsche tumbado en la cama en vez de hacer los deberes de matemáticas del día siguiente. Haría frente a los cinco problemas por la mañana; esa noche estaba

demasiado absorto en *Así habló Zaratustra*. O lo estaba hasta que él se le llamó.

—Dean Phelps exigirá tu cabeza en una pica.

—Estoy segurísimo de que eso violaría por lo menos una docena de normas de la escuela.

Dal as giró en redondo mientras hablaba, oteando la habitación con el ceño fruncido en busca de una camisa limpia. Tenía quince años y sabía hacer la colada, pero eso no significaba que la hiciera con demasiada frecuencia.

Encontró una descolorida camiseta negra debajo del pequeño pupitre cubierto de libros. Tiró de ella, la olió y se la puso por la cabeza. La olió de nuevo y se la subió para poder ponerse desodorante en las axilas. No le daba tiempo para darse una ducha y lamentó no haberlo hecho antes.

—Vale —accedió Quince—. Lo que tú digas. Pero si te pilan...

Dal as se le volvió la mano al corazón mientras la voz de su compañero de habitación se iba apagando.

—Oh, Quince, no sabía que te importara —bromeó. El aludido entornó los ojos y giró la mano hasta que su dedo corazón quedó bien levantado. A Dal as se le escapó una carcajada—. Deja de preocuparte. Solo vamos a salir unas horas. Tendré cuidado. Tú me cubrirás. Y nadie sabrá que me he ido.

Mejor que no, porque aunque Dal as jamás lo reconocería en voz alta, Quince tenía razón. Estaba corriendo un riesgo enorme. Su padre había tirado de hilos muy poderosos y aflojado mucha pasta para que pudiera entrar en St. Anthony, uno de los internados más prestigiosos de Europa, si no del mundo. Se pilló un buen cabreo en su momento —no quería que lo alejasen de Estados Unidos y lo mandasen a Reino Unido—, pero ahora, pasado un año, tenía que reconocer que aquel sí le gustaba.

Al menos lo reconocía para sí mismo, porque jamás lo haría ante Eli o Lisa. Aún no.

Tal vez nunca. Quería a sus padres. De verdad que sí. Pero siempre había existido algo entre el os. Una distancia. Quizá porque sabía demasiado bien quién era y de dónde venía. Es posible que los adolescentes no debieran saber la verdad sobre sí mismos. En ocasiones no podían sobrel evarlo.

Pensó en el lema predilecto de Nietzsche: «Conviértete en lo que eres». Y pensó en su propia conclusión: «Descubre qué coño eres antes de empezar a convertirte en el o. Además de quién eres».

Bueno, lo estaba intentando, ¿no?

Había estado esforzándose mucho, respetando las reglas. Más o menos. Había hecho todo lo que se suponía que tenía que hacer. No podía deshacer los meses en los que había coqueteado con las drogas, había robado coches, se había escapado por las noches y, en general, había actuado como un auténtico gilipol as, pero podía quedarse en aquel lugar, hacer su trabajo y convertirse en el hombre que quería ser. El hombre que sabía que podía ser.

Cualquier otra noche se habría quedado en su habitación, estudiando.

O, para ser más exactos, se habría quedado, se habría entretenido con libros o videojuegos y luego habría dedicado diez o quince minutos antes de clase a terminar los deberes o a estudiar para un examen.

Esa noche no.

Esa noche el a estaba al í.

Esa noche Jane le había l amado desde la estación.

—He cogido el tren desde Londres —le dijo por teléfono—. Todo el mundo piensa que estoy pasando la noche en casa de mi amiga Donna, la que se mudó a la capital el año pasado cuando su padre aceptó un empleo en la embajada. —Sus palabras sonaron rápidas y frenéticas, como si tuviera que soltarlas antes de perder el valor—. Pero no estoy con Donna. Voy de camino. Y tengo muchas ganas de verte esta noche. Ya sabes.

Antes de que todo se descontrola. Antes de que dejemos de ser solo nosotros. Así que voy para al á. En este preciso momento. Y me da igual que pienses que no debería hacerlo. Voy para al á y no puedes decir que no.

Estaba de camino; de verdad iba hacia al í.

Y, desde luego, él no podía decir que no.

—No vayas —insistió Quince mientras se asomaba por la ventana para echar un vistazo a la copa de un sauce cercano y a la zona común más abajo—. Tengo un mal presentimiento.

Dal as se palmeó el bolsil o trasero para cerciorarse de que l evaba la cartera.

—Déjalo ya, tío. Voy a ir. Vamos, hombre, ¿qué es lo peor que puede pasar?

Quince se volvió hacia él y, al hacerlo, la luz de la luna que se colaba entre las ramas del sauce dibujó extrañas sombras en su rostro.

—Ah, vale, pensemos. ¿Que te expulsen?

—¿Con la cantidad de dinero que mi padre invierte en este sitio? No lo creo.

Las palabras surgieron con facilidad, pero no se las creía ni él.

A pesar de la fortuna familiar, Eli Sykes había tenido que pelear para que admitieran a

Dal as en la academia. Por lo visto, no cumplía con el modelo de comportamiento que el colegio solía aceptar. Y Phelps y el consejo de administración no tardaron mucho en darse cuenta de que jamás deberían haber cedido.

Le daba igual. Lo haría, aunque eso significara tener que vivir en casa y sacarse el maldito título de secundaria. Iba a escaparse.

Tenía que verla.

—¿Me cubrirás?

Las sombras se desplazaron sobre el rostro de Quince.

—Sigue sin gustarme. Lo vas a echar todo a perder.

—Quince, venga, tío. Apóyame en esto.

El joven suspiró.

—Joder. Sabes que lo haré.

Dal as esbozó una amplia sonrisa; la misma que le llevaría a las portadas de las revistas *GQ* y de *Esquire* unos años después. Una sonrisa decadente y cómplice, que prometía pecado y redención al mismo tiempo.

—Te debo una de las buenas —susurró Dal as.

—Ya lo creo que me la debes. —Quince ladeó la cabeza hacia la ventana una vez más—. El a está ahí abajo. Vete. Y por Dios, no hagas ruido.

Tenía mucha práctica escabul éndose por las escaleras de atrás de la residencia

Lancaster. Salió de la habitación, recorrió el pasillo y atravesó la puerta que daba a la

escalera de incendios en menos de tres minutos. Titubeó lo justo para asegurarse de que ninguno de esos tipos estirados y encorsetados había vuelto a conectar la alarma,

pero todo permaneció en silencio.

Se internó en la oscuridad, a través del entramado de sombras que proyectaba la luna

sobre el césped húmedo. Un afluyente pequeño del Támesis atravesaba los terrenos del

colegio, dividiendo la zona común entre las residencias Lancaster y Wel ington. Jane no

había estado nunca al í, pero Dal as sabía dónde encontrarla. ¿Acaso no le había escrito

suficientes correos electrónicos describiéndole el campus y dónde le gustaba ir a sentarse, a pensar?

Y, sí, también a maldecir el hecho de que la chica a la que quería, a la que amaba,

era la única a la que no podía tener.

El camino se curvaba para dejar a la vista el banco. Era bastante sencill o, la pintura

estaba descolorida por los años de exposición a los elementos a pesar del limitado cobijo

proporcionado por un majestuoso roble, sin duda más antiguo que el colegio, que había

sido fundado tres siglos atrás.

Corrió hacia él con un nudo en el pecho. El a no estaba al í. ¿Había cambiado de opinión? No podía haberlo hecho.

Entonces unas sombras próximas a la orilla del río se movieron y ahí estaba el a, contemplando

el espectral reflejo de la luna en el agua. Estaba de espaldas a él y Dal as se quedó inmóvil. Pero debía de haberle oído. O quizá solo percibió su presencia. Se dio la vuelta. Y cuando sonrió fue como si el resto del mundo desapareciera. Dio un paso hacia el a, luego otro y otro más, hasta que solo un suspiro los separaba. Tendió la mano hacia el a y Jane hizo lo mismo, pero ambos la apartaron en cuanto sus dedos se rozaron.

En su boca se dibujó una sonrisa incómoda. Dal as no sabía cómo eliminar la intensa inquietud que pareció impregnar el ambiente entre el os. Solo sabía que era el a. Lo único que deseaba era tocarla, estrecharla entre sus brazos.

Besarla de forma salvaje, apasionada y más profunda que el tierno beso que habían compartido hacía más de un año. Y, maldito fuera, le daba igual que estuviera mal. Lo deseaba. La deseaba.

Siempre la había deseado.

Pero se habían hecho promesas. Por eso mantuvo los brazos pegados a los costados, obligándose a no moverse. A no tender la mano hacia el a. A no tocarla a pesar de la necesidad que lo dominaba; un anhelo tan intenso, puro y potente que no entendía cómo podía estar mal. Más aún, no entendía cómo era capaz de resistirse.

—Jane.

El a levantó la vista, pero siguió sin mirarle a los ojos.

—Lo sé. Pero...

Se interrumpió y encorvó los hombros.

Dal as contuvo el aliento. Confiaba en que el a fuera menos fuerte que él, porque si Jane capitulaba, él también lo haría.

Debería haber sabido que no sería así, y cuando el a levantó la cabeza y lo miró por fin a los ojos, la incomodidad había desaparecido. No había incertidumbre. Ni vergüenza. Solo vio resolución. Y arrepentimiento.

—Tenía que verte —dijo.

Lo que quería decir era: «Lo máximo que podemos tener es vernos».

—Lo sé —repuso—. Antes de que lleguen. Lo entiendo.

Un día más de clase y empezaban las vacaciones de primavera. Sus padres estaban en Londres; su padre, acompañado por los miembros más importantes de su personal y sus familias. El plan era que Dalas y Lisa, su madre, viajaran a Oxford. Tenía solo quince años, pero sus notas y las calificaciones de sus exámenes eran tan buenas que tenía muchas posibilidades de que lo admitieran, y las citas que sus padres habían concertado ocupaban la práctica totalidad de sus cortas vacaciones.

Mientras Lisa y él estaban en Oxford, Eli, su padre, se quedaría en Londres y visitaría los nuevos grandes almacenes Sykes, que habían abierto sus puertas el año anterior. Y como Jane estaba haciendo prácticas en el departamento de marketing a la vez que estudiaba en un colegio privado en Estados Unidos, ella estaría en Londres con Eli mientras él estaba en Oxford.

Ese era el único momento que tendrían para verse a solas.

Gracias a Dios que lo había amado. Ojalá hubiera tenido él el valor de amar primero.

—Me alegra que hayas venido —confesó—. Me alegra muchísimo que hayas venido.

La sonrisa de la chica alcanzó sus ojos, haciendo que su hermoso rostro brillara.

Siempre había sido una chica guapa, pero ahora, con quince años, solo unos meses menos que él, se estaba convirtiendo en una mujer deslumbrante. Llevaba la larga melena oscura peinada con una sencilla raya en el medio, de forma que caía sobre sus

hombros, tan brillante que refulgía a la luz de la luna. Tenía unos grandes ojos castaños

y unas cejas ligeramente arqueadas que le conferían una expresión de permanente

diversión, como si fuera consciente de lo loco que estaba el mundo aunque nadie más lo

hiciera. Su pálida tez irradiaba luz, y a pesar de que tenía el rostro redondeado, sus impresionantes pómulos le aportaban el aire elegante de una modelo de pasarela a un

semblante que de otro modo resultaría corriente.

En definitiva, era perfecta. Pero era su boca lo que amaba y atrapaba su atención.

Soñaba con sus labios. Deseaba tocarlos. Saborearlos. Imaginaba el calor de esos labios presionando los suyos, su suavidad... y sintió una erección como respuesta.

Bajó la mirada, con la esperanza de que él a no pudiera ver la prueba de lo mucho que la deseaba. Todavía era virgen y muy inexperto. Pero fantasear se le daba muy bien y en ese preciso instante en su mente ardía su aroma, el tacto de su piel, tibia y desnuda contra él, y...

«¡Joder! ¡Para!»

Tomó aire y se obligó a no pensar en nada de índole sexual. Las matemáticas podían servir. O la estadística.

Arrastró los pies y volvió a levantar la mirada hacia el a.

—Bueno... ¿has venido a pie desde la estación de tren?

El a negó con la cabeza, con la vista fija en el suelo casi todo el rato. ¡Vaya pareja!

—He cogido un taxi. Yo... quería llegar lo antes posible.

Las palabras prendieron fuego en su interior.

—¿De veras? Me alegro. —Exhaló un sonoro suspiro—. Vale... ¿Qué quieres hacer?

La miraba mientras hacía la pregunta, e incluso en medio de la oscuridad pudo ver que se sonrojaba. Se le encogió el estómago y su polla, aplacada al pensar en las ecuaciones diferenciales, se endureció otra vez.

Mierda, estaban bien jodidos. Ambos estaban bien jodidos.

—He visto un folleto sobre un concierto a medianoche en el parque —se apresuró a

decir Dalas—. Es posible que sea un auténtico tostón, pero eso lo hará aún más divertido. Un grupo tocará versiones de las canciones de los Beatles para celebrar el no

sé cuántos aniversario de alguno de sus álbumes.

El a se echó a reír.

—La música no te va mucho.

—Pero a ti sí.

Su dulce sonrisa estuvo a punto de consumirle.

—Sí. A mí sí. —Se mordisqueó con suavidad el labio inferior y Dal as notó que sus pantalones se estrechaban por momentos—. Y sí que suena a tostón. —Dio un paso hacia él y empujó con suavidad su bota con la puntera de su zapato—. Pero creo que

será una pasada.

—¿En serio?

El a asintió; parecía entusiasmada y feliz, como si estuvieran a punto de emprender una gran aventura.

Dal as enfiló el camino hacia el parque y el a caminó a su lado. El silencio era cómodo y en ese instante no había ninguna otra cosa que prefiriera hacer ni nadie más con quien quisiera estar. Así que, cómo no, tuvo que arrojar un jarro de agua fría sobre ese maraviloso momento.

—Eli se va a pillar un mosqueo de narices si se entera de que estás aquí.

—Fue él quien decidió que una becaria le acompañara a Londres —comentó con ligereza, pero hizo una mueca cuando le lanzó una rápida mirada—. Nunca te he oído llamarlo papá.

Dal as ladeó la cabeza mientras la miraba.

—¿Crees que debería? Da igual —repuso antes de que el a pudiera responder—. No es importante. Ni siquiera debería haberlo mencionado.

El a le estudió como si intentara descubrir qué era lo que no le estaba diciendo.

—¿Sigues cabreado porque te envié aquí? Es decir, una cosa es el internado y otra mandarte a la otra punta del mundo.

Él negó con la cabeza.

—Si se lo cuentas, lo negaré, pero no. Estaba más jodido en casa. Estaba metido en mucha mierda. Y...

Se interrumpió, hundiendo las manos en los bolsillos. Había estado a punto de decir «Tú». Y de ningún modo quería entrar en eso.

El a se detuvo, le cogió de la mano y le obligó a pararse a su lado.

—¿Lo estoy empeorando? ¿No debería haber venido?

—Dios mío, no. —Las palabras surgieron a toda velocidad y revelaban demasiado.

Dal as contempló sus manos unidas y luego fijó sus ojos en el a—. Puede que sí —
susurró.

Sus miradas se cruzaron y, aunque fuera un cliché, él lo sintió. Sintió el poder. El deseo. Ahí mismo, entre el os, y mucho más fuerte que los dos.

—Dal as.

Fue cuanto dijo, y él no supo si era una protesta o una invitación.

No pensaba esperar a averiguarlo.

Se inclinó, colocó la palma de la mano sobre su nuca y se apoderó de su boca.

Cuando Jane jadeó, el sonido hizo que sus labios se separaran un poco más, lo que él aprovechó para explorarla con la lengua. Saboreó, profundizó e hizo suyo el beso hasta que no hubo nada que los separara. Ni aire, ni piel, ni el maldito mundo que decía que no podían hacer aquel o. Que era una locura.

Que estaba mal.

Se apartó, sin aliento, temiendo haberse sobrepasado, haberla presionado demasiado.

Le aterraba ver miedo en los ojos de Jane cuando los abriera. O, peor aún, arrepentimiento.

Pero su rostro era dulce, su pálida piel casi angelical a la luz de la luna, y cuando abrió sus grandes ojos castaños y lo miró, vio su propio deseo reflejado en el os.

—No deberíamos —susurró Dal as.

—Lo sé.

Ninguno se movió. Se quedaron ahí, separados por escasos centímetros; podía sentir el aliento de Jane en la cara, mentolado y seductor. Creyó oír el latido de su corazón;

estaba seguro de que él podría oír el suyo.

Y entonces, como si el peso de su conexión los uniera de golpe, se acercaron al mismo tiempo. Sus bocas se unieron con fuerza y rapidez. Sus manos se entrelazaron

con torpeza, acariciándose con los dedos. Jamás había estado tan empalmado en toda su vida, ni siquiera cuando se tumbaba en su cama, con las manos dentro de los calzoncillos mientras la imaginaba. Durante un momento lo invadió la vergüenza, pero entonces él dejó escapar un suave gemido y Dallas se dio cuenta de que era su nombre. Su necesidad y deseo eran tan grandes que fue un milagro que no se corriera

en el acto.

—Jane, yo...

No sabía qué había estado a punto de decir, pero no importaba. Sus palabras fueron interrumpidas por un grito, tan cortante como una daga y brutalmente breve.

«Alguien la ha cogido.» Había dos hombres vestidos de negro a cada lado de Jane,

con la cara oculta por pasamontañas, que la agarraban por los brazos mientras se la llevaban por la fuerza, con la cabeza desplomada hacia un lado.

—¡No!

Pareció pasar una eternidad hasta que gritó aquel otro, hasta que intentó correr para ayudarla. Pero enseguida se dio cuenta de que no habían transcurrido ni siquiera unos

segundos. Y que no podía ayudarla; ni ayudarse a sí mismo. También le habían atrapado a él.

Se revolvió, logró soltar su brazo izquierdo y se giró hacia la derecha para intentar liberarse, para tratar de ver lo que pudiera antes de que lo agarraran de nuevo y lo sujetaran con fuerza.

«Cuatro hombres.» Dos lo sujetaban a él. Otros dos de pie detrás de ellos, uno con un trapo en la mano.

Y los dos que retenían a Jane.

Seis en total. Seis agresores.

«Seis secuestradores.»

«Seis», repitió para sí mientras combatía el miedo, doblegándolo y obligándose a escuchar sus voces. A calcular sus estaturas y sus pesos. A estudiar sus ojos y luchar

contra el terror, y seguir pensando incluso cuando el hombre con el trapo se acercó a él y le apretó el paño empapado en cloroformo contra la boca y la nariz.

Y mientras el mundo se desvanecía bajo sus pies, se aferró con rapidez a su imagen mental de aquel o seis hombres muertos. Porque eso eran. «Muertos.» Daba igual lo que tardara en hacer que fuera así.

3

Liberación

Dal as? Joder, tío, ¿sigues ahí?

Se dio cuenta con un sobresalto de que estaba agarrando el teléfono como si fuera el cuello del sexto secuestrador, con tanta fuerza que era un milagro que el puñetero cacharro no se hubiera hecho pedazos en su mano. Irritado, apartó a un lado sus recuerdos y se concentró.

—¿Desde dónde llamas?

—Desde el avión —respondió Liam—. De camino desde Berlín a la casa franca en

Mendoza.

Dal as frunció el ceño y se preguntó cómo encajaba Argentina en aquel momento mientras salía desnudo al balcón para poder hablar con libertad. Más abajo, en la fiesta, algunas

mujeres se dieron codazos entre ellas al tiempo que levantaban la mirada y lo señalaban. Él apenas reparó en ellas.

—Te escucho.

—Muelter se llevó al chaval de su colegio privado en Shangai y consiguió introducirlo en Europa. Por fin pillamos al hijo de puta en Alemania. Quince ha hecho un buen trabajo consiguiendo que hablara —añadió.

En la actualidad, el compañero de internado de Dal as era oficialmente un operativo del MI6 y, de manera extraoficial, uno de los miembros destacados de Liberación, el equipo encubierto, escogido con sumo cuidado, que Dal as había formado hacía más de una década.

Había montado la organización con el objetivo de encontrar y destruir a sus

torturadores, pero esta había evolucionado hacia algo que iba mucho más allá.

Liberación se había convertido en una poderosa fuerza que hacía lo que fuera necesario para rescatar a niños secuestrados. Su selecta y discreta clientela encontraba el modo de llegar hasta ellos a través del boca a boca y las referencias. Y ningún cliente podía señalar a Dalas ni a ninguno de los demás hombres.

Liberación iba un paso más allá, sorteaba la ley. Y lo más importante de todo: hacía el trabajo.

Dalas tomó aire para asegurarse de que no le temblara la voz.

—¿Me estás diciendo que Mueler te habló del sexto hombre?

—Sí, durante el interrogatorio. Hicimos las preguntas de rigor para determinar si sabía algo de tu secuestro.

—Y lo sabía.

—El muy cabrón es un puto perro rabioso al servicio de cualquiera con un hueso lo bastante jugoso.

—¿Hay razones para creer que Mueler estuvo implicado?

Era una posibilidad remota, pero tal vez Mueler fuera el sexto y ahora intentaba confundir los hechos. Joder, a lo mejor era el puto Carcelero.

—Negativo —informó Liam—. Estaba cumpliendo condena en una cárcel alemana durante los seis meses previos y los dieciocho posteriores a vuestro secuestro. Él no estuvo involucrado; apostaré mi reputación. Pero sigue siendo una fuente, quizá incluso la clave. Sabía cosas de tu secuestro y de otros muchos más.

Dalas apretó los puños mientras respiraba, conteniendo la furia que amenazaba con dominarle.

—¿Cómo se enteró del mío? ¿Por lo que se dice en la calle?

De ser así, resultaba interesante por sí solo. Eli Sykes había mantenido el secuestro en secreto; no se lo había contado a nadie, salvo a su círculo más íntimo. Ni a la prensa,

ni al FBI, ni a Scotland Yard. A nadie. Se había ocupado él mismo del asunto, contrató mercenarios y concertó el pago del rescate. Y, sobre todo, guardó un silencio sepulcral.

En la actualidad, Dal as no sabía a ciencia cierta si su padre había hecho mucho o poco. Sí, Jane y él fueron liberados. Pero el precio que habían pagado había sido brutal.

Aun ahora, casi dos décadas después, el mundo creía que Dal as Sykes, el inútil hijo del magnate del comercio Eli Sykes, había cambiado el internado pijo por un hospital privado durante una temporada. En cuanto a Jane, la prensa no se había hecho eco en absoluto de su desaparición y el a lo había mantenido en secreto.

Cuando contrató a los miembros de Liberación, Dal as contó la verdad a su equipo. A fin de cuentas, necesitaba que entendieran el objetivo. Aparte de eso, cada hombre tenía sus propias razones para comprometerse con Liberación y con su misión, pero Dal as sabía que podía confiar en el os.

A pesar de todo, el os solo sabían que había sido secuestrado. Ignoraban lo peor de lo que había ocurrido dentro de aquel as frías y húmedas habitaciones cerradas. Joder, ni siquiera Jane sabía lo peor, y eso que había compartido la oscuridad a su lado.

—Nada de rumores cal ejeros —confirmó Liam—. El nombre de nuestro objetivo es Silas Ortega. Fue el sexto y tiene reputación de hacer casi cualquier cosa por un precio adecuado. También tiene fama de mantener la boca cerrada, aunque supongo que la emoción de alardear de haber jodido al gran Eli Sykes era demasiado grande hasta para él. Se lo contó a alguien y l egó a oídos de Muel er.

—Y ha intercambiado esa información con nosotros.

—Podría decirse así —repuso Liam.

Una tensa sonrisa se dibujó en sus labios, pero Dal as no insistió. No necesitaba oír lo que Quince le había hecho a Muel er para sonsacarle lo que sabía. Cada miembro de Liberación hacía lo que tenía que hacer. Joder, el grupo se l amaba así porque su misión era darles por el culo a los malos.

—Y fíjate en esto —añadió Liam. Detectó cierta excitación en su presentación formal

— Muel er ha dicho que Ortega sabría quién le contrató. Que no es la clase de gilipol as que trabaja para una voz con una cuenta bancaria. Es leal, brutal y muy eficaz, pero solo se vende a gente que conoce.

La esperanza anidó en el estómago de Dal as. No era algo suave, sino tan duro y áspero como el cabrón al que perseguía. El cabrón al que Ortega podía identificar.

—¿Y Ortega está en Argentina?

—Tiene un viñedo al í. Mucha seguridad, pero Quince está en el o y Noah nos apoya desde Estados Unidos.

—¿Y Antonio? —preguntó Dal as, refiriéndose al quinto y último miembro de Liberación.

—Atando los cabos sueltos en China.

Dal as asintió mientras consideraba las opciones.

—Actúa en cuanto se presente la ocasión. Captura a Ortega y que Quince se lo trabaje. Podemos sacarlo por la frontera a Valparaíso y meterlo en un carguero.

Liberación tenía buenas conexiones con la ciudad portuaria chilena.

—Ya estoy en el o. Está previsto que el Minerva l egue pronto —comento. Ya habían contratado ese carguero con anterioridad—. Te avisaré cuando... Oh, mierda. Espera.

—¿Qué?

—Dame un segundo —pidió Liam, irritado.

Puso la l amada en espera, dejando a Dal as frustrado, pero no preocupado. Lo más probable era que Antonio estuviera informando. O tal vez Noah y Quince habían averiguado algo sobre la propiedad de Ortega. Fuera lo que fuese, Liam se ocuparía.

Con celeridad y eficacia.

Dal as entró de nuevo en la habitación, pero no prestó atención a las mujeres que seguían en la cama. En su lugar tomó otra dirección y se dirigió hacia la estantería de

madera de caoba pulida, uno de cuyos estantes hacía las veces de bar. Dejó el teléfono

y se sirvió un nuevo vaso de whisky. Se concentró en no ceder ante la voz de su cabeza que le decía que ya estaba. Que la persecución casi había terminado.

Cerró los ojos y dejó que los dispersos recuerdos de los últimos diecisiete años le invadieran.

Habían estado a punto de descubrir al Carcelero antes. En cinco ocasiones, de hecho.

Habían tardado años, pero habían logrado localizar a los otros cinco secuestradores y cada vez había abrigado la esperanza de conseguir una pista fiable sobre el hijo de perra

que había organizado su secuestro.

Pero todas habían resultado inútiles. Dos habían muerto antes de que el equipo

lograra identificarlos, uno de cáncer y el otro durante una pelea carcelaria. El tercero se pegó un tiro en la cabeza cuando se vio acorralado, y los otros dos habían sido contratados por la víctima de cáncer y ninguno sabía una mierda sobre el Carcelero o la

Mujer. Facilitaron algo de información sobre sus tres cómplices muertos, pero hasta el momento lo que consiguieron sacarles no los había llevado a ninguna parte. Y no sabían

nada del sexto.

Ahora tenía la impresión de que existía una posibilidad real de que Liberación

encontrara al número seis. Pero Dal as sabía muy bien que todo podía salir mal. Y si esa

pista también se iba al traste, las probabilidades de descubrir quién los había secuestrado se reducían casi a cero.

«¡Mierda!»

Dal as apuró el whisky de un trago, apoyó las palmas de las manos en la cálida madera y se inclinó hacia delante, dejando caer la cabeza mientras el licor lo quemaba

por dentro. Pero no había suficiente alcohol en el mundo para reducir los recuerdos a cenizas. Ni sus remordimientos.

Exhaló un suspiro mientras se erguía. Su mirada fue directa a uno de los libros de la

estantería, colocado a la altura de sus ojos. Su blanca sobrecubierta estaba arañada en

la parte superior e inferior del lomo de tanto sacarlo y devolverlo al estante casi a diario.

Lo cogió y contempló la portada. Un autobús escolar amarillo. Cinta policial. El título

pintado con espray, como si fuera un grafiti, sobre el autobús: *El precio del rescate*.

Y el nombre de la autora, en letra más grande, al pie: Jane Martin.

Jane y él raras veces se veían a solas. El a l evaba los últimos cuatro meses viviendo en Los Ángeles, por lo que su escaso contacto era lógico. Pero tampoco se habían visto cuando estaban en la misma ciudad, ni siquiera para cenar o una rápida salida a comer, y apenas se l amaban o intercambiaban mensajes de texto. Mantenían un círculo común, por supuesto, pero sus encuentros no eran frecuentes... ni satisfactorios.

Desde el secuestro habían mantenido las distancias. Emocional y físicamente. Dal as la echaba de menos, la echaba muchísimo de menos, pero también sabía que aquel o era lo mejor. El único camino.

Separados estaban a salvo.

Juntos, eran inflamables.

Pero eso no significaba que no la viera, que no supiera dónde estaba y qué hacía.

¿Acaso no cogía ese mismo libro casi a diario, le daba la vuelta y pasaba los dedos sobre la foto de la autora? ¿No encendía la televisión y veía los programas matutinos a

los que solía acudir como invitada, sobre todo ahora que *El precio del rescate* era la comidil a de Hollywood?

La historia era perfecta para un libro y para una película. Cinco chicos de tercero secuestrados en un autobús escolar. Después de permanecer en paradero desconocido

durante más de un mes, están a punto de morir cuando un intento de rescate por parte de un grupo de mercenarios incompetentes sale muy mal.

Por supuesto, nadie sospechaba que la propia autora era una víctima de secuestro.

Que la empatía con la que escribía era auténtica.

Ningún entrevistador preguntaba si el proyecto era algo personal para Jane. Si era una catarsis. Una terapia.

Pero lo era, desde luego.

Él lo entendía, aunque nadie más lo hiciera.

También comprendía otra cosa. Conocía demasiado bien el rostro de Jane como para no verlo. La levísima tensión en su mejilla cuando un periodista hablaba de que al final los niños eran rescatados.

Que tenían su final feliz.

Solo pensar en ello hacía que Dallas tuviera tantas ganas de reír como de llorar.

Los niños habían sobrevivido, por supuesto.

Jane y él también lo habían hecho.

Pero eso no significaba que el final hubiera sido feliz. Él lo sabía. Jane lo sabía.

Y estaba seguro de que todos esos niños torturados también lo sabían.

Estaba a punto de servirse un nuevo trago de whisky, pero detuvo la mano a mitad del movimiento. La noche se había puesto interesante y, por mucho que quisiera desprenderse de los recuerdos de Jane, necesitaba tener la cabeza despejada.

Dejó el vaso en la estantería y se volvió. Vio que la rubia se había colocado en el borde de la cama mientras la pelirroja se encaminaba hacia él, contoneando las caderas de forma provocativa.

Reprimió las ganas de decirles que se vistieran y se fueran a casa, que ya no estaba de humor.

Pero eso no tenía importancia. El Dallas Sykes que había creado siempre estaba de humor. A fin de cuentas, esa era su tapadera.

Levantó un dedo para detener a la pelirroja y ladeó la cabeza con desaprobación al ver su expresión irritada.

—Vuelve a la cama —le dijo—. Tu boca. Su coño.

Al ver que no obedecía de inmediato, se acercó hasta colocarse justo delante de ella.

Oyó su respiración entrecortada por la excitación y los restos de su reticencia se esfumaron. Deseaba aquel día. Joder, lo necesitaba.

No a ella, pero sí su disposición. Su obediencia.

Deslizó una mano entre sus piernas e introdujo dos dedos en su interior. El a dejó escapar un prolongado y ardiente gemido, que reverberó por todo su ser, satisfaciendo

aquel a profunda y primitiva necesidad.

—Ahora —ordenó—. Hasta que te diga que pares.

El a se lamió los labios, con los ojos vidriosos por el deseo. Luego volvió desnuda a la cama y sepultó el rostro con entusiasmo entre las piernas de la rubia, que la esperaba.

Un estremecimiento de satisfacción le recorrió mientras se maravillaba de la pasión con la que el a obedecía. De sus ganas. Estaban bajo su control. Igual que Muel er. Igual

que pronto lo estaría el sexto secuestrador.

—Siento interrumpir tu fiesta —masculó Liam con sequedad cuando Dal as cogió de nuevo el teléfono y volvió al balcón.

—Que te jodan —respondió divertido.

—Agradezco la oferta, tío, pero creo que ya tienes las manos ocupadas.

Dal as estuvo a punto de soltar una carcajada. De todos sus amigos, Liam era el que mejor entendía lo que hacía... y por qué. La euforia de hacía unos instantes comenzó a disiparse. Parecía que ahora las cosas habían cambiado. Pese a su intento de restarle importancia, lo percibió en la voz de Liam. Notó la frustración. Incluso la derrota.

No quería preguntar, pero no era de los que huyen de las malas noticias.

—Dime —exigió.

—Parece que nuestro señor Ortega está en la lista de mucha gente. Noah acaba de confirmar que la policía local lo está buscando, además de la Interpol y muy posiblemente el FBI. —Dal as masculó una maldición—. La cosa se pone fea —continuó Liam—. Resulta que l eva desaparecido las últimas treinta y seis horas.

—Alguien ha l egado hasta él antes que nosotros.

Se le formó un nudo en el pecho que le dificultó seguir hablando.

Tanto tiempo, tanto trabajo, ¿y habían perdido el premio por un día? ¡Menuda mierda!

—No es difícil imaginar qué carta jugará si intenta llegar a un acuerdo.

—En absoluto —convino Dal as—. Hablará de que secuestraron a un Sykes, dirá que está seguro de que eso pasó y que puede señalar al hombre que lo planeó, y Ortega será el puñetero héroe de alguna agencia, con inmunidad y una palmadita en la espalda.

En el dormitorio, una de las mujeres gritó de placer.

En el balcón, Dal as cerró los ojos, presa de la agonía.

Inspiró hondo y se pasó los dedos por el pelo, revuelto por la sesión de sexo.

Necesitaba encontrar una solución. Algún truco de mágica.

—Si alguna de esas agencias descubre quién es el Carcelero antes que nosotros...

No se molestó en terminar la frase. No tuvo que hacerlo.

Llevaba diecisiete años fantaseando con matar al hijo de puta que los había secuestrado a Jane y a él. Había trabajado duro. Había hecho planes. Había investigado, entrevistado a gente, discutido y rezado. Y cuando colocó cada pieza en su sitio, empezó a reclutar a gente.

Ahora Liberación estaba en pleno auge y a máxima potencia. Era una máquina bien engrasada. Algo condenadamente hermoso que prosperaba en las sombras.

Sí, el objetivo de Liberación era rescatar víctimas. Pero también hacer justicia.

Vengarse. Y todos los que formaban el equipo lo sabían. Sin disimulos ni artimañas. Sin reglas. Liberación encontraba a los malos y hacía lo que fuera necesario para castigarlos y devolver a las víctimas a su hogar.

Si el gobierno localizaba al Carcelero, lo procesarían.

Liberación lo ejecutaría.

Y no había poder sobre la faz de la tierra capaz de disuadir a Dal as. Había soñado con ese momento. Lo había recreado en su cabeza una y otra vez.

La fantasía lo había sustentado durante las largas noches en la oscuridad y las interminables horas que había pasado solo. Cuando le habían torturado. Y se había sentido avergonzado.

Horas en las que, por fin, lo habían quebrado.

Dal as sabía bien que ver morir al Carcelero y a la Mujer no les devolvería a Jane ni a él lo que habían perdido, no curaría lo que se había roto. Pero sería justo. Sería bueno.

Tal vez incluso fuera suficiente.

—Voy a ir —anunció Dal as—. Si Ortega sigue en libertad, me encargaré de la persecución contigo. Y si consigues atraparlo, quiero interrogar yo mismo a ese hijo de perra.

—Joder, Dal as...

—Si el gobierno tiene ya a Ortega bajo custodia, iremos a por todas con Muel er.

Quiero exprimirle hasta la última gota de información. Todo lo que sepa de Ortega. Qué

trabajos ha hecho, qué marca de cigarrillos fuma. A qué mujeres se ha folado. —Se paseó de un lado a otro; la cabeza le zumbaba—. Quiero saberlo todo y conocerlos a todos. Es imposible que Ortega alardeara una sola vez sobre el secuestro de un Sykes.

Quiero saber qué más ha dicho y a quién se lo ha dicho. Quiero saber lo que sabe y ver adónde nos lleva.

—¿Estás diciendo que necesitas trabajar sobre el terreno? ¿Que no confías en mí para que dirija este equipo? ¿Que no crees que Noah, Quince y Antonio puedan hacer el

trabajo? Eso son chorradas y lo sabes.

—Maldita sea, Liam. Liberación es...

—Tuya —le interrumpió su amigo—. ¿Crees que no lo sé? ¿Que no lo sabemos

todos? Liberación es tu creación, tu misión. Es tu espectáculo y todos hemos estado actuando según tus reglas, hasta la última de ellas. Y ha dado resultado. Pero existe una

razón para que seas un fantasma en esta organización, tío, y eso también lo sabes.

Joder, tú mismo has hecho las normas. Y la primera regla es que nadie rompe las putas reglas.

Dal as esbozó una tensa sonrisa.

—No estoy rompiendo nada. Lo que pasa es que las reglas han cambiado. —Calculó

cuánto tardaría en llegar hasta el aeropuerto en su helicóptero y luego a Argentina en su avión privado—. Estaré allí en trece horas. Y si Ortega no está en una habitación cuando llegue, más vale que esté Mueller.

Liam no era tan tonto como para discutir.

—Doce horas —replicó—. Doce o empezamos sin ti.

—No lo haréis —dijo Dallas, que no solo conocía a sus hombres, sino también a sus amigos—. Allí estaré.

Dallas se estaba poniendo unos vaqueros negros cuando la puerta del dormitorio se abrió y entró Archie con una bolsa de piel en la mano.

Las dos mujeres que seguían esperando sobre la cama se escondieron debajo de las sábanas. No era necesario. Archie Shaw se había pasado casi cuarenta y cinco de sus setenta años al servicio de la familia Sykes, y los diez últimos de Dallas en exclusiva. Era a la vez criado, ayuda de cámara, confesor y amigo.

Los penetrantes ojos grises de Archie lo habían visto todo. Pero nunca contaba nada, ni un cotilleo. Por eso Dallas confiaba en él.

—He metido ropa y artículos de aseo para una semana —dijo, depositando la bolsa a sus pies—. Y ha llegado otra carta esta tarde.

Le ofreció el ya familiar sobre azul claro. Incluso desde el otro lado de la habitación, Dallas sabía que su nombre y dirección figurarían en una etiqueta blanca, con las letras impresas con una antigua impresora matricial de puntos. Sin remite.

—¿Me encargo de ella? —inquirió Archie al ver que Dallas no decía nada.

—No. —En ese momento las cartas no eran más que un fastidio, pero era consciente de que el remitente se estaba volviendo peligroso—. Métela en mi bolsa. Me ocuparé de ella o más tarde.

Hasta el momento había sido incapaz de averiguar ni una sola pista sobre la identidad del remitente. Pero algún día cometería un error. Aquella carta podía ser ese error.

La expresión de Archie no varió, aunque Dal as sabía que también él se sentía frustrado por las burlas anónimas que habían empezado a llegar hacía poco más de un

año. Se limitó a asentir y a meter el sobre en uno de los bolsillos laterales de la bolsa.

—¿Alguna cosa más?

—Ha llamado a la señora West.

Dal as se pellizcó el puente de la nariz. Había salido con Adele West durante unos seis meses después de que ella se divorciara, si acaso podía llamarse salir a aquel o.

Con sinceridad, él no sabía cómo definirlo, aparte de quedar para foliar.

Pero se había acabado, y estaba seguro de que no le apetecía hablar con ella en este momento.

—Deja el mensaje en mi mesa. Me encargaré a mi vuelta.

—Por supuesto, señor. —Echó un vistazo a su reloj—. El helicóptero llegará en veinte minutos.

—¿Qué haría yo sin ti?

—Imagino que llevar la misma ropa durante días. Al menos así le soy útil no solo a usted, sino también al señor Foster y a los demás.

—No ha habido un solo día en que no me haya cambiado de ropa desde que iba a la universidad. —Posó con afecto la mano en el hombro de Archie—. Gracias.

—¿Les digo a sus invitados que ha tenido que atender una emergencia laboral?

—Joder, no. Di que he recibido una llamada de... ¿Quién es esa actriz a la que acaban de poner a parir en internet por hacer un vídeo sexual? Di que he ido a verla. No

querrás empezar a reparar la reputación que tanto me he esforzado en destruir.

—En tal caso, le deseo buena suerte y mucho éxito. Y, Dal as, vuelve de una pieza —

agregó, con la voz embargada de emoción mientras dejaba a un lado su formalidad habitual.

Dal as esbozó una rápida sonrisa torcida, pero su voz era seria.

—Lo haré. Siempre lo hago.

Archie parecía querer protestar y él entendía por qué. Ya había participado en misiones antes, pero tal y como había señalado Liam, siempre había sido un fantasma. Trabajaba entre bastidores, investigando y analizando. Era el líder y el enlace con los posibles clientes, fingiendo que conocía a alguien que a su vez conocía a alguien que podía ayudarles a recuperar a sus seres queridos de manera discreta. Frecuentaba lujosas fiestas por todo el mundo con el fin de recabar información, colocar micrófonos o realizar otras tareas necesarias. Y en las escasas ocasiones en las que participaba en una misión, lo hacía ataviado de forma que nadie reconociera su célebre rostro. Esta vez era diferente. Esta vez quería estar en la habitación. Quería mirar a Muel er y a Ortega a los ojos, hasta estar seguro de haber sonsacado toda la información posible a esos cabrones.

Y luego quería verlos muertos. Ortega, que fue el primero en lanzar su vida al abismo. Y Muel er, que había secuestrado a tantos niños, que había destrozado sus vidas y las de sus familias solo por dinero y por pura diversión.

—Tendré cuidado —le aseguró Dal as muy despacio, mirando a su viejo amigo a los ojos—. Pero haré el trabajo.

Archie asintió, como un padre resignado a enviar a su hijo a la guerra. Era una metáfora muy válida. Si alguien sabía más que él sobre Liberación y sus peligros, ese era Archie. El estoico, serio y sosegado Archie, que trabajaba a la sombra, compaginando la dirección de la casa de Dal as con su vida cotidiana y sus muy diversas actividades extracurriculares, tanto reales como ficticias.

En cuanto a lo último, Archie señaló con la cabeza hacia el fondo de la estancia y a las dos mujeres, todavía tumbadas en la cama de Dal as, observando con curiosidad e impaciencia.

—Le dejo para que termine de vestirse y se despida. —Echó un vistazo al reloj—. Ha de estar en el helipuerto dentro de quince minutos.

No esperó a que Dal as dijera nada. Dio media vuelta, se dirigió con paso firme hasta la puerta y salió con discreción.

—¿Un helicóptero? —La pelirroja frunció sus inflamados labios en un mohín—. ¿De verdad te marchas?

—¿Has estado escuchando?

La boca de la mujer se curvó en una sonrisa traviesa.

—Supongo que deberías castigarme.

—Lo añadiré a mi agenda —dijo—. Pero tienes razón. Tengo que marcharme. —

Consultó su reloj. Quería estar en el helipuerto cuando el aparato llegase para no perder ni un minuto—. ¿Tienes el número de mi móvil?

—Por supuesto.

—Envíame fotos. —Desvió la mirada hacia la rubia—. Quiero fotos interesantes.

El rubor que apareció en los rostros de las mujeres le proporcionó más placer de lo

que debería, pero ¿qué demonios? Quería lo que quería. Y si un selfi de esas dos besándose se la ponía dura y apartaba de su mente a Jane, su destino y lo que iba a

hacer, quería esas fotos en su bandeja de entrada. Después de todo, el vuelo hasta Argentina era muy largo.

Acababa de recoger una camiseta negra del respaldo de una silla cuando alguien

llegó con suavidad a la puerta.

—Entra —dijo.

Supuso que sería Archie para decirle que el helicóptero estaba esperando.

Pero cuando lanzó una mirada inquisitiva hacia la puerta abierta, no fue el eficiente rostro de Archie el que apareció en el umbral, sino el de Jane. Dal as sintió que su corazón dejaba de latir en ese momento.

Se quedó paralizado, como un puñetero imbécil, con la vista clavada en la puerta, como si estuviera viendo un fantasma. Joder, tal vez fuera eso. Era más probable que un

espectro honrara aquellas estancias con su presencia que aquella mujer que una vez vivió allí.

Vestía unos sencillos vaqueros y una camiseta rosa debajo de una blusa blanca transparente. Llevaba el pelo castaño recogido en una desaliñada coleta, con algunos mechones sueltos enmarcando su rostro. No iba maquillada y su pálida piel resaltaba sus enormes ojos marrones.

Parecía exhausta y acelerada. Estaba deslumbrante. E incluso después de tanto tiempo —y de luchar contra aquel o cada maldito día—, sintió que el deseo lo atravesaba; ardiente, exigente y demasiado peligroso.

Sus ojos le buscaron de inmediato y la vio tranquilizarse, como si de verdad lo estuviera buscando y él fuera todo cuanto jamás pudiera necesitar.

Había un brillo en su mirada y su sonrisa era tan radiante como el sol. Durante un instante, el tiempo se detuvo y las posibilidades lo paralizaron todo.

Entonces, la calidez en sus ojos se enfrió y su mirada descendió por su pecho desnudo hasta las caderas, donde sus vaqueros desabrochados dejaban ver los

descoloridos calzoncillos negros que llevaba. Notó que su polla, que se había puesto dura solo con verla, se contraía bajo su examen. No estaba seguro, pero creyó ver cierto rubor en sus mejillas.

El no lo miró a los ojos, sino que volvió la cabeza con rapidez y se fijó en la cama, desde donde dos mujeres desnudas la observaban desafiantes, como si fueran las dueñas del corazón de Dallas. Como si fueran para él algo más que una mera diversión.

Dallas la observó humedecerse los labios y girar un hombro, como un púgil a punto de entrar en el cuadrilátero. Cuando lo miró de nuevo, sus ojos carecían de expresión.

—Cuando atravesé la multitud de ahí abajo ignoraba que tú estabas celebrando una fiesta privada aquí arriba. Tendría que habérmelo imaginado. A eso te dedicas ahora, ¿no? ¿Esto es lo que eres?

—Es lo que soy —confirmó, aunque sus entrañas querían gritar que no estaba viendo al Dallas real. Que aquellas mujeres, aquella vida, no eran más que un truco de ilusionismo. Un disfraz.

Y un modo de defenderse de ella. Porque mientras Jane le siguiera mirando con

desprecio y repulsión, estarían a salvo. Había construido un muro a su alrededor porque era lo que había que hacer. Y del mismo modo que aquellos campesinos chinos se encontraron encerrados mientras construían la Gran Muralla, también él estaba atrapado dentro de un muro que él mismo había levantado.

—Este no es quien eres —protestó Jane, y Dal as creyó escuchar una súplica en su voz—. Es en lo que tú has querido convertirte.

Un mil ar de respuestas inundaron su mente, pero ninguna salió por su boca. ¿Cómo iba a hacerlo si cada palabra era cierta? ¿Si lo único que no entendía era que estaba interpretando un papel? Un papel calculado y planeado. Y secreto para todos, salvo para aquellos que mejor le conocían, una categoría en la que él ya no se encontraba. Jane aguardó un momento, como si esperara que él la contradijera, tal y como haría cualquier hombre que se respetara a sí mismo.

Al ver que no decía nada, profirió un bufido desdeñoso y meneó la cabeza; la decepción que Dal as vio en sus ojos le dolió más que cualquier insulto.

—¿Has venido para criticarme? —preguntó con despreocupación mientras se acercaba al bar, con la esperanza de que él a no viera lo mucho que le afectaba el simple hecho de que estuviera en la misma habitación que él—. Porque, la verdad, habría bastado con una llamada telefónica. —Cogió un vaso limpio—. ¿Quieres una copa?

No pudo descifrar la expresión que cruzó su rostro. ¿Asco? ¿Arrepentimiento? En cualquier caso, daba igual. No tardó en ser reemplazada por la falsa sonrisa educada que todo niño que crecía siendo objeto de la atención pública aprendía a temprana edad.

La sonrisa que los protegía de la prensa entrometida y de los desconocidos ambiciosos.

Ahora iba dirigida a él.

Dios, qué bajo habían caído.

—Es evidente que debería haber llamado antes.

Se pasó las palmas por los vaqueros, única prueba de que estaba alterada. Habría preferido un acceso de furia. Aquellos educados y serenos sandeces le cabreaban de verdad.

—Jane...

No sabía bien qué decir. Y por eso no dijo nada, sino que alargó la mano y rogó que el a aceptara lo que le ofrecía.

No lo hizo.

En cambio, Jane meneó la cabeza y a Dal as se le encogió el estómago al ver las lágrimas brillar en sus hermosos ojos.

—He cometido un error —murmuró mientras se volvía hacia la puerta—. No debería haber acudido a ti.

Salió a toda prisa, antes de que él pudiera hacer algo para detenerla.

Durante un momento permaneció ahí, como un idiota, hasta que decidió ir tras el a.

Tenía que saber a qué había venido. Qué la había llevado hasta él después de tanto tiempo. Pero la pregunta de la rubia lo frenó en seco.

—¿Quién demonios es esa?

Dal as se metió las manos en los bolsillos, de espaldas a las mujeres, y cerró los ojos

para soportar la verdad. La única verdad que importaba. No era su amante, ya no. Ni siquiera estaba seguro de que siguiera siendo su amiga.

La había perdido en todos los aspectos importantes. En todos excepto en uno. Y

aquel o era lo que tenía que tener claro. Lo que debía tener presente. Aquella conexión

que los seguía manteniendo firmemente unidos a la vez que los separaba.

—Mi hermana —respondió; aquella palabra se convirtió en bilis—. Es mi hermana.

4

Peligrosa Jane

Cabrón!»

Dejo que la palabra me atravesara, apremiándome a moverme con más rapidez, a salir de esta casa que en otro tiempo me proporcionó recuerdos tan felices y a alejarme del chico, un hombre ahora, que una vez lo fue todo para mí.

Corro por el pasillo repleto de ventanas, sin fijarme en la belleza del océano iluminado por la luna que resplandece a mi derecha. Las imágenes de su cama y de las dos mujeres desnudas que la comparten llenan mi cabeza. «Mujeres», en plural.

«Cabrón salido y gilipollas.»

Se suponía que estaba celebrando una puñetera fiesta y sin embargo está metido en su dormitorio, follando a dos tías. Al menos he visto solo a dos. Por lo que sé, podría haber otra escondida en el baño, esperándole para chuparle la polla; otra más en la multitud de mujeres que pasaban por su vida. Otra tetona que escribirá en su diario que ha ingresado en ese exclusivo club y que el rey del sexo la ha empalado con su espada de oro.

Me estremezco ante la imagen y el apodo. Lo he oído por primera vez esta noche, mientras trataba de encontrarlos a él o a Archie entre la multitud. Al no dar con ninguno de los dos, he decidido entrar en la casa para esperarle.

Está claro que no ha sido la mejor decisión.

Empujo la pesada puerta de madera que separa el área privada de la tercera planta del resto del pasillo y del descansillo y la cierro de golpe a mi espalda. El clic de la cerradura recalca mi irritación.

«El rey del sexo.» Por Dios, ahora que lo he oído, ese apodo no deja de rondarme por la cabeza, como una melodía pegadiza, solo que más molesta que la mayoría.

Es un apodo ridículo, además de degradante, pero las mujeres que lo comentaban entre susurros lo hacían de forma reverencial.

Y lo peor del caso ni siquiera es lo vulgar y estúpido que resulta.

No, lo peor de todo es cómo me hace sentir.

No furiosa, ni asqueada.

Celosa.

Oh, Dios, estoy celosa. Porque esas zorras cotillas han pasado por su cama. Han sentido sus dedos acariciándoles la piel, su boca recorriendo sus labios.

Recuerdo el escalofrío que me atravesó la primera vez que entré en su cuarto y me encontré su pecho de frente, con aquel os musculosos abdominales que una vez exploré con las yemas de los dedos. Con los labios.

Pero entonces era el pecho de un chico, y Dal as es ahora un hombre. Fuerte, delgado y muy hermoso.

Para ser objetiva, eso ya lo sabía. ¿Acaso no veo su foto en las revistas casi todos los días? Pero solo son papel y píxeles. De cerca, la experiencia es muy diferente. En foto es impresionante. En la vida real, es un dios, o al menos un ángel caído, poderoso, sereno y con una insultante confianza en sí mismo.

Su pelo es del color del azúcar caramelizado, de un intenso castaño con reflejos dorados. Corto por los lados y más largo en la parte superior. Eso, junto con la barba de

tres días, le da el aspecto de un hombre que acaba de bajar de su velero... o que acaba de pasar interminables e indolentes horas en la cama.

Parece un hombre capaz de dirigir un imperio. Que gasta mil ones de dólares en sus juguetes.

Un hombre que puede tener a la mujer que desee, y seguramente así sea.

Que disfruta de su vida.

Un hombre que hace mucho que se olvidó de mí.

Se ha plantado frente a mí con descaro, con la cremal era desabrochada y la pol a presionando sus calzoncillos y el vaquero mientras sus ojos verdes brillaban como demonios.

Quería acercarme a él. Por eso he tenido que fingir que mis pies estaban anclados al

suelo. Y luego me he vuelto a mirar a las mujeres, amparándome en la ira y en la frustración para seguir inmóvil.

Las había tocado. Joder, se las había folado.

Y, maldita sea, he deseado haber sido yo.

Salvo que yo no deseo folar sin más; yo lo quiero todo. Y ambos sabemos que es imposible. Probamos la fruta prohibida hace diecisiete años y pagamos un precio muy alto.

No tengo derecho a desearlo. Joder, ni siquiera tengo derecho a estar furiosa con él por deshacerse de todo su talento, su educación y su esfuerzo para llevar la vida de un mamón multimillonario y mujeriego.

Pero estoy furiosa. Y sí tengo derecho. Porque, aunque no compartamos una sola gota de sangre, somos hermanos según la ley, por adopción.

Somos familia.

Y eso resume a la perfección por qué está tan hecho polvo.

De hecho, resume por qué yo también lo estoy.

Me digo a mí misma que necesito organizarme y volver a Manhattan, y estoy a punto de bajar las escaleras con ese objetivo en mente cuando oigo abrirse las puertas y a Dalas pronunciar mi nombre.

Durante un segundo pienso en huir, pero no lo hago. Me detengo.

Al cabo de un instante está a mi lado y doy gracias en silencio porque se ha puesto una camisa. Su mano me agarra del codo, y ese contacto dispara un centenar de recuerdos en mi cabeza. Su contacto. Sus besos. Su olor.

Aparto el brazo y sé que piensa que estoy furiosa. Pero la verdad es mucho más perturbadora; es instinto de conservación. No puedo soportar que me toque. O, para ser

más precisa, no puedo soportar su contacto causal cuando lo que quiero es intimidad.

—Entiendo por qué te vas —dice con suavidad—. Pero ¿por qué has venido?

Por un momento solo puedo mirarle, acalada por su tono tranquilizador, tan parecido a una caricia y tan diferente del que esperaría de Dalas Sykes, el playboy del mundo occidental.

Su expresión de ternura se endurece con mi silencio.

—Joder, Jane. Has sido tú la que has irrumpido en mi fiesta. Si esperas una disculpa, te vas a quedar con las ganas.

Me permito otra punzada de celos, pero solo durante un momento. Porque esta es ahora su casa; nuestros padres transfirieron el título de propiedad al fondo fiduciario de

Dalas cuando cumplió los treinta.

No es el valor de la propiedad lo que me molesta; mi casa del Upper West Side es igual de suntuosa y adoro vivir en la ciudad.

No, lo que me molesta son los recuerdos, de los que esta casa está llena. Y ahora le pertenecen solo a Dalas.

—Discúlpeme, señor...

Al principio solo oigo la voz de Archie, pero cuando me hago a un lado, le veo encaminándose hacia nosotros por el pasillo.

—El helicóptero está a punto de tomar tierra —dice—. Debería apresurarse si no quiere... ¡Oh! Señorita Jane.

Inclina la cabeza a modo de saludo y, cuando levanta la vista, una alegría tan grande como la mía ilumina su rostro.

Tiene el pelo gris y le han salido unas cuantas arrugas más, pero sus ojos son tan perspicaces como siempre y tengo ganas de correr hacia él, como hacía cuando era pequeña y me traía galletas escondidas a la habitación mucho después de la hora de

acostarme.

¡Qué puñetas!

Me lanzo hacia él y le doy un abrazo, consciente de que se avergonzará, pero no me importa lo más mínimo. Adoro a Archie y le he echado muchísimo de menos.

Aspiro el aroma de su uniforme, a naftalina y a menta, antes de apartarme. Me siento

más centrada de lo que he estado desde que dejé mi Aston Martin Vanquish de color rojo cereza en el servicio de aparcacoches.

—Es un placer verla, señorita. ¿Verdad, señor Sykes?

En parte espero que disienta, pero percibo sinceridad en la voz de Dalas cuando responde con un sencillo:

—Sí. Sí que lo es.

Por un momento nuestras miradas se cruzan. Ambos tenemos la guardia baja. Yo

solo deseo quedarme ahí, contemplándole. Deseo tocarle. Más que eso; deseo que él me toque.

Creo que no debería haber venido. Nunca debería haber venido.

—Le diré al piloto que va a llegar tarde —dice Archie, tajante y eficiente, rompiendo el hechizo.

Se me escapa un débil grito ahogado; me siento aturdida. Dal as, maldito sea, parece tan sereno como siempre.

—Señorita Jane, ha sido un placer verla —se despide Archie.

—Lo mismo digo —respondo con sinceridad, y lo veo dar media vuelta y dirigirse escaleras abajo.

—¿Por qué has venido? —repite Dal as.

Su voz es tan impersonal que me pregunto si me he equivocado. Si el deseo que vi en sus ojos no era más que una ilusión. O, peor aún, un anhelo.

Quiero decirle que no importa, pero esto es lo único sobre lo que no le mentiré.

Sufrimos demasiado juntos. Y aunque es posible que no respete al hombre en que se ha convertido, amo al hombre que podría haber sido.

—Esta mañana he recibido una llamada de Bil —le explico sin perder de vista su rostro para estudiar su reacción.

Cuesta no verla. Dal as se estremece.

—Tu marido.

—Exmarido —le recuerdo—. Sabes muy bien que hace dos años que nos divorciamos.

William Martin y yo estuvimos casados casi tres años, que es casi tres años más de lo que deberíamos haberlo estado. Desde la primera semana supe que decir «sí, quiero»

había sido un error. Respetaba a Bil , confiaba en él. Y creo que incluso le quería de algún modo. Pero no había pasión, no auténtica, y nunca hubo un «nosotros».

Pero llevaba mucho tiempo perdida, tratando de mantener unidas las hebras de una vida que se estaba descontrolando. Tratando de descubrir qué necesitaba. Cómo podía sanar.

Pensé que tener un marido ayudaría. Una vida normal con una familia normal.

Entonces no entendía que no se puede jugar a ser «normal». Que es algo que tiene que estar en lo más profundo de tu ser. Pero yo disto mucho de ser normal, y es probable que siempre sea así.

—¿Sigues en contacto con él?

—Me divorcié de él, Dal as. No lo desterré.

«No como te he desterrado a ti.» Pero eso no lo digo en voz alta. Da igual, porque sé que él está pensando lo mismo.

—Bil Martin nunca fue el hombre adecuado para ti —arguye.

Mi ira empieza a hervir.

—¿En serio? ¿De verdad acabas de decir eso? Porque al menos yo he intentado seguir adelante, madurar. Encontrar algo en mi vida que importe y no quedarme sentada de brazos cruzados, l orando por aquel o que no puedo tener.

—¿Es eso lo que piensas?

—Sinceramente, intento no pensar en ti. Una vez vi tu potencial. Vi tu corazón. Ahora solo veo estas chorradas. Lo único que veo ahora es lo que ve todo el mundo; un capul o con demasiado dinero, mucho tiempo libre y muy poca discreción.

Dal as se pasa los dedos por el pelo y veo la disculpa en su rostro antes incluso de que la verbalice.

—Lo siento. Es un buen hombre. No debería haber... Me has pil ado por sorpresa —reconoce. Al menos sé que eso es sincero.

—Bil es una de mis mejores fuentes de documentación —respondo.

Detesto que las palabras suenen a disculpa, como si tuviera que justificarme por seguir hablando con el hombre que fue mi marido y que ahora es mi amigo.

—Para tus libros.

—Por supuesto —contesto—. ¿Para qué si no?

Él no responde, pero da un paso hacia mí. Yo retrocedo y siento la presión de la barandil a bajo mi cintura. Pero él no se rinde y no tengo adónde ir cuando elimina la distancia y solo nos separan unos centímetros. Mide un metro noventa y cinco, veinte centímetros más que yo, lo que me obliga a echar la cabeza hacia atrás para poder mirarle a la cara. Huelo el whisky en su aliento. Veo palpitar su camisa al ritmo de su corazón, tan rápido como el mío.

Me aferro al pulido pasamanos para combatir las inoportunas ganas de alargar la mano y tocarle.

—¿Y qué narices puede haberte dicho Bil para que hayas venido corriendo?

Me humedezco los labios. Sé cómo van a afectarle mis palabras, porque sé cuánto me han afectado a mí.

—Aquí no —digo, mirando escaleras abajo. Algunos de los invitados a la fiesta han empezado a subir hasta la segunda planta—. No donde cualquiera puede oírnos.

Dal as me mira con atención durante un instante, pero asiente. Me coge del brazo e intento no reaccionar cuando me atraviesan las chispas que un contacto tan simple como ese genera. Dejo que me lleve por el pasillo hasta el cuarto de estar del tercer piso, una sala que conozco muy bien. Ahora está impecable. Los muebles de madera pulidos, los almohadones de seda perfectamente colocados. Hay una mesa de centro de cristal delante del sofá y una cesta con troncos cerca de la chimenea, aunque quedan meses para que llegue el invierno.

Parece ordenado, limpio y relajante. Muy distinto del lugar en el que solíamos desperdigar nuestros coches de juguete por todo el suelo. Donde Liam montaba su tren de juguete y Dal as y yo atábamos una de mis odiadas muñecas Barbie a las vías antes de aburrirnos y hacer carreras con nuestros Hot Wheels por los relucientes suelos.

Exhalo un profundo suspiro mientras los recuerdos me asaltan en tromba, gratos y perturbadores al mismo tiempo.

Recuerdo las visitas a esta casa con mis padres biológicos, Lisa y Colin West. Eli Sykes y Colin eran amigos desde la universidad y solíamos pasar semanas entre estos

muros; los adultos se ocupaban de sus cosas mientras Liam y yo, y más tarde Dal as, nos dedicábamos a jugar y a explorar.

Recuerdo con absoluta claridad la noche en que oí a Archie decirle a Eli que su hermano Donovan había muerto. Había desaparecido en el mar después de caer por la

borda de su yate, víctima al parecer de un exceso de pastillas y alcohol.

Y aún recuerdo el olor a limón de la cera para madera la soleada tarde en que vi a Dalas por primera vez. Fue el día en que su madre, colocada hasta las cejas, le llevó a Eli el chico y la prueba de paternidad de muy malos modos. El test demostraba que ese niño de cinco años era su sobrino. Se quedó con él porque todo en aquella mujer — incluyendo las marcas de pinchazos en los brazos— eran buena muestra de que no estaba en condiciones de criarlo.

Yo también tenía cinco años y había ido a casa de Eli con mis padres para disfrutar de una de sus habituales semanas de vacaciones. Agarraba con fuerza mi conejito de peluche favorito y la mano de Liam mientras era testigo del drama que se estaba desarrollando desde nuestro escondite dentro del montacargas.

La señora Foster, madre de Liam y ama de las aves, ayudó a Dalas a instalarse.

Cuando salieron del salón, Liam y yo esperamos hasta estar seguros de que no había moros en la costa para ir a buscar a aquel misterioso chico nuevo.

Lo encontramos en el dormitorio junto al que yo ocupaba siempre que mi familia estaba de visita, y aunque Eli frunció el ceño cuando asomamos la cabeza, la señora Foster nos hizo señas para que entráramos.

—Sé que no me corresponde decirle qué debe hacer, señor Sykes —dijo Helen Foster

—. Pero creo que quizá lo que este chico necesita sea jugar un rato con mi Liam y la señorita Jane.

Eli consideró sus palabras y miró con seriedad a su sobrino.

—¿Avisarás a Liam y a Jane si necesitas alguna cosa? Comida, ir al baño o lo que sea. —Alisó el cabello de Dalas y lo miró a los ojos—. Esta es ahora tu casa, jovencito.

¿Lo entiendes?

Dalas asintió de forma apenas perceptible y, cuando me miró, sonreí pensando que era muy, muy valiente.

Cuando Eli se marchó, Liam se sentó en la cama y rodeó a Dalas con el brazo como un protector hermano mayor; su oscura piel contrastaba con la palidez del recién llegado.

Yo me quedé frente a el os, sujetando con fuerza al señor Algodoncito, mi conejito de peluche.

—Bueno, ¿necesitas algo? —preguntó Liam.

Dal as se limitó a negar con la cabeza. Tenía el pelo castaño largo y le caía en rizos

sobre los ojos. Llevaba una enorme camiseta gris, pero yo sabía que, como el señor Algodoncito, se suponía que ambas cosas debían ser blancas. El chico parecía fuera de

lugar. Perdido y aterrado. Pero cuando levantó la cabeza y se apartó el pelo de la cara vi

sus ojos verdes y pensé que eran aún más bonitos que las esmeraldas de mi madre.

No sé por qué lo hice, pero le puse al señor Algodoncito en las manos. Durante un

instante él esbozó una sonrisa, tan amplia y alegre que el sol iluminó la habitación durante un instante, hasta que me devolvió el conejito.

—Es tuyo

—Los amigos comparten las cosas —dije.

—¿Somos amigos?

Yo miré a Liam y los dos asentimos.

—Pues claro —respondió Liam.

—Para siempre —añadí.

«Para siempre.»

El hueco resonar de mi voz infantil parece l enar esta familiar y vacía habitación.

«¿Para siempre?»

Ya ni siquiera sé lo que significa eso. Y desde luego no sé si Dal as y yo seguimos siendo amigos.

Con sinceridad, ya no sé lo que somos.

—¿Jane?

Su voz destierra mis últimos recuerdos y me doy cuenta de que me he detenido justo en el umbral, ni dentro ni fuera del cuarto.

—¿Vienes?

Sigue sujetándome del brazo y me zafo de él. La verdad es que no quiero entrar, no hasta el fondo. Esta casa me afecta mucho, estar tan cerca del hombre que he perdido.

Al que nunca podré tener.

Me planto junto a la puerta, con la espalda apoyada contra las estanterías que recorren las tres paredes de esta acogedora y familiar habitación.

—Aquí estoy bien —digo.

Dal as no intenta obligarme a adentrarme más. Parece entender mi indecisión y me pregunto si sus pensamientos han deambulado hacia el pasado junto con los míos.

Cierra la puerta en silencio y se coloca frente a mí.

—Muy bien. ¿Qué es lo que no podías contarme ahí fuera?

—Te suena la OMRR, ¿verdad? —pregunto, agradecida por poder retomar el tema y alejarme de los recuerdos.

—Por supuesto.

No me sorprende. Puede que Dal as se haya convertido en un hombre que solo se dedica a ir de fiesta, pero sigue siendo el superviviente de un secuestro y me habría indignado que no tuviera conocimiento, al menos de manera superficial, de la

Organización Mundial de Rescate y Recuperación.

Es un grupo privado que presta asesoramiento y apoyo al FBI, la Interpol y la Oficina de Naciones Unidas contra la Droga y el Delito. A diferencia de la UNODC, que aborda todo tipo de actividades delictivas y terroristas, el único objetivo de la OMRR es rescatar víctimas de secuestro y ayudarlas después a superar sus profundas heridas emocionales y mentales.

Está compuesta por exagentes de policía y del FBI, además de abogados y profesionales de la salud mental, entre otros. Es una organización muy valiosa en la que creo firmemente y me alegra saber que Dal as al menos ha oído hablar de ella, y que su conocimiento de los acontecimientos internacionales no se limita a los estrenos anuales en Cannes.

—Bil dejó la Oficina del Fiscal General de Estados Unidos hace un año para aceptar un puesto de alto nivel en la organización. —Inspiro hondo y voy al grano—. En fin, acaban de detener a un tipo para interrogarle por el secuestro de las gemelas Darcy.

Dal as frunce el ceño.

—¿Las gemelas Darcy?

—Sí. Su secuestro y rescate es uno de los focos de atención del nuevo libro para el que me estoy documentando y Bil y otros miembros de la OMRR me están

proporcionando mucha información. —Dal as parece confuso, así que continúo con mi explicación—: Estás al tanto del secuestro, ¿no? ¿Las hijas de los Darcy? Papá ha hecho algunos negocios con él.

—Por supuesto que conozco a Darcy. —Su voz suena tensa—. Y también sé que las gemelas l evan más de un año en casa, sanas y salvas. Así pues, ¿qué tiene que ver la OMRR con los Darcy?

Hago caso omiso de la pregunta.

—El caso es que la OMRR está trabajando en el caso con la Interpol y han detenido a un sospechoso. Un tío l amado Ortiz... no, Ortega. —Dal as se tensa. Sabe que esto lo vincula con nuestro secuestro. A fin de cuentas, ¿por qué si no iba yo a estar aquí?—.

Durante el interrogatorio, Ortega le pidió a Bil inmunidad a cambio de contar todo lo que sabe sobre un secuestro que se ha mantenido oculto. El de un Sykes. Dal as, es uno de los seis hombres que nos secuestraron y dice que sabe quién estuvo detrás de todo. —

Espero la reacción que sé que se avecina, similar a la mía. Espero ver esperanza. La posibilidad de cerrar ese capítulo. De conseguir respuestas. Pero no la veo. Para mi sorpresa, parece furioso —. ¿Dal as?

Él agacha la cabeza y se pasa los dedos por el pelo.

—¿Sabe Bil que fuimos secuestrados?

Yo titubeo, con las mejil as enrojecidas, cuando él levanta la vista.

—No que fuimos —respondo—. Que fuiste. —Me humedezco los labios—. Sabes que la prensa nunca se dio por satisfecha con la declaración de papá de que te escapaste

del colegio y acabaste en un hospital. Nadie imaginó un secuestro por entonces, pero después de esto, Bil ha atado cabos.

—Pero no sobre ti. Solo sabe lo mío. Y no le has contado que tú también estabas al í.

—Habló de ti y de lo que dijeron los periódicos. Por entonces nadie me prestó atención a mí. Todo el mundo sabía que estaba en Londres con la empresa, así que no

le extrañó a nadie que no regresara a clase. Además, solo me retuvieron tres semanas

—añado, tragándome la bilis que se me ha subido a la garganta—. A ti te retuvieron cuatro más después de que me soltaran a mí. Así que...

—Así que, en el caso de que alguien fuera lo bastante curioso, estabas al í con la familia —dice—. Lo entiendo. ¡Joder! —exclama con furia.

Estoy atónita y me aparto de la estantería para acercarme a él. Voy a cogerle la mano, pero la aparto en el último momento. No puedo hacerlo. No puedo tocarle. No puedo consolarle. Solo puedo quedarme ahí, de pie, y preguntarle por qué.

—No lo entiendo —protesto—. Es una buena noticia. ¿Por qué no te parece una

buena noticia? —Oigo que mi voz se eleva y me odio por el o. He pasado diecisiete años trabajando para controlar mis emociones. Para no sucumbir al lanto ni a la histeria. Y no

pienso recaer ahora—. ¿Qué demonios tienes en la cabeza?

—¿De verdad nunca se lo contaste a Bil? —insiste—. ¿No le contaste que te

secuestraron mientras estuvisteis casados? ¿Ni durante todo el tiempo que estuvisteis investigando para tu libro?

—Yo... El libro trataba sobre los niños del autobús. No sobre mí. Yo nunca... —Me

humedezco los labios—. No vi ninguna razón para contárselo.

Dal as me mira y asiente; creo que ve más de lo que deseo mostrar. Creo que

entiende que contárselo a Bil habría acercado al hombre que era legalmente mi marido

a mi corazón más de lo que podía soportar. Pero, aparte de eso, creo que Dal as sabe

que contárselo a Bil habría significado reconocer cuánto significamos el uno para el otro

en aquellos fríos y oscuros días. Y no estaba dispuesta a abordar esa cuestión. No entonces.

Tampoco ahora.

Enderezo la espalda.

—Esto no tiene nada que ver con lo que le contara o dejara de contarle a Bil . —Mi voz es firme y me recuerdo que en realidad no tengo por qué defender mi matrimonio. Mucho menos ante Dal as—. Tiene que ver con el presente. Con el tal Ortega.

—Tienes razón. Así es. ¿Qué va a hacer tu maridito?

Sus palabras son tan bruscas que he de reprimir las ganas de largarme de la habitación y dejarlo con su estupidez, su confusa ira, sus celos o lo que quiera que esté pasando por su cabeza, pero me convengo de que está en shock. Me he colado aquí cuando menos lo esperaba, durante su fiesta, le he pil ado bebiendo y fol ando y, desde luego, lo último que quería era verme.

Me he plantado delante de sus narices y le he metido una nueva realidad en la cabeza. Quizá quería que reaccionara de forma diferente, pero lo que yo quería o esperara no es el verdadero problema. Tiene que enfrentarse a esto a su manera. Eso

puedo soportarlo. Puedo respetarlo.

No lo entiendo, pero lo intento. Inspiro hondo y lo intento con todas mis fuerzas.

—Quiere hablar contigo —admito—. Y con papá. Quiere investigarlo, por supuesto.

Los casos de secuestro no prescriben. Quiere descubrir quién te hizo esto. A los dos —añado con suavidad, porque si esto va a más, voy a tener que contarle la verdad a Bil —.

Quiere encontrar al cabrón y encerrarle para siempre.

—¿Es eso lo que tú quieres? —pregunta—. ¿Quieres desenterrar esto otra vez?

—¿Desenterrarlo? —repito—. No tengo que desenterrar nada. —La ira y la frustración

me hacen levantar la voz. ¿Cómo es posible que no lo entienda?—. Para mí está en la

superficie, no es necesario que lo desentierre —prosigo. Dejo que la lágrima que brota de mis ojos se deslice por mi mejil a mientras le miro sin comprender qué pasa por la cabeza de este hombre al que creía conocer—. ¿Tú no? —pregunto con voz l orosa—.

¿Tú no vives también con el o?

No puedo interpretar todas las emociones que atraviesan su rostro como un rayo.

Pero veo su dolor y lamento haberle presionado.

—Cada día —susurra—. Cada minuto, cada hora. —Cierra los ojos y cuando los abre de nuevo me mira con sinceridad. Por primera vez desde hace una eternidad creo estar viéndole de nuevo; el verdadero Dal as. El hombre que conquistó mi corazón sin ni siquiera intentarlo. Mi mejor amigo. El amor de mi vida—. Te echo de menos —dice en voz tan queda y sin dobleces que se me encoge el corazón y hace que más lágrimas rueden por mis mejil as.

Me acerco a él sin pensar. Dal as se pone tenso, pero no se mueve. Puedo ver el dolor en su rostro y deseo tocarle... y no solo para consolarle. ¡Malditos seamos los dos!

Está claro que él también desea tocarme.

Una intensa punzada de ira me atraviesa; no va dirigida a él, sino a mí misma. Porque debería ser capaz de controlar este deseo, de aplastarlo.

Pero no puedo. Jamás he sido capaz. Por eso me mantengo alejada y limito nuestro tiempo juntos a actos familiares y a contadas ocasiones inexcusables. E incluso entonces tenemos cuidado cuando estamos cerca, como si fuéramos muñecos de porcelana, temerosos de rompernos el uno al otro.

Nuestros padres creen que nuestro distanciamiento se debe a nuestro mutuo dolor. A que estar juntos en vacaciones y en celebraciones familiares atrae a los fantasmas.

Pero en realidad no se trata de eso. No es el dolor lo que me atormenta, sino la pasión.

Me siento rechazada. Estafada. Porque lo que era perfecto, lo que estaba bien y nos salvó en la oscuridad, está prohibido a la luz del día.

Tengo que luchar contra esta cruel realidad. Son muchas las cosas que deseo en este mundo y no puedo tener.

Este hombre es solo una de el as.

—Yo... he pensado que debías saberlo. Tengo que irme.

Me giro para marcharme antes de que pueda cambiar de opinión. No lo consigo. Él me agarra del brazo y me da la vuelta hasta situarme frente a él. Me sujeta con fuerza,

con los ojos rebosantes de un deseo salvaje. Deseo tanto perderme en él...

Quiero, pero no puedo.

—Jane.

Siempre he pensado que mi nombre era muy aburrido, pero en labios de Dal as es un festín de sensualidad. Una caricia que me envuelve, disparando mis sentidos y provocándome un hormigueo en la piel.

Se inclina hacia mí y por un momento estoy perdida, flotando libre en un mar de deseo, posibilidades y la fantasía de que esto pueda ser real, que pueda estar bien. Pero

no puede ser, sé que no puede ser, y por eso me aparto con brusquedad e intento soltarme, aunque él me sujeta. Dejo escapar un débil grito de sorpresa cuando me agarra el otro brazo y me acerca todavía más a él, de modo que solo unos centímetros

nos separan. Puedo sentir su calor. Imaginar su tacto.

Y entonces, ahí está. Él sigue agarrándome de un brazo, pero acerca la otra mano y me acaricia el labio inferior. Un gemido escapa de mi boca. Deseo esto. Lo detesto.

Dal as desliza los dedos y me acaricia el cuello con ligereza. Me hace estremecer.

Siento los pechos endurecidos, los pezones erectos, y en ese instante lo único que deseo es que sus manos descendan más y más, hasta que me acaricie entre las piernas

y alivie la presión que aumenta sin cesar y que amenaza con hacerme estallar.

Esto es lo que tanto he anhelado. Con lo que he soñado y fantaseado. Contra lo que he luchado.

Estoy cansada de luchar. Muy cansada. Deseo rendirme, entregarme por completo.

Pero no puedo. No lo haré. Mientras Dal as presiona, yo tengo que retroceder.

Sucumbir sería un error, y hay errores que jamás puedes reparar.

Sacudo el brazo, pero él me sujeta con rapidez.

—Suéltame.

Estoy desesperada, convencida de que si no me libero pronto, perderé el valor.

—¿Por qué? —exige—. ¿Porque está mal? ¿Porque no puedes soportar estar cerca

de mí después de lo que ocurrió entre nosotros? ¿Porque es peligroso?

—¿Peligroso? No me preocupa el peligro. —Le miro a los ojos y recorro a toda mi fortaleza para liberar mi brazo. Tengo que huir. Debo salir de ahí—. Lo que ocurre es que no te deseo.

5

Una gran mentira

Es una enorme mentira y me odio a mí misma por decirla.

Pero detesto todavía más tener que hacerlo. Porque tiene que ser verdad. No puedo desear a este hombre. Olvidar la realidad. Olvidar el deseo.

Olvidar el hecho de que sigo soñando con él después de tanto tiempo. Que aún recuerdo su barba incipiente arañándose la suave piel del interior de los muslos. Que despierto imaginándole dentro de mí, con el rostro arrebatado de amor y de asombro.

Olvidar que siempre conseguía hacerme reír. Que siempre me entendía.

Ambos estamos marcados por el infortunio, como en una obra de Shakespeare hecha realidad. No puedo tener lo que deseo.

Pero parece que soy incapaz de desear nada más.

Estoy rota, y así ha sido durante años. Esta es ahora mi realidad y estoy aprendiendo a vivir con el a. A cambiar la angustia y la pérdida y a hacer que funcione.

Pero no es fácil, y es peor cuando estamos juntos, razón por la cual apenas nos vemos y por la que no debería haber venido.

Suspiro. Pronto la familia celebrará el centenario de mi bisabuelo, una fiesta en la que mi madre va a tirar la casa por la ventana porque podría ser la última de Poppy.

Vamos a celebrarla en Barclay, una isla privada en la costa de Carolina del Norte que pertenece a la familia Sykes desde hace generaciones. Es una isla grande, pero Dal as también va a asistir, lo que significa que, aunque tuviera el tamaño de Groenlandia, no sería suficiente.

Las reuniones familiares son lo peor para mí. Tener que verle. Sentir la tensión en el

aire cada vez que está cerca. Asistiré, por supuesto. Nuestra familia no es muy grande y me echarían en falta. Pero prepararé con antelación un plan de fuga y me quedaré solo mientras pueda soportar el estrés y luchar contra esta creciente necesidad.

En una ocasión, nuestros dedos se rozaron en la mesa al pasarnos la cesta del pan, algo que dista mucho de ser erótico, pero me sacudió un escalofrío de sensualidad y deseo tan poderoso que tuve que ahogar un grito.

Por suerte, también derramé el vino, lo cual no solo camufló mi reacción, sino que me permitió escapar al cuarto de baño para ocuparme de la mancha de mi vestido. Lo de menos era mi ropa. Lo único que deseaba era intimidad para poder acariciarme y aliviar la ardiente y convulsa presión que palpitaba entre mis piernas.

El recuerdo de aquel o sigue vibrante y salvaje en mi memoria incluso ahora, cuando vuelvo a sentir esa creciente y acuciante necesidad. «No sigas por ahí —pienso—. No sigas por ahí.»

Es más fácil decirlo que hacerlo, así que me concentro en bloquear el pasado y en salir de esa casa como alma que lleva el diablo.

Bajo las anchas escaleras de madera hasta la planta baja y me detengo para volver la vista por encima del hombro y comprobar si Dal as me sigue. Pero la puerta del pasillo privado está cerrada y no hay ni rastro de él en el descansillo.

No estoy segura de si me siento aliviada o decepcionada.

Continúo por la habitación, pasando entre docenas y docenas de invitados que se han colado dentro por las tres enormes puertas dobles que recorren la pared orientada hacia el Este. El gentío hace que me tense; no conozco a estas personas y no me gustan las multitudes. Sigo mirando por encima del hombro para vigilar mi espalda, tal y como Liam y todos mis profesores de defensa personal me han enseñado, aunque sé que es una estupidez. Nadie va a hacerme daño en la fiesta de Dal as. Pero saberlo y creerlo son dos cosas distintas y me he acostumbrado a permanecer vigilante en todo momento.

Echo un vistazo a la habitación. Fijarme en los detalles hace que me sienta mejor.

Han retirado el mobiliario habitual para convertir la estancia en una pista de baile, con un DJ en el rincón y pequeñas mesas redondas colocadas en torno al perímetro. Una horda

de camareros se mueve entre la multitud con bandejas de bebidas y veo mesas de postres dispuestas en los cuatro rincones de la enorme sala en la que mis amigas y yo

solíamos practicar nuestros vítores durante el instituto.

Las mesas de postres son temáticas y me desvío hacia la del chocolate, atravesando

la pista de baile y esquivando con agilidad los brazos, piernas y contoneos de la gente.

También evito las miradas que me lanza más de un invitado. Estoy segura de que no se debe a que me hayan reconocido como Jane Sykes, ahora Jane Martin, hija de Eli y Lisa Sykes. Hermana de Dal as Sykes. Y una celebridad por derecho propio debido al éxito de mi libro.

No, no recibo miradas por quien soy, sino por mi aspecto. Aquí todo el mundo parece recién salido de un desfile de la semana de la moda, y mis vaqueros, mis zapatillas y mi camiseta de tirantes no armonizan con el conjunto, pese a la blusa de firma que me he puesto en el último momento. No porque pretendiera parecer elegante, sino porque no quería enfrentarme a Dal as con una camiseta tan escotada.

Me digo que no me importa. A fin de cuentas, las mujeres que me miran al pasar y hacen comentarios maliciosos entre susurros sobre mi pelo suelto no pertenecen a este lugar. Yo sí. Yo he crecido aquí. He vivido aquí. Este es mi sitio, parte de mi identidad.

Y ese es el problema, ¿no es así? Porque estoy aquí, en una casa que adoro, y me siento perdida. Sola.

Respiro y me centro en las fuentes repletas de cupcakes y brownies. Escojo una magdalena con cobertura de chocolate y virutas de colores y le doy un gran y delicioso

bocado. Al hacerlo me doy cuenta de que soy la única mujer que está tomando algo que no pertenezca al grupo de las bebidas alcohólicas o al de las verduras.

Eso no me sorprende. Yo también estuve obsesionada con la dieta baja en calorías y carbohidratos desde que cumplí los trece años, pero todo eso se terminó después del secuestro. Tu perspectiva tiende a cambiar cuando un enfermo hijo de puta con complejo de dios decide alimentarte solo con comida para gatos y agua durante interminables días.

No soy glotona, pero no me niego la comida. No si la deseo. Jamás. Es más, en la actualidad son muy pocos los placeres que me niego. Dal as es la única excepción importante.

Con un suspiro, me aparto de la mesa del chocolate y cruzo las puertas abiertas. Entro en la embaldosada zona de la piscina y en un paraíso de decadente derroche.

Desde una estrella del pop, ganadora de un Grammy, que actúa en un escenario levantado detrás de la terraza, hasta modelos desnudas tumbadas para ser utilizadas como bandejas de sushi. ¿En serio?

Aquí fuera hay tanta gente como dentro, pero están menos apretados gracias a que hay más espacio para esparcirse. Todos los invitados van muy elegantes, aunque muchos de ellos llevan un traje de baño de firma a juego con un pareo y rematado con zapatos exclusivos. Nunca he entendido por qué alguien querría ponerse tacones con bikini, pero a juzgar por las mujeres tendidas en las tumbonas o hablando en rincones oscuros con caballeros trajeados, estoy en minoría.

Paso por delante del bar situado a un lado y luego hasta la cascada del otro extremo de la piscina. Las luces están encendidas y siguen un patrón rotatorio de vibrantes colores que no solo iluminan los cuerpos desnudos en el agua, sino que proyectan un vistoso y brillante resplandor sobre el lado oriental de la casa. Contemplo las luces danzantinas durante un momento, pero mi mirada sube hasta la última ventana de la tercera planta; la habitación de Dal as.

Me pregunto si sigue ahí o si ya se ha ido en el helicóptero, dejando solas a sus dos invitadas para que concluyan su pequeña orgía.

Pongo los ojos en blanco, irritada por el curso de mis pensamientos y la magnitud de mis celos.

Lo cierto es que he manejado toda esta velada muy mal. Debería haberme marchado en cuanto me di cuenta de que estaba celebrando una fiesta.

Pero claro, ¿cuándo no hay una fiesta en casa de Dal as Sykes? Según la prensa sensacionalista, parece ser un evento diario. Esa simple verdad me pone un poco de mal

humor. Porque echo mucho de menos lo que teníamos y no puedo evitar preguntarme si también él lo echa de menos. Prácticamente me lo ha dicho hace un momento, pero ¿era verdad o mentira? ¿Acaso no soy ya más que una de las muchas mujeres de su vida?

En realidad no lo creo, pero desearía poder hacerlo. Creo que eso haría que lo odiase.

Sería más fácil si le odiase.

El extremo más alejado de la piscina está rodeado de pequeñas casetas y me siento en el banco de teca delante de la primera para ver el espectáculo que se desarrolla ante mis ojos. Famosillos y aspirantes se codean y coquetean. Corrillos de mujeres con sonrisas cómplices. Sé que todas están hablando de Dal as.

Diviso un destello de cabello rojo y veo a la mujer que estaba en la cama de Dal as atravesar las puertas y entrar en el patio. Luce una expresión jactanciosa, y a juzgar por los rostros que se vuelven hacia ella, no es ningún secreto dónde ha estado y lo que ha estado haciendo.

Son muchas las historias sobre las aventuras de Dal as, los rumores y los cotilleos.

Hasta ahora no había querido darles crédito, pero cuanto más veo, más creo que son ciertos.

Quiero sentir asco, siento asco, pero no puedo escapar de la incómoda verdad; quiero ser yo.

Pero no lo deseo, en realidad no. Porque el hombre que deseo ya no existe y no quiero al hombre que devora mujeres al mismo ritmo que engulle whisky escocés.

Aunque, en cierto modo, no puedo creer que el chico al que amaba se haya convertido en el hombre que veo.

Al final, ya no puedo soportar seguir aquí y me levanto con la intención de volver por donde he venido, atravesar la casa de nuevo y salir por la puerta hasta donde he dejado

mi vehículo, con el aparcacoches.

No lo consigo.

Él está aquí, de pie, justo al otro lado de la caseta. Las mujeres más próximas no le quitan los ojos de encima, pero él no parece consciente de eso. Tiene los ojos clavados solo en mí. Cuando se acerca, me empieza a doler el pecho y me doy cuenta de que estoy conteniendo la respiración.

Exhalo; me siento infantil y estúpida, y me obligo a erguir la espalda, a respirar con normalidad y a no parecer arrinconada ni atrapada.

—Creía que tenías que coger un helicóptero —digo, porque no quiero que sea él quien hable primero.

—Así es.

Enarco una ceja.

—Entonces ¿por qué estás aquí?

Mira a su alrededor y por primera vez parece darse cuenta de que nos observan.

—Ahí dentro —responde.

Me coge del brazo y aparta la cortina de acceso a la caseta.

Dentro hay un sofá cama y una pareja tumbada en él. Están vestidos, pero sus besos son profundos y apasionados y el a está a horcajadas sobre la pierna de él, restregándose a un ritmo sensual.

Siento que el calor invade mi cuerpo y me propongo mirar hacia cualquier otro lado menos a el os. O a Dal as.

Él se aclara la garganta.

—Lo siento, chicos. Necesito la caseta. Tengo que hablar con mi hermana.

«Hermana.»

Y así, de golpe y porrazo, el calor que me atravesaba se convierte en hielo y me quedo paralizada mientras la pareja se marcha, con la ropa torcida y sin aparentar el más mínimo bochorno.

La caseta tiene una puerta corredera que proporciona más intimidad que la cortina.

Dal as la cierra y se apoya en el a mientras me mira.

—Muy bien —digo, tratando de aparentar despreocupación mientras me siento en el borde del sofá cama—. ¿De qué tienes que hablar?

—De las gemelas Darcy —responde. Es lo que menos me esperaba. Debo parecer tan confusa como me siento, porque él insiste—: ¿Por qué está la OMRR investigando un secuestro resuelto?

Podría responder a eso de muchísimas formas, pero lo hago de la más obvia.

—¿Por qué demonios te importa?

Veo la irritación en sus ojos. No está acostumbrado a que lo interroguen. Pues muy bien, yo tampoco.

—Soy amigo de Henry Darcy —aduce—. Estuve a su lado cuando se llevaron a las chicas y le escuché mientras explicaba su decisión de mantener a las autoridades alejadas de aquel o y contratar a un equipo privado para recuperar a sus hijas. Igual que hizo papá —añade.

Se me escapa un bufido.

—Y mira qué bien salió aquel o.

—El equipo conocía los riesgos —replica—. Y su misión era rescatar a unos niños secuestrados.

—¿Es que has perdido el juicio? —No quiero gritar, pero no puedo evitarlo—. Dos de los hombres que contrató papá acabaron muertos.

Por mi culpa. Jamás debí decir nada. Nunca debí contarles a mi padre y a su equipo de seguridad lo poco que sabía.

Me lo habían advertido.

Pero en cuanto volví a los brazos de mis padres, me sentí de nuevo a salvo. A salvo, sí, pero aterrada por Dal as. Me convencieron de que tenía que contarle, que tenía que

proporcionar al equipo de seguridad toda la información si queríamos recuperar a Dal as.

Así que lo hice. Y basándose en los recuerdos inconexos de una chica de quince años aterrorizada, el equipo aisló al objetivo e intervino. Y yo sufrí durante cuatro largas semanas creyendo que Dal as también había muerto durante el asalto.

—Esa no es la cuestión —mascul a, como si el hecho de que provocara la muerte de dos hombres careciera de importancia. Como si no fuera grave que le torturaran, traumatizaran y mataran de hambre durante otro mes—. Quiero saber más sobre la

OMRR. Porque estoy seguro de que Henry no ha l amado a tu ex y se ha puesto a largar.

Estoy a punto de decirle que eso no es asunto suyo, pero se me han quitado las ganas de pelear. Me siento paralizada. Los recuerdos de aquellos largos y fríos días siguen demasiado presentes. Quiero terminar esta conversación y salir de este lugar.

—Bueno, es evidente que sabes lo que pasó. Las chicas viajaron a México con algunas amigas para celebrar su decimoctavo cumpleaños y al í las raptaron. Las vendieron como esclavas a un hijo de puta con dinero de la capital. Es increíble que los hombres que Henry contrató las encontraran —reconozco.

—Lo es —conviene—. Pasadas las primeras setenta y dos horas, las probabilidades de recuperar a las chicas con las que trafican son casi nulas.

—Conoces las estadísticas —digo.

Me mira a los ojos.

—Presto atención. Como a ti, me interesa el tema.

No digo nada. La verdad es que he hecho carrera investigando y escribiendo sobre secuestros y sus víctimas. En apariencia, Dal as dirige varias divisiones de los negocios

familiares. En realidad, derrocha dinero, conduce a toda velocidad y fol a a lo bestia. Yo sé por qué hago lo que hago. A él no lo entiendo.

—Cuéntame el resto —me apremia.

—El cabrón que las compró acabó con el cuello rebanado durante el asalto —explico sin rodeos—. Pero el equipo l evó a las chicas de vuelta a casa sanas y salvas. Henry te

dijo que quería mantener al FBI y a la Interpol fuera de aquello. Es lo que has dicho,

¿no? —Él asiente y yo continúo—: Bueno, esa decisión provocó que el perverso acabara muerto en lugar de recibir su castigo, y Elaine Darcy está cabreada.

—La madre de Henry —apostilla Dal as.

—Es igual de rica que papá, una poderosa heredera —confirmo—. Y con un exfiscal de Estados Unidos en la familia, además de congresistas y jueces, no le hizo demasiada gracia que su hijo decidiera actuar como un justiciero. —Me encojo de hombros—. Así que recurrió a la OMRR. Quería saber quién más fue responsable. Así localizaron a Ortega. Dal as se pasa los dedos por el pelo.

—Joder.

—Lo sé —digo, asintiendo—. Henry la cagó bien. Esas chicas también podrían haber muerto durante el asalto. Pero ante todo quiere descubrir a ese grupo de justicieros y desmantelarlo. Ya sabes que esa es una de las misiones de la OMRR, intentar acabar con esa clase de actividades clandestinas. Por eso tenía conocimiento de la investigación antes incluso de que detuvieran a Ortega. Y cuando Bil me habló de la conexión con nosotros, me quedé pasmada.

Dal as me mira como si hubiera perdido la cabeza.

—¿Conocías con anterioridad la existencia de ese grupo justiciero y lo de las gemelas Darcy? ¿Antes de que Bil te hablara de Ortega? ¿Cómo?

—Ya te lo he dicho. Lo abordo en mi próximo libro. —Cambio de posición sobre el colchón y me siento sobre los talones, más cómoda ahora que hablamos sobre mi trabajo—. Es un libro más extenso que *El precio del rescate*. Ese se centraba en un único caso, pero mientras lo escribía supe que quería explorar los peligros de la justicia paralela. Las hijas de los Darcy podrían haber muerto. Igual que los niños de aquel autobús escolar estuvieron a punto de morir porque uno de los padres contrató al gilipollas de Lionel Benson y a su equipo de arrogantes mercenarios.

—¿Estás escribiendo sobre Benson y su equipo? —pregunta Dal as con voz tirante.

Asiento. Lionel Benson es un excoronel del ejército licenciado con deshonra que

encauzó sus particulares talentos hacia el más lucrativo sector de la justicia alternativa.

Por desgracia, le interesaba más la pasta que mantener a salvo a los niños a los que tenía que rescatar. Cuando su equipo y él irrumpieron en el almacén para intentar liberar

a los niños del autobús, se centraron solo en el crío cuyos padres le habían contratado, y al hacerlo puso a los demás en peligro.

Los supuestos rescatadores fueron repelidos por los secuestradores, que acabaron

recibiendo el pago del rescate y dejaron salir a los niños. Por fortuna, los secuestradores fueron más tarde apresados por un equipo de agentes internacionales que trabajaban con la OMRR.

Cuando escribí *El precio del rescate* nadie conocía la identidad del grupo justiciero que casi hizo que mataran a aquel os críos, pero hace cosa de un mes, después de que

dos niños murieran en Nevada en otro intento de rescate, el equipo de Benson salió a la luz. Un miembro del equipo resultó herido durante ese asalto, y cuando el FBI intervino y rescató a los niños, por suerte, capturaron también al justiciero herido.

Aunque el arresto de Benson se anunció públicamente, la mayor parte de los detalles

de la investigación siguen siendo confidenciales. Aun así, Bil me contó que el hombre

capturado está colaborando a cambio de clemencia y que su testimonio condujo a la captura de Benson. El testigo contó también que la prioridad de Benson en todos y cada

uno de los asaltos fue su cuenta bancaria; la seguridad del niño a rescatar estaba en un segundo lugar. Para Benson, cualquier niño sin pasta eran daños colaterales.

«¡Maldito hijo de puta!»

Me rodeo con los brazos mientras pienso en las semejanzas entre Benson y mi padre,

que envió a un equipo en lugar de contactar con las autoridades porque le preocupaba

más que la prensa no se enterara del secuestro que la seguridad de Dal as. Puede que a

Benson solo le interesara el dinero, pero ¿no fue mi padre igual de egoísta?

Se me encoge el pecho solo con pensar en el o y tengo que inspirar hondo para combatir lo que sé que es un incipiente ataque de pánico. Trago saliva y levanto la mirada para enfrentarme con decisión a los ojos de Dal as. Estoy más calmada, pero mi

voz se eleva cuando añado con suavidad:

—Podrías haber muerto en aquel chapucero asalto.

—Estoy vivo, Jane. Estoy aquí mismo.

Sus palabras son suaves, pero no me producen ningún alivio.

—Pero no gracias a papá y a su equipo. No te rescataron. Peor aún, quien nos secuestró te retuvo otras cuatro semanas después de soltarme a mí. Un mes, Dal as. Y

sabe Dios qué te hicieron durante ese tiempo que estuviste solo.

Espero que él diga algo, pero no lo hace. Me paso las manos por los muslos,

nerviosa. Sé que no recuerda lo que pasó después de que me liberaran. Nos ha dicho

una y otra vez que tiene la mente en blanco, como si hubiera un agujero en su memoria.

Los médicos no saben si fue por las drogas o se trata de una amnesia producto del

trauma. Pero, en resumidas cuentas, no recuerda nada desde el momento en que

despertó sin mí hasta el día en que fue por fin liberado en una estación de metro de Londres. A veces pienso que es lo mejor.

Pero yo sí recuerdo esas semanas. Recuerdo cada minuto. Sobre todo, recuerdo el

miedo a que Dal as estuviera muerto.

6

La caída

Los recuerdos regresan con fuerza ahora que he abierto la puerta y me rodeo con los

brazos mientras revivo la oleada de miedo que me atravesó la noche en que me

liberaron. Me despertaron a empujones, me arrancaron del calor y el consuelo de los brazos de Dal as.

Grité su nombre entre lágrimas mientras alguien me ponía de pie y me ataba las manos a la espalda. Pero él se quedó ahí tumbado, con los ojos cerrados y el cuerpo

extrañamente inmóvil. Grité, aterrorizada ante la idea de que estuviera muerto; dejé de

gritar cuando una mano me golpeó la mejilla con todas sus fuerzas.

—Él se queda —dijo la Mujer; su voz era un susurro grave tras una máscara y un velo. Se acercó a mí desde el otro lado de la habitación, entre las sombras—. Tú te vas.

Negué con la cabeza, rechazando sus palabras. Quería salir, lo deseaba con desesperación, pero no así. No sin Dal as.

—No les cuentes nada. —El Carcelero estaba detrás de mí, sujetándome las muñecas atadas. Su voz era grave y mecánica, alterada por un distorsionador de voz. Solo le había visto el día en que nos secuestraron, y me aterraba que estuviera al í en ese momento—. No sabes nada. No has visto nada. Ten la boquita cerrada y puede que él vuelva a casa algún día. Pero si dices una sola palabra, lo sabremos. Habla y está muerto.

Me vendaron los ojos y me sacaron afuera, pero la venda resbaló y pude captar fugaces imágenes de algunas cosas. La textura del pavimento. El color de una puerta. Oí

las campanadas de la torre de un reloj, el rugido de un aeroplano. El estruendo de maquinaria de construcción.

También capté olores. El hedor a comida podrida. El fuerte olor a pintura. El aroma de la tierra fresca.

Sentí el pinchazo de una aguja cuando me metieron en un coche, y lo siguiente que recuerdo es que estaba tumbada debajo de un árbol, con un teléfono móvil en la mano.

Llamé a mi padre, los dedos me temblaban mientras apretaba cada tecla. Mis padres y un equipo de cuatro hombres no tardaron en llegar hasta mí.

Me arrastré hasta los brazos de mi madre, llorando como una histérica, aterrada por Dal as, con remordimientos por sentirme aliviada de estar libre cuando él seguía cautivo.

Y guardé silencio, tal y como me habían advertido mis captores.

Cuando mi padre me preguntó qué recordaba le dije que nada. Mentí y le aseguré que me había dormido en una pequeña habitación gris y que acto seguido desperté debajo de un árbol. Lo dije porque tenía que hacerlo. Porque tenía que mantener a Dal as a salvo.

Pero a medida que pasaban las horas sin él, empezaron las dudas. Y el miedo a equivocarme al guardar el secreto me corroía por dentro.

—¿Puedes recordar alguna cosa de las últimas tres semanas? —me preguntó mi

madre mientras me arropaba en la cama esa noche—. ¿Algo sobre dónde te retenían?
¿Cómo eran?

—Me dijeron que no lo hiciera. —Mi voz era apenas un susurro, pero el a me oyó.

Cuando levanté la mirada, vi la esperanza en los ojos de mi madre.

Mi padre se presentó en la habitación solo unos minutos más tarde, junto con el líder del grupo de mercenarios que mi padre había contratado. Les dije lo que mis captores habían dicho. Que sería malo para Dal as que les contara algo y que por eso no lo hacía.

Pero me aseguraron que solo me habían amenazado para que guardara silencio. Que si tenía alguna información que pudiera ayudarlos a rescatar a Dal as, tenía que aprovecharla. Porque, por lo que sabían, no pensaban soltar a Dal as.

No tenían más pistas que yo. Y sabía que, si queríamos rescatar a mi hermano, si quería ayudar al chico al que amaba, tenía que contarles lo poco que sabía.

Y eso hice.

Llevó cuarenta y ocho horas y montones de procedimientos forenses que no entendía; desde analizar la tierra de mis zapatos hasta realizar algún tipo de diagnóstico en el teléfono de prepago para localizar la ubicación de aeropuertos junto con torres de reloj.

Pero lo descubrieron. El dinero de mi padre compró lo mejor y su equipo no tardó en determinar que a Dal as y a mí nos habían retenido en el sótano de un edificio medio derruido que había sido abandonado cuando los fondos para una remodelación se acabaron.

Se pusieron en marcha antes del amanecer. Yo no estaba al í, pero no tardé en enterarme. Se aproximaron sin hacer ruido. Entraron en el edificio con sumo cuidado... y

provocaron una serie de explosiones con sus movimientos.

Dos de los cuatro hombres murieron en el acto. Otro perdió un brazo y un ojo. El cuarto estuvo inconsciente durante una semana, pero acabó recuperándose.

El edificio quedó reducido a escombros.

Sabía que él estaba al í dentro. Dal as estaba en aquel sótano y había volado por los aires por mi culpa. O, peor aún, había quedado enterrado en vida.

Lloré durante las cuatro semanas siguientes por un chico que estaba segura de que había muerto. Y odiándome por haber provocado su muerte.

Pero no murió, y ahora lo tenía justo delante de mí, en una estrecha caseta, mirándome con tanta compasión que tengo que girarme para no verlo.

—Jane —dice con ternura—. No morí.

—Pero yo creí que sí. —Aparto con brusquedad la lágrima que rueda por mi mejil a—.

Durante cuatro largas semanas pensé que habías muerto, y luego enviaron esa maldita carta pidiendo un rescate y resultó que te habían sacado del edificio antes del asalto.

Tomo aire, recordando el alivio que me inundó, junto con el miedo de que todo fuera una cruel y despiadada broma.

—Jane.

Da un paso hacia mí, pero levanto una mano para detenerle. Estoy demasiado sensible y no creo que pueda protegerme ahora mismo si me ofrece consuelo.

Él me obedece, pero sus rasgos se tensan.

—Solo estoy haciendo una observación —digo—. Te liberaron porque se pagó el rescate. Esa gilipol ez de los justicieros casi hace que te maten. Igual que casi hizo que mataran a los chicos del autobús y a las hijas de los Darcy. Y aquel os chicos de Nevada

murieron, Dal as. Dos niños. Ese es un precio demasiado alto. —Ahora que vuelvo a hablar de trabajo consigo tranquilizarme de nuevo—. En fin, ese era el nudo principal del

libro que estoy escribiendo; la organización de Benson y cómo su estúpida misión justiciera puso en peligro a tantos niños.

—¿El nudo principal? —repite—. ¿Es que el libro no va solo de eso?

—Sí, va de eso. Pero he ampliado mi enfoque después de que Bil me dijera que existe otro grupo organizado de mercenarios que ofrece sus servicios. La tesis sigue siendo el perjuicio que causan estos grupos y por qué es tan importante dismantelarlos.

Pero estoy examinando ambos aspectos. Por un lado, las consecuencias colaterales y el procesamiento del grupo de Benson. Y lo estoy yuxtaponiendo con la investigación de la

OMRR de este otro grupo que rescató a las hijas de Darcy.

—¿Me estás diciendo que existe una investigación en curso?

—Es una de sus principales prioridades —le confirmo—. Lleva abierta desde que Bil habló con Elaine Darcy y se convenció de que existe un grupo organizado que trabaja con diplomáticos, mil onarios y celebridades. Gente como papá, que prefiere evitar la implicación del FBI y de la Interpol. Más tarde Henry Darcy lo confirmó y...

Dal as levanta la mano para interrumpirme.

—Espera. ¿Me estás diciendo que Henry Darcy admitió haber contratado a ese grupo de justicieros del que hablas?

—Parece de película, ¿no? Pero sí, lo hizo. Según Bil , Darcy ni quiera sabe cómo contactar con el os. Es todo muy secreto, con teléfonos de prepago, contraseñas y complicados protocolos. Pero oyó algo que se suponía que no debía oír. De hecho, así es como se me ocurrió el título del libro: *Nombre en clave: Liberación*.

Dal as abre los ojos de forma casi imperceptible; parece un poco conmocionado. No me sorprende. Pasó por lo mismo que yo y más. Nunca olvida que podría haber muerto en aquel asalto. Tal vez estuvo a punto de hacerlo. Tal vez quedara inconsciente y luchara por su vida.

Sabe que fui yo quien proporcionó todos los detalles para un asalto que salió muy mal. Y por mil onésima vez me pregunto por qué no me odia.

Aunque claro, tal vez sí me odia.

La sola idea me desgarrar y reabre todas las heridas que finjo que han cicatrizado.

Dejo escapar un pequeño quejido, aunque no es mi intención, y Dal as se acerca con la mano tendida, como si quisiera consolarme. Se detiene, y no estoy segura de si se debe a que cada caricia entre nosotros es peligrosa o a que sabe que no hay consuelo posible.

—Así que ya sabes por qué escribo. —Mi voz suena falsamente animada—. Me libero de mis demonios y me pagan por ello.

—Tú no tuviste la culpa.

—Bonitas palabras —replico—. Lástima que no sean ciertas.

—Jane.

Pone fin al resto de la distancia que nos separa y se arroja en el suelo delante de mí, que sigo sentada en el sofá cama. Esta vez no me toca. Coloca las manos sobre sus rodillas mientras yo tomo una entrecortada bocanada de aire. Me doy cuenta de lo mucho que he echado de menos su tacto. De lo mucho que necesitaba esa conexión, aunque solo fuera por un instante.

Estamos cara a cara y sus ojos muestran un arrepentimiento total. Sé que quiere decir algo, pero que no sabe cómo hacerlo.

—No pasa nada —digo—. Yo lo sobrevivo. Tú lo sobrevives. Y muy pronto conseguiremos un poco de paz, ¿no? Seguro que el tal Ortega soltará la lengua sobre quién lo contrató. Y entonces sabremos por qué ocurrió todo aquello.

Por supuesto, yo ya lo sé. O al menos creo saberlo. Cuando eres hijo o hija de un multimillonario te conviertes en un objetivo. Así son las cosas. Y dado que nuestros secuestradores pidieron un rescate el primer día y luego no pararon de subir el precio, lo

más probable es que nos secuestrara algún grupo radical que pretendía financiar un golpe de estado.

Una lástima que Kickstarter no existiera en esa época.

La idea me provoca una sonrisa y me dispongo a contárselo a Dalas; imagino que también a él le vendrá bien sonreír. Pero su expresión hace que me detenga.

—¿Qué?

—Te jodí bien.

Su voz es grave y rebosa dolor.

Yo meneo la cabeza, negándolo y sintiéndome confusa.

—¿De qué estás hablando?

—De todo aquello. Te atormenta.

No puedo negarlo.

—Nos atormenta a los dos.

Sus manos ascienden por mis piernas cuando se pone en pie. Solo unos centímetros, pero lo siento como una caricia. Entonces aparta las manos y se aleja del sofá cama, y yo lamento la pérdida de su contacto.

—Vinieron al colegio; venían a por mí. ¿No lo entiendes? Yo tengo la culpa de que te raptaran, de que nos mantuvieran cautivos, muertos de hambre, de miedo y de frío.

—No... —empiezo, pero él no me deja terminar.

—Yo tengo la culpa de que esta sea ahora tu vida, de que estés anclada en el pasado, buscando respuestas en el secuestro de otros. Es culpa mía y no puedo

arreglarlo. Y ahora es Bil quien va a acabar con todo. Es quien tiene a Ortega y quien va a descubrir quién estuvo detrás de esto. Quien te va a dar paz.

Meneo la cabeza.

—Eso no es cierto.

—Lo es.

—Dal as...

Me levanto y le miro a la cara. No sé qué decir. No sé cómo contrarrestar su argumento. No sé qué hacer y me siento tan inútil como durante aquel as semanas, cuando tenía quince años. Tan perdida como entonces, cuando era Dal as el que me consolaba. Y era yo quien le consolaba a él.

—¿Tienes idea de lo mucho que deseo tocarte? —dice en voz baja, como si estuviera

hablando para sí mismo en lugar de a mí. Capto el olor a alcohol en su aliento y me pregunto cuánto ha bebido y lo lejos que podría llegar—. ¿Imaginas siquiera las cosas

que deseo hacer contigo? —Un gemido escapa de mi garganta y Dal as se acerca más;

sus ojos verdes parecen fuego esmeralda—. Estar juntos estuvo a punto de destruirnos

una vez. Pero me importa una mierda. Eres el recuerdo que me ayuda a superar los días

y la fantasía que me salva por las noches. —Me quedo sin aliento cuando me alcanza y

me retira con delicadeza un mechón de pelo de la cara—. Sé que no puede ocurrir... por

muchas razones. Sé que está mal. Pero quiero saborearte de nuevo, una vez más, la última.

Mi corazón late con fuerza y siento que el sudor me empapa la nuca. Tengo la boca seca. Me siento atrapada.

Me siento viva.

—Deja que lo haga, Jane. —Su voz suena ronca y se acerca más. Y entonces (oh, sí) acaricia mi mandíbula con la yema del pulgar y provoca un torbellino de chispas en mi interior—. Deja que tome solo un pequeño sorbo.

Sé que debería huir. Abofetearle. Mencionar a nuestros padres. Hacer algo para detenerle.

Pero no lo hago.

Sin embargo, le miro a los ojos y digo, muy despacio y con decisión:

—¿Qué te impide tomar más?

—Tú —responde mientras me acaricia la mejilla y yo cierro los ojos, combatiendo las ganas de inclinar la cabeza contra su palma—. Espero que lo hagas. Porque yo no tengo fuerzas para seguir luchando.

—¿Y si yo tampoco tengo fuerzas?

—Pues que Dios nos ayude a los dos.

Abro los ojos cuando él se aproxima. Sus labios acarician los míos.

Es un beso suave. Delicado.

Pero mi reacción no tiene nada de delicada. Siento como si me hubiera aplastado contra la pared. Siento su cuerpo pegado al mío. Sus manos me recorren y me abro a él

como una flor. A pesar de todo, le deseo. Le necesito.

Este hombre es adictivo.

Es peligroso.

Y no se equivoca cuando dice que esto nos destruirá a ambos.

Pero, maldita sea, no me importa. No deseo un sorbo de él. Lo que quiero es devorarlo.

Acerco las manos para deslizar los dedos por su cabello, las deslizo sobre su nuca y abro la boca; quiero saborearle. Consumirle. Poco me importa que esté mal, o que sea vergonzoso. Ahora mismo esto es justo lo que deseo. Soy una mujer perdida en el desierto a la que de repente le ofrecen agua, pero que sigue sin poder saciar su sed a pesar de beber sin cesar.

Pero soy solo yo quien bebe. Dalas no me suelta, pero tampoco me reclama. Deja que yo tome, pero él aún no me ha saboreado de verdad.

Noto su erección contra mí y siento el retumbar de su corazón, el ritmo que reverbera por todo nuestro ser. Muevo las caderas y me rozo contra su polla, que ahora tensa la tela de sus vaqueros. La presión entre mis muslos hace que me atraviese una espiral de placer y me aprieto más contra él, dejando escapar un débil suspiro después de su nombre.

—Dalas.

No sé si es su nombre, mi gemido de placer o la insistencia de su pene, pero su indecisión se esfuma y me atrae con fuerza hacia él. Devora mi boca en un beso tan abrasador que siento vértigo. Durante un momento pienso que estoy volando, pero me

doy cuenta de que estoy cayendo sobre el sofá cama.

Él se coloca a horcajadas sobre mi cintura, con los brazos a ambos lados y las manos entrelazadas con las mías. Se inclina hacia delante, captura mi boca y luego sigue por el cuello. Me cuesta respirar, el corazón me late a mil por hora, me arde la piel y mis vaqueros me resultan demasiado ceñidos.

Solo soy capaz de pronunciar un par de palabras: «por favor». Pero ni quiera así estoy segura de que las haya dicho en voz alta, sobre todo porque él no reacciona, sino

que continúa sembrando un reguero de besos hasta la elevación de mi pecho.

Jadeo cuando me lame la piel que deja al descubierto el escote de mi camiseta, me retuerzo a causa del potente impacto de las lamas que me devoran, que crepitan entre mis piernas y hacen que me humedezca, que me sienta presa de la necesidad o de una terrible y maravillosa desesperación.

A medida que la presión aumenta, una parte de mí que permanece enterrada sabe que esto está mal, que es un error. Debería incorporarme. Apartarle. Debería parar esto.

Pero lo único que se necesita para aniquilar esos pensamientos es que Dal as se enderece solo un poco. Que deslice una mano a lo largo de mi brazo y luego alcance mi

pecho. Busca mi pezón a través de la tela y lo masajea entre el pulgar y el índice hasta que se pone erecto, pel izcándolo con tanta fuerza que roza el límite que separa el dolor y el placer y aterriza en algún punto próximo a lo exquisito.

Me oigo jadear y ni siquiera me reconozco. Ya no estoy segura de quién soy y en lo único en lo que puedo pensar cuando me baja de un tirón la camiseta para liberar mis pechos es que deseo que me posea. Quiero que sea salvaje.

Y, maldita sea, lo quiero ya.

Pero ahora que estamos haciendo esto, ahora que estoy medio desnuda y ardiendo, Dal as no tiene prisa. Sus ojos se enfrentan a los míos mientras acerca la cabeza a mi pecho y reconozco la pasión de nuestra juventud. Es la luz de la exploración. De la conquista. Como si pretendiera recalcar mi pensamiento, su boca se apodera de un pecho mientras su mano se ocupa del otro, provocando mi pezón con los dedos a la vez que su lengua le imita.

La otra mano sigue entrelazada con la mía, pero me suelta y sus dedos descienden muy despacio a lo largo de la sensible piel de la cara interna de mi muñeca, para a continuación seguir el sendero hasta mi torso. Me sube la camiseta hasta que la prenda es como una banda debajo de mis pechos.

A duras penas soy capaz de procesar otra sensación cuando me chupa y me muerde con suavidad un pezón y sus dedos se deslizan por la piel desnuda de mi vientre.

Estoy jadeando, necesito oxígeno para defenderme del salvaje asalto cuando su mano alcanza mis vaqueros y un dedo se cuela dentro con aire provocativo. Esto es lo que deseo; ay, Dios, cuánto lo deseo.

Arqueo la espalda, buscando más de forma instintiva.

—Fól ame —susurro, sorprendida de mi propio atrevimiento. De lo rápido que mis defensas se han derrumbado.

He deseado a Dal as, he deseado esto durante años y siempre he luchado en contra.

Él también ha luchado. Pero esta noche, con Ortega detenido, con todos los recuerdos volviendo en tromba, retazos de la oscuridad, de sus manos, de su consuelo... Solo necesito perderme. Quizá esta sea la forma de seguir adelante.

Quizá solo necesite a este hombre.

—Por favor —suplico... y es entonces cuando todo se hace trizas.

En vez de bajarme los vaqueros y fol arme con fuerza y rapidez, se echa hacia atrás, me suelta el pecho y levanta las manos, como si se rindiera ante la policía. Recula hasta la pared, resol ando y meneando la cabeza.

Y se acabó.

Simplemente se acabó.

Me quejo, quiero más. Lo quiero todo. Lo quiero a él.

—Por favor —repito, y aunque sigo sumida en una nebulosa sensual, soy lo bastante consciente como para ver el cambio en su expresión. No entiendo qué ha pasado, pero no dejo de mirar mientras la pasión abandona sus ojos.

De repente ya no siento deseo, sino que me siento mortificada. Encojo las rodil as y me bajo la camiseta para cubrirme los pechos, tratando de no ver el arrepentimiento impreso en su rostro.

Dios, soy imbécil.

—No puedo —susurra. Creo que nunca he oído mayor sufrimiento en la voz de un hombre—. Lo siento. Lo siento muchísimo. No debería haber... Nunca debería haber empezado. Nunca debería haberte cargado a ti con la responsabilidad de decir que no. Pero hace tanto que te deseaba. Hace tanto que soñaba con tocarte...

Me relajo un poco. Sus palabras suenan verdaderas, como la profundidad emocional que trasciende de él.

—Tómame entonces —digo antes de recordarme a mí misma que esto es un error del que ambos nos arrepentiremos.

Vuelve la cara para no mirarme y le veo apretar los dientes y tensar los hombros.

Cuando se gira de nuevo, el deseo sigue ahí, pero enmascarado por una férrea determinación.

—No podemos. No debería haberte presionado. Tendría que ser lo bastante listo como para no probar la fruta prohibida. Y, joder, Jane, tú también. Tú tampoco deberías haber presionado. Ni siquiera deberías desearme, joder.

—No —reconozco—. No debería. Pero ambos sabemos que es así.

Dal as exhala una bocanada de aire, como si solo él estuviera frustrado.

—Mira a tu alrededor, maldita sea. Sabes lo que soy.

—Esto no eres tú. —Noto el sabor a sal y me doy cuenta de que estoy llorando—.

Esto no puedes ser tú.

—Conocías al muchacho, Jane. Y se ha convertido en un hombre muy jodido. Tú más que nadie deberías saber por qué. Este soy yo, encanto —añadió sin más—. Me tienes delante de tus ojos.

Pero no quiero creer lo que mis ojos me muestran. Quizá sea mi propia tozudez. Lo

más probable es que mi negativa a creer sea fruto de la culpa. Porque Dal as pasó cuatro semanas más en la oscuridad después de que me soltaran a mí. Y sé que lo que

pasó después de que lo dejara al í solo debe haberle influido y moldeado, aunque no pueda recordarlo de forma consciente.

Así que se equivoca; no sé por qué es el hombre que es, pero puedo imaginarlo.

Durante los días previos a mi liberación, la Mujer lo había apartado de mí cada vez con mayor frecuencia. Regresaba tenso. Se negaba a hablar. Como si estuviera encerrando

el miedo y la ira en su interior.

No sé qué ocurría cuando él se lo llevaba, pero las posibilidades que desfilan por mi cabeza me asustan y me repugnan. Y solo puedo creer que aquello empeoró cuando yo me fui.

Pero conozco a este hombre. Lo conozco desde que era un niño. Y quiero creer que no es lo que aparenta, aunque en realidad no sé si eso se debe a que es verdad o a que no puedo vivir con la culpa de que no lo sea.

Dal as se pel izca el puente de la nariz.

—No podemos hacer esto. Tú lo sabes. Yo lo sé. —Me mira y sus ojos son duros como una piedra—. Tú misma acabas de decirme que no me deseas. Joder, Jane, tienes

que sentirlo de verdad. Tienes que creerlo. No soy el hombre adecuado para ti. Ambos sabemos que no puedo ser el hombre que mereces.

Es brusco. Y tiene razón. Imagino lo que dirían nuestros padres si lo descubrieran. Sé que Eli nos desheredaría a los dos, aunque eso no es lo peor. Lo peor es cómo nos mirarían, con absoluta decepción y arrepentimiento.

Bajo la vista. Todas las razones por las que nos mantenemos alejados vuelven a mi mente mientras me las apañó para recolocarme la ropa y mirar a cualquier parte menos

a él. Una lágrima rueda por mi mejilla y por el rabillo del ojo le veo dar un paso hacia mí sin demasiado convencimiento.

—Jane.

Su voz es tan queda y tierna que creo que lo he imaginado. Pero sé que no es así y la mortificación se adueña de mí, se instala como un gran y horrible peso en mi estómago.

El calor invade mi piel y me escuecen los ojos.

—Vete —susurro.

—No es que no te desee...

—Por favor —insisto. No puedo dejar que termine la frase. Duele demasiado—. Solo vete.

No oigo nada durante un instante, pero sé que está ahí, inmóvil. Cierro los puños, tenso los hombros, aprieto los dientes. «Vete —repito para mis adentros—. Vete —tengo ganas de gritar.»

Por fin oigo el susurro de su ropa y luego el roce de la puerta cuando la abre. Cuento hasta diez antes de darme la vuelta. Estoy sola.

Cierro los ojos otra vez, ahora para contener las lágrimas.

Me quedo en el sofá cama durante al menos quince minutos. Sentada, sin más. Sin ni siquiera pensar, porque ahora mismo no quiero hacerlo. No quiero hacer nada. Si pudiera, con mucho gusto desaparecería. Me siento muy frustrada conmigo misma por perder el control. Si él no nos hubiese detenido a ambos, ahora mismo estaría desnuda en este sofá cama, con su pol a muy dentro de mí y...

Dejo escapar un débil gemido. Pienso en todas las posibilidades que acompañan a ese «y». «El rey del sexo», en efecto.

Me pongo de pie, decidida a controlarme a mí misma y a mis erráticos pensamientos.

Inspiro hondo, me aliso la ropa con la mano y salgo de la caseta.

Nadie me mira. ¿Por qué no? A fin de cuentas, soy su hermana, tal y como tan oportunamente ha anunciado para que todos los que andaban cerca pudieran pasar por

alto mi inadecuado atuendo y reconocirme por las frecuentes fotos de los medios y las apariciones en los programas de entrevistas de la televisión.

Si hubiera sido otra mujer, todos los ojos estarían puestos en mí. Atentos a la ropa torcida. A las manchas de carmín.

Habría provocado guiños y codazos, y hasta algún apretón de manos secreto para subrayar mi ingreso en el extenso club de las Faldas por Dadas.

Debería estar agradecida de no contar con esa atención.

Pero no lo estoy en absoluto. En cambio, me siento frustrada. Y cabreada. Y esa reacción me cabrea todavía más. Porque no debería importarme. No debería querer

formar parte de ese club.

No quiero ser un pasatiempo. No quiero ser un polvo intrascendente. Otra mujer más de una interminable ristra.

Aunque tampoco es que eso importe.

Porque cuando estás enamorada de tu hermano, a cuántas mujeres se fol e es en realidad el menor de tus problemas.

7

Hermano y hermana

Jane West no podía dormir. El brazo le dolía demasiado. Y todos los recuerdos del día la asaltaban en cuanto cerraba los ojos.

Sabía que iba a tener pesadillas. Un brazo roto, malos sueños y un padre que estaba siendo borrado. No, eliminado. Esa era la palabra. Aunque no como en esas películas de androides.

Era su undécimo cumpleaños, seguramente el peor día de su vida.

No era justo.

Oyó que llamaban con suavidad a la puerta, pero hizo caso omiso, segura de que era alguien del servicio haciendo ruido en el pasillo. Sonó de nuevo con más fuerza y se incorporó en la cama, sonriendo por primera vez ese día.

—¡Pasa!

La puerta se abrió y Dalas entró a toda prisa y cerró tras de sí.

—He tenido que esperar hasta que se han dormido todos —explicó—. Y no he podido llegar hasta Liam. Los mayores están hablando en la cocina, así que está atrapado en su cuarto con su madre.

Jane asintió. Liam era uno de sus mejores amigos, pero en ese momento solo quería a Dalas.

Él se subió a la cama, un larguirucho chico de once años, más alto y delgado que el resto de los chicos del colegio. Tenía el cabello corto y de punta de tanto pasarse los dedos

cuando estaba preocupado. Jane sabía que el a era la causa de su preocupación.

Podía verlo en su cara y en los verdes ojos que siempre le habían parecido mágicos.

Le pasó el señor Algodoncito.

—Toma —dijo—. He supuesto que ayudaría.

—Es tuyo.

Por alguna razón, era de suma importancia para el a que Dal as se quedara el conejito.

—Vale. Pero he pensado que lo necesitarías esta noche.

—Ah.

Sonrió y cuando él le devolvió la sonrisa, Jane se olvidó un poco del dolor.

—Bueno, ¿qué ha pasado? Nadie dice nada.

El a se encogió de hombros.

—Mi padre l amó a mamá. Quería l evarme por ahí porque es mi cumpleaños. Mamá y

Eli no querían, pero me han dejado ir porque últimamente casi no le he visto.

Colin había pasado el último año en prisión, cumpliendo su segunda condena por

fraude fiscal, y hacía solo unas semanas que había salido. Su madre, Lisa, pidió el divorcio la primera vez que le encerraron por algo l amado uso de información

privilegiada. Se casó con Eli poco después del séptimo cumpleaños de Jane.

—Bueno, ¿y qué ha pasado cuando te has ido con él? —insistió Dal as.

El a se mordió el labio inferior y sacó las rodil as de debajo de las sábanas para poder abrazarse a el as, junto con el señor Algodoncito.

—Me ha l evado a cenar y lo hemos pasado bien. Luego me ha dicho que tenía que ver a un amigo de camino a casa.

—¿Estabais en la ciudad?

Jane asintió.

—Durante la cena. Pero luego hemos ido a New Jersey. Ha dicho que tenía que

recoger un paquete y llevarlo a otro sitio. Así que hemos acabado en un almacén junto al río, lleno de cajas de cartón y de madera y de cosas.

—Guay.

Quizá otro día ella pensara lo mismo, pero en ese momento no. Jane meneó la cabeza.

—Hemos cogido el paquete, pero cuando nos íbamos han llegado unos hombres con traje. Papá me ha apartado, pero uno de los hombres me ha agarrado del brazo y ha tirado de mí y... y tenía una pistola.

Dallas abrió los ojos como platos y acercó la mano para coger la de ella.

—¿Quién era?

Jane se aferró a su mano mientras le contaba el resto. No quería hablar del tema, pero deseaba que él lo supiera.

—No lo sé. El hombre que estaba a su lado ha dicho que mi papá le debía dinero y que si no pagaba iba a lamentarlo.

—¿Qué ha ocurrido?

—Papá se ha ido con el hombre a un rincón y los he oído gritar. Luego han vuelto y el hombre le ha dicho algo de la pistola que me soltase. Me ha empujado hacia papá, pero me he caído y he oído un crujido. Me dolía mucho. Creo que me he desmayado, porque de repente estábamos en el coche y casi habíamos llegado al hospital.

—¡Uau!

Ella asintió. Ahora que había terminado, tenía que reconocer que era una muy buena historia. Estaba deseando contársela a Liam. A él también le impresionaría.

—¿Y qué le ha dicho mamá en el hospital?

—¿A él? Nada. Se ha marchado mientras me escayolaban el brazo. Y ni siquiera me ha dado mi regalo de cumpleaños.

—¡Oh! —Dallas metió la mano en el bolsillo de su batín—. Tengo uno para ti.

Jane cogió la cajita que él le ofrecía y arrancó el papel. La abrió y descubrió un reluciente medallón de oro. Levantó la mirada hacia él, encantada.

—Es precioso. Y es un corazón.

Dal as encogió un hombro.

—Sí, bueno. Es lo único que tenían. —No la miró a la cara—. En fin, ábrelo.

Jane lo hizo y encontró dos minúsculas fotografías en su interior. Una de ella y otra de él. El corazón aleteaba dentro de su pecho mientras contemplaba las pequeñas imágenes.

—Es el mejor regalo del mundo.

—¿En serio?

Ella le miró y se sintió extrañamente tímida cuando esbozó una sonrisa.

—Lo prometo.

—Vale, ¿y qué ha pasado después? ¿Qué ha hecho mamá?

—Bueno, no ha podido gritarle a papá, pero sí que le ha gritado a Eli. Mogolón.

—¿A él? ¿Por qué?

—Bueno, supongo que por algo que habrá hecho. Ha dicho que era la gota que colmaba el vaso y que quería que Eli presentara los documentos. Que le daba igual que les costara todo lo que tenían, que había que hacerlo.

—¿El qué?

—Eso es lo que he preguntado. Y mamá me ha dicho que va a hacer que un juzgado le quite a papá sus derechos paternos. Va a demandarle para que ya no sea mi papá.

—¡Uau!

Jane asintió y se limpió una lágrima.

—Luego Eli ha venido a mi cama y me ha dicho que no me preocupara, que todo iba a ir bien porque él me adoptaría y yo tendría una madre y un padre otra vez, y todos viviríamos en la misma casa.

—¿Así de simple? —preguntó.

—Supongo que sí.

—Eso significa que seremos hermanos.

El a frunció el ceño.

—Ya lo somos.

—No. Eres mi hermanastra. Eli y Lisa me adoptaron después de casarse, así que soy su hijo.

—Eso ya lo sé —dijo Jane.

Recordaba cuando encontraron muerta a la señora drogada que era la madre

biológica de Dal as y Eli dijo que era triste pero bueno, porque así el proceso de adopción sería más fácil.

—Y Lisa ya te tenía antes de casarse con Eli —continuó Dal as—. Así que somos hermanastros. Eli es tu padrastro y yo soy tu hermanastro.

Jane puso los ojos en blanco.

—Ya lo sé, tonto. ¿Y qué?

—Pues que si Eli te adopta, tendremos los mismos padres de verdad. Eli será tu papá de verdad, yo seré tu hermano de verdad y tú serás mi hermana de verdad. Bestial, ¿no?

Los ojos de Jane se abrieron como platos mientras pensaba en el o.

—Sí. —Arrugó la nariz—. ¿Es bueno?

Dal as frunció el ceño, reflexionando.

—No lo sé. Supongo. —Al cabo de un minuto, cambió de tema—. ¿Quieres que me quede contigo esta noche?

El a asintió.

—No tengo miedo... Estoy en casa y todo se ha acabado. Pero creo que puedo tener miedo en sueños y no quiero tener pesadilas.

—Vale. —Irguió la espalda e imitó a un resuelto guardaespaldas—. En ese caso tengo

que quedarme. Tú no te preocupes, porque yo te protegeré. Siempre te protegeré.

Dejó caer el batín al suelo y se subió a la cama con su versión de un pijama; pantalones de franela y una camiseta con la torre de Londres de su último viaje con sus

padres. Pronto serían también los suyos.

Se metió bajo las sábanas y se acercó a ella para compartir la almohada. Se

tumbaron boca arriba y Dal as sujetó con fuerza la mano que no tenía herida.

—¿Crees que de verdad pueden hacer eso? ¿Hacer que mi papá deje de ser mi papá?

—Supongo que sí.

—No sabía que se podía perder a la gente así. Quiero decir de repente, y que ya no sean lo que creías que eran.

—No te preocupes —la consoló Dal as—. A mí no me perderás jamás.

Se irguió un poco, se inclinó y le dio un beso muy dulce y torpe en la mejilla.

8

Madres e hijas

Mi sexy Vanquish Volante descapotable puede pasar de cero a cien kilómetros por hora en poco más de cuatro segundos. Pero a pesar de que quiero poner distancia entre la casa de Meadow Lane que amo, por no hablar del hombre que la habita, y yo, no abuso de toda su potencia y velocidad.

Al contrario, me quedo aparcada en la cuneta, con el motor todavía encendido y la radio a todo volumen mientras lucho con uñas y dientes por dejar atrás mis recuerdos.

Momentos dulces y maravillosos, sí. Pero no necesito entretenerme en el pasado. Ese chico ya no existe, y cuanto antes me afiance en el presente, mejor.

Pero mis sentimientos por Dal as no son lo peor de todo esto. No, lo peor es que he sucumbido a ellos. He perdido el control. Porque después de la clase de trauma que viví, el control es algo así como el santo grial. Por eso odio las multitudes. Por eso conduzco

demasiado rápido. Por eso me casé. Y por eso me divorcié.

Sé todo esto porque a lo largo de los años he pagado una auténtica fortuna a una legión de psicólogos para que me lo digan. Necesito tener el control. Temo la oscuridad.

Me cuesta confiar en otras personas. Tengo el síndrome de culpabilidad del superviviente.

En otras palabras, soy el sueño húmedo de cualquier terapeuta. Un libro de texto andante y parlante que ilustra el daño emocional posterior a un secuestro. Tanto es así,

que la tormenta que se libra en mi cabeza puede suponer suficiente desafío como para sustentar toda la carrera de un loquero.

Y aunque no me he curado por completo, al menos puedo enmascarar los síntomas, de modo que la ristra de médicos puede presumir de haber logrado algo. Porque siempre que me pongo nerviosa, tengo una bonita colección de pastillas multicolor que me tranquilizan.

Coloco una amarilla en la palma de mi mano, porque está claro que he perdido el control a lo grande con Dalas.

A lo grande.

Pero me limito a contemplar la pastilla antes de tirarla al suelo junto al coche.

«A la mierda —pienso—. Puedo con esto.»

Espero con toda mi alma no equivocarme.

Estoy a punto de reincorporarme a la carretera cuando me suena el móvil. Echo un vistazo al identificador de llamadas y descuelgo con impaciencia.

—Hola, cielo —saluda la suave voz de mi madre. Todavía conserva un débil acento de sus raíces de Georgia. Me echo a llorar en cuanto la oigo—. ¿Cariño?

Parece alterada y no puedo culparla. Quiero a mi madre, hablo con ella a todas horas, y aunque a veces no estemos de acuerdo, sus llamadas nunca me hacen llorar a moco tendido.

—Lo siento... lo que pasa es que... —Me interrumpo, no sé qué decir. Me paso las

manos por debajo de los ojos y tomo aire para tranquilizarme—. Lo que pasa es que tengo uno de esos días y en realidad me alegro mucho de que me la ames.

Es cierto. Me alegro mucho. Tengo casi treinta y dos años y en este momento no creo que haya nada en este mundo que me haga sentir mejor que hablar con mi madre.

—Yo también me alegro de haberte la amado —me asegura—. Ya sabes que siempre puedes la amarme.

—Lo sé.

Ese ha sido el lema de mi madre durante toda mi vida. Puedo la amarla cuando sea.

Puedo hablar con ella de todo.

Eso he hecho con casi todo. Mi matrimonio y mi divorcio. Las gilipollas de

Hollywood que me he encontrado en Los Ángeles. Mis ataques de pánico antes de mis apariciones en los medios. Mi interminable serie de clases de defensa personal. Mi frustración con los psicólogos que no me ayudan. Y, por supuesto, las pesadillas y la ansiedad que me han acosado durante los últimos diecisiete años.

Pero lo único de lo que jamás he hablado con ella es aquello de lo que más necesito hablar: Dallas. Lo que pasó entre nosotros. Lo que siento por él. Cuánto me carcome la distancia que mantenemos.

Cuánto lo deseo y lo duro que es saber que no puedo tenerlo.

Da igual lo abierta que sea mi madre y lo bien que nos comuniquemos. Esa conversación no va a tener lugar.

—¿Por qué no voy a verte? —sugiere, sin duda preocupada porque no estoy profundizando en aquello que me preocupa—. Podríamos preparar galletas. Ver una película.

Echo un vistazo al reloj. Es casi medianoche.

—¿No crees que es un poco tarde?

—Ni siquiera son las nueve —aduce—. Y estoy al pie de la colina, en Sunset.

Despacho a Sarah y voy ahora mismo —añade, refiriéndose a su mejor amiga de toda la

vida.

—Estás en Los Ángeles —digo, y me doy cuenta de que cree que yo también lo estoy.

Cualquier otro día, lo más probable es que así fuera. Llevo cuatro meses viviendo en una adorable casa de alquiler justo al lado de Mulhol and Drive. He intentado trabajar en

la adaptación cinematográfica de *El precio del rescate* desde Nueva York, pero tenía tantas reuniones que al final fue más fácil mudarme.

—Decidimos pasar un fin de semana de chicas disfrutando de un spa y yendo de compras —explica mi madre—. Hemos llegado justo a tiempo para cenar y estamos tomando el postre y una copa, pero estaré encantada de cambiar de planes si quieres que me pase a verte.

Esbozo una sonrisa. Mi madre es así, se deja llevar y siempre está fabulosa. Me la imagino en la parte trasera de su coche de alquiler, con su cabello dorado impecable tras todo un día de viaje y su traje de lino sin una sola arruga. Lisa Sykes siempre está lista para las cámaras, siempre tiene una sonrisa para los periodistas y es la mujer más elegante de los alrededores. He heredado su físico, pero no su don para hacer amigos al á adonde va. Yo prefiero pasar desapercibida.

—Puedes pasarte —respondo, divertida—. Pero no estoy en casa.

—Bueno, entonces tal vez mañana. Si quieres venir a darte un masaje con nosotras por la mañana, puedes... Espera. —Casi puedo oírla repasando nuestra conversación, incluyendo mi comentario sobre lo tarde que era—. No estás en Los Ángeles, ¿verdad?

—Estoy en los Hamptons. En realidad, acabo de volver a Nueva York hoy mismo.

De hecho, estoy a solo media hora de la casa que tienen mis padres en East Hampton.

Mi madre se echa a reír.

—Bueno, menudo lío. ¿Has conducido hasta ahí para vernos a tu padre y a mí? No, pues claro que no —se responde ella misma.

Sabe muy bien que nunca voy a verlos sin haberlos amado antes. Mi padre viaja mucho y sé que sigue en Houston, asistiendo a una serie de reuniones relacionadas con el nuevo Sykes Pavilion, un enorme complejo de tiendas, restaurante y hotel que tiene previsto abrir sus puertas en menos de dos años.

—He venido a ver a Dalas —reconozco.

—¿A Dalas?

Entiendo su sorpresa. Sabe que Dalas y yo nos hemos evitado desde el secuestro.

Joder, llegué incluso a suplicar que me enviaran a un internado en California, cerca de donde mi padre biológico vivía por entonces, solo para poder escapar. Mi madre desprecia a Colin y no confía en él. No solo eso, sino que pasó por una brutal batalla legal para conseguir que se le retiraran sus derechos paternos cuando era pequeña.

Aun así, me dejó ir. Y ese simple hecho pone de manifiesto que sabía que necesitaba distanciarme de mi hermano tras el final del calvario.

—¿Por qué narices has ido a ver a Dalas?

—Tenía que hablar con él —admito—. Pero debería haber esperado a mañana. Estaba ocupado.

No puedo esconder el sarcasmo en mi voz y sus murmulos apenas audibles demuestran que lo entiende. ¿Cómo no va a hacerlo? Lee las revistas y ve los programas de cotilleo igual que todo el mundo y sé que se siente tan defraudada como yo por aquello en lo que se ha convertido.

—Tu hermano tiene que enfrentarse a sus problemas a su manera —arguye.

Es justo lo que esperaba que mi madre dijera.

—Se comporta como un imbécil —replico, que es justo lo que diría una hermana.

—Supongo que ser un imbécil es su manera de hacerlo —añade, y recuerdo de nuevo por qué quiero tanto a mi madre.

—Ojalá lo superara —farfuleo.

—Le echas de menos —dice con voz amable—. Estabais muy unidos.

Por supuesto, tiene razón, aunque después de lo sucedido hace un rato no quiero seguir por ese camino. Así que cambio el rumbo de la conversación. Tiene el mismo derecho que Dal as a conocer la noticia.

—He venido a verle porque..., ay Dios mío, mamá... He venido porque Bil tiene

detenido a uno de los hombres que nos secuestró. Quiere inmunidad a cambio de la identidad de la persona que estuvo detrás de todo.

Silencio.

No hay nada salvo silencio al otro lado de la línea.

—¿Mamá? ¿Mami?

Oigo una brusca inspiración y me doy cuenta de que intenta hablar, pero que las lágrimas no se lo permiten.

—Lo siento —me disculpo—. No debería haberlo soltado así. No pretendía...

—No. —Su voz suena ronca—. No, cielo, pues claro que quiero saberlo. Por supuesto que puedes contármelo. Lo que ocurre es que... después de tanto tiempo...

—Lo sé. No puedo creerlo.

—¿Qué ha dicho Dal as?

Recuerdo su reacción. Su sentimiento de culpa porque yo me viera atrapada en su secuestro. El mío por no poder salvarle. Por salir yo y él no. Por todo. Por el horrible asunto. Pero no sé cómo contarle eso a mi madre, así que le doy la respuesta más simple y más verdadera.

—Creo que estaba un poco conmocionado. Lo entiendo. Yo también lo estoy.

—¿Bil nos mantendrá informados?

—Por supuesto. También va a l amar a papá. Quiere... bueno, querrá que presente cargos.

—Ah.

Frunzo el ceño. Tenía la esperanza de que dijera que Eli aprovecharía la oportunidad.

Pero creo que no va a hacerlo. Mantuvo el secuestro en secreto en su momento, así que dudo que esté ansioso por hacerlo público ahora.

—Hablarás con él, ¿verdad? Si por fin encuentran a quien nos hizo eso, quiero verlo colgado por los huevos.

Me estremezco. Puede que sea adulta, pero no suelo ser tan soez cuando hablo con mi madre.

—A mí también me gustaría eso —admite, muy serena—. Pero tanta publicidad sobre ti después de tanto tiempo te provocará de nuevo estrés y ansiedad.

—¿De nuevo? Nunca desaparecieron.

—Lo llevas mejor, cariño, y lo sabes. Dalas y tú.

Suelto un bufido.

—Eso es porque tiene un harén que le ayuda a sobrellevarlo.

Casi puedo oír a mi madre apretando los labios para no hacer comentarios.

—Estoy pensando en tu carrera —dice al cabo de un segundo—. En tus libros. Si tu secuestro se hace público acabarás en el punto de mira de un modo mucho menos agradable. Los medios se mostrarán compasivos, al fin y al cabo, tu hermano y tú fuisteis las víctimas, pero serán implacables. ¿Es eso lo que quieres?

—¡Desde luego que no! —Odio la atención de la prensa sensacionalista que acompaña al nombre de mi familia. Convertirme en protagonista de más noticias, y por una razón tan espantosa, me parece una pesadilla—. Pero si es necesario para castigar a la persona que nos hizo aquello, lo superaré.

—Bien, de acuerdo —accede en voz queda, aunque no parece convencida—.

Supongo que tendremos que esperar a ver qué tiene que decir tu padre.

No respondo, porque no entiendo su reacción. Es decir, desde un punto de vista objetivo entiendo por qué mi padre quería mantener el secuestro en secreto. Nuestras vidas ya son lo bastante públicas sin necesidad de sumarle una atención tan espantosa.

Pero ahora somos adultos, y si hay una posibilidad de atrapar al hombre que nos secuestró, quiero que sea castigado. Aunque eso signifique tener que ponerme bajo los focos.

Mi madre se aclara la garganta.

—¿Y Colin? ¿Se lo has contado?

Sé que no le gusta que siga viendo a mi padre biológico, pero después del secuestro estuvo a mi lado de un modo que mis padres, que también son los de Dal as, no podían. Y aunque era un auténtico desastre cuando era una niña, creo que ha solucionado casi todos sus problemas.

Aunque mi madre no está tan segura.

—Le he llamado desde el coche y le he contado lo esencial —admito—. Quería venir hoy mismo, pero me ha dicho que había planeado ir a Boston esta noche y no he querido que lo cancelara, aunque se ha ofrecido a hacerlo. Yo quería ver a Dal as, así que le dije que podíamos cenar mañana, cuando vuelva.

—¿De verdad crees que es buena idea contárselo?

Me estremece el desprecio que percibo en su voz.

—Mamá —replico con suavidad—. Merece saberlo. Es mi padre.

—Legalmente no.

Exhalo una bocanada de aire.

—Ya lo sé. Y sé que es un desastre. Pero ha intentado de verdad recomponer su vida.

Mi madre suelta un bufido. Es evidente que no me cree.

—Cuéntale eso al inspector de Hacienda que me llamó la semana pasada. Lo están investigando otra vez.

—¿Por qué te llamaron a ti? —pregunto, evitando la cuestión que de verdad importa, si mi padre biológico está recayendo.

—Estuve diez años casada con él. —Percibo la resignación en su voz—. Cuesta escapar del pasado.

Suspiro, consciente de que eso es verdad.

—Sé que te molesta —continúo—. Que le vea, quiero decir. Pero... bueno, a veces ayuda.

—Oh, cariño.

Parece perdida y vuelvo a pensar en lo mucho que debió de dolerle cuando supliqué ir a un internado cerca de él.

—Mamá, lo siento.

—No —repone con brusquedad—. No tienes que disculparte por nada. Dal as y tú sufristeis mucho. Perdisteis mucho. Y... y todos tenemos cosas de las que arrepentirnos. Estoy segura de que Colin tiene muchas.

—Así es. Me lo ha repetido una y otra vez.

El a guarda silencio durante un momento. Luego oigo la voz amortiguada de Sarah diciéndole que se tome su tiempo, que esperará en el coche. Al cabo de un momento me

llega el sonido de la puerta de un vehículo al cerrarse. Espero que dé por finalizada la conversación, así que me sorprende cuando continúa hablando.

—Colin y yo... Bueno, no estábamos hechos el uno para el otro. Pero... ¿Sabes que Eli y yo tuvimos una aventura? —prosigue. Las palabras salen atropeladas de su boca—. Cuando todavía estaba casada con Colin...

Nadie me lo había dicho de forma explícita, pero lo deduje años más tarde.

—Sí —respondo—. Lo sé.

—Rompiamos las reglas. Hicimos daño a gente a la que queríamos... porque yo seguía queriendo a Colin incluso cuando la fastidiaba. Quizá de algún modo todavía le quiero, aunque me ponga tan furiosa. Pero el caso es que no me arrepiento de la aventura. En el fondo no. Tu padre y yo estábamos hechos el uno para el otro. No fue un camino fácil, pero a veces hay que hacer el viaje más difícil para llegar a los mejores destinos.

—¿Has estado leyendo otra vez el *Reader's Digest*?

El tono informal me ayuda a sobrellevar la incomodidad que me produce una

revelación tan personal por parte de mi madre.

—Te juro que esta perla tan brillante es toda mía. Solo digo que merecí la pena, aunque no fuera fácil, sobre todo para vosotros.

—Supongo que no. Pero hoy en día no conozco a nadie con una familia normal.

—Bueno, eso es cierto —aduce con una carcajada—. Pero me refería a los vaivenes a los que os sometimos a Dalas y a ti con matrimonios y adopciones. A veces creo que

Dalas debería haber vivido con nosotros como sobrino de Eli y que tú deberías haber sido simplemente la hijastra de Eli. Tal vez habría sido más fácil. —Oigo su prolongado

suspiro cuando continúa—. Pero él quería herederos legales. Quería la familia perfecta.

Una esposa y dos hijos para asumir el imperio Sykes cuando él ya no estuviera. Nos faltó el perro, pero lo hicimos bien. ¿Verdad?

La pregunta parece tan sincera que me gustaría estar en Los Ángeles para poder darle un fuerte abrazo.

—Claro que sí, mamá —afirmo con rotundidad.

Puede que mi vida sea un desastre y que desee que las cosas fueran diferentes, pero no me va mal. Sobrevivo, ¿no?

—Bueno —suspira. Me la imagino alisándose la falda mientras recobra la compostura

—. Me he bajado del coche para hablar, pero debería volver con Sarah. Y es muy probable que nuestro chófer se pregunte si me he vuelto majara. Te veré en la isla este

fin de semana, ¿de acuerdo?

—Lo estoy deseando. Te quiero, mamá.

—Yo te quiero más.

Nos despedimos y permanezco sentada durante un momento. Puede que no haya tenido la mejor suerte en lo que a padre se refiere —al menos no en un principio—, pero me tocó la lotería con mi madre.

Me giro en mi asiento para volver la vista hacia la casa familiar que guarda tantos recuerdos de mi infancia. Mis padres. Colin. Liam. Y, por supuesto, Dalas.

Sé que él no está allí. Su helicóptero ya se ha marchado. Y mientras contemplo la casa bien

iluminada recortada contra el negro cielo nocturno no puedo evitar preguntarme adónde va... y si está pensando en mí.

9

El primer beso

Dal as estaba metiendo de cualquier manera sus camisetas en una bolsa de viaje

cuando Jane irrumpió en su dormitorio con unos pantalones cortos de pijama y una camiseta de Bugs Bunny. Tenía catorce años, igual que él, y Dal as no tenía ni idea de si

su cuerpo se había redondeado pronto o tarde para una chica, solo sabía que era perfecto. Y era consciente de que pensaba mucho, demasiado, en el o.

—Liam me lo acaba de contar —dijo, cerrando la puerta de golpe—. ¿Es verdad?

—Depende de a qué te refieras.

El a le miró con el ceño fruncido.

—¿De verdad papá te manda a un internado en Londres?

A Dal as le habría gustado responderle algo así como «¿Qué? ¿Acaso piensas que

estoy haciendo la maleta por diversión?». Pero vio las lágrimas en sus ojos y las palabras se marchitaron en su garganta. No era Jane con quien estaba cabreado. Era consigo mismo. Y con su padre.

Pero era a Jane a quien más iba a echar de menos.

Dejó la bolsa y se sentó en el borde de su cama.

—Sí. Es verdad. Me sorprende que mamá no te lo haya dicho.

—A mí también. —Había estado en un campamento femenino durante la última

semana. Mientras, Dal as se había estado divirtiendo con sus amigos. Y robando coches,

hasta que le pil aron con uno. El que hacía que su padre le mandara lejos—. ¿Por qué lo

hiciste? Te dije que Ron y Andy no son trigo limpio. ¿Por qué seguiste saliendo con el os?

Dal as no podía responder. No había una razón. O quizá sí. Quizá fuera algo tan sencilo como que él también era malo, como sus padres biológicos, y por eso se comportaba como un gilipollas.

Quizá por eso la única chica con la que fantaseaba era su hermana.

—Te mandan lejos de aquí por tu culpa. Por Dios, ¿en qué estabas pensando? —Se limpió sin contemplaciones la lágrima que escapó de uno de sus ojos—. A veces eres un imbécil.

Dal as exhaló una sonora bocanada.

—No es solo por los coches.

—¿Qué? ¿También te drogas? Sé que a veces fumas hierba, así que no finjas que no lo haces.

—No son las drogas —dijo—. Y solo fue un par de veces.

—Entonces ¿qué?

Inspiró hondo.

—Tú.

El a frunció el ceño.

—¿De qué estás hablando?

—¿Te acuerdas de hace unos meses? ¿La vez que me quedé dormido en tu cama?

—Sí. ¿Qué pasa?

—Eli me vio salir de tu cuarto.

—¿Y qué? Nunca hemos hecho nada.

«Pero queríamos hacerlo», estuvo a punto de decir, aunque no lo hizo. No tuvo que hacerlo. El a lo sabía tan bien como él.

Se limitó a encoger un hombro y a recordar lo que su padre le había dicho.

—Dijo que estaba mal.

Se l evó una mano a la boca para morderse la uña del pulgar, pero se obligó a no hacerlo.

—¿Qué estaba mal?

Su voz era casi un susurro.

Dal as tragó saliva, luego se concentró en su pulgar.

—La forma en que te miro.

—Oh.

—Dijo que estaba mal y que si alguien lo descubría sería peor. Dijo que nos desheredaría. Que renegaría de nosotros. —Volvió la cabeza para mirarla—. Dijo que era pecado.

—¿Cómo me miras?

Él se levantó de la cama; se sentía demasiado expuesto. Un hormiguelo le recorrió la piel, como cuando se hacía una paja pensando en el a, justo antes de estar ar. Quería responder, pero ¿cómo demonios iba a decirle eso?

—¿Damas?

—Como si te deseara —balbuceó.

—Oh. —Se humedeció los labios—. ¿Me deseas?

Oh, Dios, le estaba matando. Tomó aire para armarse de valor.

—Sí. Sabes que sí.

Jane se volvió para mirarle de frente.

—Yo también —susurró.

Damas pensó que aquellas eran las palabras más mágicas del mundo.

—¿Le crees? —preguntó—. Que es pecado, quiero decir.

—No. Y aunque lo fuera, me da igual.

El a asintió, como si lo estuviera pensando.

—¿Está papá aquí?

Damas negó con la cabeza.

—Esta noche está en Chicago.

—Entonces ¿puedo quedarme contigo?

Desearía gritar que sí. Pero le recordó que había personal de servicio.

—Si alguien te ve...

—Podemos poner el despertador. Volveré a mi cuarto temprano. Pero mañana te marchas para siempre.

Dal as estuvo a punto de echarse a reír.

—Que no me voy a la luna.

El a hizo una mueca.

—Para el caso es lo mismo. Y no es que vayamos a hacer nada.

No debería sentirse tan decepcionado.

—No. Claro que no.

—Pero a lo mejor... es decir, ¿crees que...? Yo solo... Oh, mierda. Dal as, ¿me darías un beso de despedida?

Él no respondió, al menos no con palabras. Pero se volvió y se acercó a el a con los nervios a flor de piel, sin saber muy bien lo que estaba haciendo. Solo sabía que deseaba aquel o. A el a. Y cuando le rozó los labios con los suyos, todo cobró sentido.

Todo pareció real.

Todo pareció estar bien.

Y mientras la saboreaba, mientras exploraba su boca generosa y sus labios suaves, pensó que su padre estaba loco. Porque aquel o era demasiado bueno como para que estuviera mal.

10

Mendoza

Iniciamos el descenso, señor Sykes.

Dal as se estremeció cuando la voz del capitán resonó en el intercomunicador, demasiado alta para su gusto teniendo en cuenta el dolor de cabeza que Jane y el alcohol le habían provocado.

Llevaba casi diez horas en el puñetero avión y el a seguía acaparando sus pensamientos. Cómo se había derretido entre sus brazos, tan suave al principio y tan exigente

después. Joder, casi había perdido la cabeza cuando el a asumió el mando de ese beso. Y saber que le deseaba, que estaba dispuesta a cruzar todas las barreras invisibles para tenerle.

Era consciente de que debía resistirse, pero el a le había excitado, había hecho que se empalmara. Se perdió por completo. Y cuando aquellos débiles gemidos se adueñaron de su cabeza, estaba él. Necesitaba tenerla. Tocarla, poseerla.

Oh, cielos, fue increíble sentirla. Su piel tan suave. Sus pezones tan duros. Frotó el pulgar contra las yemas de los dedos y recordó cómo se movía su piel con cada entrecortado aliento; su deseo había sido tan sincero, tan evidente, que era un milagro

que no se hubiera corrido solo con verla.

Deseaba desnudarla y separarle las piernas. La imaginó de rodillas, con la espalda arqueada, ofreciendo sus pechos, y su coño abierto a él. Fantaseó con su sabor mientras la paladeaba con la lengua y el tacto de su trasero en la palma de su mano al

castigarla por correrse demasiado pronto.

Deseaba poseerla. Tenerla. Acariciarla y prodigarle su amor.

Y al mismo tiempo, quería huir de todos y cada uno de esos deseos. Porque surgían de la oscuridad. De las cosas que la Mujer le había hecho. De cómo le había herido para luego darle placer.

Se había foliado su cuerpo y le había jodido la cabeza.

La Mujer lo había destrozado por dentro, y no quería arrastrar a Jane con él. Pero eso

era lo que había hecho. Había estado a punto de hacerla suya esa noche en la cabaña,

en medio de la fiesta. Y se había dejado llevar hasta tal punto en el deseo que ni siquiera se dio cuenta de lo lejos que había llegado hasta que el a gritó su nombre, suplicándole

que la folase.

Era un auténtico hijo de puta. No tendría que haberla besado, ni tocado, ni siquiera haber abierto esa puerta. Sabía que era un error, pero no había podido resistirse. La deseaba tanto como hacía diecisiete años, cuando los dos estaban perdidos en la oscuridad.

Ese era el verdadero infierno. Porque jamás podría volver a tenerla. De ningún modo.

No como deseaba.

Estaba demasiado destrozado y él a merecía mucho más. Y aunque no estuviera roto por dentro, ¿qué importaba eso si cada caricia estaba prohibida? Era su hermana, por Dios bendito. Jamás estaría bien aquel o entre el os.

Ojalá pudiera expulsarla de su mente, pero sabía que eso era imposible. Jane había vuelto a su vida y, al hacerlo, se había metido dentro de su cabeza. En todos sus deseos. En todos sus recuerdos. Todo volvía de golpe; oscuro, en carne viva, y envuelto en las informaciones sobre Ortega.

Cerró los ojos. Tenía la esperanza de que Liam le recibiera en el aeropuerto con la noticia de que Quince había capturado a Ortega y que el muy hijo de perra le esperaba atado en la sala de interrogatorios.

¡Mierda!, eso sí que sería perfecto.

Encontrar a la Mujer. Detener al Carcelero. Y ponerle fin a aquel o.

Deseaba pasar página, y poder contárselo a Jane.

No cambiaría nada, seguiría sin poder ser suya, pero al menos podría hacer eso por él a.

Suspiró. Tenía que dejarlo todo a un lado. Quería estar al cien por cien cuando llegaran. No en plan sensiblero, ni jodido.

Tomó un último trago de agua con gas y levantó la botella para que la auxiliar de vuelo se la llevara. Él a se acercó con rapidez; una chica guapa con la que había coqueteado en muchos viajes, pero con la que nunca se había acostado.

—¿Un viaje de una sola noche esta vez, señor Sykes?

—Así es.

El a ya lo sabía, desde luego, así que o bien estaba dándole conversación, o bien le recordaba que él a estaría en el mismo hotel. El Mendoza Elite, un exclusivo hotel con encanto propiedad del imperio Sykes. No tendría problemas para averiguar su número de habitación si le apetecía.

No era así.

Bajó la mirada a su teléfono vía satélite, que seguía sin sonar, y se resignó a esperar hasta que hubieran aterrizado para que Liam le pusiera al día.

La auxiliar... ¿Susie?... seguía frente a él, con el vaso vacío en la mano. Debería decirle que buscara en otra parte. Que mostrara un poco de amor propio. ¿Acaso no leía la prensa? ¿No sabía que no sería más que un entretenimiento? Era dulce, guapa y merecía algo mucho mejor.

Pero dado que decirle eso sería lo mismo que descubrir su tapadera, se limitó a esbozar una débil sonrisa y empezó a hojear sus notas sobre un nuevo centro comercial que abriría sus puertas en San Diego la próxima primavera.

El a se aclaró la garganta.

—Bueno, espero que sea un viaje productivo. Estoy deseando servirle en su vuelo de regreso.

Le obsequió una sonrisa rápida y volvió de inmediato a su asiento, con la esperanza de revisar sus contactos y ver si había algún tío majo en Estados Unidos que le hubiera dado su número de teléfono.

Estaba sentado en el pequeño sofá de piel, con la bolsa de viaje colocada debajo del espacio vacío a su lado. Se inclinó y guardó el teléfono en el bolsillo lateral. Al hacerlo divisó algo azul y se acordó de la carta. Hizo una mueca. Otra molestia más que añadir al montón que aumentaba sin cesar.

Contempló la posibilidad de continuar ignorándola, e incluso romperla en pedazos.

Pero se impuso la prudencia y la sacó de la bolsa.

La abrió con cuidado, aunque sabía que no habría huel as.

Como siempre, contenía una sola hoja de papel.

Y, como siempre, el texto estaba mecanografiado. Palabras angustiadas, ñoñas, exigentes.

Eres mío, Dal as. Siempre lo has sido y siempre lo serás.

¿Por qué no lo entiendes? ¿Por qué no haces caso?

Pero soy paciente. Siempre he sido muy paciente.

Así que diviértete.

Juega con tus chicas.

Pero ambos sabemos que volverás a mí.

Que es a mí a quien necesitas.

El hielo se apoderó de su ser. No tenía ni idea de cuál de las mujeres que habían pasado por su cama la había enviado; el análisis del papel, el tipo de letra y el sobre no

revelaba ninguna pista. Solo sabía que las cartas habían empezado a llegar hacía un año, aunque teniendo en cuenta el número de mujeres con las que había estado, ese tampoco era un gran dato.

Cada nueva carta hacía que se le encogiese el estómago. Aunque sabía que no era

verdad, Jane podría haber escrito cada una de esas palabras.

«¡Mierda!»

Volvió a meter la carta en la bolsa y se preparó para aterrizar; la fuerza le pegó al asiento. Cerró los ojos y durante un momento sucumbió a las leyes de la física en vez de

manipular, retorcer y tratar de reordenar el mundo.

Entonces el avión redujo la velocidad y el interludio llegó a su fin. Abrió los ojos y esperó a que Susie abriera la puerta y bajara las escaleras. En cuanto puso un pie en

tierra supo que algo no iba bien.

Liam estaba en la pista; su postura erguida revelaba su formación militar y su inexpresivo rostro era reflejo de sus días en la inteligencia militar. Liam jamás revelaba

nada. No al resto del mundo, en cualquier caso.

Pero Dalas podía ver la sombra en el rostro del hombre y supo que había problemas.

Liam era, junto con Jane, su amigo más antiguo. Había visto al flacucho y sabiondo hijo

de un ama de llaves convertirse en una montaña de músculos que podía hacer que otro

hombre se encogiera de miedo con una mirada o con solo fruncir el ceño.

Aunque Liam tenía toda la pinta de ser un auténtico cabrón, Dalas sabía que la única

vez que no le amó a su madre un domingo fue cuando estuvo inconsciente después de recibir un balazo en el hombro durante una de sus misiones.

Liam conocía a Dal as mejor que nadie y este confiaba en él más que en cualquier otra persona. Sin embargo, jamás le había contado lo de Jane. Lo que ocurrió en la oscuridad. Y mucho menos lo que habían sentido. Lo que él aún sentía.

Pero nada de eso importaba ahora. Lo único que Dal as quería en ese momento era saber qué ocurría.

—No lo endulces —dijo Dal as—. Dímelo y punto.

Liam no vaciló.

—Ortega está muerto.

Dal as se permitió sentir cierta conmoción. Ira. Furia porque le habían arrebatado de repente toda la esperanza que había abrigado.

Se concedió un instante para sentirse perdido. Aplastado. Jodido otra vez, igual que cuando tenía quince años. Tan impotente como lo había estado en la oscuridad.

Luego lo apartó todo. Se centró en otra cosa. Y siguió adelante.

Tenía que idear una estrategia. Hacer planes. Y para eso necesitaba información.

—¿Cómo? —exigió mientras caminaban juntos en dirección al Range Rover.

—Un pincho casero. Su muerte se considera clasificada mientras dure la investigación, pero mi fuente me ha dicho que el hijo de puta se rebanó su propia garganta.

Dal as abrió la puerta trasera y metió la bolsa de viaje.

—¿Lo han calificado como suicidio?

—Ese es el término oficial —reconoció Liam mientras se ponía al volante.

Dal as subió al todoterreno camuflado, como todos los vehículos que utilizaba Liberación.

—¿Te lo crees?

—¿Y tú? —Liam le miró de reojo, arrancó y encendió la música. El sonido del hip-hop

l enó el coche.

—Joder, no —respondió Dal as.

Ortega estaba sentado sobre el santo grial, una apuesta casi segura para conseguir la inmunidad. ¿Por qué demonios iba a quitarse del medio antes de ver el resultado de su estratagema?

—Estoy contigo, hermano.

Dal as cogió una botella de agua de la nevera situada entre ellos y le dio un buen trago. Dejó que la música lo envolviera mientras contemplaba por la ventana las verdes

laderas de los Andes alzarse en la distancia, majestuosas contra el intenso cielo azul.

Necesitaba pensar, pero en ese momento se sentía paralizado. Jane. Ortega. La puñetera filtración de Darcy. Demasiadas cosas a la vez.

Se volvió hacia Liam.

—Puto contratiempo...

—Menudo eufemismo.

—... pero podemos solucionarlo. Utilizar los recursos de Liberación para investigar el supuesto suicidio.

—Ya tengo a Noah escarbando para averiguar quién sabía que Ortega estaba detenido —dijo Liam, refiriéndose al gurú de la informática y la tecnología del equipo—.

Deberíamos poder descubrir cómo se hizo con el pincho y quién tenía motivos para quererlo muerto.

—Bien. —Dal as consideró las opciones—. ¿Hay alguna posibilidad de que Ortega pudiera ser el Carcelero?

—Sabía que me lo preguntarías —admitió Liam—. Yo no lo creo, pero nadie confiaría en mis corazonadas cuando hay tanto en juego, así que he husmeado un poco. La cronología no concuerda. Estaba libre como un pájaro el día que os cogieron, pero el día que liberaron a Jane, Ortega estaba en la prisión de Louisiana, esperando a que algún

abogado gilipol as consiguiera que le soltasen por falta de pruebas. Cosa que dicho gilipol as consiguió unos días después. Y sabemos que el Carcelero habló con el a en la ubicación de Londres.

—Mejor —repuso Dal as—. Ortega ya está muerto, y quiero tener el placer de quitarle la vida al Carcelero con mis propias manos.

—Crees que ese tipo podría estar detrás del suicidio.

Dal as miró a su amigo de reojo.

—Joder, sí. Pero no podemos darlo por hecho. Todavía no. Ortega era la clase de escoria que se crea enemigos. Sabe Dios cuánta gente querría matarlo para impedir que los delatara.

—Pero solo había amenazado a una persona. El único trato que ofreció fue el secuestro de Sykes.

—Y por eso la muerte de Ortega no es el desastre que podría haber sido —reflexionó

Dal as—. Que alguien se tomara la molestia de matarlo es una pista. Una muy buena.

—Mientras nos centraremos en Muel er.

—Exacto.

Dal as sabía que Quince le sacaría toda la información sobre Ortega al cabrón alemán. Entre eso y la información que Noah estaba recabando, con un poco de suerte encontrarían el rastro de miguitas de pan que l evaba hasta la participación de Ortega en el secuestro. Sin olvidar a su contacto para ese trabajo.

Sería lento. Farragoso. Pero era una posibilidad, y Dal as tenía intención de investigar a fondo cualquier pista hasta dar por fin con el Carcelero.

Tampoco podían olvidar la bomba que Jane había soltado sobre Darcy. Seguía sin

poder creer que el financiero le hubiera hablado a la OMRR sobre Liberación y que hubiera mencionado su puñetero nombre en clave. Aquel o era una infracción grave, pero Dal as sabía que no debía dejarse l evar por el pánico. Sus hombres eran los mejores. Su organización estaba bien encubierta. El nombre era solo extraoficial. Y

Darcy no tenía adónde apuntar. La OMRR podía buscar, pero no encontrarían nada. Jane era un problema muy diferente. El tipo de inconveniente que no podía quitarse de la cabeza, perseguir ni arreglar.

La clase de problema que se te metía bajo la piel y hacía que te distrajeras. El a era la obsesión de toda su vida, su secreto inconfesable, su amor más profundo.

En resumen, la deseaba. Y él era un hombre acostumbrado a conseguir lo que deseaba.

Cuando estaban a unos ocho kilómetros de la casa franca, Liam apagó la música.

—Vale, ¿qué narices te pasa?

—¿Cómo dices?

Liam se encogió de hombros.

—Hablo de tus malas pulgas, tío.

—Que te den. No tengo malas pulgas.

—Yo solo digo lo que veo.

Dal as frunció el ceño.

—Nuestra mejor pista se ha desangrado mientras estaba bajo custodia. Creo que tengo motivos para estar de mal humor.

Liam le miró y meneó la cabeza.

—Lo que tú digas, tío.

«¡Joder! ¡Mierda, joder, maldita sea!»

Dal as no tenía intención de hablar sobre Jane. Y en cuanto a Darcy...

Echó la cabeza hacia atrás y miró al techo.

—Estaba esperando a que estuviéramos todos para contártelo.

—Contarme ¿qué?

—Que Darcy nos ha jodido.

Durante un momento vio la furia en el rostro de Liam. Luego su amigo apretó los labios y asintió de manera rápida y concisa.

—Dame los detalles cuando estemos dentro. —Señaló con la cabeza la verja que rodeaba las poco más de cuatro hectáreas enclavadas en la ladera de la montaña—. Así tendré unos cuantos minutos más antes de pillar un mosqueo de campeonato.

Un botón en el salpicadero del Range Rover abrió la verja y Liam la cruzó a toda velocidad, levantando una nube de polvo al pasar del asfalto al camino de tierra. Desde

aquel a distancia, la casa quedaba oculta por una hilera de árboles, pero Dalas la conocía bien.

Su padre compró esa casa de cinco dormitorios, de estuco y tejado rojo, cuando Dalas no era más que un niño, y él se la había comprado a su padre hacía doce años.

Desde entonces había procurado llevar a varias modelos y aspirantes a actrices a la finca al menos un par de veces al año para mantener la tapadera de que la casa era ahora su picadero privado. Pero en realidad era mucho más que eso. Con los años, Dalas había transformado el interior en un centro de operaciones de última generación.

Era una de las joyas de la corona de los activos operativos de Liberación, y verla de nuevo, tan majestuosa, tan bien camuflada, le hizo sonreír. No había pasado por alto un solo detalle a la hora de montar Liberación y ese celo y planificación se reflejaba en los resultados.

También obtendrían resultados con Mueller. Estaba seguro.

Aparcaron en el camino de entrada de grava, que formaba un semicírculo frente a la casa, y atravesaron el funcional patio ajardinado de la parte delantera. La casa estaba

bien protegida, aunque no de forma visible. Solo se podía entrar con los códigos de acceso correctos. En cuestión de segundos estuvieron en el vestíbulo embaldosado de

terracota de lo que parecía una casa vacía.

Dalas se colocó mejor la bolsa en el hombro para que le resultara más cómodo cargar con ella y se dirigió a la cocina. No era grande, pero estaba bien equipada.

En ese momento no le servía de nada, así que pasó de largo y fue directo al cuarto de

las escobas. La pared del fondo estaba cubierta con una serie de ganchos de los que colgaban rollos de cuerda, alargaderas, alambre de cobre y rollos de cinta.

Dal as cogió el gancho central, lo giró noventa grados y empujó. La pared se abrió gracias a una bisagra oculta y Liam y él entraron en un segundo cuarto que, a primera

vista, parecía un almacén que albergaba la instalación eléctrica.

Al í, Dal as abrió el cuadro eléctrico, accionó tres interruptores a la vez y se volvió para ver cómo se abría la última puerta al fondo de la habitación.

Siguió a Liam, que ya iba por mitad de las escaleras cuando cerró la pequeña puerta metálica que cubría los interruptores y recogió su bolsa del suelo. Cruzó el umbral, cerró la puerta secreta y subió detrás de su amigo por las oscuras escaleras.

El corazón de las actividades de Liberación en Sudamérica estaba dos pisos por debajo de un falso sótano. Siempre suponía una fuerte impresión para los sentidos pasar de la amarillenta iluminación del sótano a la potente luz de alta tecnología de la sala de conferencias principal.

Quince estaba en una de las mesas de mapas, analizando lo que desde la perspectiva de Dal as parecía ser un esquema eléctrico.

—Ya era hora, joder —masculó.

Miró a Dal as por encima de sus gafas de leer, que solo se ponía cuando se concentraba a fondo en un proyecto. Tenía un rostro delgado y de facciones duras, con unos ojos profundos. Las mujeres solían decir que era guapo de un modo tosco, pero eso era toda fachada. Quince casi siempre parecía un cabronazo.

Ahora, el cabronazo esbozó una sonrisa.

—Empezaba a pensar que habías decidido venir por paloma mensajera. —Rodeó la mesa y abrazó a Dal as—. Me alegro de verte, colega —añadió con una fuerte palmada en la espalda.

Después de Liam, Quince fue el segundo hombre que reclutó para Liberación. Su compañero de cuarto en el internado había legado alto en la inteligencia británica, y en la actualidad era un agente en activo del MI6. Dal as no tuvo nunca intención de reclutarle, le parecía que era demasiado arriesgado. Pero un día, Quince le confesó que

aquel a noche había esperado en el dormitorio un rato, pero que luego decidió seguirle. Llegó a tiempo de ver a los secuestradores meterlos por la fuerza en la parte trasera de una furgoneta sin distintivos. Le aseguró que nunca se había sentido tan impotente en toda su vida como en aquel momento.

Así que corrió el riesgo. Le contó la verdad a su amigo. Y Quince insistió en unirse al equipo. Fue la incorporación más arriesgada, ya que había dejado muy claro que no se embarcaría en aquel o sin autorización. Dal as se debatió durante tres meses hasta que por fin dio el visto bueno.

Ahora, un solo hombre del Servicio Secreto de Inteligencia Británico sabía que Quince trabaja con Liberación. El trato parecía justo. Él aprovechaba las singulares habilidades

de Quince y la inteligencia británica conseguía cierta información limitada sobre bandas dedicadas al tráfico de seres humanos y actividades terroristas descubiertas por su organización.

Pero si todo se iba al garete, Quince estaba solo. No le cubrirían.

Era un riesgo que su amigo había aceptado de forma voluntaria.

Quince le lanzó una mirada rápida a Liam.

—¿Te ha informado?

—¿De lo de Ortega? Sí. Tengo la circular. Ahora el que tenemos encerrado es aún más importante —agregó Dal as, refiriéndose a Muel er.

—Así que ¿de verdad piensas probar con él? —le preguntó Liam—. ¿Por eso has venido?

—Por eso he venido —reconoció.

Quería hacerlo; quería entrar ahí, agarrarle del pelo y aplastar su fea cara contra la mesa. Quería atarle las piernas a la silla y hundirle el tacón en la entrepierna hasta que los huevos se le salieran por la nariz.

Quería hacerle daño a ese hombre. Que pagara por lo que le hizo a Ming-húa, el asustado niño que por fin había vuelto a China con su familia. Por lo que hizo a cada niño que había secuestrado. A cada inocente que había herido. Que había marcado.

Quería, pero no iba a hacerlo.

Porque Muel er tenía información sobre los trabajos de Ortega, sobre su vida, sus contactos. Información que podría l evarle hasta el Carcelero. Y averiguar lo que sabía

era una labor que requería de ciertas dotes que, gracias al gobierno británico, Quince había adquirido.

Dal as confiaría en su amigo, en su colega. Él se sentaría detrás y dejaría que su gente hiciera aquel o para lo que se habían formado.

—¿Dal as? —insistió Liam.

—No —respondió. Acto seguido miró a Quince—. Tú te ocupas. Yo observaré.

Quince ladeó la cabeza con conformidad y respeto. Dal as sabía que su amigo era consciente de cuánto le costaba tomar esa decisión.

—Muy bien.

—Pero antes debéis saber algo —agregó Dal as. Hizo una pausa para ordenar sus pensamientos y presentar lo que sabía sobre Darcy de la forma más sucinta posible—.

He hablado con Jane. Ha sido el a quien me ha dicho que la OMRR tenía detenido a Ortega.

—¿Cómo se ha enterado? —preguntó Quince.

—Debe de haber sido su ex —supuso Liam, y miró a Dal as en busca de confirmación

—. Ahora está al frente de una división al í.

Quince clavó la mirada en él.

—¿Estás bien, tío?

Dal as asintió. Todos los hombres de Liberación sabían lo de su secuestro, y que su hermana estaba con él. Sabían que la habían liberado y que a él lo retuvieron y tuvo que soportar solo todo el sufrimiento.

Y sabían que Jane y Dal as apenas se veían desde entonces.

Pero nadie conocía la verdadera razón.

Dal as se volvió hacia Liam.

—¿También te l amó a ti? ¿Te habló de la OMRR y de Ortega?

No se le había ocurrido preguntarle si había hablado con Liam.

—No. Ha estado inmersa en ese guion y yo he estado trabajando en Londres. Hace semanas que no hablamos.

De niños, los tres habían sido inseparables. Ahora, Liam y Jane seguían estando unidos, y eso era sin duda lo único que Dal as envidiaba de su amigo.

Por supuesto, Jane desconocía la verdad de lo que hacía Liam. Pensaba, igual que el resto del mundo, que trabajaba para SysOps, una empresa de seguridad privada que operaba al amparo del conglomerado Sykes y se ocupaba de la seguridad de los diversos establecimientos comerciales de la familia.

—¿Qué te ha dicho? —insistió Liam.

—Me ha contado que Ortega se vio atrapado en la red de la OMRR —explicó Dal as—. Que quería inmunidad a cambio de información sobre nuestro secuestro. Pero eso no es todo. También me ha dicho que la OMRR conoce la existencia de Liberación.

—Me cago en la puta —masculó Quince.

—Eso lo resume todo —convino Dal as—. Parece ser que Elaine Darcy presionó a su hijo —comenzó, y continuó con el relato del resto de lo que Jane le había detallado.

—¿Conocía el nombre? ¿Sabe que nos llamamos Liberación?

—Nunca lo hemos anunciado, pero tampoco lo hemos mantenido en secreto. Esto conlleva un riesgo. Todos lo sabemos. Pero con o sin nombre en clave, ningún cliente tiene ni una sola pista sobre nuestras identidades.

Eran cuidadosos hasta la paranoia. Dirigían Liberación a través de una compleja red de puntos de contacto anónimos, transferencias bancarias, teléfonos desechables y un sinnúmero de precauciones extra.

—Tal vez quieras mantener una conversación con Darcy —sugirió Liam—. En calidad de amigo preocupado. A fin de cuentas, tu excuñado está en la OMRR. Es lógico que te hayas enterado de las noticias.

Dal as asintió.

—Ya lo había pensado. Estaría bien saber qué le está contando a Bil . Le abordaré en una fiesta. O celebraré una para él.

—Menudo castigo —bromeó Quince con una sonrisa torcida—. Vi tus fotos con esa actriz en el *Post*. Qué vida tan dura la tuya.

Dal as le mostró el dedo corazón, pero sonrió mientras lo hacía. Luego asintió.

—En cuanto a eso, ¿por qué no vas a enseñarle a nuestro invitado lo dura que puede ser esta vida?

—Creía que no me lo ibas a pedir.

Mientras Dal as observaba, Quince se dirigió hasta la puerta y empezó a subir la intensidad de las luces. Al principio solo se veía un borrón gris. Luego tomó la forma de

la silueta de un hombre. Poco después Dal as pudo ver a Muel er, sentado a oscuras en

la habitación insonorizada, con las manos esposadas a la mesa mientras trataba de mostrarse frío y duro, pese a que sabía que estaba cagado de miedo.

El móvil vibró en su bolsil o. Apartó la mirada de la imagen tras el cristal unidireccional el tiempo necesario para ver la identidad de quien l amaba. Adele.

Estuvo tentado de responder, pero no era la mujer que deseaba o necesitaba.

Dejó que saltara el buzón de voz y se guardó de nuevo el teléfono en el bolsil o.

Luego se acercó al cristal y observó mientras Quince entraba en la habitación y cerraba la puerta; el ruido metálico se impuso incluso al zumbido eléctrico que l enaba el cuarto, repleto de aparatos de alta tecnología.

Vio a su amigo colocar un pequeño maletín de piel encima de la mesa, y a Muel er abrir los ojos como platos.

Quince abrió el maletín y Dal as captó el brillo de un escalpelo y un gancho metálico.

Vio el rol o de cuerda.

Vio la aguja hipodérmica.

Y sabía que Muel er también lo veía todo.

Como si estuviera en trance, se acercó un paso más y apoyó los dedos en el cristal.

Escrutó el rostro de Muel er. Había miedo en sus ojos.

Estaba atrapado. Solo.

En poder de otra persona. Su vida estaba en sus manos y no tenía a quién recurrir.

Dal as sabía cómo se sentía. Había estado atrapado. Se había sentido aterrorizado, perdido y l eno de miedo. Había sentido frío y hambre.

Pero a diferencia de Muel er, Dal as sí había tenido a alguien.

Había tenido a Jane.

11

Cautivos

Dal as despertó en una oscuridad tan absoluta que ni siquiera estaba seguro de tener los ojos abiertos.

Le dolía hasta el último músculo. Hasta los huesos. Joder, hasta los dientes. Y le retumbaba la cabeza.

Intentó incorporarse, pero se dio cuenta de que tenía algo alrededor de la cintura que lo mantenía atado. Y aunque tiró y pasó los dedos por encima, no consiguió descubrir la manera de liberarse.

El pánico, que había permanecido oculto tras una neblina de confusión y rechazo, pasó a ocupar un primer plano.

—¡Jane! —Se incorporó todo lo que le permitieron sus ataduras y giró la cabeza como si de repente, por efecto de algún milagro, fuera capaz de ver en la oscuridad—. ¡Jane!
No obtuvo más respuesta que el eco de su voz.

Luchó y forcejeó durante horas, hasta que se quedó dormido. Cuando despertó siguió debatiéndose, pero pronto la debilidad hizo mel a en él. No tenía comida ni agua y su ropa apestaba y estaba sucia. Tenía la garganta seca. Por primera vez se preguntó no

cuándo iba a escapar, sino si lo conseguiría.

Perdió el sentido del tiempo, pero en algún momento hubo otra persona en la

habitación. Volvió a l amar a Jane con una voz que no fue más que un graznido, y mientras l oraba por el a, alguien se acercó y vertió agua en su boca.

Aquel o sucedió otra vez. Y otra más. Agua. Luego comida. Hasta que su mente se recuperó y pudo concentrarse. La ropa que l evaba estaba rígida y asquerosa y la correa alrededor de su cintura limitaba sus movimientos. Le dolían la espalda y los hombros.

Tenía los pies fríos. Pero estaba vivo y le estaban alimentando. Se permitió abrigar esperanzas. Sobre todo por Jane. Esperaba que estuviera viva y a salvo.

Cada vez que le daban de beber, la l amaba con la esperanza de que su aliviada garganta proyectara más su voz. Quizá el a estuviera en una habitación cercana. Y quizá

oír su voz le infundiera esperanzas. Si existía la más mínima posibilidad de que fuera así, seguiría haciéndolo.

Un día se dio cuenta de que algo se movía en la oscuridad. Llamó a Jane, pero supo

en el acto que no era el a. Por cómo se movía. Por cómo olía. Lo sabría si el a estuviera en la habitación con él.

Se esforzó por ver algo, pero seguía siendo imposible. Y esa vez, cuando intentó incorporarse, se encontró con que sus manos y sus pies también estaban atados y la palma de una mano sobre su pecho impidió con firmeza que se levantara siquiera un centímetro.

Una voz sonó junto a su oído. Extraña. Distorsionada. Como si hablara a través de uno de esos moduladores de voz que se usan en Hal oween. Solo la voz ya era tan aterradora como todo lo demás.

—¿Crees que puedes gritar? ¿Escapar? Estás aquí porque es donde debes estar.

Estás aquí porque yo te quiero aquí, y vas a pagar.

Sintió el aliento en su mejil a y la voz aún más cerca. Pensó que se trataba de un hombre. La voz no le proporcionaba demasiados datos, aunque tampoco importaba,

pero la palma de la mano que habían puesto sobre su pecho le pareció masculina.

—Los pecados del padre, Dal as. Y si el hombre que ahora te l ama hijo quiere recuperarte, tendrá que pagar.

Esa vez no era el aliento lo que sintió sobre su piel, sino algo afilado, como la punta

de un bolígrafo o el puntiagudo extremo de un clavo que alguien arrastraba de un lado a otro de su cuello.

—Seguro que no lo hace. El hombre al que lamas papá no perderá ni un día buscándote. Ni siquiera perderá una hora.

—¿Dónde está Jane? —exigió Dalas con voz temblorosa

—¿Jane? ¿Qué te importa? ¿Crees que el a te quiere ahora? ¿Crees que podrías consolarla?

—Sí.

Una fuerte bofetada resonó en su cara.

—Pues eres un imbécil, ¿no crees? ¿No sabes que te mereces esto? El miedo. La humillación. ¿No sabes que todo esto es para ti? ¿Para que lo saborees y puedas regodearte?

Dalas sacudió la cabeza.

—No. No.

—¿Crees que esto es por el a? Tú tienes la culpa de que el a esté aquí. Es culpa tuya que estuviera en medio. El lugar equivocado, el momento equivocado, el chico equivocado, y si muere aquí, si se pudre aquí, tú serás el culpable.

Le escocían los ojos. Tenía ganas de llorar por tan espantoso pensamiento, pero también quería matar a quien se estaba mofando de él. Tenía ganas de alargar el brazo

y estrangularlo con sus propias manos. Pero estaba sujeto. Atado. Tan inmóvil como un cadáver en un ataúd.

La idea le hizo estremecer.

—Por favor... ¿Qué quieres? Haré lo que quieras, pero no le hagas daño.

—¿Qué puedes hacer tú? Ni siquiera puedes rascarte el culo. Estás indefenso, Dalas.

Indefenso y solo. Y eres la razón de que el a esté aquí, ¿recuerdas? ¿Por qué demonios iba el a a quererte?

Entonces la voz desapareció, pero Dalas no oyó nada que indicase que se había marchado. Ni

pasos, ni el chirrido de una puerta. Nada de nada.

Una vez más, estaba a solas con sus pensamientos.

«Los pecados del padre.»

¿Los pecados del padre?

¿Se referiría a su padre biológico?

Sabía la clase de hombre que había sido su padre. Nacido en un entorno privilegiado, lo había derrochado todo en drogas y fiestas. Había sido un cabrón, eso seguro, pero le había servido de excusa para decirse a sí mismo, cuando cometía alguna tropelía, que no podía remediarlo porque lo llevaba en la sangre. Porque eso era lo que Eli pensaba,

¿no? Joder, cuando Dalas tenía trece años y encontró una revista *Playboy* en su cuarto, con una foto de Jane dentro, Eli le había dicho que era digno hijo de Donovan.

No era una foto erótica. Solo una foto que le había hecho tomando el sol ese verano.

Y aunque Dalas jamás lo reconoció, su padre no se equivocó al pensar aquello. Porque lo cierto era que Dalas se había masturbado por primera vez en su vida con una foto de su hermana. Y montones de veces más después de eso.

Era un auténtico pringado.

Igual que su padre. Igual que Donovan.

¿Acaso Donovan había cabreado a la gente equivocada antes de morir y ahora eran Dalas y Jane quienes pagaban por sus errores?

O tal vez «los errores del padre» hacía referencia a Eli. Todo el mundo sabía que Eli tenía dinero suficiente para pagar el rescate un millón de veces.

Pero si aquello era por Eli, entonces ¿por qué coger a Jane era un error? Él también era su padre.

Aquel o no tenía sentido.

Nada tenía sentido.

Cuando por fin se durmió, lo hizo envuelto en el miedo y la confusión.

Al despertar había más luz en la habitación. Todavía no podía ver los colores, pero bastaba para distinguir siluetas y poder formarse una idea del lugar, aunque no había demasiado que ver. Por lo que pudo observar, estaba en una habitación cuadrada, con

un colchón sucio en el suelo y una manta fina.

Pero ya no estaba atado. Y estaba limpio. Su ropa había desaparecido y le estaba puesta una camiseta y unos pantalones de forro polar. Dio una vuelta con la mano pegada a las paredes grises. Olió la paja del suelo.

¿Le habían drogado? Lo más seguro.

Entonces oyó el chirrido metálico de una puerta, seguido por un sorprendido «¡Oh!» y el ruido sordo de alguien al caer al suelo.

«Jane.»

Acudió raudo a su lado. La abrazó. La apretó contra sí. Se alegró de que estuviera con él, sana y salva, pero al mismo tiempo lamentaba que estuviera allí en lugar de libre,

tal y como él había esperado en su interior.

—Dale as. Oh, Dios mío, Dale as. —Se aferró a él, le rodeó el cuello con los brazos y apoyó la cabeza contra su pecho—. Siento muchísimo que estés aquí, pero doy gracias por que estés.

Echó la cabeza hacia atrás para mirarle. Las lágrimas rodaban por su rostro. Dale as deseó limpiárselas a besos. Deseó perderse en ella. Olvidarse de todo salvo de ella.

Ponerla a salvo. Darle calor.

—¿Por qué hacen esto? —preguntó—. ¿Por un rescate?

—No lo sé. —Debían de haberla bañado también a ella, porque su cabello estaba húmedo cuando se apartó de su hermoso semblante—. Ahora que sé que estás bien, ni siquiera me importa. ¿Estás bien?

Ella asintió, pero el miedo seguía dominando sus ojos.

—Me ataron. Con correas de cuero. Me ataron a un tablero. Y dijeron que iban a abandonarme. Que iba a morir de hambre. Y luego se marcharon y pasé mucha hambre.

—Cerró los ojos—. No sé cuánto tiempo transcurrió hasta que volvieron con agua y unas

gal etas. ¿Por qué, Dal as?

La cólera ardía dentro de él, tenía ganas de matar a sus captores. A los sádicos hijos de puta que le habían hecho eso a Jane.

Pero se obligó a contenerla. Necesitaba ofrecerle consuelo, hacer que el a se sintiera mejor.

—Todo está bien ahora —le aseguró—. Estás conmigo, y te dije que siempre te protegería, ¿recuerdas?

La miró a los ojos y vio que parte del terror desaparecía. Sintió una oleada de poder en su interior al saber que la había reconfortado.

El a contuvo la respiración.

—Dal as. —Su nombre era un susurro. Nada más. Pero sabía lo que quería y agachó la cabeza para rozarle los labios con los suyos en un delicado beso, una levísima caricia.

Y en medio del infierno en que ambos vivían, aquel simple contacto estaba bien—. Estoy muy asustada —confesó después.

—Yo también.

Se abrazaron durante horas, en un duermevela inquieto. Había un bidón de cuatro litros y medio de agua en el rincón, junto a una lata de comida para gatos. Al fondo de la

habitación, los captores habían dejado un cubo, un rol o de papel higiénico, y una jarra de agua sucia que la Mujer había dicho que era solo para lavarse. Que se arrepentirían si bebían de el a.

Aquel o distaba mucho de ser civilizado, pero Dal as se sintió agradecido.

Esperaron a comer la comida para gatos hasta que estuvieron desesperados.

Calcularon el tiempo en base a la merma del agua.

—¿Van a matarnos de hambre? —preguntó Jane cuando ya no había comida y les quedaba muy poca agua.

«No lo sé.» Era la única respuesta veraz, pero no podía dársela. Ni siquiera podía pensarla.

—No quiero morir.

—Jane, no.

La idea de perderla le destrozaba, pero el terror lo dominaba cuando la miró. No lo sabía con certeza, pero creía que había pasado una semana desde que los habían secuestrado. Jane tenía el rostro más delgado, y a la escasa luz de la habitación, sus

pómulos parecían más marcados y sus enormes ojos, hundidos. Era hermosa, siempre sería hermosa, pero se estaba quedando esquelética delante de sus narices.

Supuso que su propio aspecto no sería mejor. Pálido y escuálido, sin duda. Sus captores los estaban debilitando. Asegurándose de que no podrían luchar.

Eso asumiendo que alguien volviera a entrar en la celda.

La idea hizo que el pánico lo atravesara.

—No vamos a morir —dijo.

Palabras estúpidas y sin valor, y ambos lo sabían. ¿Acaso no había explorado cada centímetro del cuarto? ¿No sabían a la perfección que no había ningún lugar al que ir?

—Tal vez sea como dormir —murmuró mientras apoyaba la cabeza en su hombro—.

Puede que no sea tan malo. Creo que podría soportarlo, aunque no quiero estar lejos de ti.

—No digas eso.

Sus palabras sonaron feroces, porque expresaba en voz alta sus propios pensamientos y no quería pensar que también Jane había perdido la esperanza.

—Yo solo...

Dal as aplastó su boca contra la de el a para cal arla y durante un momento el a se quedó inmóvil en sus brazos. Luego le rodeó y le empujó, apretándolo con fuerza contra

el asqueroso colchón l eno de bultos.

—Te quiero —susurró Dal as cuando se separaron, resol ando—. Yo tampoco quiero perderte.

—Lo sé. Yo también te quiero. Lo sabes, ¿verdad? Siempre lo has sabido.

—Siempre —le aseguró, y por primera vez desde la noche en que se escabulló para reunirse con el a, se sintió vivo de nuevo.

Tuvo esperanza.

Cambió de posición para colocarse sobre el a y que Jane quedara tendida. Miró sus oscuros ojos castaños y se sintió desfallecer. Estaba empalmado, pero en vez de apartarse de el a, de intentar ocultarlo, se limitó a pronunciar su nombre.

—Jane.

El a no respondió con palabras. Tiró de él y entreabrió con suavidad la boca para recibir sus labios.

Dal as se perdió en el beso, su conexión borraba todos sus temores, enmascaraba todo el horror. Cuando se separaron, le costaba respirar y su polla estaba tan dura que

creía que iba a estallar.

—¿Estás segura?

Jane asintió, abriendo los ojos.

—¿Y tú?

—Yo... sí. Sí.

Jane se humedeció los labios y se quitó la camiseta. Y, Dios... Oh, Dios... Dal as perdió el control. Se corrió en los propios pantalones con solo ver su pálida piel y sus perfectos pechos.

—Lo siento, lo siento.

Jane le silenció con besos y él gimió cuando agarró los cordones de los espantosos pantalones que le habían dado y los aflojó hasta que resbalaron por sus caderas. No le habían proporcionado ropa interior, así que se quedó desnudo en cuanto se libró de los manchados pantalones de una patada.

—Tócame —pidió el a—. ¿Por favor?

Oh, sí. Eso sí que podía hacerlo. La tendió y le desató los pantalones. Se los bajó, gimiendo un poco cuando vio el nacimiento de su vello púbico.

Había visto mujeres desnudas en revistas, pero con Jane solo había fantaseado. Era

más hermosa de lo que jamás había imaginado. Deseaba abrazarla y no soltarla nunca.

Quería ser su protector. Su caballero. Deseaba hacer con él a la clase de cosas sobre las que solo había leído.

Deseaba hacerlo todo con él. A él.

Hacerle olvidar que estaban cautivos. Deseaba escapar con él, aunque solo fuera dentro de sí mismos.

Se percató de que volvía a estar duro como una piedra.

«Genial.»

—La camiseta —exigió, y él se la sacó por la cabeza y la arrojó a un lado.

Durante un momento tuvo miedo de que sus captores entraran y los pillaran, pero apartó al instante ese pensamiento. No le importaba. No sabía si sobrevivirían, así que

iba a hacer lo que deseaba. Iba a hacer suya a la chica a la que quería. A la chica a la que amaba.

—Te quiero —susurró.

Necesitaba decírselo otra vez.

—Yo también te quiero. —Se humedeció los labios—. ¿Alguna vez...?

—¡No! —Nunca había querido hacerlo con otra. Solo estaba él—. ¿Y tú?

—Te deseo solo a ti —repuso, y Dallas se derritió de nuevo.

Deslizó los dedos sobre él, cautivado por cómo se tensaban sus músculos a medida

que ascendía por su vientre. Tomó sus pechos en las manos; adoraba lo bien que encajaban en él, los dulces gemidos que Jane dejaba escapar. Y cuando le lamió el

pecho, la parte más oscura alrededor del pezón se contrajo y él se puso tan tenso y

dura que tuvo la impresión de que él también podía sentirlo en su polla.

Jane se colocó de lado y sus dedos descendieron por su cintura, por sus caderas, mientras él le acariciaba, recorriendo primero su mandíbula con las yemas.

—Te está creciendo la barba —susurró con una sonrisa—. Es sexy.

Dal as sintió que se sonrojaba.

—Sí, bueno, no creo que me den una navaja de afeitar.

—Me gusta. —Volvió el rostro, avergonzada—. Me gusta la sensación cuando me besas.

—¿De veras?

El a asintió y se mordió el labio inferior mientras su mano bajaba cada vez más, hasta que sus dedos se enredaron en el vel o púbico de Dal as y su pol a se estremecía. Y entonces, cuando la rodeó con la mano, él cerró los ojos y gimió.

Cuando los abrió de nuevo, el a sonreía con timidez y parecía muy satisfecha consigo misma.

—Túmbate —le pidió, empujándola con suavidad—. Lo que es justo, es justo.

El a obedeció, y cuando estuvo encima recorrió su vientre con la boca. Descendió cada vez más, hasta que su vel o púbico le hizo cosquillas en los labios y deslizó las manos para separarle los muslos.

El a se puso en tensión.

—Dal as...

—No pasa nada. Déjame a mí. —Levantó la cabeza y vio que estaba roja como un tomate—. Deseo saborearte con toda mi alma.

Había visto muchas fotos, pero nunca había entendido por qué iba a querer saborear a una chica ahí abajo. Ahora lo entendía. En ese instante creía que moriría si no podía saborearla, si no podía perderse en el a.

No esperaba que respondiera, pero cuando Jane separó las piernas supo que consentía. Deslizó la lengua por sus pliegues, valiéndose de los dedos para separarlos.

Era como una flor, y cuando encontró su clítoris y lo excitó, el a dejó escapar unos increíbles gemidos.

Estaba resbaladiza y húmeda. Cuando su boca la tomó, sintió la dura protuberancia de su clítoris contra los labios. Lo chupó y lo succionó, sin conseguir saciarse. Y

entonces, cuando el a empezó a retorcerse, sí que le fue imposible parar. No apartó la boca de el a, no dejó de succionarla y lamerla, pero añadió un dedo, que introdujo en su interior, alucinado por lo caliente y resbaladiza que estaba.

Tenía la pol a dura como una piedra y se moría de ganas de penetrarla, pero también deseaba terminar lo que había empezado, hacer que fuera a más. Y entonces, de repente, el a se estremeció y gritó su nombre, y Dal as se puso aún más duro. Había hecho que se corriera, le había proporcionado una vía de escape, y eso era algo realmente asombroso.

—Por favor —suplicó—. Dal as. Por favor. Quiero... quiero más.

—Yo también. —La colocó a horcajadas y presionó la cabeza de su pol a contra su entrada—. Me parece que te va a doler. Lo siento mucho.

El a asintió.

—Lo sé. No pasa nada. Solo... solo ve despacio. ¿Vale?

Dal as lo intentó. Pero estaba muy excitado. Completamente listo. Y al final no pudo contenerse.

—¡Lo siento! —gritó cuando el a inspiró con brusquedad a causa del dolor. Pero entonces se limitó a menear la cabeza y a decirle que no parara. Que todo estaba bien, que era maravil oso.

«Maravil oso.» La palabra lo envolvió justo cuando estal ó dentro de el a mientras su cuerpo se sacudía de manera violenta, salvaje. Parecía que iba a durar una eternidad, y cuando por fin se derrumbó, saciado y todavía dentro de el a, Jane se acurrucó contra él, con las piernas entrelazadas con las de Dal as.

—¡Uau! —exclamó.

—¿De verdad estás bien?

La abrazó con fuerza; deseaba no tener que soltarla jamás.

—De verdad. Dolía, pero luego mejoró. —Esbozó una sonrisa tímida—. Mejoró mucho.

—No quiero volver a hacerte daño nunca.

—No podrías —respondió mientras se acurrucaba contra él—. En realidad no.

—¿Jane? —murmuró después de guardar silencio durante un rato.

—¿Sí?

—¿Quieres hacerlo otra vez?

El a se echó hacia atrás y Dal as pudo ver el deseo en sus ojos.

—Sí. Quiero.

La besó y, aunque estaba en el infierno, en ese momento fue feliz. Tal vez jamás salieran de aquel a habitación, pero pasara lo que pasase, habían podido escapar el uno

con el otro.

Durante unos maravil osos momentos, habían sido libres.

12

Tentación y tormento

Dal as apoyó la frente contra el cristal frío y exhaló. Se sentía perdido, solo. Durante interminables días y noches, Jane y él habían sido el salvavidas el uno del otro, el rayo de luz en un mundo oscuro y horrible.

Habían escapado y se habían adorado el uno al otro. Descubrieron detonadores secretos de sensaciones increíbles. Nada estaba mal, nada estaba prohibido. La había tocado, saboreado, se había sepultado dentro de el a. Y se había sentido más correcto, más real y más maduro durante aquel as semanas de su adolescencia que en ningún otro encuentro de los que había tenido desde entonces.

Se habían salvado mutuamente, en todos los aspectos posibles.

Entonces ¿por qué demonios pensaban ahora que se destruirían?

Al otro lado del cristal, Quince seguía trabajándose a Muel er, pero Dal as ya no tenía ganas de mirar. Necesitaba estar solo. Quería darse una ducha y librarse de la melancolía que acompañaba a los recuerdos. No quería pensar en eso, no podía pensar

en el a.

El arrepentimiento era para cobardes.

La habitación principal del centro de operaciones albergaba la sala de tecnología y la

celda en la que Quince estaba ocupado en esos momentos. Pero aquel a guarida

subterránea no terminaba ahí. Le hizo una señal a Liam, que estaba sentado frente al ordenador, y salió al pasil o que conducía a los espartanos dormitorios, junto con la sauna y la ducha.

Dejó su bolsa de viaje sobre el catre en sus dependencias y se dirigió hacia la ducha,

situada en la única habitación que habían equipado para estar cómodos, con accesorios

de alta gama y modernas instalaciones de vapor. Se desnudó sobre la marcha, cerró la

puerta después de entrar y arrojó la ropa sobre la superficie de la encimera de mármol.

El panel de mandos estaba encastrado en la pared, junto a la puerta de cristal de la

ducha. Abrió el grifo y seleccionó la máxima presión del agua para incrementar el vapor.

Cuando el sistema comenzó a silbar, se apoyó contra la encimera y se miró en el espejo.

Parecía cansado. Exhausto. Se preguntaba cuánto se debía a que había estado muy cerca de dar con su secuestrador y cuánto a haber estado tan cerca de poseer a Jane.

El sonido del móvil indicó la entrada de un mensaje de texto y sintió una chispa de esperanza en el pecho. ¿Sería Jane? Se giró para cogerlo del bolsil o de sus vaqueros,

tirados en la encimera, y se desilusionó al ver que no era de Jane, sino de Myra. Tardó

un momento en ubicar su nombre. No recordó que era la pelirroja de la noche anterior

hasta que abrió el mensaje y contempló el breve vídeo.

Tenía la espalda arqueada, los ojos cerrados y la boca abierta en una expresión que

solo podía ser de éxtasis. Sus pechos apuntaban hacia arriba y tenía las piernas muy separadas.

La cara de la rubia estaba sepultada entre el as y, desde su perspectiva, Dal as pudo ver el dulce y mojado coño de la rubia entre sus piernas desnudas mientras

se masturbaba con los dedos al tiempo que contoneaba el trasero y movía la cabeza con

excitación. Su rubia melena rizada se agitaba mientras succionaba con fuerza el clítoris

de Myra.

Durante un segundo se preguntó quién sujetaba la cámara, pero entonces Myra levantó la cabeza, abrió los ojos y miró a la cámara por encima de la arqueada espalda de la rubia. Directamente a él. «Hemos hecho una nueva amiga —dijo—. Le gusta por el culo, Dal as. —Se mordió el labio inferior—. A mí también. Así que date prisa y ven a jugar con las tres.»

Dal as inspiró con brusquedad y se dio cuenta de que se había empalmado. Estaba tan duro que creía que iba a explotar. Y no por el vídeo. No por la seductora invitación de Myra. No por imaginarse en la cama con las tres voluntariosas y ansiosas mujeres.

No, estaba excitado porque mientras veía el vídeo imaginó otra escena. Una muy distinta.

Él, tumbado de espaldas, con las manos por encima de la cabeza mientras se agarraba a unas correas sujetas al cabecero de la cama. Su cuerpo estaba rígido; su pol a dura como el cristal. Estaba preparado, a punto de hacerse pedazos y mientras entraba en la ducha dejó que la imagen cobrara nitidez.

Imaginó la mano de Jane alrededor de la base de su pol a. Su boca acogiéndolo en su interior, profunda y húmeda, mientras su lengua lo recorría, para retroceder después despacio, succionándolo con fuerza y entreteniéndose en la cabeza. Tenía que tirar de las correas para combatir las ganas de empujar hacia arriba y fol ar su boca, tan preciosa y grande.

Luego se abría para él, para albergarlo en su interior. Cada vez más adentro, hasta que podía sentir la cabeza de su pol a contra el fondo de su garganta. Estaba tan excitado, tan a punto de estallar, pero no quería que terminara. Aquel a sensación, saber que era Jane quien le estaba llevando al orgasmo, quien le estaba dando placer. Jane, y no una sustituta que no podía hacer otra cosa que aplacar una necesidad, pero jamás satisfacerlo a él.

Lo acogió cada vez más profundamente y, mientras lo hacía, le cogió los testículos con la mano. Ahí terminó todo, ya no pudo aguantar más.

Soltó las correas antes de liberar su carga —y maldito fuera si no estaba igual de cerca en la ducha que en su fantasía— y salió con brusquedad de su boca al tiempo que

la agarraba por los brazos y la atraía hacia sí.

El a se colocó a horcajadas. Sintió sus muslos calientes contra las costillas. Estaba mojada y se frotó contra su pecho, excitando su clítoris y dejando escapar suaves gemidos, sin apartar la mirada de la suya.

—¿Te gusta así? —preguntó.

—Dios, sí.

La comisura de su boca se elevó y se puso de rodillas, separándose solo el tiempo necesario para volver a acercarse a él y besarlo, deslizando los labios por su oreja.

—Estoy siendo muy mala. A lo mejor quieres azotarme.

—¿Mala? —Dale no lo creía. Estaba siguiendo sus órdenes al pie de la letra—. ¿Por qué?

—Por lo que deseo.

Su polla se estremeció.

—Cuéntamelo.

—Quiero tus dedos dentro de mi culo —susurró—. Quiero que me lames cuando te cabalgo. Y cuando me corra, quiero que me mates y me folles con fuerza. El coño. El culo.

Quiero que las cuerdas me dejen marcas en las muñecas y los tobillos. —Le lamió el borde de la oreja y él tembló—. Quiero que me uses, Dale. Quiero ser todo lo que necesitas.

Cada palabra le conmocionaba, hacía que toda la sangre de su cuerpo se precipitase

hacia su polla. Deseaba aquello. La deseaba a ella. Y con una sonrisa cómplice, Jane se

inclinó hacia atrás y descendió sobre su duro miembro.

Dale gimió, disfrutando de la sensación de estar dentro de su húmedo calor. Lo cabalgó con frenesí, acariciándose el clítoris con los dedos mientras se movía arriba y

abajo, hasta que él estuvo justo al límite, a punto de correrse.

«Todavía no.»

La colocó de espaldas, subió las rodillas de Jane a los hombros y le hundió la polla,

cada vez con más fuerza, hasta que lo único que oía eran sus suspiros de placer, los sonidos

mezclados de sus cuerpos al encontrarse, los gemidos de Jane y más tarde la violencia y la pasión con que gritó su nombre cuando estaba a su alrededor.

Y antes incluso de que sus estremecimientos cesaran, le suplicó más.

—Otra vez —gemía—. Por favor, Dadas, átame y fóllame el culo. Te necesito. Te necesito de todas las formas que pueda tenerte.

Las palabras lo atravesaron y se corrió. Con fuerza. Con rapidez. Con más violencia y frenesí que en toda su vida. Gritó al hacerlo a causa del eufórico placer de su liberación

y del sufrimiento emocional de saber que solo era una fantasía. Que siempre sería solo una fantasía. Que jamás estaría tan dentro de ella. Que nunca la foliaría hasta dejarla sin aliento.

Que jamás la oiría gritar su nombre mientras la llevaba al orgasmo.

Porque jamás podría llegar a eso.

Y aunque pudiera...

Dios, aunque pudiera, no estaría bien. Necesitaba el sexo sucio. Duro. Violento.

La llevaría en sus fantasías, pero ni siquiera en su cabeza podía hundirse por completo con ella y ni por asomo podría llevarla allí en la realidad. Ni ahora, ni nunca.

«¡Joder! ¡Maldita sea!»

Tomó aire y se echó hacia atrás para apoyarse contra la caliente pared de azulejos. Al igual que el agua, la adrenalina corría por su cuerpo y agachó la cabeza, vencido por el agotamiento. Solo entonces vio los hilillos rojos que se colaban por el desagüe.

¿Sangre?

Perplejo, levantó la mirada y se dio cuenta de que la puerta de la ducha estaba hecha añicos. Le sangraba la mano.

«¡Mierda!»

Se deslizó hasta el suelo. Dejó que el agua continuara corriendo, que diluyera la sangre. Cerró los ojos y se sentó rodeado de vapor, deseando poder deshacerse del desprecio hacia sí mismo con la misma facilidad con la que el agua se llevaba su sangre.

—No me has devuelto la llamada.

Dal as se detuvo delante del catre de su cuarto. Llevaba un rato paseándose con una toalla de baño alrededor de las caderas. Se arrepintió en el acto de su decisión de responder al teléfono.

—Hola, Adele.

—¿Qué ocurre, cachorrito? —Podía percibir el mohín en su voz, acentuado por el persistente acento francés que no había perdido pese a haberse mudado a Estados Unidos hacía cuarenta años, cuando tenía trece—. No parece alegrarte mucho de oír mi

voz.

—No es por ti —mintió.

Habían roto hacía cuatro meses. Y aunque le había resultado duro separarse, liberarse de su tóxica relación —si se la podía amar así— había sido una de las mejores decisiones de toda su vida.

Al menos eso era lo que pensaba la mayoría de los días. Otros días le costaba, porque Adele había sido la única mujer que había tenido en su cama que conocía algunos de sus secretos. Que lo acompañaba a la oscuridad.

Por supuesto, podía vendarles los ojos a las modelos, actrices y famosas que le chupaban la polla. Podía atarles las muñecas, separarles las piernas y follarlas con un

consolador mientras les comía el coño. Podía azotar a la pelirroja. Podía hacer que la rubia se arrastrase. Podía masturbarse hasta correrse encima de las tetas de la nueva,

la que había imaginado acariciándose el coño mientras grababa en vídeo a sus dos amigas.

Pero había límites a lo que podía hacer con una mujer que invitaría a su cama solo

una o dos veces, tres como mucho. Y aunque un poco de morbo incrementaba los

excitantes cotilleos que tanto se había esforzado por fomentar, lo que en realidad le excitaba no era el tipo de cosas de las que las aspirantes a famosas hablaban entre susurros mientras se tomaban un Cosmopolitan.

Le había dicho a la pelirroja que le gustaba el sexo duro y era cierto. Solo que no tenía ni idea de hasta qué punto quería decir duro.

Adele lo sabía. Joder, a Adele le gustaba.

—Mi ego se alegra mucho de que no sea por mí —comentó con ligereza—, pero ¿qué

te ronda por la cabeza?

Dal as suspiró; sabía que el a insistiría. Era terapeuta, por lo que ser entrometida formaba parte de su carácter.

Dejó el teléfono sobre el catre después de activar el manos libres. Le habían vendado la mano y le dolía tener que sujetar el maldito trasto.

—En realidad no es nada. Acabo de tener una crisis en el trabajo. Me estoy ocupando de eso.

El a soltó una risita.

—Cariño, tu padre estaría muy orgulloso. Me parece que cree que rehúyes cualquier cosa relacionada con tu trabajo que no requiera tomar vino, cenar con la hija de un inversor o que le estrujes el culo a alguna actriz de segunda en la inauguración de un nuevo centro comercial de Sykes.

—Ni siquiera conoces a mi padre.

—Qué susceptible. —Dal as pudo oír que se recolocaba el teléfono—. Lo siento. Ha estado fuera de lugar. Pero Colin conocía bien a Eli y sigue hablando de él a menudo. La mención de Colin, el padre biológico de Jane, le sacudió como un afilado atizador entre los ojos e hizo una mueca de dolor. Todo lo malo del tiempo pasado con Adele le asaltó de golpe.

Se conocieron en los años posteriores al secuestro, cuando Dal as se enfrentaba a la pérdida de Jane, de su amistad y al repentino cese de todo lo prohibido que había ocurrido entre el os.

Dal as se reunió un día con Colin, a quien en otro tiempo consideró como de la familia.

Su nueva esposa, Adele, vino a comer con el os. Tenía cuarenta y pocos años, veinte más que Dal as, y era increíblemente sexy y segura de sí misma. La chispa que saltó entre el os fue innegable. No era tanto deseo, sino atracción, como si estuvieran sucumbiendo a algún tipo de fuerza magnética.

Estuvieron evitándolo durante años, coqueteando con cierta inocencia, pero cuando

su matrimonio con Colin se fue al garete, Adele se volvió cada vez más insinuante y agresiva. De modo que cuando Colin y ella se divorciaron, fue casi inevitable que Dal as

se la llevara a la cama. O quizá ella se lo llevó a él, no estaba muy seguro.

Era la única mujer a la que le cedía parte del control, y aunque no entendía por qué,

sabía que tenía algo que le impulsaba a hacerlo. Le ponía a cien, incluso cuando él no

quería. No era solo por su aspecto. Ciertamente era hermosa, pero su rostro delgado y ampuloso no era realmente su tipo.

Joder, aparte de Jane no tenía ningún tipo.

No la amaba. A veces ni siquiera le gustaba su compañía. Adele aplacaba sus

impulsos más oscuros, pero estar con ella hacía que se sintiera más indecente. Como si

al terminar la sesión de sexo estuviera cubierto de una fina capa de suciedad.

Había estado a punto de dejarlo muchas veces, pero esa extraña atracción le obligaba

a quedarse. A castigar y ser castigado. A controlar y ser controlado. Nunca era suficiente, siempre a un paso de la satisfacción, pero con ella al menos se acercaba al

misterioso e inalcanzable nirvana que ansiaba.

Transcurridos unos tres meses, ella le confesó que Colin le había contado lo de su secuestro. Fue algo más que eso. Se acercó hasta rozarle la oreja con los labios y le susurró que podía adivinar sus más oscuros secretos.

Había acertado. Sobre Jane. Sobre lo que habían significado el uno para el otro. Lo

que habían hecho.

En todo.

Había clavado su avezado ojo en él y pudo ver a través de su alma.

Tendría que haberle puesto fin entonces. Sin embargo, fue cuando las cosas se

pusieron más calientes. Más obscenas. Más morbosas.

Necesitaba esa liberación. Esa vía de escape. El control.

Pero había límites que no permitiría que cruzase, y cuando le dijo que sería

terapéutico fingir que ella era Jane —desnuda, cautiva y deseando que él la folara con

fuerza— Dal as se opuso.

Se puso los vaqueros y abandonó la habitación sin mirar atrás.

Hacía cuatro meses de aquel o, y aunque el a le había l amado y se había disculpado, aunque habían hablado con naturalidad, intercambiado mensajes y habían salvado la amistad, si se le podía l amar así, ambos sabían que su relación había acabado. Durante

un tiempo, Dal as pensó en la posibilidad de que fuera Adele quien le enviaba las cartas

vejatorias, pero la había descartado. La primera misiva le había l egado hacía un año, mucho antes de que Adele tuviera motivos para estar dolida con él por marcharse.

Además, incluso cuando se acostaban juntos ambos sabían que era solo sexo. Joder, los dos sabían que era sobre todo terapia.

—No deberías mentirme, ¿sabes? —dijo con tono animado—. No es el trabajo el que te tiene tan nervioso. Te conozco demasiado bien.

Dal as hizo una mueca y se pasó la mano sana por el cabel o húmedo.

—No miento.

—Sabes que Colin y yo seguimos siendo amigos. De hecho, fol amos de vez en cuando. Los amigos lo hacen a veces, ¿sabes?

—¿Por qué has l amado, Adele?

Su carcajada fue como un repicar de cascabeles. Dal as puso los ojos en blanco, incapaz de seguir cabreado con el a. Pero la irritación se resistía a desaparecer.

—Pensé que tal vez necesitaras alguien con quien hablar. Jane estuvo con Colin, así que me enteré de las noticias.

—¿Sobre Ortega?

—¿Qué más podía ser? Espero que le sacaran toda la información que pudieran al muy hijo de puta. Espero que atrapen y destruyan a quien estuvo detrás de vuestro secuestro.

Dal as no le l evó la contraria. Tampoco le dijo que Ortega estaba muerto. Ya había oído suficiente.

—Pero no te l amo por lo de Ortega —prosiguió—, sino porque Jane le contó a Colin

que iba a ir a verte. Para contarte las noticias en persona.

—Eso hizo —reconoció.

—Y por eso pensé que tal vez necesitaras hablar —añadió con voz suave.

Tranquilizadora—. En serio, cariño. ¿Estás bien?

—Estoy bien.

No se lo creyó ni él.

Oyó que Adele tomaba aire. Aquel o le sonó prejuicioso.

—El a es tu obsesión —dijo con delicadeza—. Tienes que olvidarla.

Dal as se miró la mano vendada y supo que tenía razón.

—No eres mi terapeuta.

—No, pero podría serlo.

—Adele. —Empleó un tono reprobador.

—¿Qué? Solo digo que puedo ayudarte a superarlo. Tienes que olvidar tu obsesión, pero los dos sabemos que es duro, sobre todo cuando su impronta es una parte tan importante de tu patología.

Dal as reprimió un improperio. Jane no era una puñetera patología.

—No retuerzas lo que digo —le tranquilizó, consciente sin duda del curso de sus pensamientos

—. Reconozco que es difícil. Que necesitas alejarte de el a. Puedes

incorporar la fantasía para conseguirlo, y yo puedo ayudar. Puedes decirme toda clase

de cosas sucias —continuó, bajando la voz hasta un suave y sexy ronroneo—. Puedes

l amarme por su nombre, tumbarte desnudo en tu cama y yo te diré lo que estoy haciendo... lo que el a está haciendo. ¿Quieres saber lo que estoy haciendo ahora mismo?

—No.

Pero la palabra no fue más que un susurro; tenía a Jane en la cabeza, la toa a a los

pies y la mano alrededor de la pol a.

—Estoy a horcajadas sobre ti. Y estoy tan mojada y tú tan empalmado..., duro como

una piedra. Me pongo de rodil as justo encima de tu pol a... el a se pone de rodil as. Y

entonces empieza a descender, hasta que su coño roza justo...

Dal as se estremeció y soltó su hinchada verga.

—Joder, Adele. —Dirigió hacia él a la ira que lo dominaba, por presionarle. Y hacia sí mismo, por permitirlo—. ¿Crees que quiero eso? ¿Crees que esto es lo que necesito?

—Sí —respondió, tajante—. Lo creo.

—Te equivocas.

—Dal as...

No oyó nada más de lo que pensara decirle. Colgó el teléfono; se sentía furioso, sucio y muy cabreado.

Llamaron a la puerta.

—¿Qué? —bramó.

Liam entró mientras Dal as se volvía a colocar la toalla alrededor de la cintura, pero no pudo ocultar su erección.

Liam enarcó una ceja.

—¿Interrumpo?

—Que te jodan.

Los ojos de su amigo se clavaron en la toalla.

—Lo siento. Mi tipo no tiene polla.

Dal as ni siquiera se molestó en buscar una aguda réplica.

—¿Qué ocurre?

—Solo he venido para averiguar si la ducha te había cabreado de alguna forma concreta o si resulta que ahora te ha dado por maltratar lo que hay en los cuartos de baño. — Señaló con un gesto la mano vendada de Dal as—. ¿Estás bien?

—En realidad, no es uno de mis mejores días.

—¿Quieres contarme por qué?

Dal as lo observó en silencio.

—Ni se te ocurra mirarme así —se defendió Liam—. Tú y yo lidiamos con escoria como Ortega todos los días. Y, sí, esto es personal. Pero no atravesarías una puerta de

crystal con la mano por algo así. De hecho, solo se me ocurre una cosa capaz de alterarte de ese modo.

Dal as entrecerró los ojos.

—¿El qué?

—Has visto a Jane. Tengo razón, ¿no? No hablé contigo por teléfono. Fue a tu casa.

Te lo contó en persona.

—¿Y qué si fue así?

—Tú lo sabes mejor que yo. —Liam se sentó en el catre, como si se tratara de una charla trivial, mientras Dal as rebuscaba su ropa en la bolsa para vestirse—. Desconozco

toda la historia que hay entre vosotros dos, pero sé mucho —prosiguió—. He visto mucho. Y sé que los dos estáis sufriendo. Resulta irónico, ya que le dices a todo el mundo que os mantenéis alejados para que las cosas sean más fáciles. Eso es una chorrada, tío. Solo conseguís hacerlo más difícil.

—No te pongas en plan loquero. Ya he rebasado el límite de lo que puedo aguantar en un día. Y, para serte sincero, no sabes una mierda.

—Puede que no. —Se encogió de hombros—. Solo digo que eres mi mejor amigo. Si te perdiera, lucharía para recuperarte.

Dal as se metió una camisa por la cabeza y miró a su amigo con expresión ceñuda.

—¿Qué crees que sabes? ¿Qué crees que ocurrió? ¿Que nos peleamos? ¿Qué tuvimos diferencias de opiniones sobre nuestro alojamiento durante el secuestro?

—No seas imbécil. Y da igual lo que yo sepa o crea saber, o lo que piensen los demás.

Dal as ladeó la cabeza; había captado algo inesperado en el tono de Liam, más que en las palabras concretas.

—¿Y tú qué piensas?

—Muchas cosas —respondió—. Le doy mucho a la pelota.

—Maldita sea, Liam...

—Joder, tío, sabes que os quiero a los dos. Y que si creo que te estás portando como un capullo, te lo diré siempre. —Inspiró hondo—. Pero hay cosas en las que no puedes... que no puedes meterte.

—Es ese caso, no me digas qué piensas. Solo dime qué estás diciendo.

Liam suspiró. A Dalas le pareció que su colega se sentía un poco acorralado.

—No soy yo quien tiene que pensar en esto —dijo por fin—. Pero sí te digo una cosa:

Jane Martin es toda una mujer. Y si yo estuviera enamorado de ella, no habría nada sobre la faz de la tierra que pudiera apartarme de ella.

Hacia cuarenta y cinco minutos que Liam se había marchado, pero sus palabras aún lo atormentaban mientras trataba de leer los informes y actualizaciones que el equipo seguía enviando a su tableta.

«¡A la mierda!»

Se dio por vencido y dejó de intentar concentrarse. Sacó su móvil antes de que pudiera pensárselo dos veces.

Aún no era medianoche en Mendoza y solo había dos horas de diferencia con Nueva York. Seguro que la encontraría despierta.

Recurrió a la marcación rápida de su teléfono. Raras veces hablaban, pero seguía teniéndola en el número uno. Siempre había sido así. Y seguramente siempre lo sería.

El teléfono sonó una vez. Dos veces. Cinco veces. Hasta que saltó el buzón de voz.

Apretó los puños. Odiaba la sensación de impotencia que una amante perdida podía generar. ¿Acaso no tenía cerca el móvil? ¿Estaba durmiendo? ¿Le estaba evitando?

Estaba a punto de irse a correr a la cinta, confiando en que tal vez su mente dejaría

de pensar en ella durante cinco segundos si el agotamiento le vencía, cuando en su móvil sonó el familiar tono que le había adjudicado a Jane.

Lo cogió con rapidez y respondió.

—Hola.

—¿Me has amado? —preguntó—. Acabo de ver la amante perdida en la pantalla.

—Así es. Sí.

Puso los ojos en blanco. Parecía un adolescente.

—Ah. Bueno, ¿qué...?

—Quería decirte otra vez que lo siento. Te presioné. No debería haberte presionado.

El silencio se instaló entre ellos durante un momento y cuando él habló, su voz era apenas un susurro.

—No, no deberías haberlo hecho. Pero no fuiste el único que presionó. Supongo que yo también te debo una disculpa.

—Me parece justo —dijo—. Disculpa aceptada.

—Bien, ¿qué ocurre? —inquirió—. ¿Es esa la única razón de que hayas l amado?

Dal as pensó que parecía esperanzada, pero tal vez fuera una ilusión. No tenía ni idea

de qué decir. Joder, ni siquiera estaba seguro de por qué la había l amado. Para oír su

voz, quizá. Pero ahora que la tenía al teléfono se había quedado sin palabras. Él, el hombre que conseguía que las mujeres se derritieran con solo el tono de su voz y una

orden firme, no conseguía articular un solo pensamiento coherente. Porque que le colgasen si no se sentía diferente cuando era real.

—¿Dal as? —lo l amó al ver que su silencio se prolongaba—. Joder, ¿estás ahí?

Puñetero teléfono, creo que se ha cortado.

—No. —Su voz sonó tan baja que era probable que él no pudiera oírle—. Estoy aquí.

—¿Estás bien?

Dal as cerró los ojos, hecho polvo por la sincera preocupación en su voz.

—No —respondió con franqueza—. Te echo de menos.

No era su intención decir eso, pero ahora las palabras estaban ahí y odiaba sentirse

tan vulnerable. Dirigía una operación encubierta secreta y estaba tan nervioso como un

muchacho que l amaba a una chica guapa por primera vez.

—Yo también te echo de menos. De verdad. Pero no podemos, Dal as. —Percibió la

punzada de dolor en su voz—. Tenías razón al alejarte la otra noche. Nunca debí... Es decir, nunca debimos hacer...

—No. —Se apresuró a corregirla—. No estoy diciendo que debamos. Cuando digo que te echo de menos me refiero a hablar contigo. A nuestra amistad.

No la llamó hermana. No era capaz de decir en alto lo que ambos sabían demasiado bien, aunque lo cierto era que habían acabado siendo hermanos a través de un camino tan enrevesado, adoptados y sin compartir una sola gota de sangre, que ella había sido siempre más una amiga que una hermana.

Dallas pensó en las mujeres del vídeo. Le daban igual. No las deseaba.

—Echo de menos eso —prosiguió—. Estoy harto de mantener conversaciones educadas cuando estamos juntos. Quiero volver a reír contigo.

—Nos reímos.

—Maldita sea, Jane, no finjas que lo que digo es una idiotez. Sabes a qué me refiero.

—Lo sé. De verdad que lo sé.

—¿Y?

Ella inspiró hondo.

—¿Estás en la ciudad?

Una chispa de esperanza anidó dentro de él.

—En Sudamérica.

—Ah. En fin, ven a verme cuando vuelvas. Tomaremos café. Hasta puede que juguemos a algo.

—¿Jugar?

No pudo disimular la diversión en su voz.

—Eso es lo que hacen los amigos. Juegan a algo. Ven programas cutres en la tele.

—¿En serio? Creía que los amigos iban a cenar.

—Nosotros no. Muy peligroso. Demasiado parecido a una cita.

—De acuerdo. Jugaremos a *Resident Evil*.

Matar zombis mutantes nunca le apeteció tanto.

—Estaba pensando en algo más parecido al ajedrez. O los dados.

—Será divertido. Lo prometo.

Casi podía verla haciendo una mueca. A Jane se le daban fatal los videojuegos.

—Vale —accedió al final.

—Vale.

—Di adiós, Dal as.

—Adiós, Dal as.

El a rio, y él se dio cuenta de que no se había sentido tan bien en mucho, muchísimo tiempo.

Todavía sonreía cuando Quince asomó la cabeza por la puerta medio abierta.

—Oye, ¿tienes un segundo?

—¿Algún progreso con Muel er?

—Un par de cosil as. Ahora estoy dejando que se ponga nervioso. He hablado por teléfono con Noah sobre los pormenores del sistema de seguridad de la propiedad de Ortega.

—¿Y?

—Y parece que es posible que tengamos una forma de entrar.

Le pasó el teléfono a Dal as. En la pantal a, una imagen de una guapísima mujer de bril ante cabel o negro e intensos ojos castaños.

Dal as contempló la fotografía y luego miró a su amigo.

—Te escucho.

—Se l ama Eva López y su padre es el dueño de la tierra que limita con la de Ortega.

Mañana por la noche se celebra al í una fiesta. Y creo que Eva necesita hacer un nuevo amigo.

Dal as esbozó una amplia sonrisa.

—Deja que adivine. Hay un punto débil en el perímetro de Ortega que es accesible desde la propiedad de López.

—Y por eso eres tú quien dirige en cotarro —bromeó Quince—. Eres un jodido genio.

Volvió a mirar la fotografía. La chica no era Jane, pero sus ojos guardaban cierto parecido. Tenía unos pómulos marcados y perfectos, y una boca lo bastante grande como para acoger la polla de un hombre.

Lo que acababa de decirle a Jane iba muy en serio; quería que fueran amigos, aunque en realidad quería más.

Aceptaría la amistad, porque sabía que el resto no solo estaba prohibido, sino que además era imposible. No era el hombre adecuado para el a. Jamás podría ser el hombre que necesitaba, que se merecía.

Sabía bien todo eso; joder, esa obviedad tan simple y básica se le había grabado a fuego. Pero eso no iba a hacer que el deseo se esfumara.

La mujer que mostraba el teléfono de Quince no era Jane, pero podía fingir que lo era.

Si eso era lo que hacía falta para llevar a cabo esta misión, entonces sí, podía fingir.

No sería ni mucho menos la primera vez. Y, maldita sea, era trabajo.

Ese era el papel que él representaba.

13

Un auténtico cabrón

Dal as Sykes en un cabronazo de marca mayor.

Resoplo un poco mientras hablo para intentar recobrar el aliento. Acabo de correr casi

cinco kilómetros por Central Park y ahora estamos de vuelta en la entrada de la calle Setenta y dos, esperando a que el semáforo se ponga verde para cruzar.

A mi lado, Brody sigue ejercitándose sin moverse del sitio.

—¿Porque se fue con una tía buena argentina a una fiesta?

—¿Fue a una fiesta? —repito—. Lo más seguro es que se folara al pibón en la pista de baile.

Me doblo por la mitad y resuelo. Odio correr —el extendido mito de que correr es bueno es una gilipollez como una catedral de grande—, pero me obligo a hacerlo, igual

que me obligo a hacer pesas, a practicar en el campo de tiro y a ir a clases de defensa personal. Puede que nunca vuelvan a atacarme, pero si lo hacen, repartiré un poco de leña antes de salir corriendo por patas.

—Has visto la foto —le recuerdo.

—¿Cómo no iba a hacerlo? Me la has puesto en toda la cara por lo menos cinco veces antes de llegar al parque.

Frunzo el ceño porque tiene razón. Anoche no tuve pesadillas y me he despertado de buen humor, disfrutando de una agradable resaca de Dalas tras nuestra conversación. Luego he encendido el ordenador y lo primero que he visto son unas ochocientas fotos distintas del hombre que deseo en plan íntimo con otra mujer más que no soy yo.

Y de repente mi buen humor se ha ido a la mierda.

He guardado la foto en mi móvil para poder compartir mi sufrimiento.

—Para empezar, no creo que sea solo una tía buena —me rebate Brody con sensatez

—. La he buscado en el móvil antes de salir a correr y resulta que ha estudiado en Oxford.

Eso no hace que me sienta mejor.

—Y además... Bueno, creo que ambos sabemos lo que viene en segundo lugar.

—¿Que no debería estar celosa de con quién se acuesta mi hermano? Sí, ambos lo sabemos.

Suspiro. Tiene razón. Brody suele tenerla. Pero eso no hace que la punzada de celos y la sensación de pérdida resulten menos dolorosas. Y el hecho de que Dalas y yo no

compartamos una sola gota de sangre solo hace que me sienta peor, no mejor. Nada podría separarnos si no existieran esos documentos de adopción. Pero están ahí, somos

hermanos. Y eso no solo lo convierte en algo prohibido, sino que además hace que sea técnicamente ilegal.

Brody es la única persona aparte de Dalas que conoce mis secretos. Todos. El

secuestro. Lo que ocurrió entre Dal as y yo. Y todo lo demás. Porque no es solo que Dal as y yo perdiéramos juntos la virginidad. Si solo fuera eso, creo que podría seguir adelante. Podría, con toda la razón, echarle la culpa al trauma. Al miedo. A la necesidad

de consuelo y de contacto humano.

Pero no es solo eso. Por extraño que parezca, nuestro cautiverio fue una excusa para consumir a nivel físico algo que habíamos sel ado en el plano emocional muchos años antes.

Y es aún más doloroso porque una vez juntos, el destino, las circunstancias y las normas sociales nos separaron.

No le conté todo esto a Brody de entrada. Cuando le conocí solo quería fol ármelo. O, para ser más exactos, solo quería que me fol aran. Me estaba portando mal. Actuando como una estúpida. Coches veloces, sexo rápido y montones de malas decisiones.

Le conocí en un bar cerca de Columbia. No era un estudiante; lo había dejado el semestre anterior para trabajar como camarero y me hizo reír mientras me tomaba una copa de vino y picoteaba almendras tostadas. Permanecí al í sentada hasta que cerraron, me lo l evé a casa y dejé que me fol ara como un loco.

Decir que yo era un desastre por entonces sería quedarme corta. Fui de tío en tío buscando algo, a alguien, que me hiciera sentir entera. Que l enara el agujero que Dal as había dejado.

No lo encontré en Brody, pero sí hal é en él a un amigo, y sigue siéndolo de manera incondicional desde hace más de diez años.

—Tu problema es que te cabrea que dos segundos después de decirte que te desea, pero que sabe que no puede tenerte, l eve a otra del brazo y parezca que no podría importarle menos que no seas tú.

Ese es mi problema, así que le miro cabreada por resumirlo tan bien.

—Hoy estás en plan loquero —le digo—. Créeme, lo sé. Durante los últimos diecisiete años he tenido al menos una sesión con cada terapeuta de la ciudad.

Brody se echa a reír mientras nos abrimos paso entre el flujo de viandantes que salen

de la estación de metro de la calle Setenta y dos el domingo por la mañana en dirección al parque.

—¿Por eso te mudaste a Los Ángeles? —pregunta mientras atravesamos Central Park West para luego girar a la izquierda hacia mi edificio—. ¿Sangre fresca?

—Y también en plan humorista. ¿Quién iba a imaginarlo?

—Sí, bueno, puede que no tenga un diván, pero se me da muy bien hacer de psicólogo con algunos de mis clientes.

—No lo dudo.

Brody es un dominante profesional. Yo he hecho el papel de sumisa en un par de ocasiones, pensando que eso podría ayudarme, que aplacaría lo que sea que se ha alterado en mi interior.

La verdad es que la perversión nunca me ha satisfecho. No es que no me guste; de

hecho, me gusta, aunque en realidad nunca exploramos los límites. Y desde luego, nunca probamos el bondage. Ya estuve bastante tiempo atada en cautividad y no podría,

de ningún modo, hacer eso. La sola idea de que me aten me aterroriza.

Pero incluso haciendo las cosas seguras, nunca he podido dejarme llevar. Brody cree que es porque tengo problemas con el control y sugirió que fuera yo quien mandara, al menos hasta que me sintiera más cómoda, pero eso tampoco era lo que necesitaba. No me parecía malo. Solo raro. Como si estuviera probando nuevas formas de sexo por las razones equivocadas y con el hombre equivocado.

Pero eso fue hace mucho, en la universidad. Antes de Bil . Antes de que empezara a escribir.

Ahora abordo mis problemas a través de las palabras. O al menos lo intento.

Llegamos a la calle Setenta y tres. Me mira de reojo cuando giramos hacia la casa de granito y ladrillo.

—Sabes que siempre tienes mi puerta abierta. Descuento de amigo.

Le doy un abrazo.

—Lo sé. Pero ahora no estoy de humor. O al menos lo llevo bien. —La verdad es que hacer una escena con Brody no sería ninguna tortura. Es un hombre guapísimo, con la tez aceitunada, ojos negros y una pequeña perilla en el hoyuelo de la barbilla. Me recuerda a un pirata, y cuando se quita la camisa comprendo por qué fue Mister Noviembre en un calendario benéfico que algunos de los camareros más sexis de la ciudad hicieron hace un tiempo.

En cualquier caso, sigo sin querer volver al í. Ahora Brody está casado. Y aunque a su mujer le parece bien lo que hace —cosa que, para ser sincera, me tiene muy impresionada—, esa es una línea que no puedo cruzar.

Empiezo a subir las escaleras hasta mi puerta, pero me detengo al ver que él no me sigue.

—¿No quieres un café? También iba a preparar una tortilla de claras.

—No puedo. Tengo un cliente en dos horas y he de prepararlo todo. Pero sigue en pie lo de venir esta noche, ¿no?

La mujer de Brody, Stacey, puso en marcha un club de lectura hace cosa de un año, cuando se estaba volviendo loca después de dejar su empleo como agente de viajes. La quimioterapia la había debilitado demasiado como para trabajar, pero a pesar de las náuseas y el agotamiento, estaba a punto de perder la razón.

Su cáncer está en remisión y ha vuelto a trabajar a media jornada. Sin embargo, el club de lectura sigue en marcha. Y aunque casi todo el mundo se lee el libro, el verdadero propósito del club es reunirse, comer y cotillear. La verdad es que es divertido.

—Ahí estaré. Y llevaré champán en vez de vino. He aceptado ir a *Noche al filo* para hablar de *Nombre en clave: Liberación*.

—¡No jodas! Pero si ni siquiera has terminado de escribirlo.

—Lo sé. —Esbozo una amplia sonrisa—. Por eso esta entrevista es tan alucinante.

Noche al filo es un programa informativo con una audiencia enorme. Podría besar a mi publicista por conseguirme esta aparición. Le dije que quería salir en los medios tanto como fuera posible. Puede que no tenga la clase de trabajo que tiene Bil, pero creo que

puedo dejar mi huella. Más que eso; lo necesito. Porque conozco bien los daños que la participación de los justicieros puede provocar.

—¿Y te han llamado sin más?

—No exactamente. Al parecer, *Noche al filo* está preparando una sección con Bill.

Hablará sobre la OMRR y de que uno de sus objetivos es acabar con la participación de mercenarios en los secuestros. Uno de los productores había leído *El precio del rescate* y vio la publicidad sobre *Nombre en clave: Liberación* en mi página web. —Me encojo de hombros—. Genial, ¿no?

—¿Genial? Es alucinante. ¿Para cuándo programo el grabador de vídeo?

—Para el sábado, después de la fiesta de Poppy. A las siete. —Hice un pequeño bailecito en las escaleras—. Estoy exultante.

—No me extraña. Y no tienes que traer champán. Todos los espumosos corren de nuestra cuenta. Puede que hasta haya tarta.

—Suena fantástico. Y ahora vete a prepararte para tu cliente. Te veré a las cinco.

Le lanzo un beso y me dirijo a mi casa mientras él arranca la Harley que había aparcado delante de mi edificio.

Me encanta mi casa. No me crié aquí, porque mi madre prefería la vida más tranquila de los Hamptons, y por eso pasar los fines de semana y las vacaciones en la ciudad era como estar de vacaciones. El lugar fue construido a finales del siglo XIX por mi tatarabuelo. Con el transcurso de los años, la familia había conocido dos series de renovaciones dignas de un museo. En la actualidad, el lugar es tan lujoso como

cualquiera de los elegantes hoteles en los que me he hospedado a lo largo de mi vida.

La casa es enorme, demasiado para mí en realidad, pero no podría venderla aunque quisiera, cosa que no quiero hacer. De hecho, Dalas tampoco puede vender su casa de los Hamptons. Ambas propiedades son nuestras de forma vitalicia, pero en última instancia pertenecen al consorcio de la familia.

La cocina está al fondo y me encamino hacia allí. Prepararé una cafetera, cogeré el ordenador portátil y saldré a trabajar a la terraza de la azotea. Oigo la radio y doy por

hecho que El en, mi ama de l aves, está en casa a pesar de ser su día libre. Pero cuando

l ego al í no es su esbelta figura lo que veo junto a la mesa, al lado de la ventana del jardín, sino a un hombre delgado con el cabel o canoso.

—¿Colin?

Él deja el periódico y me dedica una amplia sonrisa con la que es capaz no solo de cerrar negocios, sino también de meterse en líos.

—Sé que siempre digo lo mismo, pero ojalá me l amaras papá.

Me detengo junto a la nevera de camino hacia él y desenrosco el tapón de mi botel a de agua.

—Lo hacía. —Mantengo un tono desenfadado y burlón, pero cada palabra es en serio

—. Tú la jodiste. Y ahora tengo otro padre.

—Sigo siendo tu padre biológico, nena.

Suspiro y me dejo caer en el asiento frente a él. He pasado de adorar a este hombre a tener miedo de él, después a necesitarle y ahora a respetarle. Ha hecho un trabajo impresionante para salir del atol adero de procesamientos y delitos, malas decisiones y

deudas. Al menos eso pensaba hasta que mi madre mencionó la nueva investigación del fisco.

Pero sobre todo, estuvo a mi lado tras el secuestro, cuando lo que necesitaba era escapar.

—Lo eres —concedo a regañadientes—. Pero no empecemos con eso. No estoy de humor para jugar a examinar la mierda de árbol genealógico de mi familia. Y, para que conste, no voy a preguntarte por qué los de Hacienda han l amado a mamá para preguntar por ti.

Él agita una mano.

—Rutina —alega—. Te lo prometo. Estoy en su radar. Es todo. No te preocupes por mí.

—No lo hago. Ya tengo bastantes preocupaciones sin tener que añadirte a ti.

—Lo siento, nena. Por supuesto que sí. —Se apoya en el respaldo de su silla y toma un buen trago de café—. ¿Fuiste a verle? ¿Después de hablar conmigo?

Se refiere a Dalas, por supuesto.

—Sí. Tenía derecho a saber que la OMRR había detenido a Ortega. Igual que lo tenías tú.

—¿Y estás bien?

Tomo un trago de agua.

—Ese es un término relativo.

—Sé que es duro verle. Los dos vivisteis algo que nadie debería tener que soportar y esos recuerdos te atormentan. Estar cerca de él lo empeora, pero estar lejos es como abandonar a un amigo. ¿Me equivoco?

Meneo la cabeza. No se equivoca.

En su boca se dibuja una sonrisa triste.

—Todavía recuerdo el día en que le diste tu conejito de peluche. ¿Cómo se llamaba?

—Señor Algodoncito. —Yo también sonrío—. Me pregunto qué fue de él.

—Puedes hablar con Adele si lo necesitas —continúa, volviendo a nuestro tema inicial

—. Estamos divorciados, pero seguimos muy unidos. Es una terapeuta excelente y el viaje en tren hasta Westchester es corto. No hay de qué avergonzarse porque la noticia sobre Ortega te haya afectado.

—Así es. Pero no necesito hablar con Adele. Y, con franqueza, sería demasiado raro.

Puede que legalmente ya no sea pariente mía, pero desde un punto de vista pragmático, esa mujer era mi madrastra. No puedo hacer eso.

—Bueno, la oferta sigue en pie. Y no te hagas muchas ilusiones, cariño.

Frunzo el ceño.

—¿Que no me haga ilusiones? Lo único que me queda es la esperanza.

Dios mío, quiero abandonarme a la esperanza, pero aquí está Colin, diciéndome que me contenga, y ahí estaba Dalas, cabreado porque fue Bil quien atrapó al malo en vez

de algún agente federal anónimo.

—No pretendía decir eso. —Ha estado muy tranquilo durante toda la conversación, pero ahora parece alterado, como si temiera disgustarme. Con sinceridad, es probable que sea un temor legítimo. Entonces empieza de nuevo—: Solo digo que es algo realmente increíble que hayan detenido a Ortega, pero han pasado diecisiete años y, aunque proporcione buena información a las autoridades, tal vez no conduzca a nada.

Tienes que reconciliarte con el hecho de que puede que nunca sepas quién os hizo eso a tu hermano y a ti.

Durante un momento pienso que va a añadir algo más, pero lo único que hace es apurar el resto del café antes de ponerse en pie. Se dirige a la cafetera y coge la jarra, pero no se sirve.

—¿Colin? ¿Qué ocurre?

—Jamás debiste ir al í. —Tiene la cabeza gacha y habla en voz baja, tanto que casi no puedo distinguir sus palabras. Veo que sus hombros suben y bajan mientras inspira hondo—. Si Eli no te hubiera llevado a Londres, si no te hubieras escapado para ir a ver...

—Pero lo hice —susurro.

¿Acaso cree que no he pensado en eso antes, un millón de veces?

—No me gusta. Me disgusta saber que es posible que nunca sepas quién o por qué.

Y en cierto modo hace que sea peor, porque no deberías haber sido tú.

Entonces levanta la cabeza para mirarme. Tiene los ojos rojos y la voz gutural.

—Mi pobre y dulce nena. Oh, Dios mío, nunca debió pasarte a ti.

Más tarde me recuesto en la silla mecedora exterior para leer el diálogo de la trabajadora social que acabo de escribir. Mi intención es que el director superponga su

voz en las escenas que muestran a los niños atrapados y aterrorizados en el asfixiante

almacén al que los secuestradores llevaron el autobús, de modo que mientras la

asistente social está proporcionando a los padres un falso consuelo, los niños están aterrados.

El trauma de un secuestro es como la muerte de un niño. Siempre te acompañará. Te atormentará en los momentos más inesperados y no puedes protegerte del temor, de la pena. Y, a veces, del remordimiento.

No estoy segura de si lo he plasmado bien en el guion, pero la escena está muy clara en mi mente. El terror. La incertidumbre. El frío, incluso en la habitación más bochornosa, porque no hay manera de mitigar el gélido miedo que te corre por las venas y te hace temblar.

No sé cómo pudieron hallar consuelo aquellos niños, pero yo sobreviví solo gracias a Dalas. A su entereza y a su contacto.

Suspiro, dejo el portátil a un lado y me levanto. Necesito concentrarme en el trabajo.

Los recuerdos me ayudan, pero no puedo dejar que asuman el control.

Voy hasta la terraza y echo un vistazo a mi barrio, a los impresionantes edificios llenos de gente y de sus secretos. De un modo extraño, resulta reconfortante saber que todos ellos tienen algo que ocultar. Todos se arrepienten de cosas, desean cosas, han perdido cosas. Es probable que algunos hayan sufrido más que yo.

Apenas conozco a esas personas, pero sé que no estoy sola, y es una sensación agradable. Tomo aire y me pregunto si mi asistente social debería decir algo parecido a

los padres. Quizá en el segundo acto, cuando...

Le echo un vistazo al reloj de exterior y suelto un taco. Ya son cerca de las cuatro y no me he duchado ni me he vestido. «¡Mierda!»

Entro a toda prisa y bajo las escaleras hasta mi dormitorio. Sé que Brody me

perdonará si llego tarde, pero a mí me sacará de quicio. Empiezo a despojarme de la ropa en cuanto cruzo la puerta y estoy desnuda al llegar al cuarto de baño.

Abro el grifo de la ducha y me meto dentro. Inclino la cabeza hacia atrás y mientras

dejo que el agua resbale por mi cara, sigo pensando en Dalas. En la oscuridad y en el

terror. Estaba el Carcelero, que vino a mí una sola vez, con el rostro oculto y la voz distorsionada. Y la Mujer, que nos traía comida. Siempre llevaba un vestido holgado y ligero, como una túnica, tan amorfo que resultaba imposible decir si era delgada o voluptuosa. Mantenía el cabello oculto bajo una capucha y llevaba una máscara negra,

como las de carnaval.

Después del horror inicial de la comida de gato y la inanición, vino de manera más o menos regular para dejar en el suelo porciones de carne achicharradas o latas frías de verduras. No teníamos cuchillos ni tenedores. Y solo una botella de agua cada vez.

Pero se mantenía alejada casi siempre, y en la penumbra, Dalas y yo nos perdíamos en brazos del otro.

La primera vez fue dulce, tierna y maravillosa a pesar de nuestra infernal situación y el lugar en el que estábamos. Fue una vía de escape. Una liberación.

Joder, el sexo fue el refugio en el que desaparecíamos tan a menudo como podíamos, nos dejábamos llevar. Nos proporcionaba consuelo. Alivio. Nos prometíamos en silencio que siempre estaríamos el uno al lado del otro. Que, de alguna manera, juntos éramos lo bastante fuertes para sobrevivir.

Pero no siempre estábamos juntos. A veces la Mujer nos separaba. Me llevaba a una habitación aparte, a oscuras, y me ataba a una mesa de cemento. Me dejaba allí durante horas, aterrorizada de que ese fuera el final. De que esa puta me dejara allí hasta que muriera.

Por malo que eso fuera, era mucho peor cuando se llevaba a Dalas. No saber era como una tortura para mí, y creo que eso era lo que le hacían a Dalas durante aquellas

interminables y solitarias horas. Torturarlo. Porque cuando me lo devolvían, se apartaba

de mí. No para siempre, pero sí al principio. Como si temiera tocarme. Como si cada momento que nos mantenían alejados fuera un ladrillo o en un muro que nos separaba y

cada vez que volvíamos a estar juntos tuviéramos que atravesar el muro y encontrarnos de nuevo.

Pero lo hacíamos. Siempre lo hacíamos. Y cada vez que se tumbaba sobre mí y me

penetraba con fuerza, era una victoria y una tragedia. Estábamos vivos, sí. Pero sabíamos que tal vez no pudiéramos volver a tocarnos.

Nada estaba prohibido entre nosotros, nada era vergonzoso. Nos amábamos. Nos ayudaba tratar de meter toda una vida en aquellos aciagos días que podrían ser los últimos. Nunca pensamos en las consecuencias y, al volver la vista atrás, tuvimos suerte de que no me quedara embarazada. No sé por qué, quizá no sea fértil. O quizá estaba tan delgada por la falta de alimentos que era imposible que ocurriera. Pero, aunque hubiéramos pensado en ello, no habríamos parado. Por lo que sabíamos, estaríamos muertos antes de que el sol saliera. Y, sobre todo, nos necesitábamos. Joder, nos salvamos el uno al otro. Cada vez que Dal as me besaba, que me abrazaba y se movía dentro de mí, cada vez que me hacía estar así para que fuera libre al menos durante ese momento, sabía que siempre le necesitaría. Que siempre le amaría.

Y, de algún modo, siempre encontraría el camino de vuelta a él.

Ahora, en el mundo real, con el pasado atormentándonos a ambos, solo tengo que descubrir cómo.

14

El tema tabú

Sé que tengo que vestirme, pero cuando salgo de la ducha, Dal as ocupa mi mente, mi cuerpo está demasiado tenso y necesito relajarme.

Titubeo, pero lo deseo. El contacto. La fantasía.

Me tumbo en la cama, con el cuerpo húmedo, y deslizo la mano entre mis piernas. Me acaricio, despacio al principio y luego con más fuerza, con dedos seguros mientras los paso sobre mi inflamado clítoris, ahora mojado y resbaladizo.

Debería levantarme. Debería alejar mis pensamientos del pasado, de Dal as. Debería estar haciendo un millón de cosas en vez de masturbarme, con las piernas vergonzosamente abiertas y mis pensamientos centrados en el hombre que me gustaría que estuviera entre ellas.

Pero no paro. No pararé.

Lo deseo. Creo que incluso lo necesito. Cierro los ojos y me permito sumirme de nuevo en el pasado.

Pienso en la noche antes de que él se marchara al internado y en la historia que me contó en la oscuridad, sobre lo mucho que había deseado nuestro primer beso real de esa noche y lo guapa que le parecía con aquel a tonta camiseta de los Looney Tunes.

Recuerdo el asombro en sus ojos la primera vez que me vio desnuda en aquel a oscura y fría habitación, solo iluminada por la tenue luz de una titilante bombil a amaril a.

Pienso en la sensación de sus manos, tan fuertes y seguras incluso a los quince años.

Y recuerdo sus dedos recorriéndome, explorando cada centímetro de mí, erizándome la piel. La primera vez fue muy dulce, le preocupaba hacerme daño. Pero acepté el dolor porque era Dal as quien me lo infligía. No había extraños en la oscuridad. Ni sombras, ni monstruos.

Estoy muy mojada; levanto las caderas y acelero la cadencia de las pequeñas caricias

circulares alrededor de mi clítoris al tiempo que pienso en otras veces. En su tacto, en su boca, en su pol a. Lo imagino dentro de mí ahora, su cuerpo caliente contra el mío, su

voz susurrándome que no pasa nada. Que estamos juntos. Que todo irá bien.

Y es esa voz lo que me l eva más y más alto. Me aferro a su recuerdo mientras me

toco con más apremio. Mientras gimo, me contoneo y trato de hal ar satisfacción. Y

entonces, por fin, cuando estal o, mi grito resuena en mi silencioso dormitorio.

Jadeo y trato de recobrar la compostura, pero estoy agotada, relajada. Giro la cabeza

hacia un lado y me percato de que son ya las cuatro y media y que lo único que he conseguido es una ducha y un orgasmo. Tengo que estar a las cinco en el apartamento

de Brody en el Vil age.

Me levanto de la cama y me pongo una maxifalda elástica de algodón y un top suelto

a la moda que compré en mi último viaje a Londres. Estoy buscando unas sandalias y

preguntándome cuánto tardaré en coger un taxi, cuando suena el timbre de la puerta.

Al principio lo ignoro, pero cuando suena de nuevo recuerdo que es el día libre de El en y bajo corriendo. Hay una cámara de seguridad camuflada dentro de la luz del porche. Tengo que ahogar un grito de sorpresa cuando echo un vistazo al monitor al pie

de las escaleras.

Esperaba un paquete. Tal vez un vecino.

Sin embargo, es Dal as.

Durante un momento valoro la posibilidad de fingir que no estoy en casa. Por un lado,

tengo prisa por llegar a casa de Brody y no tengo tiempo para charlar. Por otro, considerando lo que estaba pensando hace un rato, lo que acabo de hacer, me

incomoda un poco la idea de dejarle pasar. Como si fuera capaz de captar su olor en mí.

Como si me mirara a los ojos y supiera que me toco mientras pienso en él.

Pero no tengo valor para ignorarle. A fin de cuentas, este fin de semana estaremos

juntos en la isla, así que no cabe duda de que me vendrá bien practicar. Y, además, fui

yo quien le invitó a venir, quien dijo que deberíamos reunirnos. Que debíamos intentar ser amigos.

Y ahora está aquí, en mi puerta, mientras yo me como mis palabras.

Tomo aire, aprieto el botón para abrir la puerta del vestíbulo y salgo a recibirle.

—Hola —digo cuando abro la puerta y le invito a pasar.

Estoy segura de que mi sonrisa parece forzada y no puedo evitar sentirme como si fuera mi cita para el baile de graduación. Es una sensación incómoda, nerviosa, pero me

digo a mí misma que el propósito de este ejercicio es volver a sentirme cómoda en su presencia. Es normal cierto nerviosismo.

—Entra.

Mis palabras no son necesarias, porque él ya ha entrado, como si este sitio le perteneciera. En parte es así, ya que en otro tiempo también fue una de las casas de la

familia.

Levanta con una mano la bolsa de la compra de lona que lleva y mete la otra dentro.

Cuando saca el juego de *Resident Evil* no puedo evitar echarme a reír.

—¿Hablabas en serio?

—Siempre hablo en serio sobre los zombis.

Su tono es suave, lo que hace que me ría con más ganas.

—Te vas a llevar un buen chasco —le amenazo.

—¿Tan buena eres?

—Soy malísima —reconozco—. En serio. Un amigo mío tiene una antigua máquina de

Pac-Mac en su salón. Hasta ese es demasiado juego para mí.

La diversión se apodera de sus labios, lo que es una lástima, porque de pronto recuerdo cómo es sentirlo sobre mi piel.

—Eso no es un problema —me asegura—. Me gusta ganar.

—Bueno, pues te va a encantar jugar conmigo.

—Sé que ganaré.

Me mira a los ojos mientras lo dice y de repente el doble sentido de sus palabras queda muy claro, y lo que había sido una bromita entre nosotros se ha convertido en algo mucho más provocativo.

—Yo...

No sé qué iba a decir, así que es una suerte que me interrumpa.

—Y hay más —añade apresurado mientras mete la mano en la bolsa y saca un envoltorio de plástico transparente con mis aperitivos favoritos.

—¿Palomitas cubiertas de chocolate? ¿De Serenity, en la Séptima? Retiro todo lo malo que he dicho sobre ti.

Él ríe entre dientes.

—Entonces han merecido la pena los siete pavos y medio. —Señala las escaleras con la cabeza—. Vamos. Juguemos.

Una vez más, nuestros ojos se encuentran. Una vez más, ninguno de los dos reconoce a qué quiere jugar de verdad.

—Traeré bebidas y un cuenco para las palomitas —digo con rapidez—. Tú ve a poner el juego.

No espero a que acepte, sino que corro a la cocina, apoyo las manos en la encimera y respiro unas cuantas veces despacio y con calma antes de empezar a poner las cosas en una bandeja.

Dudo con el vino, pues a saber dónde nos llevará el alcohol, y el propósito de esta velada es ver si podemos convertir por la fuerza una loca pasión en una simple amistad.

«Bien —pienso—, agua con gas para los dos.»

Llevo la bandeja hasta la sala de juego y me encuentro con que ya lo ha preparado todo. Me siento a su lado, cojo el mando e intento recordar lo que se supone que tengo que hacer con todos estos malditos botones.

Menos mal que Dalas se apiada de mí y me da un pequeño cursillo, guiándome por la primera escena del juego y permitiendo que me acostumbre a girar, a disparar, a golpear y a todas esas cosas buenas.

También deja que me quede con todas las bonificaciones de salud que encontramos.

Por no hablar de la munición.

—Te dije que siempre te protegería —dice con una sonrisa.

Le brindo otra, pero, para ser sincera, sus palabras me ponen un poco melancólica. Y cuando me mira de reojo con una sonrisa torcida, sé que es consciente de ello.

—¿Debería disculparme?

Yo niego con la cabeza y cojo un puñado de palomitas.

—Limítate a jugar.

Eso hace, y como somos compañeros contra la horda de zombis, en realidad no se puede decir que me derrote, aunque muero cuatro veces en los primeros quince minutos

y en el minuto diecisiete Dal as se está partiendo de risa.

—¿Es necesario que te diga lo patética que eres en este juego?

—Pues no —replico cuando en la pantalla parpadea la muerte número cinco.

—Recuérdame que acuda en tu ayuda cuando ocurra el apocalipsis zombi. Sin mí, les servirás de merienda.

Sonrío de felicidad. Este es el Dal as que conozco. Con el que puedo reír y pasar el rato.

Y, sin embargo, al mismo tiempo este Dal as me da miedo. Porque puedo luchar

contra el Dal as que me tocó de forma tan íntima en la caseta, aunque a veces me abandone la fuerza de voluntad. Puedo contemplar su harén. Sus payasadas en los medios de comunicación. Y puedo afirmar con toda sinceridad que no quiero formar parte de él.

Pero este Dal as es real. Este Dal as es mío. Siempre lo ha sido.

Y aunque sé que tenemos que ser solo amigos, no estoy segura de que podamos ser algún día «solo» algo.

Después de morir otra vez, Dal as me quita el mando y apaga el juego.

—Te dije que era pésima —digo animada, pero mi sonrisa se desvanece cuando veo su cara—. ¿Qué?

—No quiero decírtelo porque no quiero joder una buena noche. Pero tienes que saberlo.

Frunzo el ceño.

—Vale. Te escucho.

—Ortega está muerto.

La noticia me sacude y me levanto en un segundo.

—No, eso no es verdad. Bil me lo habría dicho.

—Suicidio —prosigue Dal as—. Y no te lo ha dicho porque es información clasificada.

—Entonces ¿cómo narices lo sabes tú?

Él frunce el ceño un instante, como si le hubiera formulado una pregunta inapropiada, pero responde de todas formas.

—Sabes que mi amigo Quince está en la inteligencia británica. Me lo ha dicho él, pero no lo cuentes o pondrías su culo en grave peligro.

Cabeceo sin sentir nada.

—Suicidio. No tiene sentido. —Le miro esperando una respuesta. Y entonces entiendo la verdadera importancia de lo que me ha contado—. Era la mejor pista de la OMRR.

—Lo era —admite Dal as.

—Oh.

Mis rodillas ceden mientras se esfuman todas mis esperanzas de encontrar a quien nos secuestró. De que Dal as y yo por fin hal emos respuestas.

Empiezo a hundirme, pero él está ahí para cogerme. Le rodeo el cuello con los brazos y el mundo entero cambia. Ya no estamos Dal as, Bil , Ortega y yo. Ni siquiera Dal as, los zombis y yo.

Solo estoy yo. Solo está Dal as.

Solo los dos y esta acuciante necesidad con vida propia que late entre nosotros. Que no podemos erradicar, que no podemos destruir ni dominar.

Él me mira y puedo ver que también lo siente. Y cuando inclina la cabeza de forma casi inapreciable sé que va a besarme. Y lo deseo. No debería, sé que no debería. Pero deseo este beso.

No puedo tener aquel o que deseo y por eso cierro los ojos, apoyo las manos en sus hombros y le aparto con suavidad.

—¿Jane?

Yo meneo la cabeza.

—Vete. Por favor, Dal as. ¿Puedes irte, por favor?

Y, maldita sea, lo hace.

—Bueno, al menos tenías una buena razón para escaquearte del club de lectura —

dice Brody después de que le haya contado mi tarde de videojuegos con Dal as. He llegado justo cuando el último miembro, Leo, se marchaba, así que le he dado un abrazo

rápido, le he prometido que leería el siguiente libro y luego he dejado que Brody me llevara hasta la cocina para que pudiéramos hablar mientras Stacey recogía.

Hoy lleva puesta una peluca corta morada. Después de terminar la quimio y de que su pelo empezara a crecer otra vez decidió afeitárselo de nuevo.

«Ahora puedo llevar un color diferente cada día —me dijo—. La vida es demasiado corta para no llevar un pelo divertido.»

Vive también según ese lema. Brody me contó que convirtieron la habitación libre en el armario de Stacey y una de las paredes está dedicada por entero a sus pelucas de colores.

Ahora, mientras nos bebemos el champán y ella entra y sale del cuarto con platos y

vasos, me doy cuenta de que Brody no es el único que conoce mis secretos. Stacey también está al tanto. Le di permiso para que se los contase mientras estaba con la quimio. Brody quería hablar con ella durante las largas horas en el silón y yo quise hacerle saber de forma sutil que la quería y que compartiría también sus cargas siempre

que ella quisiera hablar.

Así pues, pese a que nunca he hablado directamente con ella sobre lo que pasa en mi cabeza y en mi corazón, sé que ella lo sabe casi todo.

—Bueno, aquí va la pregunta más importante —dice Brody—. ¿Te lo has pasado bien?

—Sí. —Pienso una vez más en ello, solo para asegurarme—. Me he divertido, y creo que él también.

—Eso es bueno, ¿no? —pregunta Stacey—. ¿No es lo que estás intentando conseguir? ¿Sentiros cómodos en presencia del otro, como amigos?

Ladeo la cabeza y me encojo de hombros.

—He dicho que me lo he pasado bien. No he dicho que fuera cómodo. En realidad, todo lo contrario. Es decir, en un momento dado casi me quedo sin rodil a porque prácticamente he saltado al otro lado del sillón cuando se ha acercado a mí. Resulta que

solo estaba buscando el mando de la tele. Y luego, cuando me ha dicho lo de Ortega...

Me interrumpo y me estremezco al recordar la sensación de estar en sus brazos. No había nada abiertamente sexual en su forma de abrazarme, en el consuelo que me ha dado. Pero yo quería más. Quería mucho, muchísimo más, y odio cómo me hace sentir ese deseo. Perdida, cuando ya había conseguido encontrar la manera de volver en muchos aspectos. Insegura, a pesar de todo lo que he luchado por adquirir confianza en mí misma.

Me inclino hacia delante y me enrosco los dedos en el pelo.

—Soy un completo desastre.

—Lo eres —conviene Brody—. Pero podría ser peor. Por derecho, deberías estar jodida del todo.

—Hum, ¿perdona? —Me señalo a mí misma con el dedo—. Tienes delante de las narices a la definición de jodida que aparece en el diccionario.

—No lo estás —insiste Stacey. Es una mujer menuda, tan bajita que me recuerda a un hada. Pero es feroz y me ha atrapado con sus claros ojos grises—. Eres una superviviente. Créeme. Conozco el tipo.

—Tiene razón —coincide Brody—. Y te mereces algo mejor.

—Eso estaría bien —respondo, de acuerdo con él—. ¿Cómo?

Brody mira a su esposa antes de volver a mí. Exhala una sonora bocanada de aire y acto seguido se pone en pie y comienza a pasearse.

—Se ha convertido en eso para ti. —Se señala de arriba abajo con la mano, como si quisiera ilustrar sus palabras—. Dal as Sykes es tu Santo Grial.

No se lo puedo discutir.

—¿Y qué?

—Deshazte de las expectativas. Erradica la fantasía. —Se sienta a mi lado y se arrima para que nuestros ojos estén a la misma altura. En su boca se dibuja poco a poco

una sonrisa traviesa—. Fól atelo hasta sacártelo del organismo.

—¿Qué? —exclamo, aunque le he oído a la perfección. Tan bien que un pequeño

escalofrío me recorre solo de pensarlo—. Durante años lo único que hemos hecho es luchar contra esto porque ese camino lleva al estrés, a que nos deshereden y a una posible condena por un delito grave.

No es que me preocupe que acostarme con Dalas haga que termine entre rejas.

Técnicamente es incesto criminal —lo he buscado y la ley de Nueva York trata a los hermanos adoptivos igual que si fueran de sangre—, pero imagino que nadie aplicaría la

ley en este caso ya que no llevamos la misma sangre. Pero todo lo demás es verdad.

No quiero ni pensar en qué pasaría si se enteraran los medios. Eso sería peor incluso que el que lo supiera mi padre.

Brody se encoje de hombros.

—Pues no lo hagas —dice como si tal cosa, como si todo esto no fuera más que una broma y no una enorme barrera que tengo que superar o rodear si quiero pasar página emocional algún día.

—¿Que no lo haga?

—Sigue intentando lo que habéis hecho esta tarde. Salid a comer. Al cine. Haced todo lo que hacen los amigos y a lo mejor la cosa mejora y os convertís en unos hermanos normales y corrientes. Buenos amigos. Como prefieras amarlo. —Me muerdo el interior de la mejilla, imaginando lo que viene a continuación—. Pero si crees que eso no va a funcionar... —Su voz se va apagando. En realidad, no es necesario que siga hablando.

Brody levanta la mirada hacia Stacey.

—¿Lo dice en serio? ¿De verdad quiere que yo... que nosotros... demos un salto mortal?

—Eso me ha parecido —responde el a mientras seca una copa de vino.

—Con doble tirabuzón, Janie. —Asiente con la convicción de un hombre que sabe que tiene razón—. Habéis estado viviendo con el recuerdo de algo que ocurrió entre vosotros y que os salvó. Entonces lo necesitabais y ahora os aferráis a el o. Y hasta que

no os permitáis revivir esos momentos, no vais a poder superar el sexo y avanzar hacia la amistad. Créeme, cielo. Fol arte a Dal as es el tema tabú, y no hay otra forma de sortearlo.

—No creo que sea tan sencill o. Ya te he contado lo que pasó en la caseta. Cómo hizo que me sintiera. Solo sirvió para que le desee más.

Y ahora temo que, si me acuesto con Dal as solo para sacármelo de mi interior, sería como un prisionero condenado al que ofrecen su comida favorita antes de morir.

No estoy segura de que pueda salir con vida de nuevo.

Brody menea la cabeza.

—No. No, eso es porque abristeis una puerta y no la cruzasteis. Ve, Janie. Crúzala con él y comprueba si todo es mejor al otro lado, o no.

Stacey posa su mano sobre la mía.

—Creo que tiene razón. Además, ¿qué tienes que perder?

Nada, creo. Llegados a este punto no tengo nada que perder y posiblemente todo que ganar.

15

Jodepolvos

Dal as esperó mientras Damien Stark estudiaba los planos proyectados en la pizarra blanca de la sala de conferencias. De hecho, l evaba diez minutos analizándolos.

Los planos proporcionados para un dispositivo que se podía instalar en el exterior, pero que monitoreaban conversaciones que tenían lugar en el interior de un edificio enviando una serie de pulsaciones a través del sistema eléctrico preexistente. En teoría,

un solo dispositivo que permitía la vigilancia de un edificio tan grande como en el que estaba ahora mismo, y eso que se encontraba en la planta cuarenta y tres.

Era una impresionante pieza de ingeniería. Y en lo que a vigilancia se refería, algo

revolucionario.

Teniendo en cuenta el tiempo que Stark había estado estudiando los detalles, estaba claro que sabía lo que se hacía.

Por fin se volvió hacia Dalas y se apoyó contra la pared como si aquel o fuera lo más normal del mundo.

—Estoy impresionado —reconoció, algo que viniendo de Stark era un gran elogio.

A diferencia de Dalas, el acaudalado experto en tecnología no había heredado su fortuna, sino que había ganado su dinero en el circuito profesional de tenis y construido

una industria multimillonaria con tentáculos en toda clase de pasteles, incluida la tecnología punta.

Se conocían desde hacía varios años y Dalas había invertido en uno de los complejos

turísticos de Stark. Hoy, esperaba convencer a Stark para que gastara parte de su fortuna en el innovador dispositivo de escucha que Noah había diseñado.

—Eso es bueno —contestó Dalas—. Pero lo que necesito saber es si te interesa

fabricarlo y comercializarlo en los términos que he resumido.

Los términos eran muy favorables para Stark, a la vez que financiaban a Dalas y al

equipo que necesitaba para Liberación y proporcionaban unos cuantiosos royalties a Noah por el diseño.

—Podría interesarme. —Cruzó la habitación y retiró una silla para sentarse con las piernas estiradas. Colocó los dedos, unidos por las yemas, debajo de la barbilla—. El concepto me tiene fascinado desde que me lo ofreciste. Ahora siento curiosidad sobre

por qué no utilizas tus propios recursos para fabricarlo y comercializarlo. Posees fábricas en Asia. Y tu división de seguridad no solo podría aprovechar este equipo, sino que además podría conceder una licencia sobre el mismo a las fuerzas de la ley.

—Antes te he dicho que tengo mis razones —adujo Dalas, esperando no haber malinterpretado a su amigo.

No quería que Stark presionara. Lo cierto era que Dalas no podía poner en servicio el dispositivo a través de los canales de Sykes, no sin disparar las señales de alarma que impedirían a Liberación utilizar la tecnología de manera segura y anónima. Pero

confiándosele a Stark y recuperando la licencia no dejaría ningún rastro.

Stark asintió despacio.

—Seguro que las tienes. Y estoy seguro de que sabes que tengo recursos para averiguar dichas razones.

—Los tienes —replicó Dal as. La verdad era que nunca hasta entonces había salido del círculo de Liberación. En primer lugar, porque no era práctico. En segundo, porque

Dal as no solía confiar en otros. Pero necesitaban ayuda para ese proyecto y tenía la corazonada de que podía fiarse de Stark—. Pero me parece que eres un hombre que entiende el valor de la discreción. Y que es consciente de que cualquier hombre es dueño de sus secretos.

Stark le sostuvo la mirada durante un momento. Luego asintió despacio y se puso en pie.

—Echaré un vistazo a tus condiciones y te lo amaré esta semana. Lanzaremos un prototipo dentro de sesenta días.

—Bien.

Dal as se levantó, sorprendido por la magnitud de su alivio. Stark le caía bien. Temía estar siendo un ingenuo, pero creía que, aunque el hombre averiguara lo de Liberación, guardaría el secreto.

Cuando regresó a su despacho después de acompañar a Stark al ascensor, encontró a Gin Kramer, su secretaria, de pie junto a su mesa. Le ofreció el portafolios que le evaba en las manos y golpeteó con la punta de su bolígrafo en el espacio para la firma que se le había pasado esa mañana a pesar del aviso que ordenaba sin rodeos «Firme aquí».

Plasmó otra rúbrica y le devolvió el contrato.

El lo guardó de forma eficiente en la carpeta que había le evado durante cada uno de los veintitantos años que le evaba en la empresa.

—Su madre quiere que la avise de cuándo le egará a la isla. ¿Esta noche o mañana?

—Volaré a Norfolk esta noche y alquilaré un helicóptero para que me lleve a la isla por

la mañana. ¿Puedes arreglarlo?

—Por supuesto.

—¿Ha dicho cuándo llega el resto?

No sabía si debería preguntarle a Jane si quería viajar con él. Pero claro, no estaba seguro de si estaba en condiciones de estar tan cerca de él durante un viaje nocturno.

—Lo siento, señor, no lo ha dicho. ¿Lo pregunto?

—No. No importa.

—Y se supone que he de recordarle que debe un regalo. ¿Quiere que elija algo por usted?

—Ya lo he hecho yo. —A menudo dejaba que Gin eligiese los regalos de empresa, pero se trataba de Poppy y no iba a permitir que otra persona escogiese un regalo para su bisabuelo—. ¿Algo más?

—El señor Foster ha pedido que le lo ame cuando tenga un momento.

—Lo haré. Gracias, Gin.

La secretaria colocó los papeles sobre su mesa y luego dio media vuelta, salió y cerró la puerta.

A solas, Dal as se levantó y se estiró. Se acercó a la ventana y contempló la parte baja de Manhattan y, más allá, la estatua de la Libertad, majestuosa a pesar de su perspectiva desde un punto tan elevado sobre la ciudad.

Se aproximaban al final del trimestre fiscal y antes de que llegara Stark había pasado la mañana poniéndose al día de los negocios de Sykes. A pesar de que su padre conservaba su puesto como presidente del consejo, Dal as había asumido el de consejero delegado del sector comercial del imperio Sykes hacía cinco años y disfrutaba de su trabajo. Y, como había centros comerciales Sykes por todo el mundo, el trabajo le proporcionaba una estupenda tapadera para su labor con Liberación.

Desde el momento en que puso el pie en su despacho esa mañana se había visto desbordado por contratos, informes y columnas de cifras. Pero al menos el ajetreo mantenía a Jane alejada de su mente. Porque últimamente Jane estaba muy presente

en su cabeza.

No la había visto desde la noche en que fue a su casa. La noche en que deseaba tocarla. Besarla. Arrancarle toda la ropa, empujarla contra la pared y hacerle todo tipo de cosas oscuras y pecaminosas.

No lo había hecho y eso le parecía una victoria.

Pero el deseo no había remitido y eso era un puñetero fracaso. En todo caso, la deseaba más. Pensaba más en él. El aroma de su perfume perduraba aún en su ropa.

Bebía agua con gas y él la llenaba sus pensamientos. Cualquier autobús con un anuncio de un videojuego en el lateral hacía que su polera la deseara hasta rozar el dolor.

Y, maldita sea, la semana pasada escuchó uno de sus mensajes de voz y después cerró los ojos y se hizo una paja.

Patético.

Apoyó la frente contra el cristal y contó hasta cinco antes de erguirse de nuevo.

Basta. Se acabó.

La fiesta de la compasión había terminado.

Era hora de volver al trabajo.

Regresó a su mesa, sacó el ordenador y su wifi personales de su maletín y los colocó

frente a él. Luego giró la silla para poder alcanzar el mando que estaba sobre el aparador y presionó el botón para cerrar la puerta con él.

Encendió el portátil y envió al equipo un rápido resumen de su reunión con Stark.

Después de eso, abrió los informes más recientes de sus hombres, satisfecho al ver que

la llave de tarjeta que había clonado para acceder a la propiedad de López había funcionado a la perfección y que a primera hora de esa mañana el equipo había penetrado en la seguridad de Ortega por el punto débil y accedido después a la residencia.

Eran buenas noticias, pero contaba con el otro. Y dado que el informe estaba inconcluso

y no decía nada sobre los halazgos del equipo, sacó su móvil y llamó a Liam.

—¿Qué habéis encontrado? —exigió cuando respondió Liam.

—Estoy escribiéndolo en estos momentos. El lugar es como un cascarón, ahora

mismo estamos buscando la auténtica base que utilizaba, pero hemos encontrado una caja fuerte y un pequeño ordenador portátil en su interior.

—¿Algo de utilidad?

—Es posible. Ahí es donde entras tú.

—Cuéntame.

—El disco duro está encriptado, así que todavía estamos trabajando en ello, pero hemos dado con un nombre: Peter Crowley. ¿Le conoces?

—Le conozco.

Dal as frunció el ceño al pensar en el promotor inmobiliario de cuarenta y pico años con el que había trabajado una o dos veces. El hombre estaba casado, pero se le iban los ojos detrás de las faldas y tenía suficiente dinero como para mantener a dos amantes a la vez.

También celebraba un cóctel en su apartamento de la Quinta Avenida una vez al mes. Sobre el papel era para conocer y saludar a posibles clientes, pero en realidad, Dal as estaba seguro de que buscaba su siguiente revolcón.

—¿Me estás diciendo que estaba conchabado con Ortega?

—No está confirmado. Ortega se inclinaba por el secuestro y la trata de blancas, con alguna que otra incursión en el tráfico de drogas. ¿Parece la clase de cosas en las que Crowley se metería?

—En principio no —reflexionó Dal as—. Pero tú y yo sabemos que nadie es quien aparenta ser.

—Sí, bueno, es posible que Crowley esté limpio como una patena. El viñedo de Ortega era una empresa viable, con clientes en todo el mundo, incluyendo restaurantes y particulares. Crowley podría estar en el sistema como un cliente legítimo. No podremos saberlo hasta que hackeemos el disco duro, pero la encriptación está protegida. Un movimiento en falso y los datos se borrarán. Así que nos lo estamos tomando con calma.

Entretanto, investigaremos a Crowley a la antigua usanza.

—¿Qué necesitas que haga?

—Que entres en su casa y coloques uno o dos micros. Escucharemos. Puede que tengamos suerte.

Dal as rio entre dientes.

—Y yo que pensaba que me ibas a proponer un reto.

Liam y su madre asistirían a la celebración del cumpleaños de Poppy, así que podría llevarle los dispositivos de escucha a la isla. Terminaron la llamada y Dal as tomó aire. Detestaba la idea de que Crowley, un hombre con el que había hecho algunos negocios inmobiliarios, pudiera tener algo que ver con esa clase de mierda. Con el ceño fruncido, llamó a Gin por el interfono y liberó el cerrojo de la puerta.

La secretaria asomó la cabeza al cabo de un momento.

—No estaba en mi mesa. ¿Necesita algo?

—Peter Crowley. ¿Hemos recibido alguna invitación suya últimamente?

—Un interminable chorro. —Una sonrisa se dibujó en sus labios—. He estado rechazándolas con gran pesar. ¿No es eso lo que pidió?

—Así es. He cambiado de opinión. ¿Podrías responder a la próxima con un sí?

Creyó ver cierta desaprobación en sus ojos, pero no dijo nada. Gin Kramer había sido la secretaria de su padre. Conocía a Dal as casi de toda la vida, y aunque era demasiado profesional como para hacer algún comentario, sabía que a él a no le parecían nada bien sus escapadas extracurriculares. Le habría dado igual si se tratara de otra persona, pero Gin le caía bien e intentaba no alardear de su papel de mujeriego y derrochador cuando estaba en la oficina.

Pero a veces resultaba difícil evitar los recordatorios.

—¿Alguna cosa más?

—No. Gracias. Avísame de la fecha y la hora.

—Por supuesto. —Se volvió para marcharse—. ¡Oh! ¡Hola, señora Martin!

«¿Jane?»

El instinto le hizo cerrar el portátil y guardarlo en su mesa, junto con el router wifi. O bien Gin no se dio cuenta o no dijo nada; supuso que la mujer pensó que estaba eludiendo la red de la oficina para poder ver páginas web pornográficas.

Jane se lo preguntaría sin tapujos.

—Gin, me alegro mucho de verte. Y te he dicho un millón de veces que me lo ames Jane.

Desde su posición en la mesa, Dal as pudo verla abrazar a la mujer antes de entrar en el despacho.

Llevaba una falda negra de tubo que se ceñía a sus caderas, zapatos rojos de tacón de aguja y una escotada blusa sin mangas que mostraba su más que adecuado escote.

El atuendo en sí le alertó de que algo pasaba. Estaba sexy. Como para ir a un bar, elegir a un tío y folárselo en el pasillo. Nunca se vestía así cuando sabía que iba a verle.

Demasiado peligroso, tal y como evidenciaban las partes situadas al sur de su cerebro, que estaba cobrando vida.

—¿A qué debo este placer?

Mantuvo un tono informal, pero se preocupó un poco al ver la expresión en sus ojos; una mezcla de terror y férrea determinación.

—Tenemos que hablar. —Cerró la puerta con llave y luego se volvió de nuevo hacia él.

Dal as se sentó despacio.

—De acuerdo —dijo con calma—. Habla.

—Vale. —Se sentó y se alisó la falda, un gesto con el que pretendía camuflar los nervios—. Vale —repitió. Su garganta se movió al tragar saliva y Dal as recordó que en

otro tiempo la oquedad en la base de su cuello sabía tan dulce como la miel—. Lo que pasa es que...

El zumbido del intercomunicador la interrumpió.

—Señor Sykes, siento interrumpir, pero la fiesta del señor Crowley es dentro de una semana. El próximo viernes.

—Muy bien, Gin. Apúntalo en la agenda.

Frunció el ceño. No solía molestarle con los detalles.

—Lo haría, pero tiene un conflicto. Se supone que ha de estar en Montreal con su padre. Tiene todo ocupado desde el viernes hasta el domingo con una serie de eventos

relacionados con la inauguración del nuevo hotel y centro comercial.

—Por supuesto —repuso y maldijo para sus adentros.

Le había prometido a su padre que haría ese viaje, y aunque su rutina de

irresponsable heredero funcionase bien como tapadera para Liberación, la verdad era que quería a su padre y no deseaba que el poco respeto que el hombre todavía sentía

por él se esfumara.

Pero no tenía opción. No era solo un trabajo de Liberación; se trataba de Ortega. Del secuestro. De Jane.

—Dile a mi padre que no podré acompañarle en el viaje —anunció.

Vio cómo Jane abría los ojos como platos.

Esperó a que Gin respondiera.

—¿Gin? —insistió.

—Lo siento, señor —respondió al cabo de un momento—. Me temo que eso es algo que tendrá que decirle usted mismo.

La comunicación se cortó y Jane ladeó la cabeza, como si intentara leer sus pensamientos.

—¿Estás rechazando a papá por una fiesta?

—Crowley da unas fiestas magníficas —adujo—. Nunca sabes a quién puedes conocer.

—Vale. Cómo no.

Se pasó los dedos por el pelo, revolviéndoselo un poco y haciéndole imaginar cómo estaría con la cabeza sobre una almohada y el oscuro cabello extendido encima.

Pero esos pensamientos se desvanecieron cuando él volvió a mirarle. Lo único que vio fue decepción. Deseaba con desesperación decirle que no era el chico malo y gilipollas que él creía.

—Bueno, ¿vas a decirme por qué has venido? —dijo en cambio.

Por un instante creyó que Jane no lo haría. Entonces él meneó la cabeza con tristeza.

—A veces me pregunto por qué deseo tanto que volvamos a estar unidos, ¿sabes?

—Jane...

Su nombre salió de forma estrangulada.

—No. Deja que termine o jamás lo diré. A veces no sé por qué, pero eso da igual, porque lo deseo de verdad, Dalas. Te echo tanto de menos que me duele. Y ni siquiera

hablo del sexo, aunque bien sabe Dios que eso también lo echo de menos. —Sus mejillas adquirieron un adorable tono rosado mientras evitaba mirarlo a los ojos—. Pero sobre todo te echo de menos a ti. Cada día. Todo el tiempo. —Se levantó, incómoda por la inactividad—. Puede que me pase solo a mí... ¿Me pasa solo a mí? —Clavó en él sus ojos con expresión suplicante—. Porque si es así, lo dejaré. Pero no puedo ignorar esto, qué sé yo, esta necesidad entre nosotros.

—No te pasa solo a ti. —Dalas se levantó y rodeó la mesa hasta él. Acercó la mano e hizo lo que le venía días deseando hacer. Le cogió la mano con suavidad. Qué sensación tan maravillosa. Tan perfecta—. No te pasa solo a ti. Yo también lo siento.

Joder, puedo saborearlo. Soy consciente de todo cuando se trata de ti, desde el olor de tu champú hasta el ritmo de tu respiración. No puedo pensar en otra cosa que en besarte.

—Dalas... —susurró con voz entrecortada.

—Pero no podemos. —Se obligó a decirlo porque, de lo contrario, la estrecharía entre sus brazos—. Ambos sabemos por qué no podemos.

—Lo sé —afirmó.

Dal as sabía que se refería a su familia y a la estúpida ley que había convertido cualquier acto de índole sexual entre ellos en un puñetero delito. Pero no era solo eso.

Porque, aunque no fuera un tabú, ella se merecía algo mejor que un hombre como él.

—Pero el caso es que... —Se mordió el carnosos labio inferior—. El caso es que no quiero alejarme sin más. No sin intentar que seamos amigos. Pero no puedo manejar esto. Tenemos que hacer que pare. Esta tensión. Este deseo.

Él ladeó la cabeza con cierta diversión y bastante intriga.

—¿Qué es exactamente lo que sugieres?

Tenía la cabeza inclinada, de forma que miraba más hacia el suelo que hacia él.

—Quiero que me fol es —pidió en voz baja. Pero era imposible que hubiera dicho eso.

Entonces levantó la cabeza y Dal as vio la osadía en sus ojos. Y la pasión—. Tenemos que fol ar hasta que nos saquemos el uno al otro del organismo.

«Quiero que me fol es.»

Dal as apretó el volante con fuerza mientras conducía a toda velocidad por la autopista 9A de camino a Westchester. Era lo bastante temprano como para que la carretera no estuviera colapsada por el tráfico de la hora punta y su Spider tenía tanta potencia que le permitía sortear los pocos coches que se encontraba a su paso.

«Tenemos que fol ar hasta que nos saquemos el uno al otro del organismo.»

Joder, sí que había dicho eso. Lo deseaba de verdad.

Maldita sea, él también.

La necesidad lo dominaba y pisó el acelerador, aumentando la velocidad en otros quince kilómetros por hora, como si pudiera dejar atrás aquella persistente necesidad.

Pero no podía. Lo perseguiría hasta que tuviera a Jane, es decir, para siempre.

Pensó en la cara que había puesto cuando le dijo que no.

—Dal as, sé que parece una locura, pero...

—Si esa es la única forma de que podamos superar esto y ser amigos, me temo que no seremos amigos.

El a se estremeció, como si la hubiera abofeteado. Joder, en cierto modo es como si lo hubiera hecho.

—No lo dices en serio —repuso con voz grave, apremiante—. Sabes que tengo razón.

Dio un paso hacia el a.

—¿Y qué si la tienes? Aun así, no va a pasar. No soy un hombre que quieras en la cama. Puede que pienses que sí, pero no. Te lo prometo.

El a alzó la barbilla y lo miró con los ojos llenos de fuego.

—¿Porque te gusta duro? ¿Porque te gusta sucio? No te sorprendas tanto, hermano.

Tengo oídos. Y la mayor parte del tiempo eres la comidilla de la ciudad.

—¿Que me gusta? Lo necesito así. —La agarró de los hombros—. Y no voy a arrastrarte conmigo, ¿me oyes?

—Dal as...

Había oído su voz quebrarse y se preguntó si había conseguido que entrara en razón.

—Vete —le pidió—. Sal por la puerta y márchate.

Revivió la escena una y otra vez en su cabeza, deseando cada vez que el final fuera diferente. Pero como todas las mujeres de su vida, el a había obedecido.

A diferencia de cualquier otra mujer, se había marchado.

«¡Joder!»

Había dejado Manhattan de un humor de perros que todavía persistía cuando aparcó en el camino de entrada de la fantástica mansión restaurada del siglo XIX en el condado de Westchester. Llegó hasta la puerta con paso airado, consciente de que debería haber avisado de su visita, y llamó al timbre.

Esperaba a Adele, pero fue Colin quien abrió la puerta.

—Vaya, Dal as, qué gusto verte, hijo. —Retrocedió para franquearle el paso y le palmeó la espalda—. Llevo tiempo pensando en que deberíamos quedar y ponernos al día.

—Eso me gustaría.

Colin desapareció de la esfera familiar antes del secuestro, algo nada extraño teniendo en cuenta que los tribunales le habían retirado los derechos paternos y Eli había adoptado a Jane.

Pero cuando Jane suplicó estar más cerca de su padre biológico tras el calvario sufrido, Colin volvió a la órbita de los Sykes. Siguió distanciado de Eli y de Lisa, pero tanto Jane como Dal as procuraron verlo de vez en cuando.

Al principio Dal as solo quería un acceso a la vida de Jane durante aquellos primeros años en los que estaba demasiado sensible como para verle o hablar con él. Pero con el tiempo Colin y él trabaron una amistad sincera y Dal as agradecía que Colin nunca hubiera notado la extraña aunque innegable tensión sexual entre Adele y él.

Siguió a Colin hasta la sala de estar de su exmujer, decorada por un profesional en tonos marfil y beige.

—Adele no me ha comentado que fueras a venir.

—No lo sabía —reconoció Dal as—. ¿Te has enterado de lo de Ortega?

—¿Del suicidio? —Colin meneó la cabeza con tristeza—. Me lo ha contado Jane.

—He estado pensando mucho al respecto —dijo Dal as sin mentir—. Se me ocurrió hablar con Adele —agregó, faltando ahora a la verdad. De hecho, hablar era lo último en lo que pensaba.

—Bueno, llegas en el momento justo. Yo ya me iba.

Sabía que, por educación, debería instar a Colin a que se quedase un poco más. Pero no lo hizo. En esos momentos no estaba de humor para ser educado.

—¿Colin? —La voz de Adele llegó desde el fondo de la casa un momento después.

Llevaba una bata de seda atada a la cintura y, por la forma en que la tela se ceñía a sus

pechos y sus caderas, nada debajo—. Creía que te habías marchado. ¿Se te...? Oh.

¡Dal as! Qué sorpresa tan agradable.

Se acercó y apoyó la palma de la mano sobre su brazo mientras le daba un beso.

—Yo me voy ya —repitió Colin—. Te veo la semana que viene.

Una sonrisa se asomó a sus labios mientras la recorría con la mirada.

La puerta se cerró después de que él saliera y Dal as enarcó una ceja.

—¿Qué? —preguntó el a con inocencia—. Ya te dije que aún nos acostamos a veces.

Que nuestro matrimonio no sobreviviera no significa que el sexo fuera malo.

—No he venido para hablar de ti y de tu ex —replicó—. He venido porque...

—Por Ortega. Sí, lo he oído.

Cruzó la habitación y se sentó en el sillón. Dal as aceptó su invitación y tomó asiento un poco ladeado para poder mirarla a la cara.

El a hizo lo mismo y, cuando se giró, la bata se movió y dejó al descubierto un cremoso muslo. Y un poco más. Aunque ya estaba en la cincuentena, Adele se mantenía

en una forma envidiable. A veces se preguntaba cuánto era natural y cuánto quirúrgico.

Una vez le dijo que había sufrido un accidente de tráfico a los veinte años y que se había sometido a varias operaciones. Por lo que sabía, bien podía haber seguido con el o a lo largo de los años.

—Pero no es Ortega lo que en realidad te preocupa. —Lo miró a los ojos, como si le retara a discutirlo—. Es Jane.

Él no lo negó. No dijo nada.

Adele ladeó la cabeza mientras estudiaba su rostro.

—Tengo razón. —Se arrimó a él y la bata se le subió un poco más, de modo que cuando Dal as bajó la vista pudo ver la sombra en el vértice entre sus muslos—. Estás

aquí por el a. Estás conmigo por el a. —Él alzó la barbilla para mirarla a los ojos y vio el asomo de una sonrisa—. ¿Te acostaste con el a? —preguntó.

—Joder, Adele.

El a le puso la mano en la rodilla con delicadeza. Sintió su peso a través de la tela. Su calor.

Y en ese preciso instante se odió a sí mismo.

La puta realidad era que había ido al í por eso. No para hablar sobre Ortega. No para confiar en que su experiencia profesional lo ayudara con Jane. Sino por eso, porque deseaba liberarse. Porque era la única mujer que sabía lo que de verdad quería. A quién deseaba en realidad.

La mujer que era lo bastante perversa como para satisfacer sus fantasías de pirado.

Pero ahora que estaba al í, la verdad era innegable. No deseaba aquel o. No la deseaba a el a en realidad. Ni ahora, ni nunca más.

El peso de su mano sobre su piel parecía dominante.

—Es una pregunta sencilla —dijo.

Dal as le apartó la mano y se levantó.

—No. No me acosté con el a.

—Mmm.

Se giró en el sillón y extendió los brazos a cada lado del respaldo. Todavía estaba cubierta, pero el cinturón de la bata se había aflojado y a Dal as le pareció que hasta su

ropa se había confabulado para burlarse de él. Para recordarle que había conducido hasta al í porque estaba tan jodido que había pensado que otra mujer podría apartar a

Jane de su mente.

—Puede que no te acostaras con el a —replicó Adele—. Pero lo deseabas.

Era una afirmación, no una pregunta.

Él respondió de todas formas.

—Solo somos amigos. O al menos intentamos serlo.

—No sois solo amigos, *mon chéri*. Cualquier hombre que se haya acostado con su hermana jamás volverá a ser solo su amigo. Puede que no te hayas sentado en mi diván, pero has visto a suficientes terapeutas a lo largo de los años como para saber eso.

—De acuerdo. —Cruzó la habitación y se apoyó contra la pared—. Estamos intentando superar nuestro pasado. Nos echamos de menos. Nos gustaría encontrar la forma de alcanzar cierta normalidad.

—¿Con quién te crees que estás hablando? Los dos sabemos que eso es una gilipol ez.

—Adele...

—No. —Se puso en pie y se acercó a él; la bata se iba aflojando con cada paso que daba—. La deseas. Por eso has venido. —Estaba a solo unos pasos, con el cinturón suelto y la bata abierta flotando a su alrededor. Tenía unos pechos pequeños pero erguidos y el cuerpo torneado, delgado y esbelto como el de una bailarina—. Deja que

yo te dé a Jane —se ofreció. Dal as intentaba convencerse de que no era eso lo que quería, pero su pol a, tensa e incómoda dentro de sus pantalones, discutió esa

afirmación—. Deja de oponerte —continuó con suavidad—. Sabes que tengo razón. Es el a quien te la pone así de dura, no yo.

Dal as no podía negar la verdad. Y cuando el a se inclinó hacia atrás y dejó que la prenda de seda resbalara de sus hombros y cayera al suelo, sabía que debía salir pitando de al í, pero al parecer había perdido la capacidad de moverse.

El a levantó la cabeza y le sonrió, con los ojos llenos de picardía. Luego puso una mano sobre su verga, tan dura que dolía.

—Fól ame —susurró—. Imagina que soy el a y fól ame.

Deseaba hacerlo; lo quería tanto que se odiaba a sí mismo por el o. En su mente deseaba a Jane. Quería imaginar que estaba sepultado profundamente dentro de el a.

Pero era imposible. El a merecía algo mejor. Y, joder, también él.

Apartó a Adele con brusquedad cuando el a empezaba a bajarle la cremal era.

—Joder, Adele, te he dicho que no. No pienso hacer esto. No vamos a hacer esto.

La ira ardió en sus ojos durante un momento. Luego su rostro se calmó y esbozó una sonrisa.

—Bien —musitó, como si él fuera uno de sus puñeteros pacientes—. Estás haciendo

progresos. Pero todavía no te has enfrentado al hecho de que él a jamás va a ser otra cosa que tu hermana. —Le acarició con delicadeza el contorno de la mandíbula—. No vas a sanar hasta que la olvides, Dal as.

16

La chica de la isla

Me dijo que me fuera.

Estoy sentada en la mesa de la cocina de Brody y Stacey, bebiendo café y regodeándome en mi momento de absoluto bochorno.

—Bueno, ¿qué esperabas? —pregunta Brody—. ¿Que te desnudara y te tumbara sobre su mesa?

Intento con todas mis fuerzas no gemir cuando mi mente reproduce esa imagen.

—Por el amor de Dios, Gregory. —Su nombre de pila es Gregory Alan Brody, pero nadie salvo Stacey se atreve a llamarlo así—. Fuiste tú quien le metió en la cabeza este descabelado plan. ¿Y ahora dices que esperabas que le saliera el tiro por la culata?

Stacey es mi aliada, así que no le recuerdo que él también secundó el descabelado plan.

—No es eso lo que quería decir —replica—. Vamos, Jane. Ni siquiera conozco al tío y sé que no hará nada que te hiera. No a propósito. Y no sois solo dos personas que deciden pasar un buen rato. Es tu hermano, lo que hace que sea una gran jodienda, y no va con segundas.

—No compartimos una sola gota de sangre. Me importa poco lo que diga la ley, nuestros padres o toda la sociedad. Es una estupidez.

—Eso no cambia el hecho. No elimina el tabú.

Levanto la vista hacia Stacey y luego la dirijo hacia Brody.

—Pues permíteme que secunde lo que ha dicho tu mujer. Fuiste tú el que lo sugirió.

—Y mantengo mi sugerencia. Solo digo que la impresión que tengo de este tío es que

es un cabal ero.

—Pero ¿tú lees las revistas?

Brody entrecierra los ojos ante mi estal ido.

—En lo que a ti se refiere, pisa con mucho cuidado.

Reprimo las ganas de levantar las manos a modo de rendición.

—En fin, ¿dónde me deja eso a mí?

Él extiende las manos y se encoge de hombros; parece más una madre judía que un camarero medio irlandés convertido en dominante.

—Quieres un polvo, pues vas a tener que dar el primer paso.

Frunzo el ceño. Con franqueza, pensaba que lo había dado.

—¡Aquí está mi niña preciosa!

La abuela, la madre de mi padre, de ochenta años, tiende las manos hacia mí y me apremia para que me acerque.

Se mudó a Florida hace tres años, tras la muerte del abuelo, y no la veo demasiado a menudo. Corro hacia ella y le doy un enorme abrazo. Parece más frágil, y pensar que es probable que pronto la pérdida impide que mi sonrisa sea todo lo alegre que debería ser.

Ella me mira con unos ojos que ahora parecen diminutos, encastrados en un rostro arrugado que jamás se ha sometido a cirugía plástica. «Estas son mis cicatrices de guerra —me dijo en una ocasión, después de que un amigo comentara que la abuela podía permitirse lo mejor sin problemas—. ¿Sabes cuánto trabajo requiere vivir una buena vida? ¿Por qué esconderlo?»

—¿A qué viene ese ceño fruncido? —me pregunta, enmarcándose las mejillas con las manos.

Yo meneo la cabeza y dirijo la mirada hacia mi madre.

—Supongo que es solo que te echo de menos.

Me acerco y le doy otro fuerte abrazo.

—Bueno, eso es porque casi no vienes a visitarme. Tienes mil ones de dólares en un

fondo fiduciario ¿y no puedes volar a Florida de vez en cuando?

La abuela lo dice sonriendo y sé que solo está de broma. Pero tiene razón. Prometo ir a verla más a menudo.

—¿Dónde está el invitado de honor? —pregunto.

Poppy es el suegro de la abuela. Mañana cumplirá cien años, sigue haciendo el crucigrama del *New York Times* todos los domingos, aunque la mano le tiembla demasiado como para anotar él mismo las respuestas.

—Tu padre le ha dicho a Becca que se tome un pequeño descanso y lo ha llevado a dar un paseo por la pasarela que conduce a la playa —responde mi madre.

Becca es su enfermera interna y ayudante de crucigramas desde hace veinte años, lo que la convierte en parte de la familia.

—Oh. Creo que iré a ver si los alcanzo.

Echo un vistazo a la habitación. Hay cinco bungalows en la isla de Barclay además de la casa, que es donde nos encontramos ahora. Es la más sencilla de todas las casas de la familia Sykes, lo que no es decir mucho. Tiene más de quinientos cincuenta y siete metros cuadrados, con paredes que se abren para que toda la planta baja pueda convertirse en un salón exterior que fluye hacia el patio embaldosado.

Siempre me ha gustado este lugar. El mar es precioso y tibio. El cielo es azul y se disfruta de intimidad. Mucha intimidad.

Incluso en un fin de semana como este, en el que hay más de una docena de personas en la casa, sigue habiendo posibilidades de escabullirse. Y creo que eso es lo que la gente está haciendo, ya que aunque mi tío abuelo está hablando con su hijo mayor junto a la ventana, no veo a la mujer de mi abuelo ni a ninguno de sus tres nietos, todos de una edad similar a la mía.

Los saludo, pero no me paro a charlar y me dirijo hacia el patio, con la intención de seguir la pasarela hasta dar con mi padre y con Poppy.

La voz de mi madre me hace parar.

—Deberías comer algo antes de que el servicio retire el bufé.

Asiento y me disculpo otra vez.

—No pretendía llegar tan tarde —digo. Es casi media tarde. Dejo la bolsa en mi bungalow (el que utilizo desde que mis padres decidieron que era lo bastante mayor como para disponer de mi propio espacio) y me dirijo hacia la casa principal—. He salido

de Nueva York antes del amanecer, pero he tenido que esperar al helicóptero en Norfolk.

Un problema mecánico.

—Pero ya estás aquí —me defiende la abuela—. Eso es lo que importa.

Sonrío y pienso en lo agradable que es estar con la familia. En lo diferente que fue

con Dalas en nuestra noche de videojuegos. Él también es de la familia, pero no me sentí tan a gusto como aquí.

No, Dalas Sykes es una categoría aparte. Hermanos con derecho a roce, creo, y entonces maldigo mi estúpido y enfermizo sentido del humor.

Tomo aire. Ahora que le tengo en el pensamiento me veo obligada a preguntar.

—¿Y Dalas?

—Lleva aquí toda la mañana —dice mi madre—. Creo que estaba decepcionado porque no hubieras llegado aún. Volvió a su bungalow hace una hora. Dijo que tenía que hacer unas llamadas.

Yo asiento.

—¿Ha venido contigo la señora Foster?

Mi madre sonrío.

—Por supuesto. Y Liam llega también este mediodía.

Ni siquiera intento disimular mi alegría. Hace semanas que no hablo con Liam, ha pasado mucho tiempo desde la última vez que lo vi y le echo mucho de menos.

—¿Y Archie?

La señora Foster y él son los dos empleados de la familia más antiguos.

—También ha venido, desde luego. ¿Cómo iba tu hermano a sobrevivir sin él?

Con franqueza, creo que sobreviviría sin problemas. Pero no digo nada. Puede que Dal as sea un desastre, pero hay mucho más en él de lo que le gusta enseñar, estoy convencida de el o. Lo que no entiendo es por qué está tan dispuesto a dejar que la gente vea al inútil y no al hombre competente.

Sin embargo, esa no es una cuestión sobre la que quiera reflexionar ahora mismo.

—Voy a reunirme con papá y con Poppy y luego iré a tomar el sol y a leer un poco.

La idea suena de maravil a. No tengo ocasión de vagar todo lo que me gustaría y estoy deseando disfrutar de unas horas de descanso.

—Diviértete. La cena es a las seis. Poppy cena temprano —añade como excusa al ver que enarco una ceja.

—Y la fiesta es mañana al mediodía, ¿no?

Me dice que sí y me da otro abrazo, y luego recibo otro de la abuela antes de agarrar un par de bebidas a base de vino y zumo y meterlas en mi bolsa. Salgo al patio y de ahí a la pasarela de madera. He aprovechado la oportunidad de cambiarme cuando dejé el equipaje en el bungalow, así que ya estoy vestida para mi paseo por la playa.

Llevo un libro en la bolsa, además de una toal a, una botel a de agua y protector solar.

Y ahora también el vino, que siempre es un plus. Me he puesto una camiseta rosa con escote de pico encima de la parte superior del bikini y un pañuelo alrededor de las caderas a modo de pareo, que cubre la parte inferior. Me quito las chanclas y las guardo en la bolsa; es mucho más fácil andar descalza por la playa y no me preocupan las astil as. La pasarela suele estar muy transitada y después de tantos años, está tan pulida como una piedra.

Veo a mi padre al final de la pasarela, de pie junto a la sil a de ruedas de Poppy, y corro hacia el os para darles un abrazo. Poppy esboza una amplia sonrisa desdentada y me tiende una mano temblorosa. Yo se la tomo y le deseo un feliz cumpleaños.

Me quedo un rato ahí, charlando con mi padre y mi bisabuelo. La conversación es informal y fluida. Después del secuestro hubo un tiempo en el que no me sentía cómoda

con mi padre. Me cabreó tanto que mantuviera a las autoridades fuera del asunto que eso

provocó un distanciamiento entre nosotros. Como es natural, él fue testigo del cambio que experimenté, pero nunca le di explicaciones y sé que cree que solo me estaba enfrentando al horror de haber sido secuestrada.

Con el tiempo aprendí a lidiar con el o. Mi padre es quien es. Rico y arrogante. Un hombre que defiende su intimidad. Y entiendo que creyera que impidiendo que el asunto

llegara a los periódicos nos estaba protegiendo. Yo no estoy de acuerdo —creo que tiene tanta culpa como yo de las cuatro semanas de tormento que Dal as vivió de más—,

pero hace años que me reconcilié con el o y me alegro. Porque a pesar de que discrepemos en lo básico en cuanto a que contratara a un grupo de mercenarios, quiero

a mis padres y no deseo que haya una brecha entre nosotros.

La idea me hace suspirar, porque aún hay una potencial brecha abierta y es enorme;

Dal as y yo, y los secretos que guardamos.

Charlo otro rato más con el os antes de despedirme. Camino entre las olas unos minutos y atajo de nuevo hacia la casa para coger el pequeño carrito de golf que he dejado en el camino de entrada. Los bungalows están dispersos por la isla para que cada espacio disponga de privacidad. El mío está al fondo de la isla y cuenta con una

asombrosa vista de la costa sur y del Atlántico.

Queda a tan solo unos cientos de metros de mi lugar favorito, un rinconcito que Dal as, Liam y yo descubrimos cuando éramos unos críos. El acceso no es fácil, ya que

la playa está rodeada por pequeños montículos rocosos en vez de las dunas habituales

en esta isla. Escalábamos los montículos en busca de las piscinas creadas por la marea,

y cuando nuestros padres se enteraron de dónde estábamos, nos prohibieron regresar.

Dijeron que era demasiado peligroso. Que podíamos torcernos un tobillo o acabar

atrapados. Rasparnos una rodilla con las afiladas rocas y sufrir septicemia. Que nos sorprendiera la subida de la marea.

Por supuesto, juramos que no nos acercaríamos más por al í.

Y por supuesto, volvimos casi todos los días.

Creo que es la mejor playa de la isla. Y mientras me muevo con cuidado entre las rocas para llegar a la cala, siento una punzada de melancolía. Echo de menos a mis mejores amigos y no sé cómo recuperarlos.

No he perdido a Liam, pero la distancia y el frenético horario laboral hacen que cuando nos

vemos parezca un encuentro casual.

Por otra parte, mucho me temo que Dal as pronto será una causa perdida y tendré que aceptar la horrible verdad de que nunca podremos ser otra cosa que familia. No un

amigo. Y mucho menos amantes.

Pero no quiero pensar en eso ahora. Solo quiero relajarme y tomar el sol. En cuanto estoy sobre las rocas, busco un lugar en el que extender la toalla. Me quito la camisa, me desato el pareo y guardo ambas cosas en la bolsa para que no se llenen de arena.

Mientras el sol recorre la isla, devoro la mitad del libro junto con el vino que he traído.

Tengo ganas de seguir leyendo, pero el calor y el alcohol me están amodorrando, así que cierro los ojos y me dejo llevar; mi mente se llena de esas imágenes especialmente

vívidas que aparecen entre en sueño y la vigilia.

En esos sueños siempre está Dal as. Su tacto, sus besos. Fantasías mezcladas con recuerdos, y cuando regreso al presente, siento un cosquilleo en la piel y no solo por el calor del sol.

Me tumbo bocabajo durante un minuto para despejarme después de la siesta y es entonces cuando me doy cuenta de que él está aquí. No le veo, tengo la cabeza gacha, y no oigo nada salvo el sonido de las olas al romper contra la costa.

Aun así, estoy segura. Levanto la cabeza muy despacio y echo un vistazo a mi alrededor.

Él está inmóvil en la arena, justo a este lado de la barrera rocosa, y me está mirando con un anhelo tan intenso que mi cuerpo se estremece por su fuerza.

Lleva una camiseta azul y unos pantalones cortos. Va descalzo, igual que yo. Parece relajado y lleno de confianza; un hombre dueño de sí mismo. Un hombre que sabe lo que quiere y está acostumbrado a tomarlo.

Pero aun así no se mueve. No pronuncia mi nombre, no se acerca a mí. Se limita a mirarme, como si no hubiera otro lugar en el que prefiera estar ni otra cosa que desee

hacer.

«Vas a tener que dar el primer paso.»

Las palabras del Brody asaltan mi cabeza, como si la brisa del océano las trajera hasta mí. Tiene razón, desde luego. Sé que es así. ¿No es eso lo que hice en la caseta

cuando convertí su casto beso en algo desenfrenado y ardiente? ¿Y no estuvimos muy cerca entonces de lo que ahora es mi objetivo principal?

Siento mariposas en el estómago, pero no son nada comparadas con el atrevimiento provocado por el alcohol que he tomado.

Sé lo que quiero. Más que eso, sé lo que necesitamos.

Pero si vuelve a rechazarme...

No lo hará, sé que no lo hará. Reconozco el deseo en sus ojos. El mismo que yo siento. Ese deseo opresivo y abrasador.

Solo espera a que yo dé el paso. Sería una grosería no hacerlo, claro.

Me levanto muy despacio; la parte de arriba del bikini apenas me cubre los pezones, ya que los cordones que sujetan los triángulos de tela no están tirantes alrededor de mi cuello. Levanto la mano y tiro del lazo, dejando que caiga la parte superior.

Puedo ver cómo se mueve su nuez incluso desde esta distancia. Envalentonada, doy un paso hacia él, y luego otro. Clavo la mirada en sus ojos, que me miran con una expresión penetrante.

—No finjas que es un encuentro fortuito —digo—. Ambos deseamos lo mismo.

Él no responde, pero cuando me llevo las manos a los pechos y me pellizco los pezones puedo ver que su polla presiona contra sus pantalones cortos, y me invade una

oleada de poder con solo saber que se la estoy poniendo dura.

Aparto las manos de mis pechos y agarro los cordones situados a cada lado de mis caderas, que sujetan los triángulos delantero y trasero que componen la braguita de mi diminuto bikini. Dos simples lazos, que suelto a la vez para luego cambiar de posición, separando las piernas de manera que la prenda caiga a la arena. Me quedo de pie frente a él,

completamente desnuda... y vulnerable.

—Sabes lo que quiero —digo mientras deslizo la mano por mi vientre hasta mi pubis.

Estoy depilada, nada queda oculto a sus ojos. Continúo bajando y mis dedos tocan la mojada e inflamada carne. Estar aquí de pie, expuesta, no solo hace que tenga los nervios a flor de piel, sino también que me sienta más excitada de lo que jamás lo he estado en toda mi vida—. Tú también lo deseas —prosigo con audacia, luego me

muerdo el labio inferior mientras introduzco un dedo en mi interior.

Los ojos de Dal as no abandonan los míos ni un instante, pero tiene la mano sobre su entrepierna y yo jadeo un poco cuando se desabrocha la cremalera y saca su enorme y erecta polla.

Siento que se me encogen las entrañas; una reacción visceral al ver a Dal as acariciándose, observándome. Mi coño palpita y mis dedos se deslizan sobre mi empapado clítoris.

Él se acaricia la polla con fuerza y celeridad y puedo oír el sonido de piel contra piel, de sus graves gemidos, y eso hace que presione más. Que me acerque más. Aprieto, trazando pequeños círculos con los dedos, concentrándome en mi clítoris. La desesperación me domina ahora y no creo que pueda detener lo que deseo.

No quiero detenerlo.

Dejo que mi mirada se aparte del ardor de sus ojos para fijarla en la mano con que se acaricia y tironea de su polla. Veo tensarse los músculos de su abdomen y siento que mi coño me ciñe los dedos.

«Él me está mirando.»

La idea resulta muy erótica y yo estoy cerca, muy cerca. Sé que él también y quiero estar ahí. Joder, lo necesito, y cuando los primeros estremecimientos se apoderan de mí en un inminente orgasmo, pronuncio su nombre en un susurro.

No hace falta más. Dal as está ahí delante de mí, arrojando chorros de semen sobre la

arena a la vez que arquea la espalda, con el cuerpo en tensión y sin apartar los ojos de mi rostro.

Yo también grito, las rodillas se me doblan mientras mi propio orgasmo me atraviesa, rompiéndome en pedazos, y caigo al suelo, sin poder creer lo que acabamos de hacer, pero incapaz de escapar de la innegable verdad de que ha sido una de las cosas más ardientes y eróticas que he hecho en mi vida.

—Dale, oh, joder, Dale. Ha sido...

—Retorcido —concluye—. Sí. No cabe duda de que ha sido retorcido. —En su voz hay cierto tono, casi de ira—. Lo siento, Jane. Lo siento muchísimo.

Yo no respondo; no tengo ni idea de qué decir. Me quedo sentada y observo —en

shock, sorprendida, presa de una absoluta incredulidad— mientras él se guarda la verga, ahora flácida, dentro de los pantalones, da media vuelta y sube por las rocas, dejándome sola y desnuda en la cala.

17

Retorcido

Retorcido.»

¿No era eso lo que le había dicho a la pelirroja? ¿Que le gustaba el sexo retorcido?

¿Sucio? ¿Vil?

Y era verdad. Era la pura verdad.

Pero no con Jane. Nunca había querido arrastrarla de esa forma con él. Pero ¿qué había hecho a la menor oportunidad? Se la había meneado mientras la veía

masturbarse, igual que habría hecho con cualquiera de las demás mujeres. Igual que tan

a menudo les había ordenado que hicieran para que él pudiera correrse. Para que pudiera conservar ese férreo control sobre cómo era el sexo en su dormitorio y en el club.

Jamás debería haber sucumbido, pero estaba como una piedra y ella estaba

realmente increíble. Sabía lo que Jane pretendía; su estúpida idea de que necesitaban

foliar hasta sacarse al otro del organismo. No funcionaría. Él jamás se libraría del deseo

que sentía por el a, de la necesidad que sentía por el a. Jane había intentado forzar las cosas, obligarle a tomar la iniciativa.

En cierto modo, eso era justo lo que había hecho.

Se pasó los dedos por el pelo, frustrado porque no sabía qué hacer al respecto.

Estaban subidos en un puñetero tio vivo sexual e iban a tener que descubrir una forma de bajarse si querían tener algún tipo de relación. No podía folársela y no quería perderla, y no tenía más opciones.

Empezaba a dolerle la cabeza. Se sirvió un whisky en el bar para intentar aplacar la incipiente jaqueca con intención de bebérselo con calma, pero lo apuró de un trago y se sirvió otro. Había vuelto a empalmarse solo de recordar cómo se había corrido mientras la veía masturbarse. Se bebió la segunda copa también de un trago y decidió darse una ducha helada para ver si eso servía de algo.

Se quitó la camiseta e hizo lo mismo con los pantalones cortos y los calzoncillos. Ni siquiera había salido de la pequeña sala de estar, cuando oyó que se abría la puerta. Se maldijo por haber olvidado cerrar con llave, no era algo que hicieran en la isla, y se volvió de forma instintiva, esperando que fuera Liam.

Pero era Jane. Con una expresión frenética en los ojos y una descarnada furia en la cara.

—Pero ¿quién demonios te crees que eres?

Se frenó en seco, sin duda porque acababa de darse cuenta de que estaba desnudo, y su pequeño grito estrangulado hizo que su piel, ya acalorada, ardiera aún con más intensidad.

La vio recobrar la compostura. Parpadeó un poco y se mordió el labio inferior mientras sus ojos lo recorrían despacio de arriba abajo.

No creía que lo hiciera a propósito, pero cuando lo miró a sus ojos, se lamió los labios, como si él fuera su alijo privado de dulces. La idea anidó en él, junto con la deliciosa fantasía de cuánto le gustaría ordenarle que le lamiera de arriba abajo.

«¡Joder!»

—¿Es que tú no la amas?

Vio el debate que se libraba en su rostro, junto con un inocente sonrojo que hizo que deseara tumbarla sobre sus rodillas y darle unos azotes solo para ver si podía replicar ese mismo color en su trasero.

La indecisión en su rostro duró solo un momento. Luego avanzó como si la hubieran disparado y se aferró a él; sintió la parte baja de su abdomen tibia contra su polla; su boca dura y caliente sobre la suya.

Debería haberla apartado en ese mismo instante, pero ya no tenía fuerzas. Tal vez ella hubiera ganado, pero desde luego iba a hacer suya la victoria.

Ella tomó de forma frenética, besándola profundamente. Con fuerza. Deslizó una mano por debajo de su cabello y desató el sencillo lazo que sujetaba su bikini. Luego repitió el proceso con el lazo de la espalda.

Los dos triángulos de tela permanecieron en su sitio, sujetos por la presión de sus pechos contra su torso, pero sabía que caerían si se apartaba, dejándola expuesta a su mirada.

No se apartó. Todavía no. No cuando aún podía saborear el momento.

Se centró en su boca. Subió una mano y le sujetó la garganta para que no pudiera retroceder ni moverse. Solo podía abrir la boca para él y darle lo que quería. Y eso hizo; sus quedos gemidos de placer fueron directos a su polla.

Con la mano libre le asió el trasero, buscó el flojo nudo del pañuelo en su cadera y lo desató. Dejó que la seda cayera, previendo repetir el proceso con la braguita del bikini. Pero estaba desnuda debajo del pañuelo y ese pícaro atrevimiento hizo que sonriera y la besara con más intensidad.

Mientras exploraba su boca con la lengua, su palma se amoldó a su trasero desnudo y la apretó contra él para que el movimiento de sus cuerpos unidos acariciara y excitara su polla. La fricción generó que oleadas de placer lo atravesaran, acercándole más al límite, hasta que estuvo a punto de correrse. Sobre su estómago, sobre sus tetas.

Fue entonces cuando por fin una brizna de sentido común se abrió paso entre el velo de sensualidad y la apartó de él.

Con un suspiro, se dispuso a coger sus pantalones cortos, pero ella fue más rápida, los agarró y los arrojó al otro extremo de la habitación.

—¿Qué narices...?

Jane indicó su cuerpo desnudo con un gesto.

—Es lo justo —adujo con voz cantarina.

«Oh, sí.» Cuánto le gustaría tumbarla sobre sus rodillas.

Cerró los ojos y se obligó a no pensar en su trasero. Ni en ninguna parte de ella.

Sabía que le estaba venciendo por agotamiento. Y necesitaba recuperar el control.

—Deberías irte —dijo con firmeza.

Era la clase de tono al que obedecían las mujeres que invitaba a su cama. El tono que impartía órdenes indiscutibles a su equipo.

—Ni hablar —replicó, al parecer inmune—. Estoy harta de esperar, Dale. Voy a coger lo que quiero.

—Tú no quieres esto. —¿Por qué demonios no le entraba en la cabeza?—. No me quieres a mí. Yo no puedo darte...

—¿Qué? ¿Todo? ¿Crees que no lo sé? ¿Crees que no sé lo que somos el uno para el otro? ¿Por qué jamás podrá funcionar? —Le rodeó y se dirigió al dormitorio—. Por supuesto que lo entiendo —prosiguió—. Y si he de ser solo tu amiga, solo tu hermana,

entonces de acuerdo. Vale. Puedo con eso. Pero ni siquiera puedo intentarlo por culpa del maldito tabú. —Se sentó en la cama con las piernas separadas lo justo para que él pudiera ver lo húmeda e inflamada que estaba. Dio una palmada al colchón a su lado—.

Tú me deseas; no se te ocurra negarlo. Y yo te deseo a ti. Por eso he venido a por lo que quiero y luego quizá, solo quizá, podamos despejar nuestras cabezas y seguir adelante.

—¿Es que no lo entiendes? No es posible foliar hasta olvidarnos el uno del otro. Yo

no puedo... —Se cayó, apretando la boca en un gesto severo, y luego inspiró hondo y probó con una táctica diferente—. Tú jamás saldrás de mi organismo y no tienes ni idea de lo que estás pidiendo.

—Sé que no puedo seguir así. Descontrolada y dispersa. Con las emociones a flor de piel. Lo odio, y un día te odiaré también a ti por hacer que me sienta así.

—Tal vez deberías. Tal vez me lo merezca.

—No eres tú quien se lo merece —susurró mientras una sombra surcaba su rostro.

—No. —Recordó lo que él había confesado en la caseta, que se culpaba por esas cuatro semanas de más que había estado retenido—. Ni se te ocurra pensar eso.

Jane le miró y su expresión era ahora dura como el acero.

—Pues aparta mi mente de eso. Dime qué quieres, Dal as. ¿Quieres que me tumbe?

¿Quieres mirar mientras me toco? ¿Quieres que te chupe la polla? —Dirigió la vista hacia el punto en que la polla en cuestión estaba respondiendo de forma entusiasta a todas las preguntas de forma afirmativa—. Bueno —dijo con una sonrisa—. Imagino que

sí.

Él se acercó a la cama.

—¿Es esto lo que quieres? —preguntó—. ¿Que te trate como a una de esas mujeres que caen en mi cama? ¿Que cotillean que han follado conmigo y comentan entre susurros el tamaño de mi polla?

—Bueno, no cabe duda de que es digna de su reputación.

A Dal as no le hizo ninguna gracia.

—Jane.

—Sí. —Alzó la barbilla—. Eso es lo que quiero.

—No tienes la más mínima idea de lo que pides. Si supieras lo que hago con...

—Pues enséñamelo. Finge que soy la pequeña argentina graduada en Oxford. O esa maliciosa pelirroja de tu fiesta. ¿Las besas o eso es demasiado personal? Puede que solo te las fol

es.

Dal as se mofó.

—Eso es lo último que hago.

—Pues enseñame qué haces primero. —Él casi se echó a reír, pero el sonido se le quedó atascado en la garganta cuando el a se levantó y fue hasta él—. ¿Les ordenas que se pongan de rodil as? —preguntó mientras lo hacía—. ¿Les fol as la boca?

Le rozó el glande con la punta de la lengua y luego se lo metió en la boca y lo saboreó.

Y entonces, sin previo aviso, abrió la boca y se lo introdujo tan adentro que sus testículos le rozaban la barbilla.

Una explosiva mezcla de lujuria y odio hacia sí mismo surgió en su interior y Dal as bajó la mano, la agarró por debajo de los hombros y prácticamente la arrojó de nuevo sobre la cama.

El a tropezó y se sentó.

—Joder, Dal as, yo...

Un segundo después estaba delante de el a. La empujó para que se tumbara de espaldas, con las rodil as dobladas y las piernas colgando por el lateral de la cama. Se colocó entre sus piernas y se inclinó. Su mano le presionaba la boca para cal arla mientras el a echaba fuego por los ojos.

—Abre las piernas —ordenó.

Vio que la furia se desvanecía y abría los ojos mientras asimilaba sus palabras. Luego obedeció.

Dal as mantuvo la mano sobre su boca y con la otra tentó la cara interna de los muslos, acariciándola despacio mientras ascendía cada vez más hasta su coño desnudo. El a se retorció bajo su tacto, frustrada porque él no la acariciaba donde quería.

Porque la provocaba y atormentaba.

Tenía intención de hacer eso mismo hasta hartarse.

Con una sonrisa, apartó las dos manos.

—No pares —suplicó, y la necesidad que traslucía su voz le puso aún más duro—. Ni

se te ocurra parar.

—Túmbate más arriba —ordenó.

Jane se apresuró a hacer lo que le decía mientras él se subía a la cama, se colocaba a horcajadas y se frotaba la polla contra su sexo.

—Dal as.

Su nombre casi se perdió en el desesperado gemido.

Él se inclinó para acariciarle los pechos.

—Debería echarte de aquí y cerrar la puerta con llave.

—Quizá. —Su aliento surgía entrecortado, lleno de impaciencia—. Pero no vas a hacerlo.

—¿Por qué no?

—Porque hemos intentado mantenernos alejados y no funciona. Porque me deseas.

Porque estoy desnuda y mojada por ti y eso te excita.

Dal as cerró los ojos para protegerse de la verdad.

—¿Te haces una idea de lo mucho que he deseado esto? ¿De lo mucho que te he imaginado tumbada y desnuda para mí?

Él tragó saliva mientras asentía.

—Por supuesto que sí.

«Por supuesto que sí.»

También él ocupaba sus fantasías, y darse cuenta de una certeza tan simple y sincera le impulsó, dejando atrás la vocecilla en su cabeza que le decía que no estaba bien. Que no habría un final feliz y que la mujer que tenía entre sus brazos no podría completarle. Quizá fuera cierto. Pero en ese momento la sensación era increíble.

O quizá estuviera bien. A lo mejor esa vez, con ella en su cama, todo volviera a ir bien.

Se ofrecía a él como un festín y se inclinó para tomar un bocado. Atrapó el erecto pezón con los dientes y luego lo succionó. Él se retorció de placer y los gemidos que

escapaban de su boca avivaron su deseo.

Quería saborear el resto y empezó a descender con lentitud por su cuerpo, dejando a su paso un reguero de besos y pequeños mordiscos mientras bajaba hacia el paraíso.

Sus jadeos y suspiros eran cada vez más desesperados.

El arqueó la espalda cuando se centró en su ombligo y pudo entender sus suaves y quejumbrosas palabras.

—No pares. Por favor, por favor, no pares.

No tenía intención de parar. Hacía años que deseaba aquel o, que lo necesitaba.

Joder, toda una vida.

Mantuvo la cabeza gacha, con la atención fija en la suave piel de su abdomen

mientras dibujaba un descendente sendero de besos. Sintió los dedos de Jane cuando

los enroscó en su cabello. Cuando le empujó hacia abajo, apremiándole a que se moviera con más rapidez, a que la saboreara y la catapultara a las alturas.

Que era justo lo que él pretendía hacer.

Se desplazó hacia atrás por la cama y deslizó la punta de la lengua por la cara interna de sus muslos. La sujetó con firmeza mientras se retorció de placer.

Muy despacio, emprendió un rosario de besos ascendente, luego lamió su coño con la lengua. Sabía dulce y olía a sexo, y en el instante en que su boca le succionó el clítoris

recordó la primera vez que hizo eso mismo. La confiada inocencia de Jane, su torpe exploración. Y la frenética e increíble unión que sintieron cuando él estalló en sus brazos y ambos consiguieron escapar de la oscuridad. Aunque solo fuera durante un instante.

En la actualidad conocía mejor el cuerpo de una mujer, pero ninguna le había sabido

como Jane ni respondido como él. Introdujo dos dedos en su interior mientras la excitaba con la lengua, lamiéndola, apremiándola, haciendo que forcejeara mientras trataba de cabalgar la pasión.

Y entonces lo sintió. Ese característico estremecimiento cuando gritó, se arqueó y estalló debajo de él y, oh Dios, la expresión de su cara. Pasión. Placer. Una profunda satisfacción.

Era él quien le había dado todo eso. Y no podía entender cómo algo tan

excepcionalmente bueno podía estar mal.

—Dal as —murmuró, mirándole a los ojos—. Hola. Y... ¡Uau!

Él rio entre dientes, divertido, mientras ascendía por su cuerpo y dejaba que saboreara su propio deseo al tiempo que la besaba profunda y apasionadamente.

—Más —susurró cuando él interrumpió el beso—. Por favor. Te quiero dentro de mí.

Dal as pudo ver el deseo atravesar sus ojos y su polla se endureció solo de pensarlo.

Solo de pensar en algo tan maravilloso e increíble. Joder, podía imaginar la sensación de estar sepultado dentro de ella. Estaba tan excitado en ese momento, y ella estaba tan mojada, que sin duda podría llenarla de un único y potente embate.

Y ahí estaba ella, separando aún más las piernas, abriéndose a él. Estaba preparada, muy preparada, y él llegaba anhelando aquel momento más de la mitad de su vida.

«Tenía que hacerlo. Tenía que poseerla.»

Se colocó encima de ella de forma apremiante, duro y listo. Sentirla contra la cabeza de su polla superaba todo lo imaginable, y mientras ella se mordía el labio y susurraba

«Por favor, por favor, date prisa», él se valía de los dedos para abrirla. Intentaba mantener el control, superar las ansias de penetrarla con fuerza para llegar al paraíso.

Sabía que no debía hacerlo. Quería tomárselo con calma.

Presionó solo un poco y, ¡oh, Dios! Era una sensación tan maravillosa... La sujetó de las caderas para poder hundirse más y entonces...

Entonces se perdió.

Lo perdió todo.

El control sobre sí mismo. Sobre el momento.

La maldita erección.

Un virulento arranque de furia y desprecio hacia sí mismo se apoderó de él y se bajó de la cama con brusquedad.

—¿Dal as? No, por favor. —Se apoyó en los codos—. Necesitamos esto. Por favor, no pares. Por favor.

—¿Esto? —Se agarró la pol a fláccida, inservible.

La aspereza de su voz la sorprendió.

Al principio solo parecía confusa, pero luego se giró para poder verle mejor. Primero le miró a la cara. Luego sus ojos descendieron y él pudo ver cómo se dibujaba en su hermoso rostro la comprensión y la sorpresa.

—¿De verdad es esto lo que quieres?

No pudo desterrar de su voz el desprecio que sentía hacia sí mismo.

—Dal as...

Oyó el dolor y la confusión impresos en su nombre.

—Pensé que... esperaba... Oh, joder, Jane, me destrozaron. Pero te tenía presente en mi cabeza cuando... —No podía decirlo. Joder, ni siquiera podía pensar en lo que le había hecho la Mujer. El recuerdo le provocó un estremecimiento y lo apartó—. Tú has sido mi luz todos estos años.

Recordó que Adele le había dicho que si quería poder folársela de verdad debería pensar en Jane, porque sin duda mantendría la erección.

Pero no quiso intentarlo. Jamás mancilaría así a Jane.

Y ahora resultaba que ni siquiera la misma Jane era suficiente para mantenerse erecto.

Meneó la cabeza, asqueado consigo mismo. Avergonzado. Perdido.

—Dal as, no pasa nada. No...

—¿Qué? ¿No es importante? Y una mierda que no. —Tomó aire y luego se rio de lo siniestramente irónico que resultaba todo aquel o—. ¿Crees que deberíamos folar hasta olvidarnos el uno del otro? Bueno, pues sorpresa. Eso no va a pasar. No es posible.

Apretó los puños a los costados, frustrado, tratando de dominar las ganas de atravesar la pared de un puñetazo.

—Estoy roto y soy tu hermano. Y no puedo ser el hombre que te mereces.

No esperó para oír lo que el a tuviera que decir. No esperó para ver su expresión.

Se limitó a dar media vuelta, entró en el cuarto de baño y cerró la puerta. Echó el pestil o y se dejó caer hasta sentarse en el suelo.

En ese instante eso era lo único que podía hacer.

18

Adiós, cielo, adiós

Y el premio al peor modo de manejar una situación es, una vez más, para mí.»

Frunzo el ceño mientras titubeo frente a la puerta del cuarto de baño, con la mano alzada para l amar. Pero no l amo. No sé qué decir.

Suspiro; me odio por sentirme confusa y ultrajada. Por no darme cuenta de que había perdido la erección y por dar por hecho que solo me estaba provocando otra vez.

Y mi cara... Oh, Dios mío, debía de ser todo un poema, y esa no es ni por asomo la mejor manera de tratar un ego masculino frágil. Pero no me lo podía creer, ni siquiera cuando mi mente regresó a la realidad. Al fin y al cabo, estamos hablando del rey del sexo.

Repaso sus palabras en la cabeza.

¿El os le destruyeron?

Me tuvo presente en su cabeza cuando el os, ¿qué?

¿Que yo era su luz?

¿Qué significa eso?

Pero esa no es una pregunta que en realidad necesite hacer. Sé muy bien lo que significa. Le torturaron. Le quebraron.

El Carcelero. La Mujer.

Le destrozaron.

Pienso en todas aquel as interminables semanas tras el chapucero asalto en las que no sabíamos si Dal as estaba vivo o muerto. ¿Era eso lo que le estaban haciendo?

¿Destrozar a un chico inocente por diversión? ¿Para castigarle? ¿Por el pecado de acostarse con su hermana?

No lo sé, pero creo que puede ser cierto.

Todos los terapeutas a los que he visto en los últimos diecisiete años han incluido el síndrome de culpabilidad del superviviente entre mis muchos diagnósticos. Siempre he sabido que era una evaluación acertada, pero solo ahora entiendo la magnitud de lo que él sufrió sin mí. Sigo sin saber con certeza qué le hicieron; de hecho, hasta hace unos instantes creía que no lo recordaba.

Ahora sé que no es así. Sí que lo recuerda, aunque haya jurado lo contrario.

Sospecho que se acuerda de todo. De cada horrible momento.

«Me destrozaron —ha confesado—. Pero estabas presente en mi cabeza.»

Me estremezco al evocar esas palabras. Él aún me desea, aunque debería odiarme.

Porque yo estaba sana y salva en casa mientras él se quedó atrás para sufrir.

No sé cómo seguir adelante.

Me visto otra vez de mala gana. Meto mis cosas en la bolsa y me detengo junto a la puerta del baño. No sé si prefiere hablar conmigo o estar solo, pero no soporto el silencio.

Llamo con suavidad.

—¿Dal as? Dal as, sal y habla conmigo, por favor

Él no responde. Cierro los ojos y exhalo, triste por él y por nosotros. Y también asustada. Porque pensé que íbamos a avanzar y ahora creo que estamos más lejos que

cuando empezamos.

Me dirijo a la puerta principal y salgo al sol de última hora de la tarde, pero al instante deseo haberme quedado dentro.

Mis padres están aquí mismo, paseando por el pequeño sendero que atraviesa el interior de la isla.

Mi madre sonrío y saluda con la mano, pero la expresión de mi padre es de una furia extrema. Mucho me temo que parezco culpable, pero marcharme en dirección contraria sería todavía peor.

Así que inspiro hondo y pongo a prueba mis dotes interpretativas.

—¡Hola! —exclamo, agitando la mano—. Me dio pena no ver a Dal as en el desayuno, así que se me ha ocurrido pasar a saludarle.

—Espero que no se pierda la cena —dice mi madre.

—No sé qué planes tiene —respondo—. Tenía una l amada de trabajo. —Mi voz suena alegre y animada—. Le he dicho que le veré más tarde. —Abrazo a mi madre y le doy un beso en la mejil a a mi padre—. Voy a cambiarme para la cena. Os quiero —digo con el tono animado que parece que soy incapaz de apagar. Me despido de el os agitando la mano y me las arreglo como puedo para no salir corriendo hacia mi bungalow.

19

Los pecados del padre

Dal as oyó cerrarse la puerta y se l amó imbécil de mil formas distintas. Jamás debería haber puesto a prueba sus límites con el a.

Para el caso, jamás debería haberla besado, jamás debería haberla tocado.

Tuvieron su momento cuando eran jóvenes y ambos tenían que superarlo. Estaban persiguiendo fantasmas y eso iba a destruirlos a los dos.

Se levantó y se apoyó contra la encimera del baño antes de mirarse en el espejo.

¿Qué demonios le pasaba? Era un hombre fuerte. Dirigía un imperio multimil onario.

Lideraba una organización secreta. No era débil. No rehuía las tareas difíciles. Cuando tenía un proyecto o una misión, hacía lo que fuera necesario para l evarlo a término. Las emociones no intervenían.

Entonces ¿por qué había dejado que lo hicieran con Jane?

Porque la deseaba.

Porque el a le deseaba. O al menos así había sido hasta que había descubierto aquel a nueva verdad sobre él. Vete tú a saber qué pensaría ahora de él.

Pero que quisieran no significaba que pudieran tenerlo.

Llevaban años torturándose.

No sabía cómo parar. No sabía cómo arrancarse el corazón y sacarla de él.

Pero tenía que averiguarlo.

Porque si seguían así, acabaría arrastrándola al fondo. Y la amaba demasiado como para que eso ocurriera.

Se frotó la nuca para mitigar la jaqueca que amenazaba con instalarse. Jamás se había acostumbrado a que la pol a le fal ase, pero ya no le sorprendía. Todas las veces,

todas y cada una de las veces, perdía la erección. De hecho, ya casi nunca lo intentaba.

Pero eso no era todo. Joder, ni siquiera podía fol arle la boca a una mujer y correrse.

El a podía chupársela hasta el final de los tiempos y no serviría de nada. De hecho, no podía dejar que le masturbara con la mano ni con las tetas.

O se corría por su propia mano, o nada, y no existía un solo terapeuta, un solo medicamento que lo ayudara. No existía una cura mágica. Ya tendría que saberlo; lo había intentado todo.

Este era él; en quien lo habían convertido sus captores. Era todo un experto en satisfacer a las mujeres que pasaban por su cama. Joder, se trataba de una cuestión de

orgul o y camuflaje. Si se marchaban convencidas de que las habían fol ado bien, las probabilidades de que se dieran cuenta de que en realidad no las habían fol ado eran muchas menos.

Pero con los años, una parte de él había acabado creyendo que Adele tenía razón;

que sería diferente si estuviera con Jane. Ahora hasta eso había resultado ser una gilipol ez.

Suspiró. Siempre había dicho que el a merecía más. Algo mejor. Y aunque detestara

la idea de que estuviera en brazos de otro hombre, sabía que era ahí donde debía estar.

Era su hermana. Quizá no de sangre, pero eso no cambiaba la realidad. Y la realidad era que ni siquiera debería estar pensando si su pol a podía o no hacerla feliz.

Una brusca l amada a la puerta le sacó de sus pensamientos. Se puso unos

pantalones de chándal grises que tenía colgados de un gancho detrás de la puerta del

baño y fue a abrir. Una vez más, supuso que sería Liam y una vez más se equivocó.

Su padre estaba en el umbral, con las manos en los bolsillos de sus pantalones de golf a cuadros, su vestimenta habitual cuando no estaba en el despacho aunque no tuviera una partida a la vista.

—Hola, papá. —No pudo disimular su perplejidad. Se hizo a un lado e invitó a su padre a pasar—. ¿Qué ocurre?

—¿Interrumpo tu llamada telefónica?

—¿Qué? —En cuanto la pregunta escapó de su boca se dio cuenta de su error. Era evidente que su padre se había topado con Jane y él a había mentido para encubrirlos—.

No, hace unos minutos que he colgado. Pero estaba a punto de hacer otro par. —Echó un vistazo a su reloj de pulsera para darle realismo.

—Hum. Pues menos mal que te he pillado entre una y otra —respondió sin hacer caso de la indirecta—. Esperaba poder hablar contigo un rato.

—Genial. ¿Quieres algo de beber? Tengo zumo de naranja y agua con gas en la nevera. Y el bar está repleto, si quieres algo más fuerte.

—Estoy bien. —Eli cruzó la habitación hasta una butaca de piel y esperó a que Dal se sentara. Él prefirió quedarse de pie.

—Bueno, solo quería decirte que estoy orgulloso de ti, hijo.

—Oh. —Dal se sentó en la otomana. Fuera lo que fuese lo que imaginara que iba a decir su padre, desde luego no era eso. Sobre todo, porque le había dicho justo el día anterior que no iba a asistir al lanzamiento canadiense de la próxima semana—. Vaya, gracias, señor. Me alegra mucho saberlo.

—No apruebo tu afición por las mujeres, pero has pasado por un infierno que no puedo ni imaginar. Sé que tienes que superar eso, y que quizá te cueste toda la vida. Así que, aunque no me guste, trato de entenderlo. Al menos un poco.

Dal no estaba seguro de adónde conducía aquello, así que no dijo nada. Se quedó sentado en la otomana y esperó a que su padre siguiera hablando.

—Y aunque ha habido veces en que te has perdido una reunión de trabajo para...

bueno, para dedicarte a alguna de tus aventuras, en general estás haciendo un buen trabajo al frente de las divisiones bajo tu responsabilidad. Eres un empleado valioso para

el imperio, Dal as.

—Gracias.

Su gratitud era sincera. Pero aún esperaba a que cayera la guil otina.

—Soy tu padre y estoy muy orgulloso de serlo. Por tus venas corre sangre Sykes, pero tú y yo sabemos que no es la mía. —Dal as asintió despacio mientras el

serpenteante rumbo de su padre iba quedando claro—. Mi hermano cometió errores

terribles durante su vida. Tomó malas decisiones. Decisiones que le destruyeron.

—No me acuerdo de nada de eso, señor. Yo era muy joven.

Eso era muy cierto. Dal as tenía solo cinco años cuando su madre biológica, de la que

solo recordaba el olor a tabaco, lo dejó en los Hamptons.

Eli asintió.

—Lo eras. Y creo que eso fue una bendición. —Se levantó y se dirigió hasta el bar

para servirse un whisky—. No pasaste con Donovan el tiempo suficiente como para que

te estropease.

Dal as reparó en que Eli no mencionó los problemas en los que él mismo se metió en

el instituto. Sus coqueteos con las drogas. Los robos. La había jodido y por eso le habían

enviado lejos, y en su momento Eli estuvo más que dispuesto a achacar el

comportamiento de Dal as a la mala sangre.

Con sinceridad, Eli no se había equivocado.

Dal as no tenía recuerdos propios de sus padres biológicos, pero en cuanto fue lo bastante mayor para leer, averiguar lo que pudiera se convirtió en una prioridad. No encontró nada sobre su madre biológica. Pero sobre Donovan, su padre biológico y hermano de Eli, descubrió muchas cosas.

Si se trataba de algo ilegal o inmoral, Donovan estaba metido. Un chico malo salido

de una película; Donovan se había tirado a todo lo que se movía, lo habían arrestado por posesión de heroína y cocaína, había ido de fiesta con estrellas de Hollywood, había competido en carreras de coches de lujo por la Ruta Estatal 1 y era el ejemplo perfecto de un irresponsable.

Al principio Dallas se sintió asqueado por Donovan. Pero más tarde, cuando creció y empezó a tener pensamientos de carácter sexual con su hermana, se sintió asqueado consigo mismo. De hecho, temía el rechazo de Eli, porque ¿acaso Eli no había dado por perdido a su hermano antes incluso de que dejaran a Dallas en su puerta? ¿Qué le impedía dar por perdido también a su hijo adoptivo?

Dallas había puesto a prueba los límites del amor de Eli. Había consumido drogas, sobre todo marihuana, pero también había experimentado con cosas más fuertes un par de veces. Había robado coches. Y se había masturbado mientras pensaba en Jane.

A pesar de todo, su padre había estado a su lado. Es cierto que le había arrojado a la cara el insulto de la «mala sangre», pero no lo había echado a patadas, sino que le envió lejos. Y aunque al principio le cabreó que le mandaran a un internado, terminó comprendiendo que sus padres estaban intentando recuperarle, no alejarle.

No lo entendió entonces, pero durante diecisiete años de terapia había hablado de otras cosas aparte del secuestro. Era muy consciente de su retahíla de problemas y sabía que había superado muchos de ellos.

Los que perduraban eran los más profundos y oscuros, y Jane estaba justo en el centro de todo. Un lugar en el que no deseaba que estuviera, pero en el que seguiría hasta que pudiera exorcizarla de algún modo y sacarla de su corazón.

Sabía que eso jamás ocurriría.

Su padre volvió a la butaca, deteniéndose delante de Dallas el tiempo necesario para entregarle una copa, que Dallas aceptó agradecido.

—Lo siento. No sé adónde quieres llegar con esto.

—Solo quiero que recuerdes que, te guste o no, también es tu padre. Así que piensa bien qué pasos quieres seguir en tu vida, hijo.

¿Aquel o iba sobre su estilo de vida en público? ¿O se trataba de Jane? ¿Estaba su

padre dándole un simple consejo paternal o bien le estaba diciendo cómo comportarse en el mundo empresarial? ¿O se trataba de un sutil recordatorio de que su amenaza de desheredarle todavía estaba vigente?

Miró a su padre a los ojos.

—No quiero decepcionaros ni a ti ni a mamá.

—Sé que no, hijo. Y esa es una de las razones de que esté tan orgulloso de ti. Pensé que debías saberlo. Creo que no te lo digo lo suficiente.

Una vez entregado el mensaje, Eli se levantó.

—Bueno. Debería ir a ver qué está haciendo tu madre. ¿Te veremos en la casa para la cena?

Dal as pensó en Jane. No le apetecía toparse con ella después de lo que acababa de pasar. Estaba demasiado herido. Se sentía mortificado.

—No lo sé —respondió—. Aún tengo que repasar mi lista de amantes. Puede que me coma un sándwich y que vaya a ver a Poppy más tarde.

—Suena bien.

Mientras se dirigía hasta la puerta, su padre empezó a enumerar algunas ideas sobre la próxima convención de la empresa. Dal as apenas le escuchó. Sus pensamientos estaban con Jane. Con Liberación. Con Adele y los oscuros lugares en los que tan a menudo se sumergía.

Y sabía que, lo quisiera o no, era inevitable que decepcionara a la gente a la que amaba.

Liam llegaba al bungalow cuando Eli se marchaba, así que dejó la puerta abierta para que su amigo pudiera entrar.

—¿Has tenido un buen viaje? —preguntó cuando Liam cerró la puerta y fue directo al bar. Dejó su cartera de cuero en el suelo y cogió un vaso.

—Llegar hasta este lugar es una mierda —se quejó Liam—. Sobre todo si tienes que cruzar medio mundo. —Se sirvió un chupito de tequila y se lo bebió de un trago, un gusto

que Dal as ni comprendía ni compartía—. Pero he visto a Poppy —prosiguió—. Está como una rosa para tener cien tacos.

—Cierto.

Dal as se unió a él en el bar y se sirvió una copa. Le vendría bien.

—Bueno, ¿dónde está Jane? —preguntó Liam—. Suponía que estaría aquí.

Dal as le miró con severidad.

—Creas saber lo que creas saber, no tienes ni idea.

Joder, no deseaba hablar de el o, ni dar vueltas alrededor del mismo tema, ni siquiera pensar en el o. Ahora no. Todavía no.

Liam levantó las manos en alto en señal de rendición.

—No es necesario que me arranques la cabeza, tío. Solo me preguntaba qué tal estaba.

—Ya, pues aquí tienes un consejo: déjalo.

—¿Qué bicho te ha picado?

—Esta conversación se ha terminado, Foster.

Liam ladeó la cabeza.

—Sí, señor Sykes.

Esperó un momento mientras estudiaba a Dal as, y acto seguido se agachó a recoger su cartera, sacó una pequeña caja envuelta en papel marrón y se la entregó.

—Para la fiesta de Crowley del viernes. Tres micros. Despacho. Vestíbulo. Comedor o dormitorio. Mejor el dormitorio, pero es más difícil. Es todo. Nada que no hayas hecho una docena de veces antes.

Dal as asintió y dejó el paquete a un lado. Vaciló durante un segundo; no quería tensiones entre su amigo y él.

—Gracias —fue cuanto dijo—. Te lo amaré cuando los haya colocado.

—Entonces, supongo que estamos listos. —Liam se cargó la cartera al hombro—. Te

veo en la fiesta de mañana.

Abrió la puerta y se marchó. Liam Foster, uno de los mejores amigos de Dal as, no miró atrás ni una sola vez.

20

Silencio

Los últimos compases del *Cumpleaños feliz* quedan sepultados bajo una cacofonía de risas, silbidos y gritos de ánimo generalizados de toda la familia deseando que Poppy viva un siglo más.

Casi toda la familia, en realidad. Incluso Liam, Archie y la señora Foster se han unido a los festejos.

Sin embargo, Dal as no está.

Cuando los aplausos se apagan, Poppy nos brinda una amplia sonrisa desdentada.

Esta mañana ha escupido la dentadura postiza en la arena y Becca dice que aún la están desinfectando. Luego extiende los brazos para que podamos acercarnos a darle un gran abrazo de cumpleaños.

Yo voy después de mi madre, y mientras me abraza con fuerza, me da las gracias por el libro gigante de crucigramas antiguos del *Times*.

—He pensado que después de tanto tiempo será como hacerlos por primera vez —le digo.

Él me da con el dedo en la nariz.

—Y por eso eres una chica tan lista.

Me aparto para que mi tío abuelo pueda acercarse y echo un vistazo alrededor, en parte para decidir con quién charlar a continuación, pero sobre todo porque quiero saber

dónde está Dal as. Sin embargo, no hay ni rastro de él.

Estamos en el patio, junto a la preciosa piscina de estilo gruta, con Poppy en el lugar de honor en la gran mesa exterior. Mi madre se ha acercado a la hoguera y Liam está charlando con su madre. Quiero hablar con él, pero sé que últimamente el poco tiempo

que pasan juntos es valioso, así que me uno a mi madre, ya que yo tampoco la veo demasiado.

—Hola, cariño. —Me sonrío y me tiende la mano—. ¿Te relajaste ayer un rato en la playa? —Me toca con el dedo en el hombro para comprobar si el sol me ha quemado—.

Por lo menos te aplicaste protector solar.

—Siempre.

Mi madre y su piel clara es lo que a veces le aman belleza de Georgia, y me ha inculcado desde pequeña la necesidad de usar protector solar.

—¿Pudiste hablar con Dalas?

Frunzo el ceño.

—¿Qué?

—Ayer, cuando papá y yo nos encontramos contigo. Dijiste que estaba ocupado con una amante.

—Ah, sí. —Me encojo de hombros y espero que el radar de mi madre no capte mi expresión culpable—. Todavía quiero hablar con él de algunas cosas. ¿Sabes dónde está?

—Ha desayunado con Poppy; le ha regalado un libro de antiguos crucigramas del *Times* —agrega con una pequeña sonrisa—. Los dos pensáis igual.

—¿Ha desayunado con él? ¿Por qué? ¿Dónde está ahora?

—Ha vuelto a Nueva York para ocuparse de un problema en el trabajo —responde.

Lo que yo oigo es: «Quería alejarse de ti».

—Vaya, imagino que tendré que pillarle en la ciudad.

Procuro mantener un tono despreocupado. Como si eso no fuera nada. Como si

Dalas y yo no tuviéramos cosas importantes de las que hablar.

—Bueno, el hecho de que fueras a su bungalow y de que pienses verle en la ciudad significa que las cosas están mejor entre vosotros, ¿no?

«He aquí una pregunta capciosa.»

—Algo mejor —digo, dejando que las palabras se asienten en mi lengua mientras

trato de encontrar la forma de responder—. Un poco. Quizá. Es decir, lo estamos intentando. O por lo menos nos esforzamos en intentarlo. —Me encojo de hombros—. Lo

cierto es que nos echamos muchísimo de menos, pero empiezo a pensar que jamás superaremos lo que ocurrió.

—Antes estabais muy unidos —responde con un suspiro—. Erais uña y carne. Y

entonces... En fin, es muy injusto que algo sobre lo que ninguno de los dos teníais ningún control pueda cambiar el curso de vuestras vidas de esta manera.

—Sí, pero nada en un secuestro es justo.

—Mmm —murmura, y por alguna razón tengo la impresión de que estamos hablando de cosas distintas. Pero antes de que pueda insistir, mi madre engancha su brazo al mío y echa a andar hacia la pasarela—. Espero que sepas lo orgullosa que estoy de ti.

Le brindo una amplia sonrisa.

—¿Es esta nuestra charla anual entre madre e hija?

Me da un empujoncito con la cadera mientras caminamos por los tablones hacia la playa.

—No seas impertinente cuando estoy hablando en serio. —Se detiene y me obliga a hacer lo mismo—. Has tenido que superar muchas cosas, cielo. Y sé que Eli y yo no...

—Se interrumpe y frunce el ceño a la vez que cierra los ojos, toma aire y empieza de nuevo—. El secuestro también nos destruyó a tu padre y a mí, y aunque no es ninguna

excusa, sé que después no estuvimos a tu lado todo lo que deberíamos haber estado.

Cuando vuelvo la vista a esos días, lo único que recuerdo es la sensación de aturdimiento.

—¿Crees que no lo entiendo?

—Yo solo... solo quería decirte que en su momento me sentí dolida cuando quisiste

marcharte a estudiar lejos. Y fue injusto por mi parte. Todavía estaba alterada por la pelea con Colin y sabía que me odiaba por pedir en los tribunales que le retiraran sus

derechos como padre. Y entonces, tres años después, cuando quería tenerte en casa para poder mimarte, tú quisiste irte a vivir cerca de él. Estaba furiosa, confusa y dolida.

—Mamá. —Se me forma un nudo en la garganta. De algún modo yo ya sabía todo eso, pero nunca me lo había dicho tan claro—. No podía estar cerca de Dal as. Verle cada día. Recordar cada día.

Arrastro los dedos por los tablones cubiertos de arena y recuerdo cómo me colé en la habitación de Dal as la primera noche que volvió a casa. Me pegué a su espalda y le abracé con fuerza. Quería más, muchísimo más, y sabía que él también. Pero cuando susurré su nombre, él meneó la cabeza.

—No puedo —dijo—. No podemos.

Se dio la vuelta para mirarme a la cara y vi el dolor en sus ojos.

—Lo que tuvimos dentro, ya no podemos tenerlo. Sabes que no podemos.

—Lo sé —susurré—. Pero...

Él me caló con un beso. Nuestro último beso durante mucho, mucho tiempo.

—Tienes que guardar el secreto, Jane. Si nuestros padres se enteraran... Joder, si alguien se enterara...

Cerré los ojos, pero asentí. Él tenía razón. Estábamos libres y eso era bueno. Pero lo que habíamos compartido había quedado atrás, encerrado entre aquellas húmedas y grises paredes. Y esa simple certeza había estado a punto de destruirme.

A la semana siguiente le supliqué a mi madre que me matriculase en un internado cerca de Colin. Y, gracias a Dios, aunque a regañadientes, ella accedió.

—Nunca quise alejarme de papá o de ti —le aseguro—. Eso lo sabes, ¿verdad? Es solo que Dal as...

—Era un recordatorio constante. Lo entiendo. De veras. Y también lo entendía entonces. Quería lo mejor para ti. Me alegraba que pudieras escapar, ir a un lugar en el que te sintieras mejor. Pero a veces duele, a pesar de saber que estamos haciendo lo mejor para nuestros hijos. Quería ser yo quien te besara e hiciera que todo fuera mejor.

—Mamá. —Parpadeo para contener las lágrimas—. Siempre lo haces.

Ella empieza a andar de nuevo.

—En realidad no he sacado este tema porque pensara que necesitemos purificarnos a nivel emocional. Quería decirte que ahora las cosas son diferentes. Para mí, quiero decir. Entiendo que Colin estuvo a tu lado de un modo que yo no podía. Y lo cierto es que siempre le estaré agradecida por eso. Podría haberse alejado. De ti. De todo aquel o. Pero no lo hizo. Asumió sus responsabilidades. Y a pesar de que él y yo no nos hablamos, he pensado que debías saber que le estoy agradecida. Y que me alegra de corazón que mantengáis el contacto.

Siento una opresión en el pecho y asiento, porque creo que empezaré a llorar si hablo.

—¿Estás bien?

—Te quiero, mamá —murmuro entre lágrimas.

—Eso está bien. —Me abraza y la estrecho con fuerza—. Porque yo también te quiero.

Cuando nos separamos, dejamos atrás la pasarela y nos metemos en la arena. El a señala hacia el norte, playa arriba.

—¿Te apetece dar un paseo conmigo? —pregunta—. Podemos buscar conchas.

—Encantada —respondo.

Sé que quizá mi madre nunca conozca todos los secretos de mi corazón, pero no dudo que me quiere. Y al menos en este momento me conformo con pasar un rato con

el a.

Estoy guardando los últimos artículos de tocador en mi bolsa de viaje cuando Liam me llama desde la puerta principal del bungalow, que he dejado abierta para que entrase.

Había prometido pasarse a verme con un par de cervezas.

—¡Aquí! —respondo—. Ábreme una, ¿quieres? Enseguida estoy contigo.

Cierro la cremallera de la bolsa, echo un vistazo a la habitación para cerciorarme de que no me he olvidado de nada y me reúno con él en el salón.

Liam me recibe con una cerveza bien fría. Me va más el vino, pero cuando le doy el

primer trago no puedo negar que sabe de maravilla. Me siento en el sillón, él se sienta a mi lado y entonces me doy cuenta de que estoy sonriendo.

—¿Qué es lo que te hace gracia?

—Nada —reconozco—. Lo que pasa es que hacía siglos que no te veía. —Le he abrazado antes, pero ahora lo hago de nuevo—. Ojalá Dalas estuviera aquí —digo sin pensar—. Estar los tres juntos sería...

Me interrumpo y me encojo de hombros. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que pasamos un rato los tres juntos como solíamos hacer.

—¿Has hablado con él mientras estaba aquí? Y hazme el favor de responder sin arrancarme la cabeza de un bocado.

Yo enarco las cejas.

—¿Por qué iba a arrancarte la cabeza?

—Porque están pasando muchas cosas.

Se levanta para coger otra cerveza de la nevera, donde ha guardado el pack de seis.

—Vas a tener que contarme algo más.

—¿Por qué no me cuentas qué está pasando entre Dalas y tú? —dice y yo cruzo los brazos sobre el pecho porque ese es un tema muy amplio en el que no tengo ganas de entrar cuando hay un helicóptero que viene de camino a recogerme—. Es que anoche fui a su bungalow, te mencioné a ti y el muy mamón casi me arrancó la cabeza. ¿Os habéis peleado?

—Yo no diría eso. Pero estoy convencida de que se ha marchado esta mañana por mi culpa, no por un asunto de trabajo.

Liam me mira a los ojos.

—¿Qué está pasando, Janie?

—No soy quién para contarlo —le aseguro—. Digamos que esperaba que pudiéramos

dejar de evitarnos, pero creo que hemos vuelto a la casilla de salida. O que hemos retrocedido unas cuantas. —Me encojo de hombros—. Le he mandado un mensaje para

ver cómo estaba. No me ha respondido.

—Entiendo.

Se inclina hacia delante para apoyar los codos en las rodillas mientras sujeta la cerveza con las manos extendidas. Tiene la cabeza gacha y parece un tío inmerso en

pensamientos muy profundos o que se debate con un persistente problema. Cuando me

mira, sé que se trata de lo segundo.

—¿Qué? —pregunto.

—¿Qué vas a hacer?

—¿Que qué voy a hacer?

—Estáis intentando resolverlo. Tratáis de arreglar una amistad, una pelea familiar o como demonios queráis amarlo. Y él se levanta y se larga sin más. ¿Qué vas a hacer?

—No... no lo sé.

—Pues eres una amiga lamentable, bonita.

Me levanto de golpe.

—Joder, Liam. No es tan...

—Me importan una mierda tus excusas, ¿vale? —Él también se pone en pie y su

altura me empequeñece—. No se trata de excusas. Debes hacerte una pregunta:

«¿Quiero a ese hombre en mi vida?». —Esboza una sonrisa con ese aire arrogante típico en él—. Ahora mismo se comporta como un capullo y no me sorprendería que la

respuesta fuera no. Pero si la respuesta es que sí... —Toma aire y le veo tranquilizarse

de forma ostensible—. Si es que sí, lucha por él. —Se quita la gorra y se pasa la mano

por la rapada cabeza—. He perdido a muchos amigos en Afganistán, ¿sabes? Los perdí

de verdad y no puedo recuperarlos haga lo que haga. No pierdas a una de las personas

que más te importan en la vida, Janie. No si puedes evitarlo.

Las lágrimas me inundan los ojos mientras él me mira.

—Y si eso significa que hay que luchar, pues, joder, eso es lo que vas a hacer. Si crees que él merece la pena, tienes que hacer todo lo posible.

21

Sexting

Tienes que hacer todo lo posible.»

Las palabras de Liam resuenan en mi cabeza por mil onésima vez desde que anoche me marché de la isla. Me las he tomado en serio y por eso le envié a Dal as un mensaje antes de subirme al helicóptero.

Releo una vez más lo que escribí, tratando de decidir si podría haberme expresado de forma diferente. Escribirlo de un modo que entrase en su dura mol era. Pero creo que transmite lo que quería decir. Lo que pasa es que él lo está ignorando.

Entiendo por qué estás molesto, por qué te echaste atrás y te largaste. Pero no te alejes. Tú no quieres hacerlo y yo no quiero que lo hagas. Podemos intentarlo otra vez. Podemos intentarlo cien veces.

O podemos no intentarlo. Eso también está bien. Yo solo te quiero a ti. A TI.

Por favor, no pienses tan mal de mí como para creer que lo que pasó influye de algún modo en lo que siento, en lo mucho que te necesito.

Lo sabes mejor que nadie. Seguro que eso también lo sabes.

Todavía no ha respondido, pero abro mi aplicación de mensajería por centésima vez esta mañana y lo compruebo. Por si acaso mi móvil se ha olvidado de pitar para avisar de un mensaje entrante.

No hay nada.

Ya que estoy mirando el móvil, decido que debería echar un vistazo a mis emails.

Llevo sin consultar mi correo desde el sábado, cuando me marché de la isla.

Casi todo es basura y boletines informativos que no he solicitado. Echo una somera ojeada a cada mensaje mientras los elimino de la pantalla y entro en mis archivos.

Y ahí está:

D.Sykes@SykesEntUS.com

J...

No podemos jugar a este juego. Son muchas las razones por las que yo no puedo hacerlo y tú las conoces todas.

No quiero echarte de mi vida; joder, ya te echo de menos. Pero tenemos que encontrar la forma de seguir adelante, y si para eso tenemos que desengancharnos, como de una droga, eso es lo que haremos.

Ódiame si quieres. Quizá así será más fácil.

Tu hermano,

Dallas

Durante un minuto me permito contemplar la posibilidad de que tenga tazón. Al fin y al cabo, llevamos muchos años viviendo alejados y hemos sobrevivido. Pero solo ha sido eso: sobrevivir.

Y ahora que le he tocado, que he hablado con él, que he vuelto a estar con él, sé que no quiero limitarme a sobrevivir nunca más. Quiero vivir. A tope y con Dallas, mi mejor amigo. Y mi amante. A la mierda la fruta prohibida.

Con franqueza, me cabrea la idea de que él piense otra cosa, de que pueda volver a hundirse sin más en ese vacío. O miente sobre lo que siente por mí o, lo que es más probable, está dispuesto a sacrificarnos a los dos en aras de las erecciones perdidas, las estúpidas leyes sobre el incesto y los absurdos tabúes sociales.

«Imbécil.»

«Puto imbécil.»

Estoy furiosa con él, pero solo durante un minuto. Luego me calmo y encierro mi furia en una cajita y la rodeo con un bonito lazo rojo.

Se acabó. Se terminó. No hay nada que ver aquí. Sigán su camino.

La ira no me beneficia en nada. Estoy dispuesta a hacer lo que sea necesario, sí, pero no quiero estar delante de él cuando llegue el momento.

Porque, ahora que me ha arrojado el guante de forma oficial, me enfrento al mayor problema de todos: ¿cómo luchar con un hombre que no quiere hacerlo?

—Es fácil —responde Brody cuando le planteo esa misma pregunta en el Starbucks tres horas después—. De la misma manera que te metiste en la cama con él en la isla.

Le he contado toda la historia, hasta la razón por la que no pudimos terminar. Imagino que a Dalas no le haría ni pizca de gracia que airee su historia, pero me aferro a la excusa de que me siento culpable y tengo un ataque de remordimientos.

—Le asalté en su bungalow después de que nos masturbáramos mientras nos mirábamos en la playa —le cuento sin rodeos—. Me parece que recrear esas circunstancias no va a ser fácil.

—Masturbación mental —dice con una sonrisa—. Sexting. Envíale imágenes sugerentes y mensajes todavía más sugerentes. Al final, o bloquea tus mensajes o te folia hasta dejarte seca.

Frunzo el ceño. Creo que la posibilidad de que bloquee mis mensajes es muy, muy real.

Pero no se me ocurre nada mejor.

Por desgracia, tampoco se me ocurre nada que decirle que no suene al guion de una peli porno. Le suplico a Brody que me ayude una vez más, pero hace que mis intentos de enviar mensajes eróticos parezcan una película de Disney.

—Bueno, no te puedo ayudar si no le das a enviar —protesta cuando rechazo su quinto intento—. Si no le mandas los mensajes, vuelve a la casita de salida y aborda al chico.

—Por desgracia, no tiene la costumbre de enviarme su agenda diaria. Y aunque podría controlarle en Twitter o perseguirlo por toda la ciudad, no creo que esa sea mi mejor opción.

Solo es miércoles por la mañana, pero el rey del sexo ha vuelto al trabajo y Twitter

está que arde con los avistamientos de Dal as por toda la ciudad, con una tía buena colgada del brazo, o dos, en varios sitios distintos.

—Si supiera con antelación que iba a estar en algún lugar...

—¿Qué? —pregunta Brody.

—Una fiesta —exclamo mientras me felicito por mi inteligencia—. Resulta que sé de al menos un lugar en el que va a estar.

Le quito mi móvil y empiezo a escribir un mensaje nuevo.

Dices que no quieres jugar a este juego, que quieres seguir adelante. Pero a mí no me engañas. Porque yo te conozco. Te veo con todas esas mujeres y veo lo que nadie ve en Twitter.

Te veo mirándome a mí. Imaginándome a mí.

Tengo razón, ¿a que sí? Deslizas la mano sobre el trasero de una morena y finges que es el mío.

Le agarras una teta a una rubia y recuerdas tu boca en mi pezón.

¿Les metes los dedos en las bragas en la pista de baile? Seguro que sí. Y apuesto a que están mojadas por ti. Pero no tanto como yo. Y mientras las masturbas al ritmo de Lady Gaga, recuerdas cómo era hacer que me corriera con tu lengua.

No intentes negarlo. Lo sé. Y muy pronto te veré y te lo demostraré.

Brody se ha quedado boquiabierto.

—Joder, tía. ¿Quién eres tú y qué has hecho con mi pequeña e inocente Jane?

Pongo los ojos en blanco; nunca he sido inocente.

—Solo amplió mi repertorio —aduzco mientras recuerdo lo increíble que fue masturbarme en la playa frente a Dal as—. Pruebo cosas nuevas.

Leo el mensaje otra vez. Estoy a punto de enviarlo cuando la voz seria de Brody me detiene.

—Espera.

Ladeo la cabeza, confusa.

—¿No es el tono adecuado? Pensaba que te gustaba.

—No, no es eso. Joder, Jane —añade, y se pasa los dedos por el pelo—. Quiero que sepas que estoy a punto de infringir algunas reglas que son importantes para mí. Pero la verdad es que tú me importas más.

Parece nervioso, y no recuerdo haberlo visto así jamás.

—¿Qué demonios pasa, Brody? —Ni siquiera sé cuál es el problema y ya estoy preocupada—. ¿Qué sucede?

—Sabes que llevo a clientas a La Cueva.

—Claro. —Yo nunca he estado allí, pero conozco el club del centro de la ciudad—. ¿Y qué?

—Lo que pasa allí y quién lo frecuenta es confidencial. Contárselo a alguien que no sea miembro supone la expulsión. Así que no debería decir nada. Pero te quiero, y quiero asegurarme de que sabes dónde te metes. Una cosa es folártelo para olvidarte de él, pero si te he entendido bien, ahora quieres folártelo para tenerlo de nuevo en tu vida.

—Así es —respondo, un poco atontada mientras asimilo todo lo que Brody está diciendo, o, más bien, lo que no dice—. Intentas decirme que Dalas es miembro.

—Es un dominante.

Enarco las cejas.

—¿Profesional?

Brody se echa a reír.

—No. Pero cuando actúa, es el mejor. No está allí siempre, pero sí lo bastante a menudo como para que lo haya visto. No he hablado nunca con él, no le conozco en persona y creo que lo que le va es el control, no ese estilo de vida.

—Eso no me sorprende.

—Y ese control se traduce en perversiones.

—¿Qué clase de perversiones?

—Ni idea. A eso me refiero. He oído rumores de que tiene un cuarto de juegos en esa lujosa casa de los Hamptons.

—¿En serio?

Pienso en el enorme sótano que solía albergar una mesa de pimpón y un surtido de máquinas de videojuegos. Hace siglos que no he bajado al í y ahora me pregunto hasta qué punto Dal as ha cambiado la decoración.

—Es solo lo que he oído, aunque no debe de usarla siempre; me dijiste que estaba con esas dos chicas en su dormitorio, ¿no? Pero dudo que acumule polvo. Así que tienes que pensar en eso. Si empiezas, ¿estás dispuesta a ir a donde te l eve?

Sé que Brody está pensando en nuestras sesiones y en mis nada entusiastas reacciones. Pero lo cierto es que ya me estoy mojando solo de pensar en practicar sexo

duro con Dal as. Puedo imaginármelo vendándome los ojos. Azotándome.

Flagelándome.

Sé que él l eva mucha más oscuridad que yo en su interior, pero aquí no se trata de qué le gusta a Dal as, sino de hasta dónde estoy dispuesta a l egar.

Con Dal as l egaré a los confines de la tierra.

Creo que con Dal as podría —sí, podría— incluso ser capaz de practicar bondage.

Miro a Brody a los ojos y me levanto del asiento para darle un beso en la mejil a.

—Gracias por contármelo. Lo que has hecho significa muchísimo para mí.

Vuelvo a sentarme y le envío mi mensaje a Dal as con mucha seguridad y resolución.

Brody tiene una amplia sonrisa en la cara.

—Supongo que eso responde mi pregunta —dice.

—Supongo que sí.

Me levanto para preparar una taza de café. La verdad es que no espero tener noticias de Dal as en breve. Puede no responder nunca.

El teléfono suena antes incluso de que me haya servido la leche.

No juegues a esto, Jane. Te prometo que no ganarás. Es una batalla perdida.

Separados podemos avanzar. Juntos, seguiremos jodiéndonos.

Estoy tan eufórica por haber suscitado una respuesta inmediata que ni siquiera me importa que esté intentando rechazarme. Tecleo a toda velocidad:

Nunca nos hemos jodido entre nosotros. Nos hemos ayudado el uno al otro.

Y creo que lo sabes.

Estoy a punto de enviarlo, cuando Brody me arrebató el móvil de la mano.

—¡Oye!

—Tú espera. —Teclea una frase más y me llevo la mano a la boca mientras lo hace

—. ¿De acuerdo? —pregunta.

Yo asiento. Me encanta. Y llegados a este punto, no tengo nada que perder.

P. D. Voy a seguir jugando a esto. No puedes impedírmelo, pero unos azotes podrían servirme de castigo.

Envía el mensaje y vuelve a sonreír.

—Bueno, ¿dónde es la fiesta? Stacey y yo queremos ver el espectáculo?

—Ni lo sueñes —me niego tajante—. Sería un manojito de nervios. En cuanto a dónde es, estoy a punto de averiguarlo.

Cojo el teléfono y llamo a Gin Kramer.

—Señora Martin —me saluda—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Esperaba que pudieras ayudarme. Estoy muy distraída. Pero sé que en alguna

parte de mi mesa hay una invitación a una fiesta que va a dar Peter Crowley y no la encuentro. ¿No confirmaste la asistencia de Dal as cuando estuve en su despacho el otro día?

—Sí, lo hice. ¿Qué necesita?

—Solo la hora y la dirección. Y si no te molesta, ¿puedes confirmar mi asistencia?

Imagino que el portero tendrá una lista de invitados a la que añadirá sin hacer preguntas a cualquiera que confirme su asistencia a través de la cuenta de correo electrónico de Dal as.

—Por supuesto —responde—. Es el viernes a las ocho en su apartamento de la Quinta Avenida. Le enviaré un email con la dirección para que la tenga a mano.

—Eres estupenda —le digo. Cuelgo y miro a Brody—. El viernes. Comienza la cuenta atrás.

22

Comienza el juego

Dal as estaba de los nervios, y no por el hecho de que acabara de colocar unos micros en el despacho de Peter Crowley mientras este se encontraba a solo metro y medio de distancia, bebiéndose un whisky y comiéndose con los ojos a la mujer que iba del brazo de Dal as.

Ni siquiera tenía que ver con que la mujer, una dulce joven l amada Nina, que acababa de conseguir un papel en el musical *Chicago*, se había fijado en su erección y, dando por supuesto que estaba imaginando cochinadas sobre el a, le había prometido hacerle una mamada en cuanto encontraran un rincón tranquilo.

No, Dal as estaba nervioso por una única razón; su hermana acababa de enviarle otro mensaje de texto, e iba a volverse loco hasta que pudiera coger su móvil y leerlo.

Lo repitió de nuevo en su cabeza de forma áspera y contundente. «Hermana.» Porque si su jueguito l egaba a su conclusión obvia, tendrían que entender en qué se estaban metiendo. Todo. Nada de fingir que no era retorcido, que la ley, la sociedad y todos esos estúpidos tabúes no existían.

Que sus padres harían la vista gorda.

Estaba de los nervios, pero era la viva imagen del sosiego y la frialdad comparado con cómo estaría si la prensa sensacionalista se olía los oscuros y sucios secretos de la familia Sykes.

Pero el verdadero problema era que en esos momentos le importaba una mierda. En

su mente no había espacio para esas preocupaciones. El a lo l enaba todo. Jane y su exquisito juego mental.

Estaba sentado en una sil a frente a la mesa de Crowley. Su acompañante, Nina, estaba en su regazo, acariciándole la pol a con la mano. Y tal y como había predicho Jane, imaginaba que era el a.

Sabía que no debería mirar en esos momentos. El nombre de Jane encabezaba el texto del mensaje.

Pero, joder, tenía que saber lo que decía. Metió la mano en la chaqueta del bolsil o y miró el móvil con la mayor discreción posible mientras Peter Crowley continuaba hablando sobre el mercado inmobiliario en el Upper East Side y Nina seguía acariciándole la pol a.

No llevo ropa interior

Oh, Dios.

Cerró los ojos, contó hasta diez y trató con todas sus fuerzas de recobrar la compostura. Luego escribió una respuesta.

Demuéstralo

Le había dicho que no iba a entrar en su juego, pero ¿a quién quería engañar? Jamás

bloquearía los mensajes de Jane. Y ahora los esperaba con tanta impaciencia que se excitaba con solo oír el pitido del móvil al anunciar mensajes entrantes.

Ayer le había enviado tres. Uno fue un selfi en la ducha, hecho sin duda con disparador automático. El cristal estaba empañado, de modo que solo podía distinguir su

silueta detrás del vapor.

Sabía que era el a... y se había masturbado dos veces delante de la imagen antes de darse una ducha.

Esa noche le l egó otro mensaje; una foto de la ropa interior que iba a ponerse para dormir. Un camisoncito y braguitas a juego, muy escuetas. La imaginó en la cama con aquel o puesto... y luego arrancándoselo del cuerpo y atormentándola sin piedad, l evándola al límite, pero sin dejar que se corriera. Al menos no hasta que él estuviera

listo.

El último mensaje había sido su ruina y se acostó temprano para poder dormirse con la pol a en la mano y con Jane en su mente.

He cambiado de opinión. Duermo desnuda. Me estoy masturbando. Pensando en ti

No había imagen, pero no importaba. Pudo imaginarla con claridad. Pensó en l amarla y describirle todo lo que deseaba hacerle. Las reacciones que deseaba provocar. Todo el placer que quería ver reflejado en su rostro.

Pero ese no era el juego y por eso no la había l amado.

Ahora estaba al í, en aquel a fiesta, con una preciosa mujer bien dispuesta que había dejado muy claro que haría todo lo que él quisiera. Que sería lo que él quisiera.

Salvo que no podía ser Jane.

Suspiró y le dio un suave apretón en la cadera a Nina para indicarle que se levantara.

Quizá no pudiera sacarse a Jane de la cabeza, pero al menos haría su trabajo.

Había colocado el micro en el vestíbulo cuando l egó. No fue difícil. Simplemente dejó

caer unas cuantas monedas, se agachó para recogerlas y pegó el reverso adhesivo del pequeño y redondo dispositivo de escucha a la pata de la mesa de mármol que había en

la entrada.

El segundo lo puso al í, en aquel despacho, y tampoco le había planteado ningún problema. Lo adhirió en la parte inferior de uno de los numerosos estantes que había en

la sala, oculto en el rincón del fondo, donde pasaría desapercibido.

Con algo de suerte, los dos se quedarían ahí de forma indefinida. A fin de cuentas,

gracias a la tecnología de Noah ningún equipo de barrido de dispositivos de vigilancia electrónicos existente podía encontrar esos micros.

El tercero, por su ubicación, iba a ser más complicado. Liam le había pedido que lo

colocara en el salón o en el dormitorio, pero Dal as sabía que la calidad de la información sería mil veces mejor si conseguía ponerlo en el dormitorio. Así que eso era lo que pensaba hacer.

Se levantó y amoldó la mano de forma posesiva sobre el tórax de Nina para rozarle los pechos con las yemas de los dedos.

—Bueno, si buscas un lugar cerca del parque... —decía Crowley, hablando aún sobre el mercado inmobiliario.

—Serás el primero al que le ame —prometió Dal as.

El hombre no había dicho nada hasta el momento que sugiriera que tenía alguna conexión con las actividades delictivas de Ortega, y quizá fuera así. Ese era el propósito de los micros, que el equipo pudiera escuchar y averiguar cosas. Y quizá, solo quizá, impulsar una investigación que se había estancado con la muerte de Ortega.

—Entretanto —continuó Dal as mientras le pellizcaba un pezón a Nina con la fuerza necesaria para hacerla gemir y que Crowley se quedara boquiabierto—. Esperaba que me hicieras un pequeño favor.

—Por supuesto. —Crowley no podía despegar los ojos de la teta de la chica—. Lo que quieras.

—Tengo un... calambre. Mi preciosa amiga Nina va a ayudarme a solucionarlo.

¿Podríamos tal vez continuar con esta conversación dentro de unos minutos?

—Yo... ¿Qué? Oh. Bueno, por supuesto.

Dal as no se sorprendió ante los balbuceos de su anfitrión, porque esa no era la forma adecuada para hacer negocios.

—Es un placer hablar contigo. —Se separó de Nina y atravesó la habitación para estrecharle la mano a Crowley. Después dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta.

Solo para impresionar, chasqueó los dedos y dijo—: Nina, conmigo.

Una chispa de envidia apareció en el rostro de Crowley cuando Dal as salió del estudio con la menuda morena siguiéndole con celeridad.

Solo había dado unos pasos por el salón, donde la fiesta estaba en todo lo alto, cuando la vio.

«Jane.»

Se detuvo y se quedó mirándola. Tuvo que reconocer que había ganado puntos con ese movimiento. No tenía ni idea de que pensaba asistir a la fiesta, pero ahí estaba, charlando con una mujer que estaba casi seguro de que le había hecho una mamada en la parte trasera de una limusina unos años antes.

Jane también lo vio y levantó la cabeza, clavó la mirada en él y esbozó una pausada sonrisa. Un segundo después levantó su teléfono móvil, tecleó en la pantalla y le guiñó un ojo.

Su móvil sonó en el acto. Dal as lo sacó del bolsillo del traje, entró en la aplicación y estuvo a punto de perder el control.

Era una foto... pero no la clase de fotografía que habría esperado de él, aunque después del momento compartido en la playa, no le sorprendía tanto.

Era una foto de su coño, húmedo y resbaladizo. Y de él acariciándose el inflamado clítoris con los dedos.

Era obscena y caliente y el flash de la cámara dejaba muy claro que era la clase de instantánea que se acercaba al porno, no al arte. Y Jane la había enviado. «Jane.»

Estuvo a punto de correrse ahí mismo.

Por su sonrisa, estaba claro que él lo sabía.

Siempre había dado por hecho que se escandalizaría si se enterara de cómo le gustaba jugar. Que la Jane que estaba dispuesta a foliar con él vivía solo en su imaginación.

Pero él le había dado la vuelta por completo a esa percepción y no podía negar que le gustaba aquella nueva realidad.

No sabía lo lejos que podrían llegar, lo lejos que él podría llegar, pero estaba deseando averiguarlo. Porque había una cosa que sabía mejor que nadie. Y eso era satisfacer a una mujer de las formas más creativas.

Y entonces le vino a la cabeza. Supo qué quería.

Jugaría a su juego, sí. Joder, lo estaba deseando. Pero de ahora en adelante iba a ser él quien mandara.

Estás siendo una chica muy mala

Leo el mensaje de Dal as y sonrío para mis adentros. Me siento poderosa y excitada.

Lo soy. Pero no tanto como puedo serlo

Tarda unos segundos en responder y cuando miro me doy cuenta de que ya no está de pie junto a la puerta del despacho de Crowley. Frunzo el ceño y le busco hasta que lo

encuentro en el pasil o del fondo, con la mano en el trasero de su acompañante.

Me digo que es parte del juego, pero eso no impide que los celos me corroan.

Me disculpo con la mujer con la que estoy charlando y me voy al bar. Necesito una copa de vino. Pero mi teléfono vibra de camino a la barra, así que me aparto a un rincón tranquilo y lo saco con impaciencia.

Has visto a la mujer con la que estoy? Me crees si te digo que estoy imaginando que eres tú?

Respondo de inmediato:

Sí

Ojalá estuvieras aquí

Sí. Ojalá.

Ve al cuarto de baño. Súbete la falda. Sienta el culo desnudo en el inodoro y tócate. No pares hasta que yo te lo diga. Pero ni se te ocurra correrte

Lo leo dos veces. Estoy segura de que gimo en ambas ocasiones.

Miro a mi alrededor y veo el tocador. Me apresuro hacia al í, entro y cierro el pestil o.

Me apoyo contra la puerta y respiro con dificultad. Estoy excitada, muy excitada. Tengo los pezones duros y mi coño se muere por un orgasmo.

Deseo a Dal as. Joder, le necesito. Sus manos. Su boca.

Pero también deseo esto. Este juego al que estamos jugando... y la forma en que lo está cambiando, diciéndome ahora qué tengo que hacer. No quiero ponerle fin, me gusta cómo me hace sentir. Como si me estuviera enamorando de él. Como si me estuviera

entregando a él, pero no da miedo ni me enloquece. Al contrario, hace que me sienta segura.

Obedezco. Bajo la tapa del inodoro y me subo la falda. No llevo bragas, eso ya lo sabe, y siento el frío de la porcelana en la piel. Cierro los ojos y deslizo un dedo sobre mi clítoris. Me muerdo el labio cuando una ráfaga de pequeños destellos me atraviesa. Solo

un acercamiento, una promesa de cosas mejores que están por venir.

Estoy tan mojada que tengo la parte interna de los muslos pegajosa y palpito de deseo. Estoy a punto de correrme, así que voy más despacio.

Él me ha dicho que no me corra y estoy decidida a obedecerle.

Por fin suena mi móvil y respondo con la mano libre.

Estás ahí? Te gusta?

Presiono el icono del micrófono para poder dictar mis respuestas porque él me ha dicho que no pare.

—Sí —digo, y mis palabras quedan impresas en el recuadro para el texto. —Me

sorprende el timbre del móvil. Es él, por supuesto, y respondo en el acto—. ¿Dónde estás?

—Ahora mismo me está chupando la polla.

Inspiro de golpe; su voz grave y sensual provoca un montón de sensaciones en mí.

Pero son sus palabras las que me incitan a meterme dos dedos. Mi reacción me escandaliza, pero es imposible negar mi completa excitación.

—Me la está chupando mientras me oye hablar con otra mujer. Sabiendo que deseo follarme a otra mujer.

Introduzco otro dedo y me retuerzo. Cierro los ojos e imagino que es su polla.

—¿Eso te pone cachonda? ¿Saber que otra mujer me tiene dentro de su boca?

¿Sabes que estoy fingiendo que eres tú?

—Sí —susurro.

—Sí, ¿qué?

—Me pone cachonda.

—¿Estás mojada?

—Dios, sí.

—¿Cómo lo sabes?

Me lamo los labios.

—Me estoy masturbando —reconozco—. Imagino que eres tú.

—Buena chica —dice, y su voz suena estrangulada—. Voy a mandarte un vídeo. Tú deberías ser la mujer que me está comiendo la polla. Quiero que te folies con los dedos mientras lo miras. Quiero que te corras.

—De acuerdo.

—No quiero que digas «de acuerdo», cielo. Quiero que digas «sí, señor».

Dejo escapar un gemido, más excitada todavía por esta nueva orden.

—Sí, señor —obedezco—. ¿Dale?

Me estremezco al romper esta nueva regla de manera manifiesta, pero la pregunta es importante.

—¿Sí?

—El vídeo no... Quiero decir, no vas a comérselo tú a ella, ¿verdad?

—¿Quieres que lo haga? ¿Quieres que se lo coma y que finja que eres tú?

—No.

La palabra surge con rapidez. De forma inmediata.

—Buena respuesta, cielo.

—Dale, esto es muy retorcido.

—Cariño, apenas hemos rascado la superficie.

Trago saliva y me pregunto dónde puede desembocar esto.

—Mira el vídeo —ordena—. Córrete. Y luego vete a casa. Espérame en tu sala de estar. En el sillón reclinable de piel. No leas. No veas la televisión. Y no te toques. —Su tono dominante es como una caricia—. Yo iré a verte.

—¿Cuándo? —Me falta el aliento.

—¿Me esperarás?

—Sí —prometo.

Creo que le esperaría siempre.

—Entonces ¿qué más da?

No digo nada.

—Y, ¿cielo? Ponte una bata de seda. Y nada debajo.

23

Juntos en la oscuridad

Me corrí con fuerza en el tocador mientras veía el vídeo. Viendo a otra mujer chupándole la polla. Fingiendo que era yo. Sabiendo que Dal as estaba fingiendo lo mismo.

Oyéndole gemir. Murmurar «Joder, te deseo», y sabiendo que estaba hablándome a mí, no a ella.

Me toqué mientras Dal as retiraba su dura polla de la boca de ella y la tumbaba sobre la cama. Siguió sujetando el móvil con una mano y su polla con la otra mientras le decía que se quedara boca arriba. Que se subiera el vestido.

No le veaba nada debajo e imaginé que era yo. Que yo estaba tendida en la cama, con el vestido subido por encima de las tetas, las piernas bien separadas y preparada. Sentí una opresión en el pecho y me di cuenta de que me daba miedo que fuera a follársela o a comerle el coño, a pesar de lo que me había prometido.

Y aunque me sorprendió darme cuenta de que una minúscula y perversa parte de mí deseaba verle hacer eso mismo, me alivió que no la tocara. En su lugar, se irguió sobre ella y enfocó su erección con la cámara. Su mano. Su polla.

Sus palabras hicieron que me diera vueltas la cabeza. «Solo tú, cielo. Solo tú.» Y

cuando se corrió sobre el vientre de la mujer anónima, grité con la intensa y salvaje liberación de mi orgasmo.

Fue morboso. Fue retorcido. Y un total e inesperado subidón.

En cuanto me recuperé lo suficiente, me coloqué bien la ropa, agarré mi bolso y me marché.

Creí que él estaría justo detrás de mí; di por hecho que vendría corriendo en cuanto yo entrara por mi puerta, se abalanzaría sobre mí y me besaría con pasión.

Creí que estaba tan loco por mí como yo por él. Igual de excitado. Igual de frenético.

Creí que no podría esperar, porque esperar era una tortura y desearía liberarse.

Me equivocaba.

No vino de inmediato. Ni al cabo de diez minutos, de treinta ni de sesenta.

Noventa minutos más tarde empecé a irritarme.

Dos horas después estaba cabreada.

Y ahora, cuando mi reloj marca la una de la madrugada, temo que toda la noche ha sido un error. Que él no me desea. Que no estaba excitado. Que está por ahí, fol ándose

a otra tía buena y que solo estaba jugando a deshacerse de mí o a demostrar algo.

Aunque solo Dios sabe qué es ese algo.

¿Que soy tonta, quizá?

¿Que tendría que haberle hecho caso cuando me dijo que no íbamos a hacer esto?

Recuerdo su email: «Ódiame si quieres».

¿Está tratando de hacer que le odie?

Al final, ya no puedo seguir esperando. Me levanto y me desperezo para

desentumecer mis piernas doloridas por la inmovilidad y me ajusto el cinturón de la puñetera bata que el muy cabrón me ordenó que me pusiera.

Subo las escaleras pensando en darme una ducha rápida para calmar mi

tempestuoso estado de ánimo, meterme entre las sábanas y dormir un año entero. O al

menos hasta mañana por la tarde, cuando tengo que ir a Midtown para grabar mi entrevista en televisión.

Contemplo la posibilidad de enviarle un desagradable mensaje a mi querido y

gilipollas hermano, pero decido no hacerlo. Eso es lo que él espera. Que piense que no le he esperado. Que ni siquiera me he dado cuenta de que no ha aparecido. Que no me importa nada.

«¡Mierda, mierda, mierda!»

Y ya que estoy, a la mierda Liam Foster por convencerme de intentarlo a toda costa. Solo ha servido para darme vanas esperanzas. Y para afianzar lo mucho que me importa.

Porque me importa, joder. Me importa y lo deseo.

Y ahora me siento dolida.

Dal as es la única persona a la que no deseo odiar. A la que no puedo odiar.

Pero después de esta noche pienso que debería odiarle.

Mi dormitorio está a oscuras cuando abro las puertas dobles de golpe. Un pequeño resplandor de las luces de la ciudad se cuele por las cortinas que El en debe de haber

cerrado mientras limpiaba. Qué extraño, sabe que me encanta que me despierte el sol por las mañanas.

Estoy a punto de acercarme al interruptor de la luz cuando me doy cuenta de mi error.

No ha sido El en quien las ha cerrado. Ha sido Dal as.

—¿Cómo has entrado? —pregunto en la habitación a oscuras.

—Me has desobedecido —dice desde el rincón del fondo—. Creo que has perdido todo el derecho a hacer preguntas.

Me giro hacia la voz cuando le ilumina la luz de la lámpara de lectura que acaba de encender. Está sentado en mi sillón de piel color burdeos, con el traje de la fiesta aún puesto y un vaso de cristal medio vacío a su lado.

—Te he dicho que esperaras abajo.

—Lo he hecho.

El corazón me palpita. Me pone nerviosa lo que tenga pensado hacer respecto a mi

desobediencia. De hecho, estoy muy excitada y me pregunto si desde el fondo de la habitación puede ver lo duros que se me han puesto los pezones bajo la bata.

Él enarca las cejas.

—Y sin embargo estás aquí. ¿Por qué?

—Estaba cabreada —reconozco.

—¿Es todo?

Me humedezco los labios.

—Y celosa.

Él asiente, pero no menciona a la chica. No me dice dónde ha estado las tres últimas horas.

Estoy a punto de preguntarle, pero me trago mis palabras. No porque me haya dicho que no tengo derecho, sino porque no quiero conocer la respuesta.

—Quítate la bata —me ordena—. Y ven hacia mí.

Me paso la lengua por los labios.

—Dal as.

—¿Quieres que haga que te corras?

La pregunta es tan inesperada que me sorprende, aunque, dadas las circunstancias, no debería.

—Sí —respondo.

Él sabría que cualquier otra respuesta sería mentira.

—Entonces no quiero titubeos. Ni objeciones. Ven hacia mí, Jane. Quiero ver cómo te mueves. Quiero verte y sentir la impaciencia por tocarte. Quiero estudiar tu cuerpo y decidir la mejor manera de llevarte al orgasmo.

Oh. Entonces, de acuerdo.

Desato el cinturón de la bata y deslizo la seda por mis hombros para que caiga al suelo. Voy hacia él desnuda. Me muevo despacio, y con cada paso me voy excitando más. Y a juzgar por el bulto que veo en sus pantalones, él también.

Cuando estoy a unos centímetros, Dal as se baja la cremalera, se saca la verga y empieza a acariciarse. Es enorme y está muy excitado. Lo imagino l enándome... y

detesto desear eso, porque no sé si alguna vez lo tendré en mi interior. Pero eso es solo una parte de todo lo que quiero hacer con este hombre.

Ahora mismo solo deseo este momento. Cómo me hace sentir, tan sexual y tan viva.

Y cómo me mira, apretando los dientes, como si se estuviera esforzando por mantener el control. Tiene la polla dura como una piedra. Clava sus ojos en mí hasta el punto de que puedo sentir su calor.

—Eres tan hermosa... —susurra—. Tan hermosa. Tan sexy. Tan increíblemente ardiente.

Me lamo los labios y continúo acercándome.

—Dime lo que deseas.

—Te deseo a ti.

—Dime que puedo hacer contigo cualquier cosa.

Se me dispara el corazón.

—Puedes hacerme cualquier cosa.

—¿Debería castigarte? Se suponía que debías esperarme, Jane. ¿Cómo debería castigarte por haber sido una chica tan mala?

—Como más te guste —susurro, y oigo su grave risita.

—Buena respuesta —declara—. Pero no lo dices en serio.

Me detengo al llegar delante de él.

—Sí, lo digo en serio.

En sus labios se dibuja una sonrisa.

—Cielo, no tienes ni la más remota idea de lo que para mí significa «cualquier cosa».

Su forma de decirlo me produce escalofríos y no puedo evitar pensar que tiene razón.

Brody me ha dado una ligera idea, pero en realidad no lo sé. Me pregunto si Dal as me lo

va a enseñar.

Deseo de veras que me lo muestre.

Se pone de pie y se guarda la pol a. Está justo frente a mí, increíblemente sexy con su impecable traje de cinco mil dólares. Tiene el aspecto de un hombre que se siente el dueño del mundo. Un hombre seguro de poder tener a cualquier mujer que desee. Que

pide y espera obediencia. Que castigará a aquellos que se interpongan en su camino.

Es un hombre con sus demonios y así es como lucha contra ellos. Él lo sabe. Lo reconoce.

Yo soy una mujer con mis propios demonios y durante años he buscado una forma de combatirlos. Me he escondido tras un montón de terapias, desde encuentros sin sentido hasta un mal matrimonio, pasando por los fármacos.

Ahora estoy aquí, desnuda y sumisa delante del hombre al que he deseado toda mi vida, y no puedo evitar pensar que el arma contra mis demonios ha sido siempre él. Y que todos los años que he pasado corriendo en dirección contraria han sido una pérdida de tiempo.

Me pone las manos en las caderas y empieza a subir; el lento movimiento de su piel contra la mía me vuelve loca. Cuando llega a mis pechos, los toma en las manos y parecen pesados en sus manos. Tengo los pezones tan duros que casi duelen.

—Tal vez debería apartar las manos —susurra—. Tal vez debería castigarte no tocándote. Avivando tu deseo, pero sin darte lo que quieres. ¿Es eso lo que deseas? — pregunta. Yo niego con la cabeza—. Entonces dime cómo castigarte. Dime qué crees que mereces.

Trago saliva, sin estar del todo segura. No tengo ni idea de lo que espera.

—¿Unos azotes? —sugiero, aunque es difícil pensar en eso como en un castigo cuando la idea de sentir su palma en mi trasero me excita tanto.

Durante un instante pienso que está decepcionado con mi falta de imaginación, pero entonces esboza una sonrisa.

—Muy apropiado. He estado pensando en hacer que tu trasero tenga el mismo tono rosado que tus mejillas cuando te sonrojas por mí.

—¿De verdad has pensado en eso?

La sola idea hace que me estremezca.

—Cielo, he pensado muchas más cosas. Ven aquí.

Me levanta al instante, se sienta y me tumba sobre sus rodillas. Nunca antes me han azotado. Ni siquiera llegué tan lejos cuando probé el juego de la sumisión con Brody.

Pero he leído al respecto. Y he deseado probarlo.

Para ser sincera, he deseado hacerlo con Dallas.

Espero un cachete que no llegue. En cambio, me frota el trasero y luego introduce los dedos en mí. Dejo escapar un gemido ante la inesperada intromisión, pero me gusta tanto que empiezo a frotarme sus dedos.

—Eso es, cielo —dice—. Estás muy cerca. Muy cerca de correrte para mí. ¿Puedes sentirme dentro de ti? ¿Puedes sentir cómo me aprietas los dedos? ¿Cómo palpita tu clítoris al rozarse contra mis pantalones?

Sus palabras me ponen más caliente y puedo sentirle dentro de mí. Mi clítoris está tan duro, tan preparado, que puedo sentir la tensión de mi entrepierna, que indica el incipiente orgasmo. Estoy ahí, ahí mismo, justo ahí...

Dallas retira los dedos y me azota el culo con tanta fuerza que grito.

Pero también me corro con más fuerza de lo que jamás lo he hecho. Vuelve a meterme los dedos y mis entrañas se contraen a su alrededor, bañándole con mi esencia. Sí, ojalá fuera su polla, pero esto es algo tan increíble y tan bueno que ahora mismo no me importa. Solo quiero más y más.

Cuando dejo de estremecerme, me quedo laxa y exhausta. Ya son más de las dos y estoy agotada. Dallas me levanta y me levanta con mucha delicadeza a la cama. Retira las sábanas, me mete dentro y se tumba a mi lado.

—Creía que ibas a castigarme —murmuro.

—¿Quién dice que he terminado contigo?

Me acaricia la mejil a. Su tacto es tan tierno que estoy a punto de ronronear de placer.

—Gracias —susurro.

—¿Por qué?

—Por ceder. Por jugar a mi juego. Por esto. —Me apoyo en un codo—. Te he echado muchísimo de menos. Mi amigo y mi amante.

—¿Tu hermano no? —dice sin más, pero puedo percibir cierta dureza.

Acerco la mano y le acaricio la mejil a.

—Mi hermano también. Todo, Dal as. Te he echado de menos. Es muy injusto.

—Lo es —conviene—. A muchos niveles.

—Dal as... —Sé qué derroteros ha tomado su mente—. ¿No entiendes que eso no importa? Jamás me había sentido así. Sexual. Juguetona. ¿Con quién más podría hacer esto? ¿Estar así?

—No. —Presiona un dedo sobre mis labios—. Si vamos a hacer esto, sea lo que sea, tienes que entender que es posible que jamás pueda fol arte como deseo. Como tú necesitas y te mereces. Y no existen pastil as, medicamentos ni aceites especiales que vayan a cambiarlo.

—Acabo de decirte que no pasa nada. Y es verdad. Pero no digas jamás. Entiendo que la nuestra es una historia de locos. Pero si puedes hacerlo con todas esas mujeres, entonces...

—No.

Frunzo el ceño porque no sé qué quiere decir.

—¿No? Pero has pasado la noche con esa chica. Después del vídeo, ¿no has estado con el a? ¿Y con todas las demás mujeres? Estoy perpleja.

—Mandé a Nina a casa en una limusina.

—Entonces ¿dónde estabas?

—Aquí no. —Su sonrisa es un tanto perversa—. Volviéndote loca.

Eso no se lo puedo discutir, así que lo dejo pasar.

—Pero tienes una reputación. Y en tu cama... vi a esas dos mujeres y...

—Ninguna de ellas —repite con firmeza—. Ninguna.

No digo nada. Me limito a mirarle, porque no entiendo nada.

Dal se inclina y atrapa mi boca con la suya. Es un beso prolongado y profundo, lo

siento hasta en los dedos de los pies, tan intenso que me parece estar flotando. Tan apasionado que creo que me estoy derritiendo.

Cuando termina, me mira con ternura, como si para él fuera lo más valioso del mundo.

—Jamás —dice—. Nunca me he folado a ninguna de ellas, aunque al principio no fue porque no lo intentara.

Me incorporo.

—Pero... pero eres... —Me interrumpo porque no resulta fácil hablar de ello. Aunque es una estupidez, de modo que lo intento de nuevo—: Pero te excitas. Se te pone dura como una piedra.

Él esboza una media sonrisa.

—Muy amable por tu parte haberlo notado.

Pongo los ojos en blanco.

—Entiendo por qué te pasó conmigo —continúa—. Después de todo, tenemos una historia en común; una historia oscura, y es difícil que un hombre cumpla con eso en la cabeza. Cualquier chica que lea el *Cosmopolitan* lo sabe—. Pero con las demás...

—Jane, te juro que eres la única mujer dentro de la que he estado. Y lo odio. Quizá no sea un hombre tan fuerte como me gustaría creer, porque, aunque no debería, perder la puñetera erección... no poder folar... hace que...

Se cala, pero sé lo que iba a decir. Hace que se sienta inferior. Roto.

¿No es eso lo que me dijo? ¿Que estaba roto?

—Pero todo el mundo sabe que fol as a diestro y siniestro —insisto—. Eres famoso por eso.

—Humo y espejos. Una ilusión. Un espectáculo de magia.

—No lo entiendo.

—He estado forjando esa reputación durante años. Es importante para mí.

—¿Por qué?

—¿Qué podría haber más importante para un hombre que no puede fol ar que la reputación de ser el mejor que existe?

Es una respuesta razonable, y desde luego no se lo puedo discutir, aunque no me suena veraz. Pero es asunto suyo por qué desea tener esa reputación. Lo que de verdad

suscita mi curiosidad es cómo se la ha ganado.

—¿Qué mujer va a reconocer ser la única a la que no se ha fol ado el gran Dal as Sykes? —pregunta cuando le ruego que se explique—. Además, ninguna mujer ha

abandonado mi cama insatisfecha. Así que, en resumidas cuentas, creo que han salido ganando.

—Lo siento. Sé que no debe de ser fácil. Y esto va a sonar fatal, pero me alegro de que no sea solo conmigo. Después de lo que dijiste en la isla pensé que era la única a la que no podías fol arte. —Cambio de posición para encoger las piernas y pegar las rodil as a mi pecho—. Esa noche dijiste que te destruyeron, pero que me tenías presente en tu cabeza. Así que pensé que solo era yo, que pensé que me culpabas a mí.

—Oh, cielo, no.

—Lo recuerdas, ¿verdad? Todos estos años has dicho que no recordabas nada desde que me liberaron hasta que fuiste rescatado. Pero no es cierto, ¿no? Lo

recuerdas, y estabas solo. —Siento que una lágrima rueda por mi mejil a—. Estabas completamente solo sin mí.

Me acerca a él y me besa. En los labios. En la mejil a. En la frente. Me acaricia el rostro y me mira a los ojos.

—Jane. Oh, Dios mío, Jane.

Me abraza durante un momento. Luego se levanta y va hasta la ventana. Se queda

ahí durante un instante, mirando a través del cristal. Cuando habla, lo hace de espaldas a mí.

—Sí que me acuerdo —confiesa—. Lo cierto es que no he olvidado ni un solo momento de aquellos días en la oscuridad. Ojalá pudiera.

24

Dulces sueños, noches oscuras

Me duele el corazón con solo oír la angustia que trasluce su voz.

—No pasa nada —le digo—. No tienes por qué contármelo.

—En realidad, no creo que pueda. Todo no. No ahora.

Quiero levantarme e ir a su lado. Deseo tocarle. Pero sigue de espaldas a mí y no sé si mi presencia serviría de algo o solo haría que se retrajera de nuevo.

—Fue la Mujer —prosigue—. Solo el a. Puede que él mirara, no lo sé. Pero solo el a estaba al í. Siempre estaba al í.

—¿Después de que yo me marchara?

Se da la vuelta y sus ojos rebosan dolor.

—Antes también, pero después más.

—Cuando te separaban de mí —recuerdo—. Volvías y durante un tiempo estabas distante. Pensaba que te estaban haciendo algo espantoso.

—Así era. —Inspira hondo—. Yo estaba aterrado de que estuvieran haciéndote cosas terribles a ti también.

—El a me ataba. Me colocaba los brazos y las piernas en cruz y luego me sujetaba con aquellas correas de cuero. Me quitaba la ropa y me dejaba desnuda.

—Oh, cielo. Igual que te hicieron aquel a primera semana. Deberías habérmelo dicho entonces. Estarías muy asustada.

Asiento. Detesto el recuerdo. Odio lo asustada que estaba, pero nunca quise que Dal se sintiera aún peor.

—Me la amaba ramera. Puta. Pero todo pasaba cuando me devolvían a la celda contigo, por eso nunca quería hablar de ella. Solo te quería a ti. Y ella nunca me tocó salvo para atarme. ¿Te tocaba a ti?

Él profirió una estridente carcajada.

—Sí. Podría decirse así.

Trago saliva. No quiero oír esto. Y al mismo tiempo sí quiero. Necesito saber para poder ayudarle a estar bien.

Por un segundo pienso que es inútil. Él permanece en silencio y creo que no va a seguir hablando del tema. Pero entonces comienza de nuevo, en voz tan queda que

tengo que esforzarme para oírle:

—La habitación siempre estaba a oscuras y ella siempre llevaba una máscara. Pero no de las de carnaval que se ponía cuando estábamos juntos. Esta le dejaba la boca al descubierto. Le gustaba usar la boca —añade con severidad.

»La primera vez hizo que me desvistiera y luego me ató a la pared. Cemento.

Ganchos metálicos para sujetar las correas. Me ató las piernas y los tobillos. Me masturbaba hasta que me corría, y luego me azotaba con un látigo la polla y los testículos hasta que le suplicaba que parara. —Su voz carece de inflexión, de matices.

Me doy cuenta de que me estoy mordiendo el puño—. Luego empezaba de nuevo, y cada vez que me corría, me castigaba. —Cierra los ojos, inspira hondo y luego los abre.

Cuando me mira, su expresión es feroz—. Así fue como empezó. —Su nuez se mueve al tragar saliva—. Aquellos días no fueron los peores. Los que vinieron después...

Se interrumpe con un estremecimiento y ya no puedo seguir alejada. Corro a sus brazos y le estrecho con fuerza, con las lágrimas rodando por mi cara.

—No pienses en ella —le ordeno—. Solo abrázame.

Elas lo hace y me aferro a él. Los sollozos me sacuden. No puedo parar y me atraganto mientras trato de recobrar el aliento.

—Oh, cariño. Cielo, no pasa nada.

Le rodeo con mis brazos y dejo que me acaricie la espalda hasta que soy capaz de

recuperar la compostura, avergonzada por haber perdido el control.

—Debería ser yo quien te reconfortara —logro decir entre sollozos. Me aparto para poder verle entre las lágrimas—. Lo siento mucho.

Alargo la mano y le acaricio la mejilla. Necesito esa conexión. Sé que no me lo ha contado todo, pude ver las sombras en sus ojos mientras escogía las palabras, pero me

ha dicho lo suficiente como para saber que es verdad. Y que la verdad es horrible.

—Deberías habérmelo contado. Entonces, cuando volvías a mi lado, deberías

haberme dicho lo que te estaban haciendo.

—¿Y traer esa pesadilla a entre nosotros? Jamás. Incluso en aquel agujero infernal, estar contigo era perfecto. No tenía intención de explotar la burbuja que construimos a

nuestro alrededor.

Asiento, porque lo entiendo. De verdad. En cierto modo, ¿no había hecho yo lo mismo?

—Pero ¿y después? ¿Cuándo te liberaron? ¿Por qué mentiste? —pregunto—. ¿Por qué siempre has dicho que no te acordabas?

—Era demasiado —confiesa—. Demasiado duro. Demasiado todo. No podía asimilarlo. No quería que papá y mamá lo supieran. Ni tú —añade antes de que pueda preguntar. Me coge de la mano y volvemos a la cama—. Estaba avergonzado, a pesar de que sabía que nada de aquel o era culpa mía. Y creo que ya entonces sabía que aquel o me había cambiado.

—¿Cambiado?

Dal se sienta en el borde de la cama y sujeta mi mano con firmeza.

—No soy el chico de la oscuridad, Jane. Ahora la oscuridad está dentro de mí. Las cosas que él me hizo. Las cosas que hago ahora.

—Empezaron a gustarte.

No me espanta. No me escandaliza. Tan solo me siento paralizada.

—¿Gustarme? No lo sé. Pero empecé a necesitarlas. —Se pasa los dedos de la

mano libre por el cabel o—. Hablaba en serio cuando te dije que estaba roto. Estoy jodido, cielo. Hago cosas jodidas. Y nunca quise mancilar arte con eso.

Yo meneo la cabeza.

—No hagas eso. No hagas que parezca que soy algo que vas a ensuciar. No me coloques en un pedestal, Dal as.

—No lo hago. Pero tampoco quiero hundirte conmigo.

—Te refieres al morbo, ¿verdad?

No le digo que sé que frecuenta La Cueva. No puedo desvelar ese secreto.

—Es un término bonito y educado para denominarlo —dice, y una cierta excitación me recorre.

—Pero quizá lo necesites —sugiero—. Quizá necesitas la oscuridad, el morbo. Quizá te excite. Quizá te provoque una erección. —Aprieto su mano—. Quizá lo necesites para mantenerte erecto.

Dal as levanta nuestras manos unidas y me roza los nudillos con la boca.

—Eso me temo. Por Dios, no quiero tener esta conversación.

Me humedezco los labios.

—¿Y si yo lo deseo? No la conversación, sino, bueno..., lo que haces —le aclaro—. A lo mejor yo también lo quiero.

Él me mira en silencio durante un momento y su voz, cuando por fin pregunta, deja entrever cierta ironía.

—¿Qué estás diciendo?

—Solo que iré al lado contigo. No me contaminarás, Dal as. Lo deseo. Quiero darte lo que necesites.

Esboza una sonrisa dulce, aunque un poco triste.

—No creo que comprendas lo que me estás ofreciendo.

—Esta noche ha sido un poco morbosa —señalo—. Y ha sido una de las más

ardientes de mi vida.

—Hoy solo hemos jugado, cielo. Esto no es la oscuridad de la que hablo. —Me aparta un mechón de la cara mientras me mira a los ojos—. No quiero acostarme contigo para conjurar mis fantasmas. No quiero tener en la cabeza lo que el a me hizo cuando estoy contigo.

Me estremezco; la sola mención de la Mujer me produce escalofríos. El a siempre supo lo que Dal as y yo significábamos el uno para el otro. Al principio no me di cuenta y nunca se lo he contado a Dal as. Temía que si él sabía que nos observaban dejara de venir a mí. Que dejara de hacerme el amor. Y lo necesitaba.

Incluso cuando la Mujer me susurraba al traerme la comida, «Pequeña zorra, eres una perra, estás maldita, putil a incestuosa...», yo no le decía nada a Dal as. Pero la Mujer solo me hablaba. Eran solo palabras. Dolorosas, sí, pero no a nivel físico.

Pero sabe Dios qué más hizo cuando estaba a solas con Dal as.

—Sabes que puedes hablar conmigo. Siempre que lo necesites.

La comisura de su boca se eleva en una sonrisa irónica.

—Creía que acababa de hacerlo.

—Me refiero al resto.

Veo la expresión atormentada en sus ojos y sé que puede que jamás me diga una sola palabra.

—No tienes por qué —le aseguro—. Pero te deseo, Dal as, y te acepto de cualquier

forma que pueda tenerte. Aun así, y solo lo diré una vez, reconozco que deseo sentirte

dentro de mí otra vez. Y sé que tú también lo deseas. Así que, si entrar juntos en la oscuridad es lo que necesitas, lo haré. Iré contigo. —Tomo aire; he hablado muy rápido y

las palabras salen de forma atropelada—. Necesitas tener el control y yo necesito dejarme llevar. Y si esto es lo que tenemos que hacer para estar juntos, me quedaré en

la oscuridad contigo.

—Juntos —repite.

No tiene que explicar qué quiere decir. La verdad es que ambos sabemos que para

nosotros estar juntos es mucho más complicado que superar los problemas con el sexo.

Estar juntos entraña secretos. Complicaciones. Mentiras y distracciones.

Pero haré todo eso y más si con él puedo tener a Dal as. Haré cualquier cosa. Lo que sea.

Le aprieto la mano y me enfrento a su mirada.

—Juntos —confirmo—. No tengo miedo, Dal as. Me adentraré en la oscuridad contigo.

Iré contigo adonde sea. Y me quedaré tanto como necesitemos.

Él me mira y por un segundo creo ver esperanza, incluso emoción, pero pronto desaparece.

No puedo negar que me siento decepcionada. Le da miedo que no pueda con lo que él necesita. Que sea tan frágil que salga corriendo y dando gritos si veo la verdad.

«Secretos —pienso—. Tantos malditos secretos.»

Es una estupidez y resulta frustrante. Empiezo a pensar que necesito hablar con Brody y sacar algunas ideas para decorar mi habitación como una mazmorra. Porque aparte de apostar todo por Dal as, no sé cómo convencerle de que iré con él al á donde

me l eve.

Entonces me atrae hacia él y me besa. Y es tan tierno y delicado, tan l eno de luz, que expulsa todo pensamiento de mi cabeza hasta que solo queda calidez, amor y Dal as.

No recuerdo haberme quedado dormida, pero lo he hecho, porque cuando despierto el reloj indica que ya son más de las tres. Parpadeo soñolienta; me siento a salvo entre los brazos de Dal as.

Estoy acurrucada contra él, con la espalda pegada a su torso y su verga contra mi trasero, y me encanta la sensación. Íntima. Dulce. Sexual.

Me doy cuenta de que está desnudo. No sé cuándo se ha quitado el traje —y me habría encantado ver ese espectáculo—, pero, para ser sincera, no me importa. Porque

está excitado. Mucho, y la cabeza de su pol a atormenta mi trasero y hace que mi mente gire alrededor de todo tipo de obscenas y maravil osas situaciones.

Y entonces pienso... ¿Por qué no?

Muy despacio, me libero de sus brazos. Él se mueve, pero no se despierta, ni siquiera cuando le doy la vuelta para tumbarlo de espaldas y me muerdo el labio inferior porque su erección no ha desaparecido. En todo caso, está aún más duro. Y aunque sé que eso no quiere decir nada —me ha dicho que se le baja cuando intenta la penetración—, no puedo evitar preguntarme si tal vez, solo tal vez...

Me coloco a horcajadas sobre él despacio porque no quiero que la cama se mueva y se despierte. Esto me resulta bastante morboso. Y también lo veo en cierto modo un engaño. Pero no me importa, porque si puede folarme mientras está dormido, entonces podrá folarme despierto; solo tenemos que averiguar la clave que nos lleve ahí.

Pero lo primero es lo primero.

Estoy mojada, pero quiero estarlo aún más, y me toco mientras estoy a horcajadas sobre él, imaginando lo que será tenerlo dentro de mí. Fingiendo que son sus dedos los

que juegan conmigo, los que me penetran, los que hacen que esté húmeda y muy preparada.

Entonces descendiendo con suma lentitud, coloco con cuidado la punta y luego despacio, muy despacio, empiezo a empujar hacia abajo. Me muerdo el labio mientras me aprieto contra él; no deseo sujetar su polla por si acaso este contacto de más hace que todo desaparezca.

Puedo sentir la presión de la penetración, cómo mi cuerpo cede, y entonces lo tengo dentro de mí. Solo la cabeza, pero está dentro de mí y es una sensación alucinante. Él sigue dormido y pienso que esto puede funcionar.

Estoy tan excitada, tan optimista, que voy más rápido de lo que debería, acogiéndolo de un único y fuerte movimiento. Sé que es un riesgo, sé que podría perder la erección en cuanto sienta sus testículos contra mi trasero— pero aunque sea durante un milisegundo, quiero sentirlo dentro de mí otra vez.

Pero la erección sigue ahí; está duro como una piedra y me penetra por entero. Estoy tan excitada que no puedo contenerme y lo cabalgo, descendiendo sobre él, penetrándome y

disfrutando del hecho de que sí, esto es posible.

Estalo, y cuando lo hago, él se queda laxo, aunque yo apenas lo noto porque no puedo hacer otra cosa que desmoronarme y no puedo sentir nada salvo el salvaje placer

que me arrasa.

Pero en cuanto bajo de nuevo a la tierra y recupero la cordura me doy cuenta de lo que ha ocurrido. De hecho, me doy cuenta de que está despierto y me preparo para su decepción por no haber podido terminar. Pero entonces bajo la mirada y no es frustración lo que veo, sino una pequeña sonrisa de satisfacción dibujada en su boca. —Vamos a llegar ahí —dice con los ojos clavados en los míos—. Y piensa en cuánto nos vamos a divertir intentándolo.

25

Vainilla

Me acurruco de nuevo contra él, lista para quedarme dormida en el calor de sus brazos, pero Dallas no opina lo mismo.

—No —dice—. No he terminado contigo.

El tono imperioso de su voz aniquila mi agotamiento y provoca un estremecimiento de impaciencia que me recorre y me excita otra vez.

—¿De veras?

Me doy la vuelta y me dispongo a sentarme a horcajadas sobre él, pero Dallas me impide moverme.

—Ah, no, cielo. Para esto quiero que estés vestida.

Frunzo el ceño, porque vestirme no estaba entre mis pensamientos, pero cuando me dispongo a preguntarle por qué, él meneaba la cabeza de manera apenas perceptible y me guardo la pregunta para mí.

Voy a mi armario y empiezo a ponerme unos vaqueros, pero él me detiene una vez más.

—Camiseta de tirantes, sin sujetador. Falda, sin bragas. La más corta que tengas.

—¿Vamos a salir?

—¿He dicho yo que puedas hacer preguntas?

Mi cuerpo excitado responde a sus palabras y a su tono con otro estremecimiento, y me pregunto qué demonios tiene en mente. Puede que estemos en Nueva York, pero ya son más de las tres de la madrugada y hasta los clubes nocturnos están a punto de cerrar y estarán vacíos a las cuatro.

—Ya —dice.

Empiezo a revolver en mi cajón en busca de una camiseta de tirantes. Encuentro una rosa, pero entonces me acuerdo de la camiseta tan fina, casi transparente, que compré para llevarla encima de un sujetador deportivo. No está pensada para llevarla sola y dudo durante unos minutos, pero me la acabo poniendo. Quiero ver la cara que pone, sí, pero sobre todo quiero que se dé cuenta de que estoy dispuesta a ir con él. Adonde sea.

Como sea.

En cuanto a la falda, tengo una mini de cuero que suelo ponerme con unos leggings, ya que apenas me llega por debajo del culo. Esto es un poco más arriesgado, porque no podré sentarme en un taxi sin que mi trasero desnudo toque el tapizado.

Pero se aplica el mismo principio, ¿no? Él ordena; yo obedezco. Necesita saber que lo entiendo.

Me giro para verme desde todos los ángulos en el espejo de tres cuerpos. Estoy sexy, pero solo si uno define sexy como lo último en moda de mujeres de la calle.

Pese a todo, he hecho lo que me ha dicho, y eso debería contar.

Dadme no me dice cómo calzarme, así que me pongo mis zapatos de tacón de aguja

más altos de color rojo pasión y salgo de la habitación. O lo intento. Con los tacones y mi propia vergüenza jugando en mi contra, no puedo decir que me esté luciendo.

Él se está levantando cuando entro. Ha vuelto a ponerse el traje, y con el pelo alborotado después de dormir y del sexo, está muy atractivo.

Le miro y trato de interpretar su expresión, pero es un hombre que sabe esconder sus pensamientos, así que solo puedo quedarme ahí, de pie y nerviosa, mientras él se acerca a mí con la sensualidad y elegancia con la que se mueve una pantera al acecho.

Sus ojos me recorren cuando solo nos separan dos palmos, observa el bajo de la falda y vuelve a mis pechos antes de centrarse en mi rostro.

—Puedo verte los pezones, cielo. Joder, casi puedo verte el coño.

Sus palabras son descarnadas, deliberadamente vulgares, y no puedo evitar pensar que me está poniendo a prueba. Doy un paso hacia él y presiono la yema de un dedo sobre la oquedad en la base de su cuello; luego lo deslizo por su pecho y su abdomen, hasta engancharlo en la cinturilla de sus pantalones.

—Y te gusta —digo, tratando de imprimir sensualidad a mi voz.

Durante un momento su expresión se mantiene inalterable y creo que le he interpretado mal. Entonces veo el deseo y la diversión arder en sus ojos a la vez que una sonrisa se dibuja en su boca, digna de ser besada.

—Sí —reconoce—. Me gusta.

Me coloca la mano en la parte baja de la espalda y me conduce fuera de la habitación.

—¿Vas a decirme adónde vamos? —pregunto.

—¿Tú qué crees?

—Que no —respondo mientras bajamos las escaleras—. No vas a decirme nada.

—¿Eso te pone? ¿Saber que todo está en mis manos? ¿No tener la más mínima idea de adónde pretendo llevarte o qué pretendo hacer contigo? —Hemos llegado al descansillo y me cuesta respirar—. Dímelo, Jane —ordena—. Quiero saber si hace que te mojes.

—¿Por qué no me tocas y lo descubres?

Me detengo cuando lo digo y separo las piernas un poco a modo de invitación.

El corazón me late con fuerza. Siento un cosquilleo en la piel por la tensión que hay entre

nosotros. Siempre ha habido pasión entre los dos, pero también ha habido límites.

Ahora no tenemos restricciones, y aunque ante nosotros se abren infinitas posibilidades, en este momento lo único que necesito es el simple roce de la yema de su dedo sobre mi clítoris para hacerme estallar.

Él no responde. Se limita a sonreír y se dirige hacia la puerta, pero se detiene antes de abrirla.

—Conmigo, cielo.

—Siempre —respondo.

La noche es cálida, lo que me viene muy bien, ya que voy casi desnuda. Me lleva hacia la estación de metro. Mis expectativas crecen al imaginar que tiene intención de masturbarme en el vagón, y no sé qué pensar al respecto. Y cuando me doy cuenta de

que el vagón está vacío decido que el movimiento del metro, Dalas y un orgasmo explosivo me parecen igual de bien.

Pero el muy cabrón no me toca ni una vez.

—Paciencia —dice cuando por fin nos bajamos del metro.

Me siento tan frustrada que ni siquiera sé dónde estamos, porque no he prestado atención a los carteles ni a lo que me rodea.

Eso es un gran problema para mí. Siempre soy consciente de mi entorno y nunca bajo la guardia.

Nunca, claro está, hasta que Dalas ha vuelto a mi cama.

—¿Qué? —pregunta.

—Haces que me sienta segura.

Por la forma en que su expresión se torna dulce y tierna comprendo que no eran esas las palabras que esperaba.

—Hace mucho tiempo te dije que siempre te protegería.

—Así es. Te creí entonces y sigo creyéndote ahora.

Él se detiene en la calle y me besa con ternura. Luego espera un segundo, me da un

cachete en el culo y me ordena que camine delante de él.

Esbozo una amplia sonrisa y le obedezco, contoneándome un poco por puro placer.

Puedo sentir sus ojos clavados en mí todo el tiempo, y cuando encuentro un centavo en el suelo, me inclino para recogerlo solo para proporcionarle una vista lo más obscena posible. Oigo su «Joder, Jane» y sonrío con aire triunfal antes de enderezarme y seguir andando sin volverme una sola vez.

—Aquí —dice por fin, colocándose a mi lado cuando paso por delante de una tienda de ultramarinos abierta las veinticuatro horas, situada junto a un aparcamiento de pago mal iluminado.

—¿Aquí?

—¿Algún problema? —pregunta con inocencia.

—¿Cruzamos toda la ciudad para ir a un supermercado?

—Así es.

Lo deja ahí y entra.

Yo le sigo, curiosa y divertida.

La tienda vende helados, que sirve en cucuruchos de gal eta, y Dal as pide uno de vainil a. Cuesta menos de dos dólares y nos ponemos de nuevo en marcha.

—Vengo aquí por lo menos una vez a la semana —dice—. Tienen el mejor helado de la ciudad.

—Mmm.

No sé qué está tramando, pero estoy convencida de que no hemos venido hasta aquí a por un helado.

En vez de volver por donde hemos venido, me conduce hasta el fondo del

aparcamiento. Dejamos atrás la luz amarilla y quedamos ocultos por la sombra que proyecta la tosca pared de ladrillo o del edificio que delimita el fondo del aparcamiento.

Miro a Dal as, quiero preguntarle qué va a pasar a continuación, pero las palabras se

marchitan en mi lengua. La provocación de sus ojos había sido sustituida por un candente deseo, tan intenso que se me doblan las rodillas y me palpita el coño.

Le miro mientras lame el cucurucho y tengo que reprimir un gemido cuando me

acerca el helado a los labios y me ordena que lo saboree. Así lo hago. Es cremoso, dulce, y deseo lamerlo de sus labios.

—Recuerda esto, cielo —dice y con suavidad me da con el cucurucho en la nariz antes de lamerlo—. Esta es toda la vainilla que puedo soportar.

Se me forma un nudo en la garganta.

—Damas.

No digo nada más. Ni siquiera estoy segura de lo que iba a decir.

—Súbete la falda.

Empiezo a protestar —estamos en plena calle—, pero lo cierto es que sus palabras me han excitado. Tanto la idea como la taxativa exigencia con que ha dado la orden.

Me subo la falda hasta que mi sexo queda al descubierto.

—Ah, no, cariño. Hasta arriba.

Me muerdo el labio inferior, pero hago lo que me dice, y le miro mientras cumplo su

orden. Sus ojos se clavan en mi coño al principio, pero levanta la cabeza y me mira directamente a los ojos. Estoy a punto de proferir un grito triunfal al ver su expresión. Un gesto que dice que soy suya. Y que él es mío.

—Dime lo que quieres —dice.

—A ti —respondo sin más—. Lo que tú quieras que haga. Lo que tú quieras hacerme.

—¿Lo que sea? —Me fijo en que el cucurucho ha empezado a gotear sobre su mano

—. Así que si te digo que te des la vuelta y dejes que me folie ese dulce culo ahora mismo, ¿te parece bien?

—Sí.

Los pezones se me endurecen solo de pensarlo.

—¿Si te digo que te arrodillas y me chupes la polla?

—Sabes que lo haría.

Se acerca más y me susurra al oído:

—¿Y si te digo que vayas hacia la luz y te masturbes a la vista de cualquiera que pase solo porque quiero que lo hagas? ¿Porque ahora eres mía?

Se me forma un nudo en la garganta, excitada y asqueada por la idea. Pero no le digo eso.

—Lo que tú me pidas, Dal as —le aseguro—. Soy tuya. Creía haberlo dejado claro.

Mis palabras son como un interruptor y se abalanza sobre mí, me rodea con sus manos y su ávida boca se apodera de la mía. Yo resuelo, excitada al máximo, con el cuerpo en lamas.

Cierra la boca sobre mi pecho, prácticamente desnudo con la camiseta, y luego sigue descendiendo. Tiemblo contra el ladrillo, ardiendo por todo; por sus órdenes, por su tacto, por el salvaje exhibicionismo de esta noche.

Por último, se hinca de rodillas y solo tengo un momento para la curiosidad antes de que deslice con suavidad el cucurucho que se derrite sobre mi ardiente y palpitante sexo.

Me muerdo el interior de la mejilla para no gritar por la maravillosa, increíble y casi dolorosa experiencia del helado contra mi clítoris. Y luego su boca caliente me alivia y me lleva a otro precipicio diferente.

Le agarro del pelo y le sujeto. Deseo su boca sobre mí. Deseo su lengua dentro de mí.

Estoy tan excitada que me bajo el escote de la camiseta para poder tironearme del pezón con una mano mientras mantengo a Dal as contra mi clítoris con la otra.

Me está lamiendo. Me está devorando. Me está chupando y succionando, produciendo unos sonidos maravillosos al hacerlo. Y estoy cerca, pero deseo estarlo más. Me aprieto contra él, desesperada por alcanzar la liberación.

Y entonces por fin me introduce dos dedos, luego tres. Y mientras me chupa el clítoris y sus dedos me folian con fuerza, apoyo los brazos extendidos contra el edificio, levanto la cabeza al cielo y me rompo por completo.

Se me doblan las piernas y me derrumbo en sus brazos. Él me besa, un beso pegajoso con sabor a vainil a que deseo que no termine jamás. Estoy envuelta en él, totalmente exhausta, excitada por el hombre y del todo satisfecha.

El rey del sexo, pienso mientras le abrazo con fuerza. No cabe duda de que lo es.

Y es mío.

26

La última puerta a la derecha

Esto es algo más que foliar, ¿verdad?»

Dallas sonrió al recordar las palabras de Jane esa mañana, mientras se daba la vuelta en la cama para mirarle a la cara.

Sabía lo que le estaba preguntando. «¿Estamos intentando construir algo? ¿Es posible? ¿Puedo atreverme a albergar la esperanza de que podamos tener algo real?»

Tendrían que enfrentarse a importantes obstáculos. Y sería duro. Se estremecía solo con pensar en sus padres.

Pero nada de aquel o importaba, porque solo una respuesta contaba.

—Sí —le había dicho—. Sí. Es muchísimo más.

Habían hecho el amor esa mañana —y tal y como ella le había recordado, daba igual que no estuviera en su interior, porque seguía siendo hacer el amor— y luego él le había preparado el desayuno. Por suerte a Jane le gustaba la intimidad y ella, su asistente,

no estaba interna, por lo que tuvo tiempo de correr escaleras arriba y vestirse cuando oyó la llave en la puerta principal y el pitido de ella en al desactivar el sistema de alarma.

Lo último que necesitaban era que el servicio empezara a difundir rumores.

Durante un momento se preguntó qué le diría a Archie. Estaba convencido de que era conocedor de la atracción que existía entre los dos hijos de los Sykes. Sin embargo, aquel era un problema al que se enfrentaría más tarde.

En ese momento se encontraba en su despacho del centro de la ciudad, tratando de

ponerse al día del trabajo del conglomerado familiar y de Liberación, sin conseguirlo de forma eficaz en ninguno de los dos casos. Sus pensamientos volvían a Jane una y otra vez.

Ojalá estuviera con el a; esperaba que su grabación fuera bien. Sabía que estaba nerviosa; se había probado toda la ropa que tenía antes de escoger un sencil o y clásico vestido azul.

Se había ofrecido a acompañarla, y aunque vio en sus ojos que se sentía tentada, al final rechazó su oferta.

—Colin también quiso venir y le dije lo mismo que a ti. Me pondría muy nerviosa si estuvieras al í.

Se fijó en que ni Eli ni Lisa se habían ofrecido a acompañarla. Suponía que Eli, que había contratado mercenarios, no estaba más de acuerdo con la tesis de Jane y de Bil de lo que lo estaba Dal as.

—De todas formas, no tienes que hacerme de niñera —prosiguió, ajena al giro que habían dado los pensamientos de Dal as—. Tú tienes trabajo.

Cuando le dijo que podía trabajar desde su casa de la ciudad y tener lista la cena cuando el a regresara, Jane volvió a declinar la oferta.

—Tengo planeada una sorpresa —dijo con una sonrisa—. Pero para eso necesito que vengan obreros a casa.

Él enarcó una ceja.

—¿Una sorpresa? ¿Qué implica obreros? ¿Estás sustituyendo tu tele de plasma y actualizando tus videojuegos?

El a ladeó la cabeza.

—Por ahí van los tiros —reconoció, pero se negó a contarle más.

Por último, le pidió que volviera a las nueve, ni un minuto antes. Luego le dio una palmada en el culo y le dijo que era su turno de dar órdenes.

Muy justo, aunque esa noche se resarciría.

La idea hizo que su sonrisa se ensanchara.

—¿Por qué demonios sonríes? —bromeó Liam cuando Dal as atendió su videol amada en el canal seguro de su ordenador portátil.

—Hoy tengo un buen día —respondió.

—Oh, ¿en serio? Supongo que eso significa que has tenido una buena noche.

—Esa es una de las razones por las que trabajas para mí. Eres muy listo.

—Imagino que Jane también ha tenido una buena noche —adujo Liam, y soltó una carcajada al ver la mirada hosca que Dal as le lanzó.

—Puede que demasiado listo —replicó Dal as.

Liam rio entre dientes.

—No te l amo para hablar de vuestro tórrido romance —comenzó mientras Dal as le mostraba el dedo corazón—. Quería avisarte de que puede que tengamos otro caso.

Dal as se puso serio de inmediato.

—Cuéntame.

Liam meneó la cabeza.

—Deja que haga un seguimiento. Son casi las siete.

—Mierda.

Había perdido la noción del tiempo.

Cogió el mando a distancia y encendió la televisión de su despacho. *Noche al filo* estaba a punto de empezar y Jane aparecería en el primer bloque.

—Lo hará genial —aseguró Liam.

—Está nerviosa —le contó Dal as—. Pero lo hará bien. Se ha criado siendo una Sykes, igual que yo. Puede que deteste aparecer en los medios, pero no dejará que el mundo lo vea.

Lo que más le interesaba —aparte de verla en la pantala— era lo que iba a decir. No habían hablado demasiado sobre el libro en el que estaba trabajando, pero conocía lo suficiente

para saber que tenían opiniones diferentes. La cuestión era: ¿hasta qué punto?

La respuesta llegó poco después.

Estaba alucinante delante de la cámara, tal y como él suponía. Se sintió muy orgulloso de la fortaleza y confianza con la que se presentó.

Pero las palabras que salían de su boca y de la del gilipollas de su exmarido cayeron a plomo en su estómago.

Nombres como «Benson» y «Liberación».

Adjetivos como «peligroso» e «ilegal».

Exigencias de ponerle fin.

Palabrería como «niños muertos» y «heridas graves».

Y cada una de aquellas afirmaciones le golpeaba como un puño.

—Salvadores justicieros —resumió la presentadora, inclinándose hacia delante en una de las informales sillas que componían el plató—. Parece una película de acción digna de Hollywood.

—Salvo que en Hollywood hay un final feliz. En el mundo real, gente inocente acaba herida y muerta en los asaltos de esos mercenarios —adujo Jane.

—Pero ¿es eso siempre culpa de los justicieros?

—Por supuesto que sí —replicó Jane—. Puede parecer que siguen el procedimiento.

Que están investigando delitos y que luego atrapan a los malos. Pero no es verdad.

Hablaba con tal pasión que parecía que estuviera junto a Dallas y cada palabra se retorció dentro de él.

—La gente que dirige estos grupos son monstruos crueles y sádicos —prosiguió—. El

grupo Benson, Liberación, y cualquier otro que pueda salir a la luz, no se centran en salvar vidas, sino en los beneficios. En embolsarse la tarifa pagada por los padres de un

niño en concreto. Los niños que no pagan son prescindibles.

—Esa es una acusación muy grave.

—Lo es —convino Bil—. Y aunque no estoy autorizado a dar detalles, puedo decir que hay pruebas que respaldan lo que la señora Martin acaba de decir.

—Hay que pararles —declaró Jane con expresión acalorada—. Incumplen una ley tras otra durante el curso de sus operaciones, cuyas negativas consecuencias influyen en la capacidad de las fuerzas de la ley legítimas para cumplir con su labor. De hecho, imparten su propia justicia. Y ese es un papel que unos civiles no deberían desempeñar.

—No solo es ilegal, sino que impiden que se celebre un juicio justo para aquellos a quienes castigan —apostilló Bil.

—Solo puedo documentar los hechos en mis libros —dijo Jane—. Pero el trabajo que está haciendo la OMRR es esencial. La gente como William Martin y su equipo son los verdaderos héroes. No esos engreídos canalas que solo buscan llenarse los bolsillos.

—¿Entiendo entonces que el grupo de Benson está detenido? —preguntó la presentadora.

—Así es —ratificó Bil—. Y vamos a emplear todos nuestros recursos para localizar y desmantelar Liberación.

—Y cuanto antes, mejor —agregó Jane—. Antes de que muera otro niño.

Dallas apagó la televisión y al hacerlo se dio cuenta de que había dejado abierta la conexión con Liam. Hizo clic con el ratón para quitar el salvapantalas. Se sentía en carne viva. Insensible.

—¿Tú también lo has visto?

—Sí —dijo Liam—. Bil va a ser un problema.

Dallas se presionó la sien con las yemas de los dedos. Por si no fuera suficiente el que se hubiera casado con Jane, ahora Dallas tenía otra razón para poner a Bil Martin en su lista negra.

—Imagino que uno de esos recursos que ha mencionado será Darcy. Van a interrogarle a fondo.

—No llegaré hasta nosotros —aseveró Liam.

—No, pero quiero hablar con él de todas formas —repuso Dal as—. Vendrá a la fiesta que celebro la semana que viene. Charlaremos. —Cerró los ojos y suspiró—. Pero ahora mismo no son ni Darcy ni Bil los que me preocupan.

—Lo sé.

—Tengo que contárselo. —Lo sabía, y al mismo tiempo le aterraba que la información hiciera trizas todo lo que había entre el os—. Tengo que hablarle de Liberación. De lo que hago. De lo que hacemos. Necesito que él entienda que no somos como Benson.

Jamás creería que a ninguno de nosotros le importe el dinero.

—Si le cuentas aunque sea una pequeña parte, nos pones a todos en peligro.

Dal as se pasó los dedos por el pelo.

—¿De verdad lo crees?

Su amigo exhaló un sonoro suspiro.

—¿Estamos hablando de lo que yo creo? ¿O de lo que sé? Creo que Jane jamás nos pondría en peligro a ninguno de nosotros. Pero no lo sé a ciencia cierta. Lo que sí sé es que fuiste tú quien escribió las reglas de Liberación, y que esas reglas nos protegen a todos.

—O se lo digo o la dejo. Puedo ocultarle un secreto a mi hermana, pero no a mi amante.

—Así que de verdad estáis en ese punto.

—Sí —le confirmó Dal as—. Eso es lo que somos.

Se puso tenso, a la espera de la reacción de Liam ante la noticia.

—Ya era hora, joder —exclamó. Dal as se relajó—. Pero piénsalo bien antes de contárselo. No digo que no lo hagas, sino que lo pienses.

—Lo sé. Lo haré.

Hablaría con el resto del equipo. Liam tenía razón; las reglas estaban para protegerlos a todos. Podía ponerse en peligro a sí mismo, pero no podía hacerles eso a los demás.

Liam y Quince lo entenderían y aceptarían lo que él decidiera, pero Noah y Tony eran

harina de otro costal. Tenían sus propias razones para formar parte de Liberación y Dal as jamás traicionaría su confianza ni los pondría en peligro. No a menos que el os le

dieran el visto bueno y que comprendiera bien lo que podría ocurrir si decía una palabra, aunque fuera a Jane.

«¡Mierda!»

Justo cuando Jane y él estaban encontrando el camino y tratando de hacer que aquel a extraña y retorcida relación funcionase, tenían que enfrentarse con aquel o.

Como si no tuvieran ya suficientes problemas con la familia, los secretos y los demonios que los perseguían a los dos. Por no mencionar sus inclinaciones particulares, y sus limitaciones, en lo que al sexo se refería. Ahora tenían que añadir también la justicia social y la criminología.

No había previsto barrer debajo de la alfombra sus distintas formas de entender la vida. Con franqueza, no había pensado demasiado en el o. Pero en el fondo de su mente

estaba convencido de que solo entrañaría un problema si la OMRR empezaba a acercarse a Liberación, algo que no creía posible.

Pero ¿aquel o?

Joder, en el momento menos oportuno.

Se pasó la siguiente media hora tratando de apartarlo de su mente. No podía hablar con el a esa noche —antes tenía que comentarlo con el equipo—, lo que significaba que debía felicitarla con sinceridad por su estupenda intervención televisiva... y cambiar después de conversación de forma natural.

Lidiarían con el o. Tenían que lidiar con el o. Pero no esa noche.

Jane le había ordenado que volviera a las nueve —el recuerdo de su palmada en el culo todavía le hacía sonreír y generaba toda clase de gloriosas ideas en cuanto a cómo resarcirse— y se marchó con cinco minutos de antelación por si lo entretenían por el camino.

Estaba doblando la esquina del edificio de Jane cuando la vio en la puerta. Había un hombre con el a —alto, musculoso, un tanto familiar—, y cuando Jane acercó la mejil a para aceptar un beso que estuvo acompañado de un rápido apretón en el culo, Dal as

estuvo a punto de perder los estribos.

Aceleró el paso, sin saber qué pretendía hacer salvo quizá aplastarle la cara al gilipol as, cuando dicho gilipol as se subió a una Harley y pasó por su lado, volvió la cabeza hacia él y esbozó una sonrisa tranquila.

«¿Qué narices pasa?»

—¿Quién cojones era ese? —exigió Dal as mientras corría escaleras arriba hasta donde estaba Jane, que le esperaba con una sonrisa.

La picardía brillaba en sus ojos.

—¿Ese? Oh, era el obrero del que te hablé. —Le cogió de la mano—. Entra. Aquí afuera tengo que besarte como a un hermano y no es eso lo que me apetece ahora mismo.

Una vez dentro, le empujó contra la pared y lo besó con tanta fuerza y profundidad que casi, casi, olvidó que quería preguntarle por qué el obrero le estaba tocando el culo.

Consiguió conservar la cordura y, después de felicitarla por el magnífico programa y de que el a le contara que estaba nerviosa, pero que se tranquilizó en cuanto empezaron a grabar, volvió al tema del gilipol as.

—Es un amigo y no se te permite estar celoso. —Enganchó su brazo al de él—.

Vamos. Tengo que enseñarte una cosa.

—¿No se me permite estar celoso?

—No cuando se necesitaría un superordenador para calcular el número de mujeres con las que has estado.

Dejaron a un lado las escaleras principales y atravesaron la cocina hasta la escalera que bajaba al nivel del jardín.

—¿Las mujeres con las que he estado? —repitió—. ¿Me estás diciendo que has estado con él?

Jane se detuvo en las escaleras.

—Estás celoso. Creo que me gusta esta faceta tuya.

—Jane.

—Vale. —Se puso de puntillas y lo besó de nuevo—. Ha venido para ayudarme con el proyecto del que te hablé. Y te prometo que nadie se ha quitado la ropa en el proceso. Y ahora ven. Quiero que lo veas.

Las escaleras se abrían a la planta en que solían estar las habitaciones del servicio.

Hacía años que no bajaba al í, pero en su mayoría conservaban el mismo aspecto. Un estrecho pasillo pintado de blanco para hacer más luminoso el espacio a pesar de la escasez de luz natural y estancias a cada lado, cada una de las cuales se abría a un pequeño dormitorio donde los criados vivían en la época en que se construyó la casa.

Sus padres utilizaron aquellos cuartos como almacén.

Para Jane y para él fueron un espacio de juego.

Dallas no tenía ni idea de para qué utilizaba Jane esas habitaciones hoy en día, al igual que desconocía por qué le había llevado al í abajo. Pero debían de haber llegado a

su destino. Jane se detuvo delante de la última puerta de la derecha, con una llave en la mano y moviéndose nerviosa.

—Cierra los ojos —insistió después de conducirlo hasta la misma puerta—. No mires hasta que yo te lo diga.

Dallas, divertido, hizo lo que le pedía. La oyó abrir la cerradura y empujar la puerta. Le cogió de las manos y lo guio al interior, donde se colocó detrás de él y le tapó los ojos.

—Vale, ábrelos.

Apartó las manos con una floritura.

«¡Mierda!»

Era una alcoba. Joder, era un plató porno.

Era una habitación de juegos perfecta, con todo lo necesario, desde cuero hasta seda, pasando por cadenas y cuerdas, juguetes y una cámara de vídeo. Ya estaba pensando en lo que podría hacer si la tuviera contra aquella pared, con las muñecas sujetas con unas esposas y un látigo en su propia mano, con la piel enrojecida y sus dulces gemidos excitándole mientras la llevaba una y otra vez al límite, hasta aquel exquisito espacio donde el

dolor se convertía en placer.

Y esa cama con la colcha de color morado oscuro y un cabecero con toda clase de útiles ganchos y correas de cuero. ¿Cuántas veces podría hacer que se corriera?

¿Cómo de alto podía conseguir que gritara su nombre?

—¿Te gusta?

Jane seguía detrás de él, con las manos en sus hombros y un tono de incertidumbre en la voz.

Asió una de sus manos y la bajó, apretándola contra su dura erección.

—¿A ti qué te parece?

Casi pudo sentir cómo la preocupación la abandonaba. Jane le rodeó y se detuvo entre sus brazos.

—Sé que hemos hablado de el o, pero quería asegurarme de que supieras que lo

decía en serio. Estoy contigo al á donde necesites ir. No tienes que tener miedo de l evarme demasiado lejos.

Sus palabras le atravesaron, le apaciguaron y le excitaron al mismo tiempo. Deseaba creerlas. Necesitaba creer que aquel o iba a funcionar. Que podía ser real y auténtico, y

que de algún modo superarían todos los obstáculos.

El a alzó la mano con una sonrisa suave y le acarició la mejil a.

—Piensas demasiado. No pienses. Solo has de saber. Que me deseas. Que yo te

deseo a ti. Y que esto está bien, Dal as. Nosotros. Juntos. Toda la vida nos hemos dirigido hacia esto y hemos tardado una eternidad en l egar hasta aquí.

—¿Cuándo has hecho esto? ¿Cómo lo has hecho?

—Brody... mi amigo, el que estaba afuera. Se ha pasado el día entero trabajando. —

Bajó la mirada y se encogió de hombros para restarle importancia—. Es un dominante profesional, y ha utilizado sus contactos para conseguirlo con rapidez.

—¿Un dominante profesional?

Un ataque de celos se apoderó de él pese al interés que suscitaron sus palabras.

—Ni se te ocurra entrar en eso —le amenazó, poniéndose de puntillas para besarle—.

¿Después de todas las mujeres con las que has estado? No es justo criticar las pocas veces que estuve con Brody, hace mucho, mucho, muchísimo tiempo.

—¡A la mierda! —exclamó. Oyó la aspereza en su voz cuando la agarró de la cintura y la atrajo contra sí—. Es justo criticar a cualquiera con el que hayas estado.

Podía ver su pecho subir y bajar mientras respiraba con dificultad, tan excitada como él.

—¿Es que no lo entiendes? —susurró—. ¿No lo pilas? Me he follado a muchos tíos,

Dallas. Pero nunca he estado de verdad con nadie, salvo contigo. Y no quiero estar nunca con nadie más.

Sus palabras, tan tiernas, tan ciertas, lo envolvieron. Deseaba rodearla con sus brazos y cubrirla de besos. Hacerla suya en todos los sentidos posibles.

Deseaba tocarla. Adorarla.

Reclamarla.

—La cama —susurró—. Empezaremos despacio. —La miró a los ojos—. Pero no nos quedaremos ahí.

Jane se humedeció los labios. La excitación ardía en sus ojos.

—Sí, señor. —Se dirigió hacia la cama y entonces volvió la cabeza para mirarle—.

¿Dallas? —Tragó saliva—. Quiero que me ates. A la cama, quiero decir. —Se lamió los labios; él casi podía ver la energía nerviosa que desprendía—. Brazos y piernas en cruz, desnuda.

Su cuerpo entero se tensó. Sabía que estar atada la había aterrado durante su cautiverio.

—Cielo, ¿estás segura? ¿Lo has hecho antes?

Ella meneó la cabeza.

—No. Yo..., no. Pero quiero hacerlo. —Sus ojos se clavaron en los de él—. ¿Es que

no lo ves? Contigo no hay temor, es deseo. Es confianza, Dal as. Confianza y amor.

—Oh, cielo.

Joder, Jane había logrado que se rindiera. ¿Cómo demonios conseguía aquel a mujer vencerle con tanta facilidad?

—¿Dal as?

—En la cama —ordenó—. Vestida.

Llevaba puesto un vestido con escote en pico, que se abrochaba con botones de arriba abajo en la parte delantera.

—Oh.

Dal as estuvo a punto de echarse a reír al ver su decepción.

—No te preocupes. Estarás desnuda muy pronto. Pero yo tendré el placer de hacerlo.

Túmbate boca arriba, con las manos por encima de la cabeza.

El a hizo lo que le decía, se tumbó, y entonces él se acercó al cabecero y tiró de una de las correas de cuerda que Brody había colocado de forma muy conveniente en las esquinas superiores de la cama.

—Los brazos por encima de la cabeza —ordenó; su pol a se endureció cuando, una vez más, el a obedeció sin vacilar. Le ató las muñecas, luego se puso a los pies de la cama y utilizó las correas allí instaladas para inmovilizarle los tobillos—. Me gusta —jadeó. Dejó que sus ojos la recorrieran mientras imaginaba todas y cada una de las formas en que iba a tocarla. Sin embargo, Jane estaba atada a una cama y Dal as no era capaz de librarse de su temor por el a—. ¿Estás bien? Necesitamos una palabra de seguridad.

—No —replicó—. No la necesitamos. —Lo miró a los ojos—. Siempre me protegerás, ¿recuerdas?

Su verga se apretó contra los vaqueros. La dulce y sincera ternura de sus palabras era una tortura para él. «Esta noche —pensó—. Seguro que esta noche conseguiré fol ármela con fuerza.»

—De acuerdo —accedió—. Nada de palabra segura. Pero sigue habiendo algo en esta escena que no es de mi agrado.

Su voz se fue apagando mientras se subía a la cama y se colocaba a horcajadas sobre el a. Empezó a desabrocharle los botones muy despacio. No podía quitárselo sin

soltarla, así que se limitó a abrírsele... Ahogó un grito cuando descubrió la cadena alrededor de su cuello y el pequeño colgante de oro que le había regalado por su undécimo cumpleaños.

Se tomó un momento para asimilar que no solo había conservado el colgante, sino

que además se lo había puesto esta noche. Luego miró su cara, el deseo que desprendían sus ojos, y retomó la tarea de desvestirla.

El sujetado se abrochaba por delante y lo abrió igual que el vestido. Las bragas eran

otra historia. Utilizó la pequeña navaja que le daba en el bolsillo para cortarlas en la zona de las caderas, haciéndola gritar con cada movimiento de la hoja. Se las quitó y luego

colocó la palma de su mano sobre su coño desnudo. Jane se estremeció debajo de él,

ya inflamada. Mojada.

No había la menor duda de que le deseaba.

De hecho, confiaba en él. A ciegas.

Dal se bajó de la cama y se quedó a los pies, contemplando a la mujer a la que

adoraba, a la que había amado durante toda su vida.

«Siempre me protegerás, ¿recuerdas?»

«Es confianza, Dal. Confianza y amor.»

Se estaba entregando a él de un modo tan absoluto que hizo que se sintiera humilde.

Si aceptaba lo que él le ofrecía sin contarle la verdad sobre Liberación, se estaría comportando como un monstruo.

Pero no podía contárselo ahora. No podía decir ni una sola palabra sin traicionar a sus

hombres.

«¡Mierda!»

«¡Mierda, mierda, mierda!»

Muy despacio, a regañadientes, le liberó los tobillos. A continuación, fue hacia el cabecero de la cama y le desató las muñecas.

—¿Dónde? ¿Qué sucede?

—Lo siento —dijo.

¿Qué otra cosa podía decir? Nada hasta que hablara con el equipo.

—¿Lo sientes?

Se incorporó, tirando de la colcha para taparse.

—Te quiero. Joder, Jane, te quiero tanto que duele. Pero no puedo hacerte esto.

Tengo que irme.

No esperó a que ella respondiera. Ni siquiera podía soportar mirarla a la cara.

Dio media vuelta y se marchó.

Y se odió a sí mismo a cada paso del camino.

27

Secretos

¿Qué demonios ha pasado?»

Estoy sentada en la cama, perpleja, asustada y muy preocupada.

Ha dicho que no podía hacerme esto, pero hacerme ¿qué?

¿Dejarme? Al parecer sí, pero estoy segura de que eso no es todo y me siento furiosa, dolida y frustrada.

Estoy cabreada, avergonzada y decidida a descubrir qué narices está pasando.

Corro escaleras arriba y me visto con los primeros vaqueros y la primera camiseta que cae en mis manos. No sé a ciencia cierta si se dirige a la casa de los Hamptons, pero supongo que es muy posible. En primer lugar, porque tenía un apartamento en la ciudad, pero lo vendió hace poco y aún no se ha comprado otro. En segundo, porque, aunque no lo encuentre al í, Archie podrá decirme dónde está. Y, en cualquier caso, ahora mismo estoy demasiado nerviosa como para quedarme sin hacer nada.

Barajo la posibilidad de l amarlo al móvil, pero descarto la idea. No responderá y no quiero dejar mensajes. Solo quiero respuestas.

Solo lo quiero a él.

Así que conduzco a toda velocidad en medio de la noche, con la cabeza plagada de preocupaciones y temores. Sabía que estar con Dal as no sería fácil, pero creía que ya habíamos conectado, y este repentino y absoluto cierre en banda me está volviendo loca de verdad.

¿Ha sido por mí?

¿Ha sido por ver a Brody? ¿Por darse cuenta de que me he acostado con otros hombres?

¿Ha sido por atarme? ¿Porque sabe que eso me asusta?

Las preguntas dan vueltas sin cesar en mi cabeza, pero cuando l ego a su casa sigo sin tener respuestas. A Dal as no se le ha ocurrido cambiar la cerradura y los códigos de alarma, así que entro sin l amar y corro escaleras arriba hasta su dormitorio.

Está vacío, y durante un segundo pienso que se ha quedado en la ciudad. Que tal vez se haya ido a su despacho. O que haya comprado un apartamento del que yo no sé nada. O que está en casa de una mujer.

Me trago la bilis que esa idea hace que me suba a la garganta y pulso el intercomunicador para l amar a Archie. Entonces me acuerdo de los monitores de seguridad y presiono el botón para conseguir la imagen del garaje. El coche de Dal as está ahí, lo que significa que él también está aquí. En la casa, o al menos en la propiedad. Empiezo a revisar las cámaras en su busca.

Cuando l ego de nuevo a la del garaje me siento desconcertada. No aparece por ninguna parte; o no está aquí, o está en una habitación sin cámara de seguridad.

Recuerdo que Brody me habló de su cuarto de juegos y se me encoge el estómago de nuevo. ¿Es ahí donde está? ¿En una mazmorra secreta con otra mujer? ¿Una a la que

le resulta cómodo llevarla al límite porque ya la ha llevado antes al í?

¿A la que no teme mancillar?

Cierro los ojos para protegerme de la violenta necesidad de arremeter contra algo.

«Maldito sea.» Creía que lo entendía. Pensé que me creía cuando le dije que iría al í con él.

«¡Cabrón!»

Ni siquiera me doy cuenta de que he tomado una decisión hasta que me dirijo al sótano. No se me ocurre otro lugar en el que pueda estar que el cuarto de juegos, y dado

que no recuerdo haberlo visto en las cámaras de vigilancia, estoy convencida de no equivocarme.

Se puede acceder a través de las escaleras por la cocina y el garaje; me dirijo a la

cocina y bajo a la siguiente planta, que se utiliza en su mayoría como despensa y almacén. Recorro el angosto pasillo que tan bien recuerdo de mi infancia. Atravieso la puerta que hay al fondo y después otro tramo de escaleras que forman un ángulo recto

antes de llegar a la puerta del sótano.

Espero que esté cerrada, pero cuando me acerco veo que no lo está. Oigo voces. Mis temores están justificados, porque una de las voces pertenece a una mujer.

No soy capaz de articular palabra —de hecho, me siento demasiado asqueada como para concentrarme— y aprieto el paso, impulsada por el dolor y la ira.

Pero cuando llego a la entrada no me encuentro con una bien abastecida mazmorra, sino con una especie de base de operaciones de alta tecnología que rivaliza con la que he visto con Bil en la OMR. Joder, lo más seguro es que rivalice con la del Pentágono.

Me quedo paralizada delante de la puerta, con la mano en la boca mientras observo lo que tengo ante los ojos e intento comprender su significado. Los monitores de televisión.

Los mapas. Los distintos ordenadores ejecutando tareas desconocidas.

«¿Qué narices pasa?»

La voz de mujer procede de una de las pantallas de televisión. Es una imagen que se

repite en bucle y que muestra a la mujer corriendo por una playa, animando a quien sujeta la cámara mientras le dice: «Vamos, guapo, no me hagas esperar».

Frunzo el ceño, perpleja. ¿Le está hablando a Dal as? No lo creo; él apenas está pendiente del vídeo. Está ladeado observando otro monitor, en el que aparece un mapa

de México.

Entonces desaparece y casi grito cuando el rostro de Liam aparece en su lugar en la pantalla.

En serio. «¿Qué narices está pasando?»

—Desapareció ayer —dice Liam—. Su novio informó a las autoridades locales. Es el caso que te mencioné y no es la primera vez que se larga sin decir nada ni a familiares ni a amigos, razón por la que hemos investigado un poco más antes de confirmar el secuestro.

—¿Cómo ha acabado en nuestro radar? —pregunta Dal as.

—Su padre es socio del señor Liu y estaba al tanto de que este acudió a nosotros en lugar de a las autoridades chinas para recuperar a su hijo. El teléfono desechable que le dimos a Liu sigue activo y conectado al de Tony durante otros dos días. Seguimiento estándar en caso de que el chico necesite atención especial. Dejó un mensaje. Quiere dar cuarenta y ocho horas a Liberación antes de meter a los federales.

«Liberación.»

Empiezo a doblarme e intento agarrarme al marco de la puerta para sujetarme.

—¿Qué pistas tenemos? —continúa Dal as.

—Hemos seguido su rastro hasta la ciudad de México. Tengo a Tony buscando...

Detrás de ti. Mierda.

Dal as golpea con la palma de la mano un botón de la consola que tiene delante.

Todos los monitores de la habitación se apagan en el acto.

Entonces se gira, y cuando me ve, abre los ojos como platos.

—Jane.

—¿Tú eres Liberación? —Siento una opresión tan grande en el pecho que apenas soy capaz de pronunciar las palabras. Le observo mientras un aluvión de emociones surca su rostro. Contengo la respiración para protegerme de la verdad que se avecina.

La verdad que es tan evidente que no puede haber otra explicación, aunque espero con toda mi alma estar equivocada—. ¡Dímelo, joder!

—Sí —reconoce por fin—. Yo soy Liberación.

28

Luces y sombras

Da un paso hacia mí, pero yo niego con la cabeza.

—Jane. Por favor. Tenemos que hablar.

No puedo... No puedo asimilarlo. No puedo enfrentarme a esto. No al hecho de que esté en medio de algo que para mí es tan reprobable. No al hecho de que creía conocerle mejor que nadie y ahora mi mundo entero se derrumba a mi alrededor.

—Jane —repite—. Jane, por favor.

—No.

Es la única palabra que puedo decir. Y cuando da otro paso hacia mí, doy media vuelta y echo a correr escaleras arriba.

Estoy sin resuelo cuando llego a mi coche, y trago aire mientras me esfuerzo por meter la llave en el contacto. No debería conducir, las lágrimas me ciegan, pero me marcho de todas formas y aparco en la acera, delante de la casa de un vecino, hasta que soy capaz de recobrar la compostura.

O al menos serenarme lo suficiente como para poder conducir sin matarme.

No sé cuánto tiempo me quedo ahí, esperando en parte que Dalas aparezca detrás de mí. No lo hace, y no puedo evitar reír ante la ironía. Me conoce bien y sabe que necesito estar sola ahora mismo. O, al menos, necesito no estar con él.

No quiero estar sola, así que vuelvo a la ciudad y llego a Brody. Solo consigo contactar con su buzón de voz y le dejo un mensaje incoherente, porque solo consigo farfullar entre lágrimas.

Estoy hecha polvo.

Estoy agotada cuando llego a casa. Pocas horas de sueño y demasiada adrenalina.

Ahora me he derrumbado.

Entro en la casa tambaleándome, pero agradezco el agotamiento. Quizá me desmaye. Quizá me duerma y no tenga pesadillas.

Quizá despierte y el mundo volverá a estar cuerdo y me dé cuenta de que la pesadilla es esta.

Entro en la cocina para coger una copa de vino que llevarme a la cama y grito cuando veo a Brody y a Stacey sentados en mi mesa de desayuno.

—¿Qué demonios está pasando? —pregunto cuando Brody se pone de pie y se acerca a mí.

—¿Estás bien? He intentado devolverte la llamada, pero me ha saltado el buzón de voz.

Muevo la cabeza, confusa, y me doy cuenta de que debo de haber silenciado el móvil.

Le echo un vistazo rápido, esperando encontrar una llamada perdida de Dalas. Pero no tengo ninguna y no sé si me siento aliviada o decepcionada.

—Joder, Jane, estaba preocupado. ¿Qué ha ocurrido?

—Dalas —digo—. Creo... creo que puede haber terminado justo cuando por fin empezaba.

Decir esas palabras, esas horribles palabras, me provoca náuseas. Me siento en una de las sillas cuando Stacey se levanta. Hay una botella de vino abierta sobre la encimera y ellos ya tienen una copa cada uno. Stacey saca una copa limpia y me sirve.

—¿Quieres hablar de ello? —pregunta con amabilidad.

Niego con la cabeza.

—En realidad sí. Pero no puedo. Es... es duro. Es personal.

No puedo hablarles de Liberación. Aunque represente algo que aborrezco, no puedo compartir ese secreto.

Mis ojos se desvían hacia Brody, que parece confuso. Sabe muy bien que hay muy

pocas cosas que sean demasiado personales entre nosotros dos.

—¿Ha sido por la habitación? ¿Le he espantado?

—No. Sí. No —decido—. Eso solo ha sido el detonador. Hay problemas. Cosas de su pasado. Cosas que es decisión suya compartir o no, ya sabes. Pero...

—Pero se interponen entre vosotros —termina Stacey por el a—. Entiendo.

Tomo un trago de vino, agradecida porque mis amigos estén aquí, aunque en realidad no pueda contarles lo que está ocurriendo.

—¿Podéis solucionarlo? —quiere saber Brody.

—No lo sé —respondo con sinceridad.

¿Cómo narices se soluciona un desacuerdo tan grave?

—Chorradas —dice Stacey con voz serena, pero expresión feroz.

—¿Cómo dices?

A pesar de todo, me resulta divertido. Esa no es una respuesta típica en el a.

—Si Dal as muriera mañana, ¿lamentarías cada día que habéis pasado separados por la razón que sea? —La miro boquiabierta—. Joder, hablo en serio; puede que se haya terminado de verdad. Pero si podéis superarlo, entonces empieza a escalar esa montaña, por Dios bendito. ¿No habéis perdido ya demasiado tiempo?

«Así es», pienso. Sí que lo hemos perdido.

Pero no sé cómo superar esto.

Sigo sin saberlo cuando despierto más tarde esa mañana ni cuando vuelvo a acostarme, demasiado triste, frustrada y perdida como para importarme que haga un día precioso y que me lo esté perdiendo.

Cuando por fin me levanto de la cama son las ocho de la tarde del domingo y sigo sin saber qué hacer. Sigo sintiéndome perdida.

Las cosas no se han arreglado por arte de magia y mi vida es una pesadilla, pero no

una de la que puedes despertar. Y la verdad es que empiezo a preguntarme si de verdad entiendo dónde radica mi dolor. ¿Es en la diferencia de nuestras convicciones? ¿O en que me haya ocultado un secreto tan importante?

No lo sé, y la cuestión persiste en mi cabeza cuando Liam se presenta en mi casa el lunes por la mañana.

—¿A mí también me ignoras o puedo pasar?

Frunzo el ceño porque no es así. Ni siquiera se me había pasado por la cabeza amar a Liam para echarle la bronca. Para decirle que nuestra amistad no estaba en su mejor momento. Para ser sincera, exceptuando la sorpresa de verle en la pantalla, no había pensado en él.

—Con Dalas es diferente —digo a la defensiva.

Le dejo entrar y me dirijo a la sala de estar.

—¿Porque te acuestas con él? —pregunta. Me giro como un rayo, sorprendida—.

¿Porque estás enamorada de él?

—Yo... ¿te lo ha contado?

—Si no lo hubiera hecho, acabas de hacerlo tú. ¿De verdad piensas que eso me importa? Sabía que debíais estar juntos desde que le diste aquel maldito conejo de peluche. Me dejo caer en el sillón y apoyo la cabeza en las manos, con los codos en las rodillas.

—Estoy jodida —murmuro al suelo—. Y muy cabreada con Dalas.

—Eso lo entiendo —admite—. Pero no estás furiosa con él por lo que hace. Sabes que no es como Benson. Que Liberación no es como Benson.

Yo asiento. Jamás creería que él o Liam pondrían en peligro a las víctimas a cambio de dinero.

—Pero eso no es todo. Lo que hacéis, esta gilipollez de justicieros...

—No estás de acuerdo —me corta—. Entendido. Pero no estás de acuerdo con muchas cosas que hace la gente y no los ignoras.

Levanto la cabeza para mirarle. Sus palabras son un espejo de mis anteriores pensamientos. «¿Lo que ha hecho o que me haya ocultado el secreto?» ¿Dónde radica mi dolor?

—Fíjate bien en Colin —prosigue Liam—. Fraude fiscal. Uso de información privilegiada. Y ambos sabemos que estaba metido en cosas aún más peligrosas. No te rompiste el brazo porque él la cagara con la contabilidad. Tráfico, drogas, qué sé yo. Pero ha hecho cosas muy jodidas, y tú también lo sabes.

No puedo hacer otra cosa que asentir. Tiene razón.

—Incluso tu padre. Puede que no forme parte de Liberación, pero hizo aquel o contra lo que dices estar. Y sin embargo aquí estás, en esta bonita casa del consorcio familiar. Le quieres, es tu padre y no creo que se te haya pasado siquiera por la cabeza discutirlo con él.

—No —respondo—. Sí que lo he pensado. Lo que pasa es que no he dicho nada.

—¿Por qué no?

Me encojo de hombros.

—Porque es mi padre. Porque... porque le quiero e hizo lo que creyó más sensato, y es más fácil callar y no decirle por qué pienso que estaba muy equivocado.

—Qué curioso, tenía la impresión de que también querías a Dalas.

Me humedezco los labios.

—Así es —susurro.

Dalas es más importante. No es lo mismo que con mi padre. No puedo quedarme callada sin más. No si quiero estar cerca, si quiero que haya un nosotros. Y lo quiero. Maldita sea, lo quiero de veras. Pero no sé cómo superar este muro.

No digo nada de eso. No es necesario. Estoy segura de que Liam puede ver la respuesta en mi cara.

—Ese asalto casi consiguió que lo mataran —afirmo—. Esos mercenarios que papá contrató casi lo destruyeron todo.

—Gilipollés. Ya se habían llevado a Dalas. Sinceramente, creo que te tendieron una trampa. Le he dado muchas vueltas a lo largo de los años y pienso que se aseguraron de ofrecerte algunas pistas, de que tuvieras indicios suficientes para que el

equipo pudiera encontrar el lugar donde habías estado retenida. Querían volar el edificio

y llevarse por delante a unos cuantos hombres de Eli. Pretendían que todos creyerais que Dalas estaba muerto. Estaban jugando contigo. Porque eso es lo que hacen los malvados y quienes os cogieron a los dos eran unos putos demonios.

Frunzo el ceño. Nunca había pensado en eso. Sus palabras movieron la venda de mis

ojos. Mi ropa estaba cubierta de tierra que fue fácil de localizar. Oí el característico sonido de las campanas, cuando sacarme cinco minutos antes o después habría

significado que no oyera nada. ¿Podía Liam estar en lo cierto?

Meneo la cabeza para aclarar mis pensamientos.

—No es solo nuestro secuestro. Lo que hace Liberación pone en peligro a las víctimas.

—Estamos salvando víctimas —replica.

Liam, que ha permanecido sentado en el sillón frente al mío, se pone en pie, se acerca y se pone en cuclillas delante de mí, con las manos en mis rodillas.

—Si te sirve de consuelo, después de tu aparición en televisión decidió que tenía que contártelo. Pero no podía hacerlo sin antes avisar a los demás miembros del equipo. ¿La llamada que interrumpiste? Después de revisar los detalles del nuevo caso, iba a meter a los demás en la conferencia para que Dalas les dijera que tenía que ponerte al corriente de nuestro secreto.

—Oh.

Me estremezco. No se me había ocurrido que quisiera contármelo, ni que hubiera tomado la decisión justo antes de que le llevara al cuarto de juegos.

Solo sabía que me había estado ocultando una parte importante de sí mismo.

—Esta es la conclusión, Jane. Creo en Liberación. Dalas cree en Liberación. No vamos a

desmantelarla. Es probable que ni siquiera lo hagamos cuando haya cumplido con su propósito.

—¿Propósito?

—¿Por qué crees que la montó?

—Para encontrar a nuestros secuestradores.

Por supuesto, esa es la razón. Los ha estado buscando. No solo eso, sino que estoy segura de que lo hace sobre todo por mí. Creo que si le hubieran cogido solo a él tal vez lo habría dejado estar.

«Siempre te protegeré.»

Cierro los ojos. Me siento abrumada.

Liam no se ablanda.

—Ha superado su propósito inicial, porque todo el equipo cree en el valor, en la necesidad de lo que hacemos. Y la verdad es que no importa que tú lo creas o no, Jane.

Lo único que importa es si crees en Dal as. Si crees en vosotros.

«Sí, creo», pienso cuando Liam se marcha y me quedo sola de nuevo. «Creo en nosotros.»

¿No he sido yo la que siempre le ha dicho a Dal as que podemos hacer que funcione?

¿A pesar de la familia, de la sociedad, de los secretos y del sexo? He sido igual que un disco rayado, y ahora soy yo quien echa el freno.

Pero no quiero que acabe. Quiero que esto sea un comienzo.

Pero todavía estoy asustada. De los secretos. De que esté furioso por cómo me marché.

Asustada de que la razón de que no haya l amado desde que me fui sea que cree que hemos sido unos ilusos por intentar que esto funcionara.

Pero sobre todo me asusta perderle.

Y ese es el temor que me impulsa.

Me obligo a ducharme por primera vez desde el sábado por la mañana y me dirijo de nuevo a los Hamptons. Una vez más, no sé si él estará al í. Una vez más, estoy decidida a esperar.

Por desgracia eso es justo lo que tengo que hacer.

—Lo siento, señorita Jane —me dice Archie—. El señor Sykes tuvo que ir a la oficina esta mañana. Pero espero su regreso para la cena.

—Ah. De acuerdo. —Valoro la posibilidad de volver a la ciudad y arrinconarle en su despacho, pero me convengo de que no es buena idea—. ¿Te parece bien que me quede aquí? Tal vez pase el día en la piscina.

Archie esboza una sonrisa educada y amable.

—Por supuesto. Prepararé una comida ligera. ¿Le apetece una copa de vino?

—No tengo palabras para decirte lo mucho que me apetece un vino —reconozco.

Me dirijo al interior de la casa para buscar un libro y luego salgo a la piscina. Llevo puesta una liviana falda con un jersey fino sobre una camiseta de tirantes, así que me quito el jersey, busco una tumbona a la sombra, me despojo de los zapatos y me acomodo para pasar el día.

No pensaba quedarme dormida, pero antes de alejarme de Dal as habíamos dedicado las noches a otras actividades más interesantes y no había dormido demasiado.

Después de alejarme, no podía dormir. O, para ser más precisa, no podía dormir bien.

Así que, tras unas copas de vino, el agotamiento me vence y no me despierto hasta que el colchón de la tumbona se mueve.

Parpadeo y veo a Dal as sonriéndome.

—He hablado con Liam. Y he ido a tu casa después del trabajo —dice—. No estabas al í.

—He venido esta mañana —le explico—. No estabas aquí.

En su boca se dibuja una sonrisa vacilante, que no llega a florecer del todo. Veo en

cambio que frunce el ceño. Y cuando me toma la mano, se la cojo con fuerza, disfrutando la conexión entre nosotros.

—¿Quieres hablar de el o? —pregunta—. De Liberación. De lo que hago, de cómo funciona y de por qué lo monté.

—Sí —reconozco—. Quiero saberlo todo. —Le suelto la mano y me incorporo—. Pero no ahora mismo. Ahora solo quiero hacerte una pregunta.

—Puedes preguntarme lo que quieras.

—¿Me amas?

Veo la respuesta en sus ojos antes de que diga una sola palabra.

—Me conoces mejor que nadie, Jane. ¿No sabes que la respuesta es sí?

Sus palabras me colman, sin dejar espacio para más dudas o temores. Me levanto de la tumbona y le tiendo la mano.

—Adentro —dice—. A mi dormitorio.

—Ah, no —objeto, alejándole de la casa y llevándolo hacia la caseta—. Quiero terminar lo que empezamos.

—Joder, te adoro.

Me coge el brazo y me aferro a él cuando entra corriendo en la caseta y me arroja sobre la cama antes de cerrar las cortinas.

—Vamos a conseguir que esto funcione, ¿verdad? —insisto.

Sé que él entiende que no me refiero solo al sexo, sino a todo. La familia. Los tabúes sociales. Liberación. Las pesadillas y los secretos.

—Lo conseguiremos —promete—. Pero ahora mismo te necesito desnuda.

—Entonces supongo que vas a tener que hacer algo al respecto.

—Oh, lo haré.

Trata de agarrarme la camiseta, pero yo le doy un manotazo. Entonces enarca las cejas a modo de advertencia.

—Tú primero —digo—. Quiero mirar.

—¿De veras? En fin, lo que desee la señora.

Se libra de los zapatos y de los calcetines. Se desabrocha la camisa blanca y se la quita, dejando al descubierto los esculpidos abdominales que tanto adoro.

Se quita el cinturón muy despacio y lo arroja a un lado. Luego se desabrocha los pantalones, se baja la cremallera y se deshace de la prenda. Lleva unos boxers y su erección tensa la tela.

Me lamo los labios por puro instinto. Se ríe.

—De eso nada, cariño. No hasta que te saboree.

—Termina el espectáculo —insisto.

Me quedo boquiabierta cuando se baja los calzoncillos y su enorme, gruesa y perfecta polla queda libre.

La verdad es que deseo sentirlo dentro de mí, tanto que mis músculos se contraen solo de pensarlo. Pero soy paciente. Puedo esperar.

Y disfrutaré de cada expectante momento hasta que lleguemos a eso.

Cuando está desnudo se acerca a mí. Estoy tan excitada que me estremezco con cada roce de su piel contra la mía mientras me quita la falda y la camiseta. Y cuando me baja las bragas y se las acerca a la nariz, me recuesto en la cama plena de necesidad y lujuria.

Las tira y se sube a la cama. Me besa en los labios y cubre después de besos mis doloridos pechos, mi vientre, hasta llegar al pubis.

Entonces levanta la cabeza y me lanza una mirada que dice que sabe bien dónde deseo que ponga su boca a continuación, pero que voy a tener que esperar.

—Cabron —murmuro.

—Cabron sexy para ti —replica y me echo a reír a pesar de que me está atormentando.

Me separa las piernas con suma lentitud y pone la mano sobre mi coño; la presión y la sensación de piel contra piel hacen que pierda aún más la cabeza.

—Algún día —susurra— te voy a l enar. Te voy a fol ar con tanta fuerza que no sabrás si quieres que pare o que continúe.

—Continúa —afirmo cuando me introduce tres dedos, haciéndome jadear.

Entonces me penetra con fuerza, hasta el fondo. Me muevo contra él, fol ándome su mano sin vergüenza. Quiero más. Pero esto me gusta. Me gusta mucho.

—Tu boca, tu coño. Tu culo. Estaré dentro de ti de todas las formas posibles, cielo.

Hasta el fondo, con pasión y con fuerza.

—Dal as. Oh, Dios, Dal as.

Mantiene los dedos dentro de mí, empujando con fuerza, y luego acerca su boca y me lame el clítoris mientras el placer me recorre, anunciando un explosivo orgasmo.

Pero pierdo la cabeza de verdad cuando me levanta el trasero y desliza un dedo dentro de mi ano. Deseo retorcerme, pero no puedo. Él está al mando de mi ser. Me posee y soy esclava de su tacto, de su lengua.

Me excita más y más, l evándome más cerca y haciéndome volver. Dejándome exhausta. Me estremezco. Grito. Suplico. Nunca he sido ruidosa en la cama, pero ahora lo soy. Soy presa del deseo. De la necesidad. Y no puedo contenerme por más tiempo. Cuando por fin alcanzo el clímax, arqueo la espalda con tanta violencia que creo que podría tocar el techo. Me tumbo, saciada y laxa, sobre la cama, Dal as se acerca y me besa con suavidad entre los pechos.

—Me parece que a alguien le ha gustado eso.

—Está claro que sí. —Me incorporo y le acaricio el sendero de pelo que desciende por sus abdominales en dirección a su polla—. Y ahora te toca a ti.

Está increíblemente excitado. Rodeo su miembro con la mano y me arrodo junto a él, que permanece de pie junto a la cama. Le acaricio mientras disfruto de la aterciopelada suavidad y pienso que me gustaría saborearle a él también. Entonces su mano agarra la mía.

Levanto la mirada y veo que sus ojos verdes se han oscurecido.

—¿Qué sucede?

—No puedo correrme así. No con otra persona acariciándome, chupándome.

—Oh. —No me había dado cuenta y me quedo desconcertada durante un momento, pero al instante me encojo de hombros y me tumbo en la cama, apoyándome sobre los codos para mirarle—. No pasa nada. Me quedaré aquí y disfrutaré de la vista.

A fin de cuentas, sé que es más que capaz de masturbarse. Deslizo los dedos entre mis piernas, recordando aquel excepcional episodio en la playa.

—No —ordena—. Ven aquí. Detrás de mí.

Se sienta en el borde de la cama y hago lo que me dice, con las piernas estiradas a ambos lados de él para que mis muslos se peguen a sus caderas y mi coño quede contra su trasero.

—Dame tu mano —pide, y cuando obedezco, me acomoda los dedos alrededor de su pol a.

—Pero has dicho que...

—He dicho que me des tu mano.

Su voz se va apagando mientras coloca su mano sobre la mía y dirige la acción. Mi palma, pero sus movimientos, y esta sensación de apoyo mutuo, de estar el uno al lado del otro, es una auténtica locura.

Se pone aún más duro bajo mi mano. Su pol a se contrae. Su cuerpo entero se pone en tensión y puedo sentirlo todo porque estoy apretada contra él, con las piernas contra las suyas, con su espalda pegada a mi pecho. Es tan íntimo como un coito y estoy muy excitada. Tanto que siento acercarse su orgasmo, y cuando estalla, grito con él y juro que jamás me he sentido tan cerca de Dal as como en este momento único.

Su eyaculación parece durar una eternidad y su cuerpo se estremece en mis brazos;

la presión de su trasero contra mi todavía sensible clítoris me lleva de nuevo más allá del límite.

Me aferro a él, nuestros cuerpos se rompen juntos en mil pedazos, y luego nos derrumbamos en la cama.

—¡Uau! —exclamo mientras me muevo para colocarme a horcajadas cuando él se pone boca arriba—. Me abraza con fuerza y me acaricio contra él; adoro sentir su piel contra mi piel—. ¡Uau! —repito, y me deleito mientras su risa reverbera por todo mi cuerpo. —Mírame —dice cuando dejamos de reírnos—. Te quiero.

—Yo también te quiero —afirmo—. Muchísimo. —Cambio de posición para poder acariciarle el rostro, el cabello—. No más secretos —digo—. Entre nosotros no. Ya no. Jamás.

—No más secretos —conviene.

Y cuando levanta la cabeza y captura mi boca en la clase de beso que reclama mi corazón y mi alma, pienso que por fin hemos cruzado una línea. Que todo va a ir bien.

Estamos enamorados. Avanzamos.

Y de alguna manera, no sé cómo, vamos a conseguir que esto funcione.

29

Nuevos secretos

La vibración de su móvil despertó a Dalas, que palpó el suelo con la mano en busca de sus pantalones para cogerlo del bolsillo. Atontado, miró la pantalona con los ojos entrecerrados, vio que era Liam y atendió la llamada.

—¿Qué?

—¿Estás solo?

Frunció el ceño, confuso.

—¿Qué demonios pasa? —susurró para no despertar a Jane, que aún dormía plácidamente—. Ella ya lo sabe.

—Esto no —repuso Liam, y la tensión de su voz hizo que Dalas saliera de debajo de las sábanas y cruzara la cabaña hasta la cortina.

—Dime.

—Hemos hecho progresos descriptando el disco duro que nos llevamos de la propiedad de Ortega.

—Tienes una pista.

—Sí —convino Liam—. Todavía no hay confirmación, ten eso presente. Puede que no sea nada, pero...

—Suéltalo ya.

—Colin —dijo Liam—. Aparece por todas partes en los archivos de Ortega.

Dal as agarró el teléfono con más fuerza. No quería hacer la siguiente pregunta, ni siquiera considerar la posibilidad, pero sabía que tenía que hacerla.

—¿Estás diciendo que estuvo involucrado en el secuestro?

—Joder, Dal as, no lo sé —masculó Liam, que parecía destrozado—. Colin ha estado metido en todo tipo de cosas chungas desde que éramos críos. Quizá estuviera implicado en el tráfico con Ortega. O puede que solo jugaran juntos al póquer.

—O tal vez esté metido de lleno —concluyó Dal as.

Cerró los ojos y pensó en el hombre al que había llegado a considerar un amigo. El padre biológico de Jane.

—Espero que no. Pero no podemos dejarlo pasar. Investigaremos más. Ahondaremos más.

—Lo sé. —Dal as suspiró, con el corazón en carne viva—. Joder.

—No se lo puedes contar —dijo Liam—. Todavía no. Como mínimo, no hasta que estemos seguros.

—No —convino Dal as, cerrando los ojos para soportar esa verdad. Ese secreto—. No puedo contarle una mierda.

Agradecimientos

Escribir un libro es una tarea solitaria. Hay momentos en los que el autor puede llevarse a

un amigo para comentar una idea, o pedirle a su pareja que le lea un párrafo en voz alta.

Puede intercambiar páginas o ideas con otros escritores o participar en talleres de escritura rápida. Y por supuesto, siempre puede darse una vuelta por las redes sociales

cuando necesite comentar un tema con alguien. Pero al final, escribir un libro supone sentarse en una silla, con los dedos sobre un teclado, y enfrascarse en un mundo imaginario, relacionarse con personas imaginarias y tratar de convencer a esa gente inventada, a menudo obstinada, de que nos permita volcar sus almas en la página.

Al contrario que en la vertiente narrativa, el trabajo editorial para acercar un libro a los lectores no es en absoluto solitario, y estoy muy agradecida al maravilloso grupo de gente con el que colaboro, como Shauna Summers, Gina Wachtel, Sarah Murphy, Matt

Schwartz, Jess Bonet, Alex Coumbis, Kel y Chian, Scott Shannon y Sue Grimshaw, por

no hablar de los editores, correctores, vendedores y personal de marketing, el brillante

equipo del departamento artístico y a todos los que trabajan en Bantam. Y, como no podía ser de otro modo, a las asombrosas personas que me rodean fuera de la editorial,

incluida mi agente, Kevan Lyon, a KP y a Dani de Inklinger, al Grupo Kenner, a Melissa,

mi fabulosa asistente, y a Don, mi marido y compañero. ¡Abrazos, besos y galletas de

chocolate para todos!

TRILOGÍA PECADO, I

J. KENNER

SECRETO
INCONFESABLE



Grijalbo

Olvida tus prejuicios y sumérgete en las tentaciones de la trilogía

«pecado»

J. Kenner, una de las grandes maestras del romance erótico, nos ofrece la primera entrega de su trilogía más excitante y pecaminosa, ambientada en un mundo marcado por el lujo, el misterio y las pasiones más prohibidas

Cuando entre un hombre y una mujer existe una intensa tensión erótica y un amor imposible, los deseos deben mantenerse ocultos, en el más absoluto secreto.

Todo el mundo cree que el atractivo y mil onario Dal as Sykes es un conquistador impenitente. Siempre rodeado de las mujeres más bel as y liberadas, frecuenta fiestas esplendorosas donde el sexo se bebe como si fuera champán. Lo que casi nadie sabe

es que el talante provocador de Dal as esconde una doble vida... y una relación intensamente platónica con su hermana adoptiva, Jane, con quien vivió una experiencia

traumática que ninguno de los dos ha podido olvidar. Por su lado, también Jane intenta resistirse a esa atracción por él y busca a un hombre que le haga olvidar lo que siente cuando sus miradas se cruzan.

Ambos son conscientes de la tensión que palpita entre el os, y la única pregunta es hasta cuándo podrán contener esa corriente de sensualidad que los acerca y aleja a la vez.

«La fuerza de la escritura realza una excitante historia de amor, peligro y deseo prohibido.»

Library Journal

«Kenner construye con habilidad una historia de suspense cargada de erotismo.»

Publishers Weekly

«Como es habitual en ella, Kenner nos recrea una relación sensual y obsesiva, teñida de peligro, amor prohibido y enormes riesgos.»

RT Book Reviews

« *Secreto inconfesable* nos ofrece un romance emotivo y conmovedor que te atrapa y no se deja olvidar.»

The Reading Café

«Enamorada de Dallas y Jane. Tienen mucho que superar. Estar juntos implica

mentiras, secretos y complicaciones que, con toda seguridad, pondrán a prueba su ya frágil relación.»

Book Boyfriend Blog

Julie Kenner es una exitosa autora de romance erótico.

Nacida en California y abogada de profesión, ha escrito las trilogías «Stark»

(compuesta por *Desátame*, *Poséeme* y *Ámame*), «Deseo» (formada por *Deseado*, *Seducido* y *Al rojo vivo*) y «El affaire Stark» (*Di mi nombre*, *En mis brazos* y *Bajo mi piel*) además de las *e-nouvel es* *Tómame*, *Compláceme* y *Sigue mi juego*.

Su obra ha obtenido un éxito destacado con más de dos mil ones de ejemplares

vendidos en todo el mundo, posicionándose durante semanas en las listas de best sellers de *The New York Times*, *USA Today*, *Publishers Weekly* y *The Wall Street Journal*.

En España, J. Kenner es una de las autoras más leídas del género de romance

erótico y Grijalbo presenta ahora su nueva trilogía, «Pecado», que se inicia con *Secreto inconfesable* y a la que seguirán *Ardiente deseo* y *Delicioso tabú*.

Penguin Random House Grupo Editorial

Título original: *Dirtiest Secret*

Edición en formato digital: abril de 2018

© 2016, Julie Kenner

Publicado por acuerdo con Bantam Books, un sello de Random House, una división de Penguin

Random House LLC

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2018, Nieves Calvino Gutiérrez, por la traducción

Diseño de portada: © Sophie Guët

Fotografía de portada: © Blackred / Getty Images

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-253-5645-2

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Índice

[Secreto inconfesable](#)

[1. El rey del sexo](#)

[2. Érase una vez](#)

[3. Liberación](#)

[4. Peligrosa Jane](#)

[5. Una gran mentira](#)

[6. La caída](#)

[7. Hermano y hermana](#)

[8. Madres e hijas](#)

[9. El primer beso](#)

[10. Mendoza](#)

[11. Cautivos](#)

[12. Tentación y tormento](#)

[13. Un auténtico cabrón](#)

[14. El tema tabú](#)

[15. Jodepolvos](#)

[16. La chica de la isla](#)

[17. Retorcido](#)

[18. Adiós, cielo, adiós](#)

[19. Los pecados del padre](#)

[20. Silencio](#)

[21. Sexting](#)

[22. Comienza el juego](#)

[23. Juntos en la oscuridad](#)

[24. Dulces sueños, noches oscuras](#)

[25. Vainilla](#)

[26. La última puerta a la derecha](#)

[27. Secretos](#)

[28. Luces y sombras](#)

[29. Nuevos secretos](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Julie Kenner](#)

[Créditos](#)

Document Outline

- [Secreto inconfesable](#)
- [1. El rey del sexo](#)
- [2. Érase una vez](#)
- [3. Liberación](#)
- [4. Peligrosa Jane](#)
- [5. Una gran mentira](#)
- [6. La caída](#)
- [7. Hermano y hermana](#)
- [8. Madres e hijas](#)
- [9. El primer beso](#)
- [10. Mendoza](#)
- [11. Cautivos](#)
- [12. Tentación y tormento](#)
- [13. Un auténtico cabrón](#)
- [14. El tema tabú](#)
- [15. Jodepolvos](#)
- [16. La chica de la isla](#)
- [17. Retorcido](#)
- [18. Adiós, cielo, adiós](#)
- [19. Los pecados del padre](#)
- [20. Silencio](#)
- [21. Sexting](#)
- [22. Comienza el juego](#)
- [23. Juntos en la oscuridad](#)
- [24. Dulces sueños, noches oscuras](#)
- [25. Vainilla](#)
- [26. La última puerta a la derecha](#)
- [27. Secretos](#)
- [28. Luces y sombras](#)
- [29. Nuevos secretos](#)
- [Agradecimientos](#)
- [Sobre este libro](#)
- [Sobre Julie Kenner](#)
- [Créditos](#)